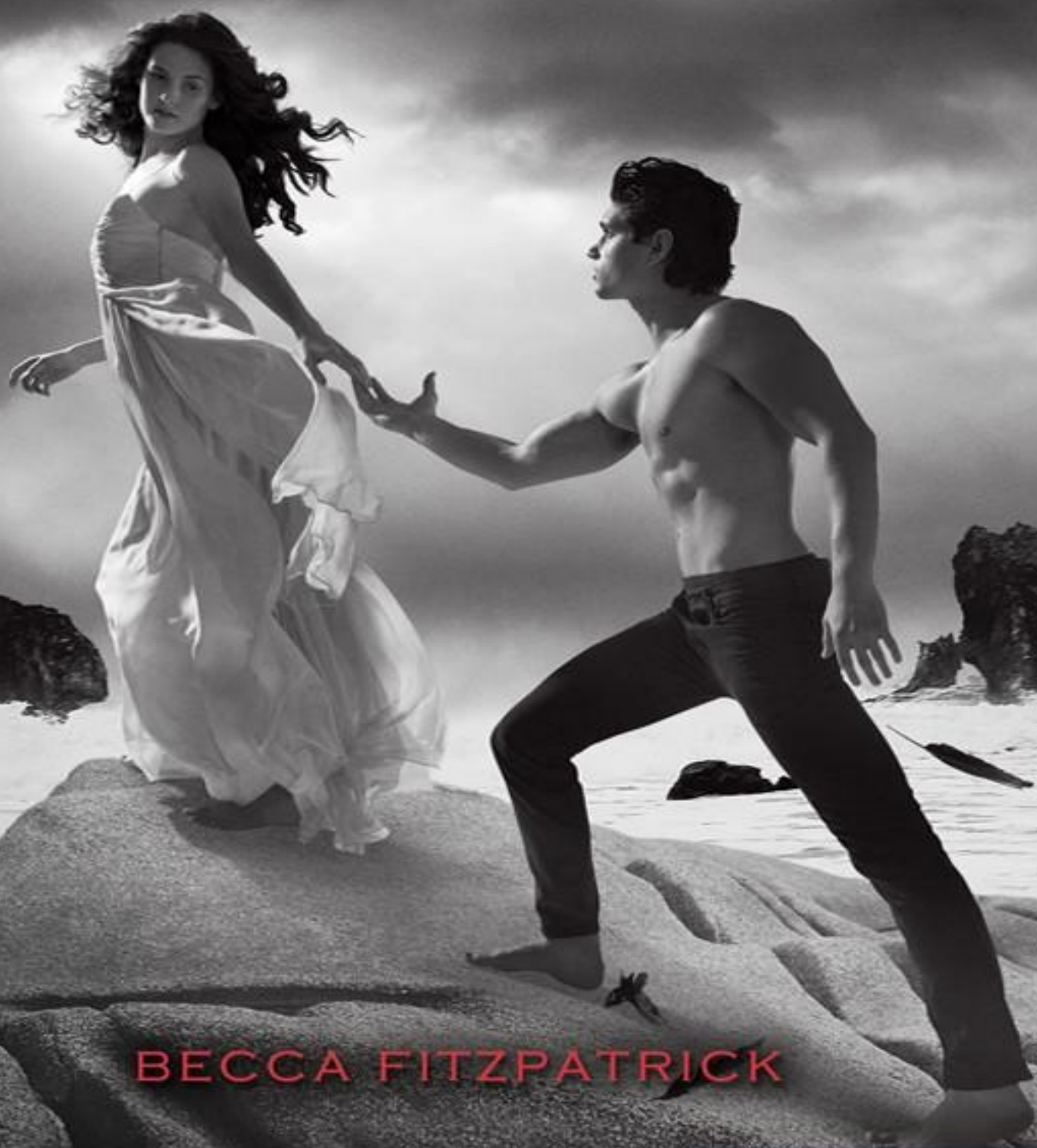


finale

¡EL ESPERADO FINAL DE LA SAGA *hush, hush!*!



BECCA FITZPATRICK

Lectulandia

Nora y Patch pensaban que sus problemas habían acabado. Con Hank fuera de juego, por fin tendrían un descanso. Pero ahora, sin Hank, Nora se ha convertido de manera involuntaria en la líder de los Nefilim y tiene que acabar lo que él comenzó, lo que significa que deberá destruir a los ángeles caídos y con ellos a Patch.

Nora, que nunca permitirá que eso ocurra, elabora un plan con Patch: harán creer a todos que han roto, convencerán a los Nefilim de que están cometiendo un error y evitarán así la guerra. Pero al conocer de cerca los detalles de su nuevo papel, Nora se siente irremediabilmente seducida por el poder que este le confiere. Comienza la batalla. Nora y Patch tendrán que confrontar las diferencias que siempre han existido entre ellos.

Lectulandia

Becca Fitzpatrick

Finale

Hush, Hush IV

ePub r1.0

sleepwithghosts 25.01.14

Título original: *Finale*
Becca Fitzpatrick, 2012
Traducción: Mireia Rué

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para mi madre, que siempre me ha animado desde las gradas
(¡corre, cariño, corre!)*



Preludio



En la actualidad

Scott no creía en fantasmas. Los muertos se quedaban en la tumba y punto. Pero el entramado de túneles que se extendía bajo el parque de atracciones Delphic, arrullado por susurros y murmullos siseantes, le hizo reconsiderar su opinión. No le gustaba que sus pensamientos viajaran hasta Harrison Grey. No quería que se lo recordara por su implicación en el asesinato de un hombre. Gotas de humedad se desprendían del techo. Scott pensó en la sangre. El fuego de su antorcha proyectaba sombras en los muros, que olían a tierra fría y mojada. Pensó en las tumbas.

Una corriente helada le erizó los pelos de la nuca. Se volvió al instante y escrutó la oscuridad con desconfianza.

Nadie sabía que le había hecho a Harrison Grey el juramento de proteger a Nora. Como ya no podía decirle: «Eh, perdón por haberte causado la muerte», había decidido comprometerse a proteger a su hija. Lo cierto era que no se le daba bien eso de disculparse, pero era lo mejor que se le había ocurrido. Ni siquiera estaba seguro de que hacerle un juramento a un difunto comprometiera a nada.

Sin embargo, los sonidos huecos que resonaban a sus espaldas le hacían pensar lo contrario.

—¿Vienes?

Scott adivinó el perfil oscuro de los hombros de Dante unos pasos por delante de él.

—¿Falta mucho?

—Unos cinco minutos. —Dante rio entre dientes—. ¿Nervioso?

—Muerto de miedo. —Scott aceleró el paso para alcanzar a Dante y, con la esperanza de no parecer tan estúpido como se sentía, añadió—: ¿Qué pasa en esas reuniones? Es la primera vez que voy.

—Los altos cargos quieren conocer a Nora. Ahora es su líder.

—¿Significa eso que los Nefilim han aceptado que la Mano Negra ha muerto?

Scott no acababa de creérselo. Se suponía que la Mano Negra era inmortal. Todos los Nefilim lo eran. Entonces, ¿quién había encontrado el modo de acabar con él?

A Scott no le gustaba nada la respuesta que le venía a la cabeza cada vez que se lo

preguntaba. Si Nora había sido la responsable... Si Patch la había ayudado...

Por mucho que se hubieran esforzado en no dejar ningún rastro, seguro que se les había pasado algo por alto. Le ocurría a todo el mundo. Solo era cuestión de tiempo.

Si Nora había matado a la Mano Negra, corría peligro.

—Han visto mi anillo —aclaró Dante.

Scott también lo había visto. Antes. El anillo encantado crepitó como si tuviera un fuego azulado atrapado bajo la corona. Y aún despedía ese brillo cerúleo, frío y mortecino. Según Dante, la Mano Negra había predicho que ese anillo sería la señal de su muerte.

—¿Han encontrado el cuerpo?

—No.

—¿Y están de acuerdo en que Nora sea su nueva líder? —preguntó Scott apretando el paso—. No se parece en nada a la Mano Negra.

—Le hizo un juramento de sangre anoche. Y él asintió con la cabeza en el momento en que murió. Ahora ella es la líder, les guste o no. Puede que acaben reemplazándola, pero primero le concederán un tiempo para ver por qué Hank la eligió.

A Scott no le gustó la idea.

—¿Y si le buscaran un sustituto?

Dante le lanzó una mirada oscura por encima del hombro.

—Moriría. Son las condiciones del juramento.

—No dejaremos que eso pase.

—No.

—Entonces todo va bien... —concluyó Scott. Necesitaba una confirmación de que Nora estaba a salvo.

—Mientras colabore...

Scott recordó la discusión que había mantenido con Nora ese mismo día. «Me encontraré con los Nefilim. Y voy a dejarles muy clara cuál es mi posición. Puede que Hank empezara esta guerra, pero quien la terminará seré yo. Y la guerra acabará con un alto al fuego. Me da igual que no sea eso lo que quieren oír». Scott se llevó los dedos al puente de la nariz: aún tenía mucho que hacer.

Avanzó pesadamente sin apartar la vista de los charcos del suelo. Ondeaban como caleidoscopios aceitosos, y el último que había pisado accidentalmente le había dejado el pie empapado hasta el tobillo.

—Le dije a Patch que no la perdería de vista.

—¿También le tienes miedo a él? —gruñó Dante.

—No.

Pero sí se lo tenía. Y Dante habría sentido lo mismo si lo hubiera conocido.

—¿Por qué no han dejado que Nora nos acompañara a la reunión? —La decisión

de separarse de Nora lo había dejado preocupado y no se perdonaba no haber mostrado su disconformidad en un principio.

—No sé por qué hacemos la mitad de las cosas que hacemos —adujo Dante—. Somos soldados y cumplimos órdenes.

Scott recordó lo que le había dicho Patch al despedirse de él. «No le quites el ojo de encima. Y no metas la pata». Aquella amenaza caló hondo en su corazón. Patch estaba convencido de que era el único que se preocupaba por Nora, pero se equivocaba. Nora era para Scott lo más parecido que tenía a una hermana. Había estado a su lado cuando todo el mundo le había dado la espalda e incluso había evitado que cayera al vacío. Literalmente.

Tenían un vínculo, aunque no ese vínculo. En realidad se preocupaba por Nora más que por cualquiera de las chicas a las que había conocido. Ella era responsabilidad suya. De hecho, le había hecho un juramento a su difunto padre.

Los dos Nefilim se adentraron aún más en los angostos túneles, rozando los muros con los hombros. Scott se inclinó para meterse en el siguiente pasadizo, y varios terrones se desprendieron del techo a su paso. A partir de entonces avanzó conteniendo la respiración por miedo a que el pasillo se derrumbara sobre sus cabezas y los dejara sepultados bajo los escombros.

Al cabo Dante tiró de una clavija y una puerta se materializó en el muro del pasadizo.

Scott examinó la tenebrosa sala que había tras la puerta. Los mismos muros mugrientos, el mismo suelo de piedra... Vacía.

—Mira —dijo Dante señalando el enlosado—. Una trampilla.

Scott se apartó de la placa de madera que había encajada entre las losas del suelo y tiró de la manilla. Voces acaloradas ascendieron por el agujero. Pasó por encima de la tapadera, se introdujo en el hueco y aterrizó tres metros más abajo.

Examinó la diminuta sala en un instante: parecía una caverna, y un grupo de hombres y mujeres Nefilim vestidos con túnicas negras formaban un corro alrededor de dos figuras que no podía distinguir con claridad. Una hoguera chisporroteaba a un lado de la estancia y, hundida entre las brasas, la hoja de una espada resplandecía al rojo vivo.

—Dime —espetó una voz enjuta y anciana en el centro del círculo—: ¿Cuál es la naturaleza de tu relación con el ángel caído al que llaman Patch? ¿Estás preparada para liderar a los Nefilim? Tenemos que saber si contamos con tu lealtad absoluta.

—No veo por qué debo contestar a eso —respondió Nora, la otra figura—. Mi vida personal no es asunto vuestro.

Scott se acercó para ver mejor lo que ocurría.

—Tú careces de vida personal —resopló la mujer de la voz enjuta; tenía los cabellos canos y blandía un dedo huesudo hacia Nora mientras la mandíbula le

temblaba de rabia—. Ahora tu único designio es conseguir que tu gente viva libre de los ángeles caídos. Sé muy bien que eres la heredera de la Mano Negra, pero, aunque me dolería ir en contra de sus deseos, si es preciso votaré para que te excluyan.

Scott paseó la mirada por el grupo de Nefilim que formaban el corro. Varios de los presentes asintieron.

«Nora —le instó Scott mentalmente—, ¿se puede saber qué estás haciendo? Piensa en el juramento de sangre. Tienes que mantenerte en el poder. Diles lo que quieren oír. Lo que sea para que se tranquilicen».

Nora fue mirándolos a todos con hostilidad manifiesta hasta que sus ojos se encontraron con él: «¿Scott?», pensó.

Él asintió con la cabeza para mostrarle su apoyo. «Estoy aquí. No los irrites más de lo que ya están. Haz lo que sea para complacerles y luego te sacaré de aquí».

Nora tragó saliva y trató de serenarse, pero sus mejillas siguieron rojas de indignación.

—Anoche la Mano Negra murió. Desde entonces me he convertido en su heredera y me he visto obligada a ocuparme del liderazgo de este pueblo, a ir de una reunión a otra, a saludar a gente a la que no conozco, a llevar esta túnica sofocante, a responder a montones de preguntas sobre cuestiones personales, se me ha evaluado y presionado, cuestionado y juzgado, y todo eso sin disponer de un solo segundo para respirar. Así que disculpadme si aún no he tenido tiempo de recuperarme.

La mujer del cabello cano frunció los labios, pero no replicó.

—Soy la heredera de la Mano Negra. Él me eligió. No lo olvidéis —advirtió Nora.

Scott no pudo determinar si había hablado con convicción o sarcasmo, pero el resultado de sus palabras fue el silencio.

—Respóndeme una pregunta —le pidió la mujer mayor con astucia después de una pausa cargada de tensión—. ¿Qué ha sido de Patch?

Antes de que Nora tuviera tiempo de responder, Dante dio un paso adelante y dijo:

—Ella ya no está con Patch.

Nora y Scott se miraron el uno al otro, atónitos, y luego se volvieron hacia Dante. «¿A qué viene eso?», le preguntó Nora a Dante mentalmente, incluyendo a Scott en su conversación a tres.

«Si no te permiten tomar el mando ahora mismo, tendrás que morir: así lo dicta el juramento de sangre —respondió Dante—. Deja que me encargue yo».

«¿Mintiendo?», inquirió ella sin despegar los labios.

«¿Tienes una idea mejor?»

—Nora desea ser la líder de los Nefilim —anunció Dante con voz alta y clara—. Hará todo lo que sea necesario. Terminar la labor de su padre lo es todo para ella.

Concededle un día de duelo, y luego se lanzará de cabeza a la tarea, completamente comprometida. Yo la prepararé. Puede hacerlo. Dadle una oportunidad.

—¿Que tú la prepararás? —le preguntó la mujer mayor con una mirada penetrante.

—Todo irá bien. Confiad en mí.

La mujer sopesó sus palabras durante unos instantes y finalmente le ordenó:

—Ponle la marca de la Mano Negra.

Al ver la mirada salvaje y aterrorizada de Nora, Scott estuvo a punto de vomitar.

Las pesadillas. Surgían de algún lugar recóndito, adueñándose de sus pensamientos, revoloteando por su cabeza atropelladamente. Se mareaba. Y entonces oía la voz. La voz de la Mano Negra. Scott se tapaba al punto los oídos y contraía el rostro con una mueca de dolor. La voz maníaca se reía burlonamente y siseaba con insistencia hasta que las palabras se mezclaban en un zumbido frenético, como el de una colmena azotada por el viento. La marca de la Mano Negra que llevaba grabada a fuego en el pecho palpitaba. Era un dolor reciente. Scott no podía distinguir entre el ayer y el hoy.

Su garganta soltó una orden ahogada:

—Basta.

Tuvo la sensación de que el tiempo se detenía. Los cuerpos de los presentes se volvieron hacia él y, de pronto, Scott sintió el peso de la hostilidad de todas las miradas.

Se quedó paralizado. No podía pensar. Tenía que salvarla. Nadie había evitado que la Mano Negra lo marcara, y no estaba dispuesto a dejar que a Nora le ocurriera lo mismo.

La anciana se acercó a Scott, haciendo sonar los tacones contra el suelo en una cadencia lenta y deliberada. Profundos surcos marcaban su piel. Sus ojos verdes y vidriosos lo escrutaban desde el fondo de las cuencas.

—¿No te parece que debería demostrarnos su lealtad con el ejemplo?

Sus labios esbozaron una sonrisa desafiante.

A Scott se le aceleró el corazón y, sin siquiera pensarlo, dijo:

—Que os la demuestre con sus acciones.

La anciana inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué quieres decir?

Y entonces oyó la voz de Nora en su cabeza. «¿Scott?», murmuró presa de los nervios.

Scott esperó que su intervención no estuviera empeorando las cosas. Se humedeció los labios y prosiguió:

—Si la Mano Negra hubiera querido que luciera su señal, se habría encargado de marcarla personalmente. Confiaba en ella lo bastante como para encargarle este

trabajo. Y a mí me basta con eso. Podemos pasarnos lo que queda del día poniéndola a prueba o podemos empezar esta guerra de una vez por todas. Unos treinta metros por encima de nuestras cabezas tenemos una ciudad repleta de ángeles caídos. Traedme uno. Yo mismo me encargaré de marcarlo. Si queréis que los ángeles caídos sepan que esta guerra va en serio, mandémosles un mensaje.

Oía su propia respiración errática.

Lentamente una sonrisa iluminó el rostro de la anciana.

—Vaya, eso me gusta. Y mucho. ¿Y quién eres tú, muchacho?

—Scott Parnell —respondió tirando del cuello de su camiseta. Sus dedos rozaron la piel deforme que dibujaba su marca: un puño cerrado—. Larga vida al proyecto de la Mano Negra.

Las últimas palabras le dejaron un regusto bilioso en la boca.

La anciana posó sus dedos huesudos en el hombro de Scott, se inclinó ligeramente hacia él y le dio un beso en cada mejilla. Tenía la piel húmeda y fría como la nieve.

—Y yo soy Lisa Martin. Conocía muy bien a la Mano Negra. Larga vida a su espíritu, que está entre nosotros. Tráeme a un ángel caído, jovencito, y le mandaremos un mensaje al enemigo.

Pronto estuvieron de vuelta.

Scott ayudó a bajar al ángel caído encadenado: era un muchacho llamado Baruch que debía de tener unos quince años humanos. El mayor miedo de Scott era que los Nefilim esperaran que Nora se encargara de marcarlo, pero Lisa Martin se la había llevado a una antecámara.

Un Nefil se había acercado a Scott ataviado con su túnica y había depositado el hierro candente en sus manos. Él bajó la mirada hacia la losa de mármol en la que habían maniatado al ángel caído. Scott hizo oídos sordos a los insultos y las amenazas de venganza de Baruch y, tras repetir las palabras que el Nefil de la túnica le había ido murmurando al oído (un montón de chorradas que comparaban a la Mano Negra con un dios), presionó el acero ardiente contra el pecho desnudo del ángel caído.

Terminada la ceremonia, Scott salió al pasillo y se apoyó junto a la puerta de la antecámara para esperar a Nora. Si al cabo de cinco minutos seguía ahí dentro, entraría a buscarla: no se fiaba de Lisa Martin. No se fiaba de ninguno de los Nefilim que había ahí dentro. Estaba claro que formaban una sociedad secreta, y la vida le había enseñado de la peor manera que los secretos no deparaban nada bueno.

La puerta se abrió con un crujido. Nora salió al pasadizo y lo estrechó con fuerza entre sus brazos. «Gracias», le dijo mentalmente.

Scott no la soltó hasta que dejó de temblar.

«Lo hago continuamente —bromeó tratando de tranquilizarla del mejor modo que sabía—. Ya te mandaré la factura».

Nora dejó escapar una sonrisa.

—Ya ves que están encantados de tenerme de líder.

—Están conmocionados.

—Conmocionados por que la Mano Negra haya puesto su futuro en mis manos. ¿Has visto qué cara ponían? Creía que se iban a echar a llorar. O incluso que me iban a arrojar tomates o algo así.

—¿Y qué vas a hacer?

—Hank está muerto, Scott. —Nora lo miró directamente a los ojos; Scott le secó las lágrimas pasándole los dedos por debajo de los párpados y descubrió en su mirada un destello que no consiguió descifrar. ¿Tranquilidad? ¿Seguridad? ¿O tal vez una confesión en toda regla?—. Me voy a celebrarlo.

Capítulo

1

Esa noche

Las fiestas no son lo mío. La música ensordecedora, los cuerpos dando vueltas y más vueltas, las sonrisas ebrias... Nada de eso va conmigo. Para mí, la mejor forma de pasar el sábado por la noche es quedarme en casa, acurrucada en el sofá, viendo una comedia romántica con Patch, mi novio. Un plan predecible, sencillo... normal. Me llamo Nora Grey y, aunque hace un tiempo era la típica adolescente americana que se compra la ropa en el outlet de moda y se gasta el dinero de los canguros en iTunes, últimamente la normalidad y yo nos hemos convertido en dos perfectas extrañas. Ahora mismo no la reconocería aunque me metiera el dedo en el ojo.

La normalidad y yo cuando Patch apareció en mi vida. Patch es un palmo más alto que yo, funciona con una lógica fría y rígida, se mueve con el sigilo del humo y vive solo en un estudio supersecreto y superpijo bajo el parque de atracciones Delphic. Tiene una voz grave y sexy que me derrite el corazón en menos de tres segundos. Y es un ángel caído: lo echaron del cielo por ser demasiado flexible a la hora de seguir las normas. Personalmente creo que tuvo más que ver su modo de ser, demasiado poco normal.

Tal vez en mi vida no haya normalidad, pero sí estabilidad. Es decir, materializada en Vee Sky, mi mejor amiga desde hace doce años. Ella y yo compartimos un vínculo inquebrantable que ni siquiera una lista interminable de diferencias puede romper. Dicen que los opuestos se atraen, y Vee y yo somos la prueba de ello. Yo soy delgada y larguirucha (según los estándares humanos), tengo una melena rizada que pone a prueba mi paciencia y una personalidad hiperactiva y algo irascible. Vee es aún más alta que yo, es rubia, tiene los ojos verdes y más curvas que una montaña rusa. Los deseos de Vee suelen imponerse a los míos. Y, al contrario que yo, Vee vive por salir de fiesta.

Esa noche las ganas de juerga de Vee nos llevaron al otro lado de la ciudad, a un almacén de obra vista de cuatro pisos agitado por el estruendo de la música, lleno de carnés falsos y atiborrado de cuerpos sudorosos cuyas emanaciones podían competir con el peor de los gases invernadero. Tenía la típica distribución interior: una pista de baile encajada entre un escenario y la barra de un bar. Corría el rumor de que detrás de la barra había una puerta secreta que conducía al sótano, y en el sótano había un

hombre llamado Storky que dirigía un próspero negocio que pirateaba de todo. Los líderes de la comunidad religiosa seguían amenazando con cerrar ese criadero de adolescentes disolutos de Coldwater... también conocido como La Bolsa del Diablo.

—¡Vamos, muévete! —se desgañitaba Vee tratando de hacerse oír por encima del absurdo chunda chunda de la música.

Entrelazó sus dedos con los míos y ambas levantamos las manos por encima de la cabeza. Estábamos en el centro de la pista, y recibíamos empujones y achuchones por todos lados.

—Así es como hay que pasar la noche de los sábados: tú y yo juntas, divirtiéndonos, soltándonos el pelo, moviendo el esqueleto hasta caer rendidas.

Puse todo mi empeño en asentir con entusiasmo, pero el tío que tenía detrás no paraba de pisarme el talón de las manoleínas y la chica que bailaba a mi derecha levantaba peligrosamente los codos al ritmo de la música: si no me andaba con cuidado, seguro que acabaría con un ojo a la virulé.

—¿Y si pedimos algo de beber? —le grité a Vee—. Hace mucho calor.

—Esto es porque al llegar nosotras ha subido la temperatura de la fiesta. Fíjate en el tío del bar. No te quita los ojos de encima... Se ha quedado embobado con tus movimientos fogosos. —Se lamió el dedo y lo posó sobre mi hombro desnudo imitando el sonido del chisporroteo del fuego.

Seguí su mirada... y el corazón me dio un vuelco.

Dante Matterazzi me saludó levantando la barbilla. Su siguiente saludo fue algo más sutil.

«Nunca habría dicho que te gustara bailar», me dijo mentalmente.

«Fíjate, en cambio yo siempre había pensado que eras un acosador», le contesté.

Dante Matterazzi y yo pertenecíamos a la raza de los Nefilim, de ahí nuestra habilidad natural para hablar por telepatía, pero nuestras afinidades se acababan ahí. Dante era tremendamente persistente, y yo no sabía cuánto tiempo más podría seguir capeándolo. Lo había conocido esa misma mañana, cuando se había presentado en mi casa para anunciarme que ángeles caídos y Nefilim estaban al borde de la guerra y que yo era la encargada de liderar a los segundos; sin embargo, lo último que necesitaba en ese momento era pensar en esa guerra. Se trataba de una situación abrumadora. O tal vez era que yo me resistía a aceptarla. Fuera como fuera, lo único que quería era que Dante desapareciera.

«Te he dejado un mensaje en el móvil», me dijo.

«Vaya, se me debe de haber pasado». Más bien lo había borrado.

«Tenemos que hablar».

«Estoy un poco ocupada». Para dejárselo bien claro, moví las caderas y agité los brazos de un lado a otro, tratando de imitar a Vee, una adicta a los programas musicales. No cabía duda: mi amiga llevaba el hip-hop en el alma.

Dante esbozó una leve sonrisa. «Ya que estás, pídele a tu amiga que te dé un par de consejos: me parece que esto de bailar no es lo tuyo. Nos vemos fuera en un par de minutos».

«Ya te he dicho que estoy ocupada», repetí mirándolo fijamente.

«Esto no puede esperar», insistió y, tras arquear las cejas significativamente, desapareció entre la multitud.

—Él se lo pierde —opinó Vee—. Se ha amedrentado, eso es todo.

—Bueno, ¿qué querrás tomar? —le dije—. ¿Te traigo una Coca-Cola?

Vee no parecía dispuesta a abandonar la pista y, aunque no me apetecía nada hablar con Dante, pensé que lo mejor sería pasar el mal trago cuanto antes. La alternativa era tenerlo pegado a mis talones toda la noche.

—Coca-Cola con limón —respondió Vee.

Abandoné la pista de baile y, después de asegurarme de que Vee no estuviera mirando, me metí en un corredor lateral y salí por la puerta trasera. El callejón estaba bañado por la luz azulada de la luna. Justo enfrente de mí, había aparcado un Porsche Panamera rojo y Dante me esperaba apoyado en el capó con los brazos cruzados.

Dante mide más de dos metros y tiene el físico de un soldado recién salido del campamento militar. Un ejemplo claro: tiene más masa muscular en el cuello que yo en todo el cuerpo. Esa noche llevaba unos pantalones holgados de color caqui y una camisa de lino blanca medio abotonada que dejaba al descubierto una V de piel suave y sin un solo pelo.

—Bonito coche —le dije.

—Me lleva allí donde quiero.

—Mi Volkswagen también, y cuesta bastante menos.

—Un coche es algo más que solo cuatro ruedas.

¡Puaj!

—Bueno —dije moviendo con impaciencia la punta del pie—, ¿qué era eso tan urgente?

—¿Aún sales con ese ángel caído?

Era la tercera vez que me lo preguntaba en pocas horas: las dos primeras en un mensaje de texto y entonces cara a cara. Mi relación con Patch había pasado por muchos altibajos, pero la última tendencia era ascendente. En un mundo en el que los Nefilim y los ángeles caídos preferían morir antes que dedicarse una sonrisa, salir con un ángel caído estaba completamente prohibido.

Me enderecé todo lo que pude y dije:

—Ya lo sabes.

—¿Vais con cuidado?

—La discreción es nuestro lema.

Ni Patch ni yo necesitábamos que Dante nos advirtiera de que no era prudente

aparecer juntos en público. Los Nefilim y los ángeles caídos nunca habían necesitado una excusa para pelearse, y las tensiones raciales entre ambos grupos empeoraban cada día que pasaba. Estábamos en otoño, en el mes de octubre, para ser exactos, y no faltaban más que unos pocos días para que empezara el mes judío del Jeshván.

Cada año, durante el Jeshván, los ángeles caídos ocupaban el cuerpo de montones de Nefilim. Los ángeles caídos tenían la libertad de actuar a su antojo y, como era la única época del año en que podían tener sensaciones físicas, daban rienda suelta a su imaginación. Estaban ansiosos por sentir placer, dolor, y toda la gama de sensaciones que había en medio y para ello se convertían en parásitos de los cuerpos de los Nefilim. Para los Nefilim, el mes de Jeshván era como una cárcel infernal.

Si la persona no indicada me sorprendía paseando cogida de la mano de Patch, ambos pagaríamos nuestro atrevimiento de un modo u otro.

—Hablemos de tu imagen —propuso Dante—. Tenemos que generar noticias positivas asociadas con tu nombre. Conseguir que los Nefilim confíen en ti.

Hice chasquear los dedos teatralmente y dije:

—¡No soporto eso de no ser popular!

Dante frunció el ceño.

—Esto va en serio, Nora. El mes de Jeshván empezará dentro de setenta y dos horas, y eso significa la guerra. Los ángeles caídos en un bando y nosotros en el otro. Todo el peso de la responsabilidad recae sobre tus hombros: ahora eres el jefe del ejército Nefilim. Le hiciste un juramento de sangre a Hank y no creo que necesites que te recuerde que las consecuencias de romperlo son muy serias.

Sentí náuseas. La verdad era que no había solicitado el trabajo. Gracias a mi difunto padre biológico, un hombre retorcido llamado Hank Miller, me había visto obligada a heredar su posición. Después de someterme a una transfusión de sangre, me coaccionó para que abandonara mi condición de mera humana y me transformara en una Nefil de pura raza para que así pudiera encabezar a su ejército. Hice un juramento en el que me comprometía a ser el jefe de sus tropas, un juramento que entró en vigor con la muerte de mi padre, y, si me negaba a respetarlo, mi madre y yo moriríamos. Eran las condiciones del juramento. Nada más.

—Por muchas medidas que tome, no podemos hacer desaparecer tu pasado. Los Nefilim están removiendo cielo y tierra tratando de encontrar algo. Corren rumores de que sales con un ángel caído y de que tus lealtades están divididas.

—Es cierto: salgo con un ángel caído.

Dante miró al cielo, exasperado.

—¿Por qué no lo gritas a los cuatro vientos?

Me encogí de hombros y repuse mentalmente: «Si es eso lo que quieres...» Abrí la boca, pero Dante se plantó de un salto a mi lado y me la tapó con la mano.

—Ya sé que te cuesta, pero, por una vez, ¿podrías tratar de facilitarme un poco el

trabajo? —me murmuró al oído escrutando la oscuridad con preocupación manifiesta. Yo, sin embargo, sabía que estábamos solos. No hacía más que veinticuatro horas que era una Nefil de pura raza, pero tenía confianza absoluta en la agudeza de mi nuevo sexto sentido. Si hubiera habido algún curioso agazapado en los alrededores, lo habría percibido.

—Mira, ya sé que esta mañana he cometido la imprudencia de decir a los Nefilim que tendrían que aceptar el hecho de que yo saliera con un ángel caído —dije cuando me retiró la mano de la boca—. No pensaba con claridad. Estaba enfadada. Me he pasado el día dándole vueltas y he hablado con Patch. Tenemos mucho cuidado, Dante. Mucho.

—Me alegro de saberlo. Pero, aun así, necesito que me hagas un favor.

—¿Cuál?

—Sal con un Nefil. Sal con Scott Parnell.

Scott era el primer Nefil con el que había hecho amistad, a la tierna edad de cinco años. Entonces no sabía cuál era su auténtica naturaleza, pero en los últimos meses se había convertido primero en mi hostigador, después en mi cómplice y finalmente en mi amigo. Entre nosotros no había secretos y, por tanto, tampoco ninguna atracción de tipo sexual.

—¡Esta sí que es buena! —exclamé echándome a reír.

—Solo sería una tapadera... Para guardar las apariencias —me explicó—. Hasta que te ganes la simpatía de nuestra especie. No hace más que un día que eres una Nefil. Nadie te conoce. La gente necesita que les des una razón para mirarte con buenos ojos. Tenemos que conseguir que se sientan cómodos confiando en ti. Saliendo con un Nefil darías un paso en la dirección correcta.

—¡No puedo salir con Scott! —exclamé—. Le gusta a Vee.

Decir que Vee no había tenido demasiada suerte en el amor era quedarse muy corto. En los últimos seis meses se había enamorado de un depredador narcisista y de un canalla de los que te apuñalan por la espalda. No es de extrañar que, después de estas dos relaciones, Vee hubiera empezado a dudar seriamente de sus instintos en el amor. Se pasó una buena temporada negándose incluso a sonreír a cualquier miembro del sexo opuesto... hasta que apareció Scott. La noche anterior, solo unas pocas horas antes de que mi padre me obligara a transformarme en una Nefil de pura sangre, Vee y yo habíamos ido a La Bolsa del Diablo a ver actuar a Serpentine, un nuevo grupo en el que Scott tocaba el bajo, y Vee no había parado de hablar de él desde entonces. Robarle a Scott, aunque solo fuera un embuste, sería para ella como recibir el golpe de gracia.

—Pero solo sería un montaje —insistió Dante, como si eso cambiara algo.

—¿Vee sabría la verdad?

—No exactamente. Tú y Scott tendríais que ser convincentes. Sería desastroso

que se propagara la verdad, de modo que convendría que lo supiéramos solo tú y yo.

Lo que significaba que Scott sería también una víctima del engaño. Me planté las manos en las caderas y me mostré firme e inamovible.

—Entonces tendrás que buscar a otra persona.

No es que me gustara la idea de fingir que salía con un Nefil para ganar popularidad. De hecho, me parecía un desastre potencial, pero quería acabar con aquello cuanto antes. Si Dante creía que con un novio Nefil mi reputación y mi imagen mejorarían, pues que así fuera. No sería de verdad. Naturalmente, a Patch no le haría ninguna gracia, pero cada cosa a su tiempo, ¿no?

Dante frunció los labios y cerró los ojos un instante. Estaba haciendo acopio de paciencia. Era una expresión a la que me había ido acostumbrando a lo largo del día.

—Tendrá que ser alguien respetado por la comunidad Nefil —dijo al fin Dante con aire pensativo—. Alguien a quien los Nefilim admiren y aprueben.

—Vale —repose con impaciencia—. Pues proponme alguien que no sea Scott.

—Yo.

Me quedé sin aliento.

—Perdona, ¿cómo has dicho? ¿Tú?

Estaba demasiado conmocionada como para echarme a reír.

—¿Por qué no? —repuso él.

—¿De veras quieres que te enumere las razones? Porque te tendré aquí toda la noche. Al menos debes de ser cinco años mayor que yo, me refiero a años humanos: ¡ideal para escandalizar a todo el mundo! No tienes sentido del humor y además... no nos soportamos.

—Todo encaja a la perfección... Soy tu teniente general...

—Porque Hank te dio ese rango. Yo no tuve nada que ver.

Pero Dante no me escuchaba y seguía dando rienda suelta a su versión fantasiosa de los acontecimientos.

—Nos conocimos y enseguida nos sentimos atraídos el uno por el otro. Yo te consolé por la muerte de tu padre. Es una historia creíble —opinó con una sonrisa—. Te dará muy buena prensa.

—Te juro que si vuelves a decir esa palabra, haré... algo radical —le aseguré. Como abofetearle. Y luego me abofetearía a mí por haber considerado la posibilidad de llevar a cabo su plan.

—Tú piénsalo —me aconsejó Dante—. Medítalo bien.

—¿Que lo medite? —repetí, y conté hasta tres empleando los dedos—. Ya está. Me parece una mala idea. Una idea nefasta, y mi respuesta es no.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí, pero necesitaré un tiempo para pulirla.

—Claro. No hay problema, Nora —repuso, y contó hasta tres con los dedos—.

¡Listo! Se acabó el tiempo. Necesitaba un nombre a primera hora de esta mañana. Por si no te habías dado cuenta, tu imagen está por los suelos. La noticia de la muerte de tu padre y tu nueva condición de líder está corriendo como la pólvora. La gente habla, y eso no es bueno. Necesitamos que los Nefilim crean en ti. Necesitamos convencerles de que para ti lo primero es preservar sus intereses, de que eres capaz de acabar la labor de tu padre y librarnos de la esclavitud a la que nos tienen sometidos los ángeles caídos. Necesitamos que todos los Nefilim te sigan sin titubear y vamos a darles un montón de buenas razones para que lo hagan. Empezando por un respetable novio Nefil.

—Eh, ¿va todo bien?

Dante y yo nos volvimos de golpe. Vee estaba plantada en el quicio de la puerta, observándonos con cautela y curiosidad.

—¡Eh! Sí, todo va bien —le respondí tal vez con demasiado entusiasmo.

—Como no volvías, he empezado a preocuparme —arguyó Vee.

Su mirada se apartó de mí para posarse en Dante, y el brillo que le iluminó los ojos me dijo que lo había reconocido como el chico del bar.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

—¿Él? —intervine yo—. Oh, bueno, no es más que un chico que...

Dante dio un paso hacia delante y extendió la mano.

—Dante Matterazzi. Soy un amigo de Nora. Nos hemos conocido hoy, cuando Scott Parnell, un amigo común, nos ha presentado.

El rostro de Vee resplandeció de entusiasmo.

—¿Conoces a Scott?

—En realidad somos muy amigos.

—Todos los amigos de Scott son amigos míos.

Me entraron ganas de estrangularla.

—¿Y qué estáis haciendo aquí fuera? —preguntó Vee.

—Dante acaba de recoger su coche nuevo —aduje apartándome ligeramente para que pudiera ver bien el Porsche—. No ha podido resistirse: tenía que exhibirlo. Pero no te fijes demasiado. Creo que le falta la matrícula. El pobre Dante no ha tenido otro remedio que robarlo, porque se había gastado todo su dinero en depilarse el pecho... ¡Fíjate cómo le brilla!

—Muy graciosa —dijo Dante. Creí que tal vez se apresuraría a abrocharse al menos un botón más de la camisa, pero no lo hizo.

—¡Si yo tuviera un coche como ese, también lo exhibiría! —exclamó Vee.

Y Dante dijo:

—He tratado de convencer a Nora de que diéramos juntos una vuelta, pero no se cansa de darme largas.

—Eso es porque tiene un novio muy duro. Seguramente lo educaron en casa,

porque no aprendió esas lecciones tan valiosas que nos enseñaron en la escuela, como por ejemplo la importancia de compartir las cosas con los demás. Si se entera de que te has llevado a Nora a dar un paseo en coche, estampará este flamante Porsche tuyo en el primer árbol que encuentre.

—¡Vaya! —exclamé—. Fijaos la hora que es. ¿No te esperaban en alguna parte, Dante?

—Pues no, resulta que tengo la noche libre —repuso él con una sonrisa de oreja a oreja. No cabía duda de que estaba disfrutando entrometiéndose en mi vida privada. Esa mañana le había dejado bien claro que cualquier contacto entre nosotros debía hacerse en privado, y me estaba demostrando lo que pensaba de mis «reglas». En un intento de devolverle la jugada, le dediqué una de mis gélidas miradas de desprecio.

—Estás de suerte —dijo Vee—. Tengo el plan perfecto para ti. Esta noche vas a salir con las chicas más guais de todo Coldwater, señor Dante Matterazzi.

—Dante no sale nunca de fiesta —me apresuré a decir.

—Esta noche haré una excepción —replicó abriéndonos la puerta.

Vee se puso a saltar, emocionada, mientras batía palmas frenéticamente.

—¡Sabía que esta noche sería genial! —gritó acomodándose bajo el brazo de Dante.

—Después de ti —dijo él con la mano en mi espalda guiándome hacia el interior del local. Yo me lo quité de encima, pero, para mi irritación, se me acercó y me murmuró al oído—: Me alegro de que hayamos tenido esta charla.

«No hemos decidido nada —le dije sin despegar los labios—. Esta historia tuya de la parejita ideal no está decidida. No es más que una idea. Ah, y para que conste, se supone que mi mejor amiga no sabe que existes».

«Tu mejor amiga cree que debería darle a tu novio una buena lección», dijo sin poder ocultar que se estaba divirtiendo.

«Según ella cualquier bicho viviente podría sustituir a Patch. Ellos dos tienen cuestiones pendientes».

«Suenan prometedor».

Me siguió por el corredor que conducía a la pista de baile y percibí su sonrisa arrogante e incisiva durante todo el camino...

El ruido monótono y ensordecedor de la música me golpeaba la cabeza como un martillo. Me presioné el entrecejo con los dedos tratando de ahuyentar una jaqueca monumental. Tenía apoyado el codo en la barra y usé la mano libre para llevarme a la frente el vaso de agua fría.

—¿Ya estás cansada? —preguntó Dante después de dejar a Vee bailando en la pista, y se sentó en el taburete que tenía a mi lado.

—¿Sabes si tiene para mucho más? —pregunté con voz cansina.

—Yo diría que está fresca como una rosa.

—La próxima vez que necesite a una amiga, recuérdame que huya de ese Conejo de Duracell. Es incansable...

—Tal vez deberías irte a casa.

Sacudí la cabeza.

—No... Estoy bien para conducir, pero no puedo dejar a Vee aquí. En serio, ¿cuánto más crees que puede aguantar?

Por supuesto, llevaba la última hora haciéndome la misma pregunta.

—Hagamos una cosa. Tú vete a casa y yo me quedaré con Vee. Cuando por fin se venga abajo de cansancio, la llevaré a casa.

—Creía que no tenías que mezclarlo con mi vida personal —dije tratando de hablar con rudeza, pero estaba demasiado cansada y no le puse bastante empeño.

—Era tu norma, no la mía.

Me mordí el labio.

—Tal vez solo por esta ocasión. Al fin y al cabo, a Vee le caes bien. Y la verdad es que tienes la energía suficiente para seguir bailando con ella. Supongo que eso no tiene nada de malo, ¿no?

Me dio con el codo en la pierna y me dijo:

—Deja ya de racionalizarlo todo y vete de una vez.

Para mi sorpresa, dejé escapar un suspiro de alivio.

—Gracias, Dante. Te debo una.

—Puedes devolverme el favor mañana. Tenemos que terminar nuestra conversación.

Y todos mis sentimientos benévolos se desvanecieron de un plumazo. Dante volvía a ser una piedra en mi zapato, un pesado de marca mayor.

—Si le pasa algo a Vee, pienso hacerte responsable.

—Sabes perfectamente que estará bien.

Puede que Dante no me gustara, pero estaba convencida de que cumpliría su palabra. Al fin y al cabo, ahora tenía que rendirme cuentas: me había jurado lealtad. Quizás al final mi papel de líder de los Nefilim tendría sus compensaciones. Y, después de ese pensamiento, me marché.

El cielo estaba despejado y la luna era una mancha azul sobre la oscuridad de la noche. Cuando me dirigía a mi coche, la música de La Bolsa del Diablo se había convertido en un rumor distante. Respiré el aire frío de octubre y mi dolor de cabeza se apaciguó.

El teléfono móvil no-rastreado que Patch me había dado sonó en el interior de mi bolso.

—¿Cómo ha ido la noche de chicas? —preguntó Patch.

—De haber sido por Vee, nos habríamos pasado allí hasta mañana. —Me saqué

los zapatos y los recogí con la mano—. Lo único que quiero es meterme en la cama.

—Pues compartimos el mismo deseo.

—¿Tú también quieres acostarte?

Al fin y al cabo, Patch me había dicho que prácticamente no dormía nunca.

—Estaba pensando en que te metieras en la cama conmigo.

Sentí una especie de hormigueo en el estómago. La noche anterior había estado en casa de Patch por primera vez y, aunque la atracción y la tentación habían sido intensas, nos las habíamos arreglado para dormir en habitaciones separadas. No estaba muy segura de hasta dónde quería llegar en nuestra relación, pero el instinto me decía que Patch no tenía tantas dudas.

—Mi madre me está esperando —le dije—. No es un buen momento.

Y, al hablar de malos momentos, me acordé sin querer de la conversación que acababa de mantener con Dante. Tenía que poner a Patch al día.

—¿No podemos vernos mañana? Tenemos que hablar.

—Eso no suena muy bien...

Le mandé un beso por teléfono y le dije:

—Te he echado de menos esta noche.

—La noche no se ha terminado. En cuanto acabe, puedo pasarme por tu casa. No eches el pestillo de la ventana.

—¿En qué estás trabajando?

—Vigilo.

Fruncí el ceño.

—Una respuesta algo vaga...

—Mi objetivo se ha puesto en marcha. Tengo que dejarte —dijo—. Estaré en tu casa tan pronto como pueda.

Y colgó.

Corrí calle abajo con los pies descalzos, preguntándome a quién estaría vigilando Patch y por qué (todo me parecía algo siniestro), y por fin vi mi coche aparcado junto a la acera: un Volkswagen Cabriolet del 1984. Arrojé mis zapatos en el asiento trasero y me senté al volante. Enseguida introduje la llave en el contacto, pero, al hacerla girar, el motor no se puso en marcha. Soltaba un sonido ahogado, ronco, y aproveché para dedicarle unas cuantas palabras ingeniosas a ese inútil montón de chatarra.

El coche había sido una donación de Scott y me había dado más horas de dolores de cabeza que de desplazamientos. Me bajé del Volkswagen, abrí el capó y examiné el laberinto grasiento de manguitos y tuercas con expectación. Ya había comprobado el alternador, el carburador y las bujías. ¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Problemas con el coche? —dijo una voz nasal y masculina detrás de mí.

Me volví de golpe, sorprendida. No había oído acercarse a nadie. Y, lo que aún era más extraño, no había percibido su presencia.

—Eso parece —repuse.

—¿Necesitas ayuda?

—Lo que necesito es un coche nuevo.

Tenía una sonrisa sebosa e inquietante.

—¿Quieres que te lleve? Pareces una chica agradable. Podríamos charlar un rato por el camino.

Mantuve las distancias, mientras la mente me iba a toda velocidad tratando de identificarlo. El instinto me decía que no era humano. Ni Nefil.

Lo curioso era que tampoco me parecía que fuera un ángel caído. Tenía una cara redonda y angelical, coronada por una mata de cabello rubio, y las orejas de Dumbo. Parecía tan inofensivo que enseguida me resultó sospechoso. Estaba inquieta.

—Gracias por el ofrecimiento, pero volveré a casa con mi amiga.

Su sonrisa se desvaneció y se abalanzó hacia mí tratando de cogerme de la manga.

—No te vayas.

Su voz era ahora un sollozo de desesperación.

Di varios pasos hacia atrás, asustada.

—Bueno... Lo que quería decir... —Tragó saliva y endureció la mirada. Sus ojos eran dos cuentas brillantes—. Tengo que hablar con tu novio.

El corazón se me aceleró y un pensamiento me sobrecogió. ¿Y si se trataba de un Nefil y no podía detectarlo? ¿Y si sabía de mi relación con Patch? Tal vez me había buscado para transmitir un mensaje a través de mí: que los Nefilim y los ángeles caídos no se mezclan. Yo era una Nefil neófita y no le llegaría a la suela del zapato si llegábamos a una confrontación física.

—Yo no tengo novio —le espeté.

Traté de mantener la calma mientras desandaba el camino hacia La Bolsa del Diablo.

—¡Ponme en contacto con Patch! —gritó el hombre a mi espalda con la misma desesperación en la voz—. Me está evitando.

Apreté el paso.

—Dile que si no deja de esconderse, lo... lo... lo haré desaparecer. ¡Reduciré a cenizas todo el parque de atracciones Delphic, si hace falta!

Atisé por encima del hombro con cautela. No sabía en qué andaba metido Patch, pero una sensación desagradable me removió el estómago. A pesar de que no tenía ni idea de quién era ese hombre, una cosa estaba clara: por muy angelicales que fueran sus facciones, no había duda de que iba en serio.

—¡No podrá evitarme para siempre!

Se alejó corriendo con sus piernas rechonchas hasta que desapareció entre las sombras silbando una tonadilla que me dio escalofríos.

Capítulo

Z

Al cabo de media hora, aparcaba en el sendero de casa. Vivo con mi madre en una típica granja de Maine: con su pintura blanca, sus persianas azules y su eterno manto de niebla. En esa época del año, los árboles eran una explosión de rojos y dorados y el aire olía a pino, madera quemada y hojas mojadas. Subí a toda prisa las escaleras del porche, donde cinco imponentes calabazas vigilaban como centinelas, y entré en casa.

—¡Ya estoy aquí! —le grité a mi madre al ver encendida la luz del salón. Dejé las llaves en el mueble del recibidor y me fui a saludarla.

Mi madre dobló el borde de la página que estaba leyendo, se levantó y me rodeó con sus brazos.

—¿Cómo te lo has pasado esta noche?

—He acabado con todas mis reservas de energía. —Señalé las escaleras y añadí —: Si consigo llegar a la cama, será solo gracias al poder mental.

—Mientras estabas fuera, ha venido un hombre preguntando por ti.

—¿Qué hombre? —le pedí frunciendo el ceño.

—No ha querido darme su nombre, ni tampoco decirme de qué te conocía — prosiguió mi madre—. ¿Debería preocuparme?

—¿Qué aspecto tenía?

—Cara redonda, piel colorada y cabello rubio.

Era él. El hombre que tenía un asunto pendiente con Patch. Forcé una sonrisa.

—Ah, ya sé. Es un vendedor. No para de insistir para que me comprometa a hacerme las fotos de final de curso en su estudio. Lo siguiente que querrá será encargarse de las invitaciones de mi graduación. ¿Sería muy terrible si hoy me meto en la cama sin lavarme la cara? Ahora mismo no creo que aguante despierta ni un minuto más.

Mi madre me besó en la frente.

—Buenas noches.

Subí a mi habitación, cerré la puerta y me desplomé sobre la cama. La música de La Bolsa del Diablo aún retumbaba en alguna parte de mi cabeza, pero estaba demasiado cansada como para que me importara. Cuando ya tenía los ojos medio cerrados, me acordé de la ventana. Con un gruñido, me levanté tambaleándome y quité el pestillo. Patch ya podría entrar, pero le deseaba suerte: no sería nada fácil

mantenerme despierta el tiempo suficiente como para mantener una conversación.

Me tapé con el cubrecama, sentí la suave y dichosa llamada de un sueño, y me dejé llevar...

Y entonces el colchón se hundió bajo el peso de otro cuerpo.

—No sé por qué te gusta tanto esta cama —protestó Patch—: Es 30 centímetros demasiado corta y 121 centímetros demasiado estrecha, y encima le pones estas sábanas púrpura. La mía, en cambio...

Abrí un ojo y lo vi echado junto a mí, con las manos debajo de la nuca. Sus ojos oscuros estaban clavados en los míos, y despedía un olor a limpio que me resultaba muy sexy. Pero sobre todo sentía el calor de su cuerpo en contacto con el mío. A pesar de mis mejores intenciones, tenerlo tan cerca no me ayudaba nada a conciliar el sueño.

—Vamos —le dije—. Sé perfectamente que te trae sin cuidado que mi cama no sea del todo cómoda. Tú estarías satisfecho con un colchón de ladrillos.

Uno de los inconvenientes de que Patch fuera un ángel caído era que no podía experimentar sensaciones físicas. No sentía dolor, pero tampoco placer. Así que cuando le besaba, él solo lo percibía a nivel emocional. Traté de convencerme de que no tenía importancia, pero lo cierto era que deseaba que el contacto de mis labios lo hiciera temblar de la cabeza a los pies.

Me besó delicadamente en la boca.

—¿De qué querías hablar?

Ya no me acordaba. Algo sobre Dante, creía. Tanto daba: fuera lo que fuera, ya no me parecía importante. De hecho, no me interesaba hablar de nada. Me apretujé contra él, y cuando Patch me acarició el brazo desnudo con la mano, una cálida sensación me recorrió todo el cuerpo, hasta las puntas de los dedos de los pies.

—¿Cuándo podré ver esos movimientos de baile tuyos? —preguntó—. Nunca hemos ido a bailar juntos a La Bolsa del Diablo.

—No te has perdido demasiado. Esta noche me han dicho que el baile no es lo mío.

—Vee debería ser más amable contigo —murmuró, besándome el oído.

—Vee no es la autora de la frase. Me lo ha dicho Dante Matterazzi —confesé distraídamente, dejando que los besos de Patch me llevaran a un lugar feliz en el que uno podía olvidarse de andar siempre con pies de plomo.

—¿Dante? —repitió Patch con un tinte desagradable en la voz.

Mierda.

—¿No te había dicho que Dante estaba allí? —pregunté.

Patch también había conocido a Dante esa misma mañana y, durante toda la reunión, temí que alguno de los dos se abalanzara sobre el otro y acabaran llegando a las manos. Huelga decir que no fue amor a primera vista. A Patch no le gustó un pelo

la actitud de Dante, que se comportara como si fuera mi consejero político y me empujara a dirigir la guerra con los ángeles caídos. Y Dante... bueno, Dante no soportaba a los ángeles caídos por principio.

Patch me miró fríamente.

—¿Qué quería?

—Ah, ahora recuerdo de qué quería hablarte. —Apreté los puños—. Dante está tratando de presentarme positivamente ante la raza de los Nefilim. Ahora soy su líder. El problema es que no confían en mí. No me conocen. Y la misión de Dante es conseguir que esto cambie.

—Dime algo que no sepa.

—Dante cree que sería una buena idea que... que saliera con él. Pero ¡no te preocupes! —me apresuré a añadir—. Es todo teatro. Se trata de que los Nefilim piensen que su líder está cualificado. Tenemos que acabar con esos rumores de que estoy saliendo con un ángel caído. Nada demuestra mayor solidaridad con tu pueblo que emparejarte con uno de sus miembros, ¿sabes? Es para tener buena prensa. Puede que incluso nos llamen Norante. O Danta. ¿Te gusta cómo suena? —le pregunté tratando de quitarle hierro al asunto.

Patch me miró con expresión sombría.

—En realidad no me gusta nada cómo suena.

—Si te sirve de consuelo, te diré que no puedo soportarle. ¡Tranquilo!

—Mi novia quiere salir con otro tío, pero tengo que estar tranquilo.

—Es solo para guardar las apariencias. Míralo por el lado bueno...

Patch se echó a reír, pero la tensión se palpaba en el ambiente.

—¿Es que hay un lado bueno?

—Será solo en Jeshván. Hank consiguió que todos los Nefilim esperen emocionados este momento. Les prometió la salvación y aún creen que pueden conseguirla. Cuando llegue el mes del Jeshván y acabe ocurriendo lo de siempre, se darán cuenta de que todo era un castillo de naipes y, poco a poco, las aguas volverán a su cauce. Hasta entonces, mientras los ánimos sigan caldeados y los sueños y las esperanzas Nefilim dependan de la falsa creencia de que yo puedo liberarlos de los ángeles caídos, hay que tenerlos contentos.

—¿No se te ha ocurrido pensar que pueden acabar culpándote cuando no consigan la salvación que tanto esperaban? Hank hizo muchas promesas y, cuando no se cumplan, nadie le señalará a él. Ahora la líder eres tú: tú eres el rostro de su campaña, Ángel —dijo solemnemente.

Hice una mueca de desdén. Pero sí, sí lo había pensado. Más veces de las que estaba dispuesta a admitir.

La noche anterior, los arcángeles me habían ofrecido un trato. Me habían prometido que me concederían el poder de matar a Hank, si sofocaba el alzamiento

de los Nefilim. Al principio, no había considerado aceptarlo, pero Hank me obligó a hacerlo: trató de quemar la pluma de Patch para mandarlo así al infierno. Así que le disparé.

Hank estaba muerto, y los arcángeles esperaban que convenciera a los Nefilim de que no fueran a la guerra.

Y aquí era donde se complicaba la cosa. Hacía solo unas horas, le había disparado a Hank y le había jurado que dirigiría el ejército de los Nefilim. Romper ese juramento significaría mi muerte y la de mi madre.

¿Cómo cumplir la promesa que les había hecho a los arcángeles y al mismo tiempo respetar el juramento que le había hecho a Hank? Solo veía una posibilidad: dirigiría el ejército de Hank... hacia la paz. Probablemente no era lo que tenía en mente cuando me había obligado a hacer el juramento, pero ya no estaba ahí para discutir los detalles. Sin embargo, dándole la espalda a la rebelión, también consentía que los Nefilim siguieran esclavizados por los ángeles caídos. No parecía muy correcto, pero la vida estaba llena de decisiones difíciles. Ya había tenido la oportunidad de aprenderlo. En esos momentos, me interesaba más tener contentos a los arcángeles que a los Nefilim.

—¿Qué sabemos sobre mi juramento? —le pregunté a Patch—. Dante ha dicho que entraba en vigor con la muerte de Hank, pero ¿quién decide si lo he cumplido o no? ¿Quién dictamina qué puedo y qué no puedo hacer de acuerdo con lo que juré? Por ejemplo, le estoy haciendo confidencias a un ángel caído, los enemigos jurados de los Nefilim. ¿No me condenará ese juramento a muerte por traición?

—El juramento que hiciste no puede ser más vago. Por suerte —dijo Patch manifiestamente aliviado.

Vale, el juramento había sido vago. Y conciso. «Si mueres, Hank, yo lideraré tu ejército». Ni una palabra más.

—Mientras sigas en el poder como líder de los Nefilim, creo que estarás respetando el juramento —dijo Patch—. Nunca le dijiste a Hank que irías a la guerra.

—En otras palabras: el plan es evitar la guerra y mantener a los arcángeles satisfechos.

Patch dejó escapar un suspiro, casi para sí.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Después del mes de Jeshván, después de que los Nefilim renuncien a la libertad y los arcángeles sonrían de satisfacción, podremos dejar todo esto atrás. —Le besé—. Entonces solo estaremos tú y yo.

Patch soltó un gruñido.

—Estoy impaciente.

—Ah, por cierto —le dije, ansiosa por abandonar el tema de la guerra—, esta noche se me ha acercado un hombre. Un hombre que quiere hablar contigo.

Patch asintió con la cabeza.

—Pepper Friberg.

—¿Tiene ese Pepper la cara redonda como una pelota?

Asintió otra vez.

—Me persigue porque cree que no he cumplido un acuerdo que teníamos. No quiere hablar conmigo, lo que quiere es encadenarme en el infierno y molerme a palos.

—¿Me equivoco o la cosa es seria?

—Pepper Friberg es un arcángel, pero juega a dos bandas. Lleva una doble vida: la mitad del tiempo vive como arcángel, y la otra mitad, como humano. Hasta ahora, ha disfrutado de lo mejor de ambos mundos. Tiene el poder de los arcángeles, pero no siempre lo usa para bien cuando se deja tentar por los vicios humanos.

Así que Pepper era un arcángel. Por eso no había logrado identificarlo: no tenía mucha experiencia tratando con arcángeles.

Patch prosiguió:

—Alguien descubrió su doble juego y al parecer empezaron a hacerle chantaje. Si Pepper no paga pronto, sus vacaciones en la Tierra se convertirán en algo mucho más permanente. Los arcángeles le arrebatarán sus poderes y le cortarán las alas si descubren lo que ha estado haciendo. Acabará atrapado aquí para siempre.

Las piezas encajaban a la perfección.

—Y él cree que el que le chantajea eres tú.

—Hace un tiempo que me olí lo que estaba haciendo. Accedí a mantener el secreto y, a cambio, estuvo de acuerdo en permitirme consultar una copia del Libro de Enoch. No cumplió su promesa, de modo que parece razonable que crea que quiero castigarle por ello. Pero me temo que no ha sido lo bastante cuidadoso y hay otro ángel caído que trata de beneficiarse de sus fechorías.

—¿Se lo has dicho a Pepper?

Patch me sonrió.

—Estoy en ello, pero no parece que tenga muchas ganas de conversar.

—Ha dicho que, si hacía falta, reduciría el Delphic a cenizas para hacerte salir de tu guarida.

Sabía que los arcángeles no se atrevían a poner los pies en el parque de atracciones Delphic: no se sentían muy seguros en un lugar diseñado y poblado casi exclusivamente por ángeles caídos, así que la amenaza tenía sentido.

—Tiene mucho que perder y está empezando a desesperarse. Tal vez debería desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Esconderme. No asomar la cabeza durante un tiempo.

Me incorporé apoyándome en un codo y lo miré fijamente.

—¿Y cómo encajo yo en eso?

—Él cree que eres el único camino para acceder a mí. Se pegará a ti como el velcro. Ha aparcado al otro lado de la calle mientras hablábamos; está vigilando mi coche. —Patch me acarició la mejilla con el pulgar y añadió—: Es bueno, pero no lo bastante como para impedirme pasar un buen rato con mi novia.

—Prométeme que siempre le llevarás la delantera.

La idea de que Pepper le echara el guante a Patch y lo mandara de cabeza al infierno no me dejaba muy buen cuerpo, la verdad.

Patch introdujo el dedo en mi escote y tiró de mi camiseta para besarme.

—No te preocupes, Ángel. Llevo tiempo escabulléndome de él.

Cuando me desperté, el otro lado de la cama estaba frío. Sonreí al recordar que me había quedado dormida acurrucada en los brazos de Patch, disfrutando del momento sin preocuparme de que Pepper Friberg, alias señor Arcángel con un Oscuro Secreto, se hubiera pasado la noche delante de mi casa, jugando a los espías.

Mis pensamientos retrocedieron todo un año, hasta mi segundo curso. Por aquel entonces aún no había besado a un chico como era debido y no podía ni imaginarme lo que me deparaba la vida. Patch significaba para mí más de lo que podía expresar con palabras. Su amor y su confianza habían aliviado esa sensación de angustia que me atenazaba desde que me había visto obligada a tomar difíciles decisiones. Cuando la duda y los remordimientos se instalaban insidiosamente en mi consciencia, me bastaba con pensar en Patch. No siempre tenía la certeza de haber tomado la decisión correcta, pero una cosa sí estaba clara: no me había equivocado al elegir a Patch. Nunca le traicionaría. Nunca.

Al mediodía, Vee me llamó por teléfono.

—¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a correr un rato? —me propuso—. Me acabo de comprar unas zapa-tillas deportivas nuevas y necesito probarlas ahora mismo.

—Vee, tengo los pies llenos de ampollas de tanto bailar. Y, otra cosa: ¿desde cuándo te gusta correr?

—Es evidente que me sobran unos kilos —arguyó—. Vale, tengo los huesos grandes, pero eso no es excusa para dejar que los michelines me ganen la partida. Ahí fuera me está esperando un chico llamado Scott Parnell y si perdiendo unos kilos voy a tener el valor de ir tras él, entonces eso es exactamente lo que voy a hacer. Me gustaría que Scott me mirara como Patch te mira a ti. Hasta ahora nunca me había tomado en serio lo de los regímenes y el ejercicio, pero me he propuesto empezar de cero. Desde hoy, me encanta el deporte; es más, a partir de ahora, será mi mejor amigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y yo qué?

—En cuanto haya perdido peso, volverás a ser mi chica número uno. Pararé en cuanto haya adelgazado diez kilos. Por cierto, no te olvides de coger la cinta para el pelo. Con la humedad se te encrespa que da miedo.

Colgué el auricular, me puse una camiseta de tirantes, luego una sudadera, y me calcé las zapatillas deportivas.

Vee pasó a recogerme a la hora en punto. Y enseguida quedó claro que no íbamos de camino a la pista del instituto. Mi amiga condujo su Neon de color púrpura a través de la ciudad, en la dirección opuesta a la escuela, canturreando para sí.

—¿Se puede saber adónde vamos? —le pregunté.

—He pensado que podríamos correr por la montaña. Nos vendrá bien para los glúteos.

Rompió en Deacon Road y de pronto lo vi claro.

—Un momento: Scott vive en Deacon Road.

—Ahora que lo dices, es verdad.

—¿Vamos a correr por delante de su casa? ¿No te parece un comportamiento un poco... cómo decirlo... acosador?

—Es un modo muy feo de plantearlo, Nora. ¿Por qué no verlo como una motivación? Echarle el ojo a la presa.

—¿Y si nos ve?

—Somos amigas tuyas. Si Scott nos ve, probablemente vendrá a saludarnos. Y sería una grosería no dedicarle un par de minutos de nuestro tiempo.

—En otras palabras: que el objetivo no es correr, sino ligar.

Vee meneó la cabeza.

—No tiene gracia.

Enfiló por Deacon, una calle serpenteante con vistas espectaculares que estaba bordeada por espesos setos. En un par de semanas, estarían todos cubiertos de nieve.

Scott vivía con su madre, Lynn Parnell, en el complejo de apartamentos que vimos aparecer al doblar la siguiente curva. Al terminar el verano, Scott se había mudado a un escondrijo: había desertado del ejército Nefilim de Hank Millar, y la Mano Negra lo había buscado incansablemente con la esperanza de que sirviera de ejemplo. En cuanto maté a Hank, Scott pudo volver a casa.

Una valla de cemento rodeaba la propiedad; probablemente el objetivo del cercado había sido la privacidad, pero el resultado era algo angustiante. Vee giró y enfiló el camino de la entrada; de pronto me vinieron a la memoria los días en que mi amiga me había ayudado a colarme en el dormitorio de Scott, cuando pensaba que era un inútil que siempre se metía en líos. ¡Vaya, cómo habían cambiado las cosas! Vee aparcó cerca de las pistas de tenis. Hacía siglos que habían desaparecido las redes y alguien se había dedicado a decorar el césped con grafitis.

Salimos del coche y estuvimos un par de minutos haciendo estiramientos.

Al rato, me dijo:

—No me deja muy tranquila perder de vista el coche durante demasiado rato en este vecindario. Quizá lo mejor será correr por el complejo de apartamentos. Así podré tener vigilado a mi niño.

—Claro... Y también será más probable que Scott nos vea.

Vee llevaba unos pantalones de chándal rosa con la palabra «Diva» estampada en el trasero en letras doradas, y una chaqueta de lana rosa. Además, se había puesto sus pendientes de brillantes y una sortija con un rubí, iba perfectamente maquillada y olía a Pure Poison de Dior. Lo normal cuando una sale a hacer footing por las mañanas.

Nos pusimos en marcha y empezamos a correr sin prisas por el descuidado sendero que rodeaba el complejo. El sol ya brillaba con fuerza y, al cabo de unas pocas zancadas, tuve que desabrocharme la chaqueta y atármela a la cintura. Vee fue directa hacia uno de los bancos de madera que había en el camino y se desplomó en él, jadeando.

—Debemos de haber hecho unos ocho kilómetros —dijo sin aliento.

Me volví para echarle un vistazo al sendero. Por supuesto... siete kilómetros más, siete kilómetros menos.

—Quizá deberíamos asomar un momento la cabeza por la ventana —sugirió Vee—. Es domingo. Tal vez se haya quedado dormido y necesite que alguien le despierte con delicadeza.

—Scott vive en el tercer piso. A no ser que lleves una escalera de diez metros metida en el maletero del coche, creo que habrá que descartar lo de mirar por la ventana.

—Podríamos probar algo más directo, como llamar a la puerta.

Justo entonces un Plymouth Barracuda naranja de los setenta entró en el recinto a toda velocidad y fue a aparcar bajo el cobertizo. Al cabo de un instante, Scott salió ágilmente del coche. Como casi todos los hombres Nefilim, Scott tiene el cuerpo de un asiduo a las salas de musculación y es más alto de lo habitual: pasa de los dos metros. Lleva el pelo más corto que los presidiarios y es guapo, uno de esos guapos más bien duros. Esa mañana llevaba unos shorts de jugar al baloncesto y una camiseta a la que le habían arrancado las mangas.

Vee se abanicó con la mano.

—¡La madre!

Levanté el brazo tratando de llamar la atención de Scott y, cuando estaba a punto de gritar su nombre, la puerta del pasajero de su coche se abrió y vi aparecer a Dante.

—¡Mira! —exclamó Vee—. Es Dante. Genial: ellos son dos y nosotras también. Sabía que esto del ejercicio me gustaría.

—De pronto me han entrado ganas de seguir corriendo —murmuré.

Y no parar hasta estar a unos cuantos kilómetros de Dante: no me apetecía seguir

con la conversación de la noche anterior. Y tampoco estaba de humor para aguantar a Vee haciendo de casamentera. Se le daba demasiado bien.

—Ya es tarde para eso: nos han visto —dijo Vee agitando el brazo como si fuera un helicóptero.

Tenía razón: Scott y Dante estaban apoyados en el Barracuda sonriéndonos.

—¿Me estás persiguiendo, Grey? —gritó Scott.

—Todo tuyo —le dije a Vee—. Yo voy a seguir corriendo.

—¿Y qué me dices de Dante? No le gustará quedarse colgado —arguyó.

—Créeme, le vendrá bien.

—¿Por qué tantas prisas, Grey? —gritó Scott, y entonces vi horrorizada que ambos echaban a correr hacia nosotras.

—Me estoy entrenando —repuse—. Tengo intención de... de participar en la carrera de atletismo.

—Esa carrera no se celebra hasta primavera —me recordó Vee.

Mierda.

—Oh, oh... Me están bajando las pulsaciones —le grité a Scott, y eché a correr en dirección contraria.

Oí que Scott apretaba el paso tras de mí. Al cabo de un minuto, me cogió por el tirante de la camiseta y tiró de él con aire juguetón.

—¿Quieres decirme de qué va todo esto?

—¿A ti que te parece? —reliqué volviéndome hacia él.

—Me parece que tú y Vee habéis empleado el pretexto del footing para venir a verme.

—Buen trabajo: eres un as —repuse dándole una palmadita en el hombro.

—Entonces, ¿por qué sales corriendo? Y ¿por qué huele Vee como una fábrica de perfume?

Me quedé en silencio, esperando a que él mismo encontrara la respuesta.

—Ah —dijo al fin.

—Yo ya no tengo nada que hacer aquí —concluí extendiendo las manos.

—No te lo tomes a mal, pero no creo que esté preparado para pasar todo el día con Vee. Es bastante... intensa.

Cuando me disponía a decirle que aprendería a apreciarla, Dante se detuvo junto a mí.

—¿Puedo hablar contigo? —me preguntó.

—Vaya por Dios —murmuré entre dientes.

—¡Hora de irse! —exclamó Scott, y se marchó a la carrera dejándome sola con Dante.

Me cayó el alma a los pies.

—¿Puedes correr y hablar al mismo tiempo? —le pregunté a Dante: prefería no

tener que mirarle a los ojos mientras me exponía sus planes sobre nuestro noviazgo improvisado. Además, con mi actitud dejaba bien claro que no me apetecía lo más mínimo mantener esa conversación.

A modo de respuesta, Dante apretó el paso y se puso a correr junto a mí.

—Me alegro de verte haciendo footing —dijo.

—Y ¿se puede saber por qué? —quise saber, jadeante, mientras me apartaba del rostro sudoroso un mechón de pelo suelto—. ¿Disfrutas viéndome hecha un desastre?

—Eso, por un lado, y, por el otro, porque entrenar te irá de maravilla para lo que te tengo reservado.

—¿Lo que me tienes reservado? ¿Por qué me da que sería mejor no oírlo?

—Puede que ahora seas una Nefil, Nora, pero estás en desventaja. A diferencia de los Nefilim que han sido concebidos naturalmente, no cuentas con la baza de pesar más que los humanos y no tienes ni nuestra fuerza ni nuestra resistencia física.

—Soy mucho más fuerte de lo que crees —protesté.

—Eres más fuerte que antes, pero no tanto como las mujeres Nefilim. Tienes el mismo cuerpo de humana de siempre y, aunque antes te bastaba y te sobraba, ahora no te vale para competir. Tu complexión es demasiado débil. Comparada conmigo, eres increíblemente baja. Y tu tono muscular es patético.

—¡Qué halagador!

—En lugar de decirte lo que te conviene, podría limitarme a regalarte los oídos, pero ¿es eso lo que haría un amigo?

—¿Por qué consideras necesario hablarme de todo esto?

—No estás preparada para luchar. No aguantarías ni un segundo si tuvieras que enfrentarte a un ángel caído. Tan simple como eso.

—No acabo de entenderte... ¿Por qué iba a tener que luchar? Creí que ayer lo había dejado claro: no va a haber guerra. Pienso conducir a los Nefilim a la paz.

Y, de paso, quitarme a los arcángeles de encima. Patch y yo habíamos coincidido en que era preferible tener como enemigo a todo el pueblo Nefil que a los todopoderosos arcángeles. Era evidente que Dante quería ir a la guerra, pero nosotros no estábamos de acuerdo. Y, como líder del ejército de los Nefilim, yo tenía la última palabra. Dante trataba de llevarme siempre a su terreno, y eso no me gustaba un pelo.

Se detuvo y me agarró de la cintura para mirarme directamente a los ojos.

—No podrás controlar todo lo que ocurra de ahora en adelante —me susurró, y, de pronto, un presentimiento me heló las entrañas, como si me hubiera tragado un cubito de hielo—. Ya sé que crees que puedes valerte sola, pero le prometí a Hank que cuidaría de ti. Deja que te diga una cosa. Si estalla la guerra, o una simple revuelta, no lo resistirás. Al menos no en tu estado físico actual. Si te ocurre algo y no puedes seguir liderando el ejército, habrás roto el juramento, y ya sabes lo que eso significa.

Claro que lo sabía: iría de cabeza a la tumba. Y arrastraría a mi madre conmigo.

—Quiero enseñarte todo lo necesario para que puedas enfrentarte a una batalla, solo como precaución —dijo Dante—. Es todo lo que pretendía decir.

Tragué saliva.

—Crees que si me pongo en tus manos, llegará el día en que seré lo bastante fuerte para valerme por mí misma.

Y, por supuesto, enfrentarme a los ángeles caídos. Pero ¿qué había de los arcángeles? Les había prometido que sofocaría la rebelión, y entrenarme para la batalla no parecía el camino para conseguirlo.

—Creo que vale la pena probarlo.

Con solo pensar en la guerra, mi estómago se convirtió en un manojó de nervios; pero no quería que Dante me viera asustada: ya me consideraba incapaz de valerme por mí misma.

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Eres mi pseudonovio o mi entrenador personal?

Esbozó una sonrisa y concluyó:

—Ambas cosas.

Capítulo

3

Cuando Vee me dejó en casa después de la sesión de footing, encontré dos llamadas perdidas en el móvil. La primera era de Marcie Millar, mi archienemiga en no pocas ocasiones y, por voluntad del destino, también mi medio hermana de sangre (que no de sentimiento). Me había pasado diecisiete años sin saber que la niña que me robaba el desayuno en primaria y que se dedicaba a pegarme compresas en la taquilla cuando ya iba al instituto compartía conmigo el mismo ADN. Marcie lo había averiguado antes que yo, y me lo había soltado como un jarro de agua fría. Teníamos el acuerdo tácito de no hablar de nuestra relación en público, y el descubrimiento de nuestro parentesco no nos había cambiado a ninguna de las dos. Marcie seguía siendo una cabeza hueca anoréxica sin remedio, y yo aún me pasaba buena parte del día vigilando mi espalda, siempre pendiente de sus posibles jugarretas.

Marcie no me había dejado ningún mensaje y, como no alcanzaba a imaginar qué podía querer de mí, pasé a la siguiente llamada perdida. Número desconocido. El mensaje de voz consistía en una respiración controlada, sutil y masculina: ni una sola palabra. Tal vez Dante, o quizá Patch. O Pepper Friberg: mi número estaba en el listín, de modo que, si se había molestado en investigar un poco, podía haberlo localizado sin dificultad. La idea no era muy tranquilizadora.

Saqué la hucha con forma de cerdito que tenía debajo de la cama, le quité el tapón de goma y extraje setenta y cinco dólares. Dante había quedado en recogerme a las cinco de la mañana del día siguiente para hacer carreras de resistencia y levantamientos de pesas; había echado una mirada asqueada a mis zapatillas deportivas y me había advertido:

—Eso no aguantará un día de entrenamiento.

Así que ahí estaba yo, invirtiendo toda mi paga en unas deportivas como Dios manda.

Dudaba de que la amenaza acerca de la guerra fuera tan seria como Dante había pretendido hacerme creer, sobre todo sabiendo que Patch y yo teníamos planes para disuadir a los Nefilim de seguir adelante con la dichosa rebelión, pero sus comentarios sobre mi complexión, mi velocidad al correr y mi agilidad me habían tocado la fibra sensible. Ya sabía que era más bajita que cualquier otro Nefil. A diferencia de ellos, yo había nacido en un cuerpo humano (estatura normal, tono

muscular normal, todo normal) y había necesitado una transfusión de sangre y el Juramento del Cambio para convertirme en Nefil. En teoría era uno de ellos, pero en la práctica ya no estaba tan claro. No quería que esa diferencia me convirtiera en el blanco de todos; sin embargo, en algún lugar recóndito de mi mente, una vocecilla me susurraba que era exactamente lo que había ocurrido.

Y debía hacer todo lo que estuviera en mi mano para conservar el poder.

«¿Por qué tenemos que empezar tan temprano?», habría querido preguntarle a Dante, pero sospechaba que ya sabía la respuesta. Los corredores humanos más veloces del mundo parecían simples aficionados comparados con cualquier Nefil. De hecho, si se esforzaba al máximo, un Nefil en la flor de la vida podía superar los ochenta kilómetros por hora. Si Dante y yo nos dedicáramos a correr por la pista del instituto a plena luz del día, acabaríamos siendo el blanco de todas las miradas. Pero los lunes por la mañana, antes de que amaneciera, la mayoría de los humanos estaban profundamente dormidos, y eso nos daba a Dante y a mí la oportunidad de entrenar con toda libertad.

Me metí el dinero en el bolsillo y bajé las escaleras.

—¡Volveré dentro de un par de horas! —le grité a mi madre.

—El estofado estará listo a las seis. ¡No llegues tarde! —me advirtió desde la cocina.

Al cabo de veinte minutos entraba en los grandes almacenes de la calle principal y me encaminaba hacia la sección de calzado. Me probé unas zapatillas deportivas, y finalmente me decidí por un par que encontré en la estantería de las ofertas. Puede que tuviera que dedicarle a Dante toda la mañana del lunes —un lunes sin clases reservado a la formación del profesorado—, pero no estaba dispuesta a dedicarle también toda mi paga.

Pagué las zapatillas y comprobé la hora en el móvil. Aún no eran ni las cuatro. Como medida de precaución, Patch y yo habíamos decidido que nos llamaríamos lo estrictamente necesario cuando estuviéramos en público. Eché un vistazo rápido a derecha e izquierda de la calle y confirmé que estaba sola. Me saqué del bolso el móvil no-rastreado que me había regalado Patch y marqué su número.

—Dispongo de un par de horas libres —le dije camino del coche. Lo había aparcado delante del edificio de al lado—. En el parque de Lookout Hill, detrás del tióvivo, hay un establo solitario muy discreto. Podría estar allí en quince minutos.

Oí la sonrisa en su voz.

—Me vas a volver loco.

—Necesito un chute de endorfinas.

—¿Y darte un revolcón conmigo en un establo abandonado te va a proporcionar uno?

—No, probablemente acabaré teniendo un coma endorfnico, y me entusiasma la idea de poner a prueba esta teoría. Estoy en el centro. Si pillo los semáforos en verde, puede que me plante allí en solo diez...

No pude terminar la frase. De pronto, tenía la cabeza metida en una bolsa de trapo y forcejeaba con alguien que me agarraba violentamente por detrás. Con el susto, dejé caer el teléfono móvil. Grité y me retorcí tratando de liberar los brazos, pero las manos que me sujetaban y me empujaban calle abajo eran demasiado fuertes. Oí el rugido del motor de un vehículo grande que se acercaba a toda velocidad y luego el chirrido de un frenazo justo junto a mí.

Se abrió una puerta y me arrojaron dentro.

El interior del vehículo olía a una mezcla de sudor y ambientador de limón. La calefacción estaba puesta al máximo y las ráfagas de aire caliente que escupían las rejillas de ventilación estaban empezando a hacerme sudar. Tal vez esa era la intención.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —grité hecha una furia. Aún no era consciente de la magnitud de lo que estaba ocurriendo y, más que asustada, estaba indignada. No hubo respuesta, pero pude oír la respiración templada de dos individuos cercanos. Esos dos más el conductor hacían un total de tres. Tres contra una.

Me habían retorcido los brazos detrás de la espalda y me los habían sujetado juntos con una cadena gruesa o algo parecido, y habían empleado lo mismo para inmovilizarme los tobillos. Me tenían acostada sobre la barriga, con la cabeza todavía metida en la bolsa y la nariz pegada al suelo del vehículo. Habría jurado que era una camioneta. Traté de girar hacia un lado, pero tuve la sensación de que me iba a dislocar el hombro. Solté un grito de frustración y recibí una patada en el muslo.

—No te muevas —gruñó una voz de hombre.

La furgoneta circuló por la ciudad durante un buen rato. Tal vez unos tres cuartos de hora. Traté de retener tanta información como pude con la idea de reconstruir luego el recorrido. ¿Podría escapar? ¿Cómo? ¿Sería capaz de correr más deprisa que ellos? No. ¿De burlarlos? Tal vez. Y luego estaba Patch. Sabría que me habían raptado. Mi móvil lo llevaría hasta la calle principal, pero ¿cómo sabría hacia dónde ir a partir de allí?

Al principio la camioneta se fue deteniendo en cada semáforo en rojo, pero después avanzó sin más obstáculos. La carretera se encaramaba hacia arriba y la camioneta iba describiendo curvas a la derecha y a la izquierda: lo más probable era que estuviéramos adentrándonos en las áreas remotas y montañosas de las afueras de la ciudad. El sudor me empapaba la camiseta y me resultaba imposible inspirar profundamente. Cada inhalación era superficial: sentía el peso del pánico en el pecho.

Las ruedas giraban sobre la grava, avanzando impasibles colina arriba hasta que al fin el motor calló. Mis secuestradores me liberaron los pies, me arrastraron fuera

del vehículo y, después de empujarme hacia el interior de una puerta, me quitaron la bolsa de tela de la cabeza.

Estaba en lo cierto: eran tres; dos hombres y una mujer. Me habían metido en una cabaña de troncos y encadenado los brazos en un poste de madera que se elevaba desde el suelo hasta las vigas del techo. No había luces encendidas, probablemente porque la corriente estaba cortada. El mobiliario era escaso y se ocultaba bajo sábanas blancas. Dentro había la misma temperatura que en el exterior, grado más, grado menos, lo que indicaba que la caldera no estaba encendida. Fuera quien fuera el propietario de la cabaña, la había cerrado de cara al invierno.

—No te molestes en gritar —me dijo el más corpulento de los hombres—. No hay nadie en kilómetros a la redonda.

Se había ocultado bajo un sombrero de cowboy y tras unas gafas de sol, pero sus precauciones eran innecesarias. Estaba convencida de que no lo había visto nunca. Agucé mi sexto sentido y supe que los tres eran Nefilim. Sin embargo, aún no tenía idea de lo que querían de mí.

Tiré de las cadenas, pero lo único que conseguí fue que rechinaran.

—Si fueras una auténtica Nefil, romperías esas cadenas —gruñó el del sombrero de cowboy. Al parecer era el portavoz del grupo. Los otros dos se habían quedado unos pasos atrás y limitaban toda su comunicación conmigo a un continuo de miradas de desprecio.

—¿Qué queréis? —repetí con frialdad.

Los labios de Sombrero de Cowboy esbozaron una sonrisa.

—Quiero saber cómo se supone que va arreglárselas una princesita como tú para encabezar la revolución de los Nefilim.

Aguanté su mirada cargada de odio, deseando arrojarle la verdad a la cara: no iba a haber ninguna revolución. En cuanto empezase el mes de Jeshván, al cabo de menos de dos días, tanto su cuerpo como el de sus dos amigos serían ocupados por ángeles caídos. Hank Millar se había quedado con la parte fácil: les había llenado la cabeza de nociones como rebelión y libertad. Y a mí me tocaba hacer realidad el milagro.

Y eso no iba a ocurrir.

—Te he estado observando —dijo Sombrero de Cowboy paseándose delante de mí—. He preguntado por ahí y me he enterado de que sales con Patch Cipriano, un ángel caído. ¿Cómo te va la relación?

Tragué saliva discretamente.

—No sé con quién has estado hablando... —Era muy consciente del peligro al que me enfrentaría si se descubría mi relación con Patch. Había sido muy cuidadosa, aunque estaba empezando a pensar que tal vez no lo suficiente—. Pero he roto con Patch —mentí—. Tuviéramos lo que tuviéramos, ahora ya es cosa del pasado. Sé

muy bien dónde están mis lealtades. En cuanto me convertí en Nefil...

Pegó su rostro al mío y me gritó:

—¡Tú no eres una Nefil! —Me miró de arriba abajo con profundo desprecio—. ¡Mírate! ¡Eres patética! No tienes derecho a llamarte Nefil. Cuando te miro, veo a una humana. Veo a una niña débil, lloricona, que se hace llamar nuestro líder.

—Estás furioso porque no soy físicamente tan fuerte como tú —afirmé con calma.

—¿Quién ha hablado de fuerza física? Tú no tienes orgullo. No tienes sentido de la lealtad. Si respetaba a la Mano Negra como líder es porque se había ganado ese respeto. Tenía un proyecto. Y tomó las medidas necesarias para hacerlo realidad. De acuerdo, te nombró su sucesora, pero eso para mí no significa nada. ¿Quieres mi respeto? Pues gánatelo. —Hizo chasquear los dedos con fuerza ante mis ojos y repitió —: Gánatelo, princesa.

¿Que me ganara su respeto? ¿Y para ello tenía que ser como Hank? Pero ¡si Hank era un falso y un mentiroso! Había prometido a su pueblo lo imposible camelándolo con fantasías y palabras bonitas. Había usado y engañado a mi madre, y a mí me había convertido en un simple peón de sus intrigas. Lo único que quería era que consumara su proyecto demencial, y cuanto más pensaba en la posición en que me había puesto, más me enfurecía.

Miré a Sombrero de Cowboy a los ojos, fríamente, y levanté el pie con todas mis fuerzas para plantarlo directamente en su pecho. El Nefil salió disparado contra la pared y cayó al suelo hecho un ovillo.

Los otros dos se abalanzaron sobre mí, pero la rabia ya había empezado a arder en mi interior. Una fuerza desconocida y poderosa se adueñó de mis miembros, y, al tirar de las cadenas, oí un chasquido metálico y las vi caer al suelo. Sin perder un minuto, la emprendí a puñetazos con mis secuestradores. Golpeé al Nefil que tenía más cerca en las costillas y le asesté a la mujer una soberana patada. Mi pie impactó con su muslo y rebotó contra una sólida masa muscular. Me quedé asombrada: nunca había visto a una mujer tan fuerte y tan resistente.

Dante tenía razón: no sabía pelear. Al cabo de unos instantes, cuando ya era demasiado tarde, me di cuenta de que no debería haberme detenido, tendría que haber seguido golpeándolos despiadadamente cuando aún estaban tendidos en el suelo. Pero, al ver lo que había hecho, me quedé tan desconcertada que no pude hacer más que adoptar una posición defensiva y esperar a que reaccionaran.

Sombrero de Cowboy se abalanzó sobre mí y me arrojó de espaldas contra el poste. El batacazo me dejó sin oxígeno en los pulmones y me quedé agachada, tratando inútilmente de coger aire.

—No he terminado contigo, princesa. Esto no era más que un aviso. Si descubro que aún sigues viéndote con ángeles caídos, no seré tan delicado. —Me dio una

palmadita en la mejilla y añadió—: De momento, aprovecha el tiempo para valorar a quién debes tu lealtad. La próxima vez que nos veamos, más te vale haber elegido bien.

Les hizo a los demás una señal con la barbilla, y los tres desaparecieron de inmediato por la puerta.

Tomé aire, pero tardé aún unos minutos en recuperarme; luego avancé a trompicones hacia la puerta. Ya se habían marchado. El polvo de la carretera aún flotaba en el aire y el crepúsculo teñía de oscuro el horizonte mientras un puñado de estrellas incipientes brillaban como pedazos de cristal roto.

Capítulo

4

Cuando salía por la puertecita de la cabaña sin saber cómo iba a volver a casa, oí el sonido de un motor: un vehículo ascendía por el camino de grava. Me preparé mentalmente para ver de nuevo a Sombrero de Cowboy y a sus compinches, pero el vehículo resultó ser una Harley Sportser con un solo motorista.

Patch.

Se bajó de la moto y se acercó a mí en tres zancadas.

—¿Estás herida? —me preguntó cogiéndome el rostro con ambas manos y examinándolo en busca de cualquier rasguño. Una mezcla de alivio, preocupación y rabia brilló en sus ojos—. ¿Dónde están? —inquirió entonces con una dureza que no había oído nunca en su voz.

—Eran tres Nefilim —le expliqué, temblorosa, aún asustada y afectada por los golpes—. No debe de hacer más de cinco minutos que se han marchado. ¿Cómo me has encontrado?

—He activado tu busca.

—¿Me has puesto un busca?

—Lo llevas cosido en el bolsillo de la cazadora tejana. El mes de Jeshván empieza con la luna nueva del martes, y tú eres una Nefil que aún no ha jurado lealtad. Y además eres la hija de la Mano Negra. Eso te convierte en una perita en dulce para cualquier ángel caído que ronde por ahí. No pienso permitir que les prestes nunca ese juramento, Ángel, y no se hable más. Y si para eso debo inmiscuirme en tu intimidad, lo siento mucho, pero tendrás que acostumbrarte.

—¿Acostumbrarme? ¿Disculpa? —No sabía muy bien si debía abrazarlo o darle un empujón.

Patch hizo caso omiso de mi indignación.

—Dime todo lo que puedas sobre ellos. Descripción física, marca y modelo del vehículo, cualquier cosa que pueda ayudarme a seguirles la pista... —En sus ojos brillaba la venganza—. Y hacerles pagar por lo que han hecho.

—¿También me has pinchado el teléfono? —quise saber, sin dejar de pensar que Patch había invadido mi intimidad sin decírmelo.

—Sí —respondió sin titubear.

—En otras palabras: no tengo secretos.

Su expresión se suavizó, incluso me pareció que, de no haber estado los ánimos

tan crispados, habría considerado la posibilidad de sonreír.

—Hay un par de cosillas que te has apañado para ocultarme, Ángel.

Vale, mejor sería hablarle de los secuestradores.

—El líder llevaba gafas de sol y un sombrero de cowboy para ocultar su identidad, pero estoy segura de que no lo había visto nunca. Los otros dos (un hombre y una mujer) iban vestidos con ropa anodina.

—¿Y el coche?

—Me han metido la cabeza en una bolsa, pero estoy prácticamente segura de que se trataba de una camioneta. Dos de ellos se han sentado detrás de mí, y, cuando me han obligado a salir, me ha parecido que la puerta era corredera.

—¿Algo más que te haya llamado la atención?

Le conté a Patch que el portavoz del grupo había amenazado con hacer pública nuestra relación secreta.

—Si lo nuestro sale a la luz, las cosas pueden precipitarse —dijo Patch. Frunció el ceño y la duda ensombreció sus ojos—. ¿Estás segura de que quieres mantener nuestra relación? No quiero perderte, pero si tengo que hacerlo, prefiero que sea a nuestra manera y no a la suya.

Deslicé mis dedos entre los suyos y acaricié su piel helada. Se había quedado en silencio, como si se estuviera preparando para lo peor.

—Nada de esto tiene sentido si no estoy contigo —dije, y así lo sentía. Ya había perdido a Patch una vez y, aunque no me gusta ser melodramática, la verdad es que prefería la muerte a revivir de nuevo esa experiencia. Patch estaba en mi vida por una razón. Lo necesitaba. Éramos las dos mitades de un todo.

Me rodeó con sus brazos, en un arrebato de pasión casi salvaje.

—Ya sé que no te va a gustar, pero quizá deberíamos considerar la posibilidad de escenificar una pelea públicamente para dejar claro que nuestra relación ha llegado a su fin. Si esos tipos van en serio y se dedican a desenterrar secretos, no podemos controlar lo que vayan a encontrar. Esto está empezando a parecerse a una caza de brujas y saldremos ganando si damos el primer paso.

—¿Escenificar una pelea? —repetí paralizada por el miedo.

—Nosotros sabremos la verdad —me murmuró Patch al oído frotándome los brazos con brío para darme calor—. No voy a perderte.

—¿Quién más la sabrá? ¿Vee? ¿Mamá?

—Cuanto menos gente la sepa más seguros estaremos.

Dejé escapar un suspiro, oprimida por la duda.

—Mentirle a Vee está empezando a convertirse en una costumbre. No creo que pueda seguir haciéndolo. Me siento culpable cada vez que la tengo cerca. Me gustaría sincerarme con ella, especialmente sobre algo tan importante como nuestra relación.

—Como tú quieras —repuso Patch con delicadeza—. Pero no le harán daño si no

tiene nada que contarles.

Sabía que estaba en lo cierto. Entonces la decisión estaba tomada, ¿no? ¿Quién era yo para poner a mi mejor amiga en peligro a cambio de tener la conciencia tranquila?

—No creo que Dante se lo trague: trabajáis codo con codo —opinó Patch—. Y puede que el engaño funcione mejor si él está al corriente. Podrá respaldar tu historia cuando hable con Nefilim influyentes. —Patch se quitó la chaqueta de piel y me la puso encima de los hombros—. Vamos, te llevaré a casa.

—¿Podemos parar antes en la calle principal, donde los grandes almacenes? Tengo que recoger mis móviles. El que tú me diste se me ha caído cuando me han atacado, y el otro se ha quedado ahí, dentro de mi bolso. Y, si tenemos suerte, puede que las zapatillas deportivas que me he comprado aún estén en la acera.

Patch me besó en la cabeza.

—Me temo que tendremos que dar de baja ambos teléfonos. Les has perdido el rastro durante un buen rato y es posible que los Nefilim hayan aprovechado para instalar sus buscas o sus dispositivos de escucha. Será mejor que compremos unos nuevos.

De pronto, todo había cambiado: ahora estaba impaciente por comenzar los entrenos con Dante. Necesitaba aprender a pelear y, cuanto antes, mejor. Patch tenía que escabullirse de Pepper Friberg y aconsejarme para que representara lo mejor posible mi nuevo papel de líder de los Nefilim; solo le habría faltado tener que preocuparse de correr en mi ayuda cada vez que me metía en problemas. Le estaba profundamente agradecida por su protección, pero ya iba siendo hora de que me cuidara yo solita.

Era noche cerrada cuando llegué a casa. Al entrar, mi madre salió de la cocina a la carrera, visiblemente preocupada e irritada.

—¡Nora! ¿Se puede saber dónde te habías metido? Te he llamado mil veces, pero salía el contestador.

Estuve a punto de llevarme la mano a la frente. La cena. A las seis. Lo había olvidado por completo.

—Lo siento —le dije—. Me he dejado el teléfono en una de las tiendas y, cuando me he dado cuenta de que no lo llevaba, ya casi era la hora de la cena. He tenido que desandar mis pasos por toda la ciudad, pero al final no lo he encontrado. Ya ves, además de haberme quedado sin móvil, te he dejado colgada a ti. Lo siento, mamá. No tenía modo de llamar.

No soportaba mentirle de nuevo. Lo había hecho ya tantas veces, que podía parecer que una más ya no iba a dolerme, pero no era así. Cada día me sentía menos como su hija y más como la de Hank. Mi padre biológico había sido un maestro de la mentira y yo ya no estaba en situación de juzgarlo.

—¿No podías preocuparte un poco más y encontrar un modo de avisarme? — replicó. No cabía duda de que no se había creído mi historia.

—No volverá a pasar. Te lo prometo.

—¿No estarías con Patch?

No se me pasó por alto el cinismo que le imprimió a su voz al pronunciar el nombre de Patch. Mi madre le tenía tanto afecto como a los mapaches que hacían estragos en nuestra granja. Yo estaba convencida de que fantaseaba con sentarse en el porche con un rifle, esperando a que Patch hiciera su aparición.

Inspiré profundamente, jurándome a mí misma que esa sería la última mentira. Si Patch y yo íbamos a seguir adelante con lo de la pelea ficticia, lo mejor sería que empezara cuanto antes a preparar el terreno. Me dije a mí misma que, una vez superado el escollo de mamá y Vee, todo sería coser y cantar.

—No estaba con Patch, mamá: hemos roto.

Levantó ambas cejas, no del todo convencida.

—Ha pasado y ya está. Y no, no quiero hablar de ello —concluí encaminándome escaleras arriba.

—Nora...

Me volví, con lágrimas en los ojos. Asomaron inesperadamente, sin formar parte de la actuación. Simplemente me había acordado de la última vez que Patch y yo habíamos roto de verdad, y un dolor intenso me oprimió por dentro y me cortó la respiración. Ese recuerdo me perseguiría para siempre. Patch se había llevado consigo lo mejor de mí, dejando tras de sí a una chica vacía y perdida. Y no quería volver a ser esa chica nunca más. Nunca.

Mi madre relajó la expresión. Subió un par de escalones y, acariciándome la espalda suavemente, me susurró al oído:

—Te quiero. Si cambias de opinión y necesitas hablar...

Asentí con la cabeza y me fui a mi habitación.

«Hecho —me dije a mí misma tratando de ser optimista—. Ya solo me queda una». En realidad, contarles a mamá y a Vee que había cortado con Patch no era mentirles, sino hacer lo necesario para mantenerlas a salvo. Ciertamente la sinceridad acostumbraba ser la mejor política, pero a veces la superaba la seguridad. Aunque parecía un argumento impecable, al formularlo se me retorció el estómago.

Otro pensamiento inquietante palpitaba en el fondo de mi cerebro. ¿Cuánto tiempo conseguiríamos Patch y yo vivir una mentira... e impedir que se hiciera realidad?

Las cinco de la mañana del lunes llegaron demasiado pronto. Hice callar el despertador y me acurruqué entre las sábanas diciéndome a mí misma: «Solo unos minutitos más». Cerré los ojos, dejé volar mis pensamientos y, cuando un nuevo

sueño empezó a tomar forma, un manojito de ropa fue a aterrizar en mis narices.

—¡Vamos, arriba! —me apremió Dante, de pie junto a la cama en plena oscuridad.

—¿Qué haces aquí? —grité medio dormida, tirando de la manta.

—Lo que haría cualquier entrenador personal que se precie. Vamos, mueve el culo y vístete de una vez. Si no has salido dentro de tres minutos, volveré con un jarro de agua fría.

—¿Cómo has entrado?

—No cerraste bien la ventana. Será mejor que pierdas ese vicio: no es fácil controlar quién entra cuando das vía libre a todo el mundo.

Salí de la cama y le vi encaminarse hacia la puerta de mi habitación.

—¿Estás loco? ¡No salgas por ahí! Mi madre podría oírte. ¿Un chico saliendo de mi habitación a estas horas? ¿Qué crees que pensaría? ¡Estaría castigada toda la vida! Me miró con expresión divertida.

—Por cierto, no me avergonzaría lo más mínimo.

Después de que se fuera, me quedé ahí clavada unos diez segundos: ¿se suponía que debía sacar alguna conclusión de sus palabras? Por supuesto que no. Tal vez su comentario había parecido insinuante, pero no lo era. Fin de la historia.

Me enfundé unos pantalones negros y una camiseta ajustada de microfibra, y me hice un par de coletas. Al menos, tendría un aspecto atractivo cuando Dante me hiciera morder el polvo.

Exactamente tres minutos más tarde, me reunía con él delante de casa. Miré a un lado y a otro, en busca de algo importante.

—¿Dónde tienes el coche?

Dante me dio un empujoncito en el hombro.

—¿Tienes el día perro? Vaya, vaya. He pensado que podríamos empezar calentando un poco: correremos unos dieciséis kilómetros a buen ritmo —me dijo alargando la mano hacia la espesa zona boscosa que se extendía al otro lado de la calle.

De niñas, Vee y yo habíamos explorado esos bosques, y un verano incluso habíamos levantado un fuerte, pero nunca me había parado a pensar hasta dónde llegaba esa masa boscosa. Al parecer, tenía al menos dieciséis kilómetros.

—Tú primero —añadió.

Vacilé. No me hacía mucha gracia perderme en el bosque a solas con Dante. Había sido uno de los hombres de confianza de Hank y eso era razón suficiente para no confiar en él. Pensándolo bien, nunca debería haber accedido a salir a entrenar con él, especialmente estando el campo de entrenamiento tan apartado.

—Después del entreno, deberíamos hablar de cómo están los ánimos entre los Nefilim. Me han llegado informaciones de grupos distintos, sobre sus expectativas y

lo que opinan de ti —añadió Dante.

«Después del entreno». Eso significaba que no tenía intención de arrojarme al fondo de un pozo en las siguientes horas. Además, ahora Dante respondía por mí, me había jurado lealtad. Ya no era el teniente de Hank: ahora era el mío. No se atrevería a hacerme daño.

Me deleité unos instantes imaginándome felizmente acurrucada en la cama, pero enseguida me sacudí la fantasía de la cabeza y arranqué a correr entre los árboles. Las ramas se enzarzaban sobre nuestras cabezas impidiendo el paso de la tenue luz de la madrugada. Confiando en mi potente visión Nefil, corrí a toda prisa, saltando por encima de los árboles caídos, esquivando ramas bajas y escrutando el suelo con la mirada en busca de posibles rocas o troncos escondidos. El terreno era traicioneramente desigual y, a la velocidad a la que corría, un mal paso habría sido desastroso.

—¡Más deprisa! —gritaba Dante detrás de mí—. Tienes que correr más ligera, con sigilo. ¡Pareces un rinoceronte! ¡Podría atraparte con los ojos cerrados!

Me tomé sus palabras a pecho, y traté de levantar los pies en cuanto tocaban al suelo; repetía el proceso a cada paso, intentando avanzar sin hacer ruido. Dante apretó el paso sin esfuerzo y me adelantó como una flecha.

—Atrápame —me ordenó.

Corrí tras él, maravillada por la fortaleza y la agilidad de mi nuevo cuerpo Nefil. Qué torpe, pesado y descoordinado me parecía ahora mi antiguo cuerpo. No es que mi condición física hubiera mejorado, es que estaba a años luz de lo que había sido antes.

Esquivé magistralmente las ramas, salté por encima de los baches, y rodeé las rocas como si hubiera memorizado antes el recorrido. Y, aunque creía correr lo bastante deprisa como para poder tocar el cielo de un salto, Dante cada vez me llevaba más ventaja. Se movía como un animal, a la velocidad del predador que va a la caza de su cena. Pronto le perdí la pista por completo.

Reduje el paso y agucé el oído. Nada. Y, al cabo de un instante, apareció de un salto de entre la oscuridad.

—Ha sido patético —me reprendió—. Otra vez.

Me pasé las siguientes dos horas corriendo tras él sin aliento y oyéndole repetirme incansablemente la misma orden. «Otra vez. Otra vez. Sigues sin hacerlo bien: repítelo otra vez».

Cuando estaba a punto de tirar la toalla —las piernas me temblaban de cansancio y creía tener los pulmones en carne viva—, Dante volvió sobre sus pasos y me dio una palmadita en la espalda.

—Buen trabajo. Mañana fortaleceremos los músculos.

—¿No me digas? ¿Levantando menhires? —consegui responder cínicamente

entre jadeos.

—Arrancando árboles de raíz.

Me lo quedé mirando con cara de pasmo.

—Derribándolos —puntualizó, entusiasmado—. Hoy acuéstate temprano y descansa. Lo necesitarás.

—¡Eh! —le grité—. ¿No estamos a kilómetros de casa?

—A ocho, para ser exactos. Tómatelo como el ejercicio de enfriamiento.

Capítulo

5

Doce horas después de esa mañana de entreno, estaba tan agarrotada y dolorida que tenía que poner los cinco sentidos para bajar y subir las escaleras de casa: el ejercicio era una auténtica tortura para mis músculos. Pero el descanso tendría que esperar; Vee no tardaría más de diez minutos en pasar a recogerme, y yo aún no me había quitado la ropa con la que me había pasado el día tirada en el sofá.

Patch y yo habíamos decidido escenificar nuestra pelea en público esa misma noche; así quedaría bien claro cuál era el estado de nuestra relación: habíamos cortado y ocupábamos bandos opuestos en esa guerra incipiente. Habíamos acordado hacer nuestra representación en La Bolsa del Diablo, un local muy popular entre los Nefilim. Aunque aún no conocíamos la identidad de mis atacantes ni sabíamos si acudirían allí esa noche, no cabía duda de que después de nuestro espectáculo nuestra ruptura estaría en boca de todos. Patch se enteró de que el dueño del bar había decidido hacer el turno de noche ese día. Era un Nefil irascible y radical, algo de vital importancia para nuestro plan, me aseguró Patch.

Me despojé de esas prendas sudadas y me puse un vestido de punto, unas medias y unos botines. Me recogí el pelo en un moño bajo y me solté un par de mechones a ambos lados del rostro. Contemplé mi reflejo en el espejo con un suspiro y meforcé a sonreír. Al fin y al cabo, tampoco tenía tan mal aspecto para ser una chica que estaba a punto de enzarzarse en una discusión demoledora con el amor de su vida.

«Las consecuencias de la pelea de hoy solo tienen que durar un par de semanas — me dije a mí misma—. Hasta que Jeshván haya pasado».

Además, la pelea no era real. Patch me había prometido que hallaríamos el modo de encontrarnos. En momentos secretos y miradas robadas. Simplemente tendríamos que ir aún con más cuidado.

—¡Nora! —gritó mi madre desde el pie de la escalera—. Vee ya está aquí.

—Deséame suerte —le murmuré a mi propio reflejo; luego cogí la chaqueta y el chal y apagué la luz de la habitación.

—Te quiero en casa antes de las nueve —me dijo mi madre cuando hube bajado las escaleras—. Sin excusas. Mañana tienes clase.

Le di un beso en la mejilla y me marché apresuradamente.

Vee tenía las ventanas del Neon bajadas y el CD de Rihanna puesto a todo volumen. Me acomodé en el asiento del acompañante y le grité para que me oyera:

—¡Me sorprende que tu madre te haya dejado salir: mañana hay que ir al instituto!

—Anoche tuvo que coger un vuelo a Nebraska. Su tío Marvin ha muerto y van a repartirse sus propiedades. La tía Henny se ha quedado conmigo —me explicó mirándome de reojo con una sonrisa traviesa.

—¿No es la que estuvo en una clínica de desintoxicación hace un par de años?

—La misma. Lástima que el tratamiento no le funcionara. Tiene unos treinta litros de zumo de manzana en la nevera, pero es el zumo más fermentado que he probado en mi vida.

—¿Y tu madre cree que está lo bastante capacitada como para cuidar de ti?

—Supongo que la idea de embolsarse parte del dinero del tío Marvin la ha relajado un poco.

Avanzamos por Hawthorne cantando a grito pelado y meneándonos en el asiento al ritmo de la música. Estaba hecha un manojo de nervios, pero trataba de actuar con normalidad.

El local de La Bolsa del Diablo estaba solo moderadamente lleno esa noche. Había mucha gente, pero uno todavía encontraba algún lugar donde sentarse. Vee y yo nos acomodamos en uno de los sofás, nos libramos de los abrigos y los bolsos, y le pedimos un par de Coca-Colas a una de las camareras. Eché una mirada furtiva a mi alrededor en busca de Patch, pero aún no había aparecido. Había ensayado mi parte más veces de las que podía recordar y, aun así, no paraban de sudarme las manos. Me las sequé en los muslos, deseando poder hacerlo mejor, deseando ser el tipo de persona a la que le gustan las situaciones dramáticas y llamar la atención.

—No tienes muy buen aspecto —opinó Vee.

Justo cuando iba a replicarle que debía de haberme mareado por culpa de lo mal que conducía, su mirada se perdió al fondo del local y su expresión se agrió.

—Oh, no. Dime que no es Marcie Millar la que está coqueteando con mi hombre.

Estiré el cuello hacia el escenario. Los integrantes de Serpentine ya estaban allí, preparándose para la actuación, mientras Marcie trataba de entablar conversación con Scott con los codos graciosamente apoyados en el suelo del escenario.

—¿Con tu hombre? —le pregunté a Vee.

—Pronto lo será. Da lo mismo.

—Marcie coquetea con todo el mundo. Yo que tú no me preocuparía.

Vee inspiró profundamente y resopló con furia. Marcie debió de percibir sus vibraciones negativas, porque se volvió al punto hacia nosotras y nos saludó moviendo la mano con la parsimonia de la realeza.

—Haz algo —me instó Vee—. Aléjala de él. Vamos.

Me puse en pie y me acerqué a Marcie. Por el camino, me concentré en fingir una sonrisa y, cuando llegué a su lado, estaba bastante segura de que había conseguido

que pareciera auténtica.

—Hola —le dije.

—Eh, hola, Nora. Le estaba diciendo a Scott lo mucho que me gusta la música independiente. En esta ciudad nadie llega nunca a nada. Creo que es genial que trate de hacer algo importante.

Scott me guiñó el ojo, y yo tuve que entornar los míos para evitar que viera mi mirada de hastío.

—Bueno... —dije tratando de llenar el silencio que se había impuesto.

Había ido hasta allí siguiendo las órdenes de Vee, pero ¿ahora qué? No podía simplemente llevarme a Marcie a rastras. ¿Y por qué tenía que ser yo la que hiciese de árbitro? Todo eso era asunto de Vee, no mío.

—¿Podemos hablar? —me preguntó Marcie, ahorrándome tener que poner en práctica alguna táctica.

—Claro —le dije—. ¿Por qué no buscamos un lugar más tranquilo?

Como si me hubiera leído el pensamiento, Marcie me cogió de la cintura y me empujó hacia la puerta trasera. Una vez en el callejón, miró a ambos lados para cerciorarse de que estábamos solas.

—¿Te dijo mi padre algo sobre mí? —me soltó y, dejando caer más la voz, añadió—: Me refiero a si soy una Nefil. Últimamente me he sentido algo extraña. Cansada y dolorida. ¿No tendrá que ver con la menstruación Nefil? Porque creía que ya había pasado por eso.

¿Cómo se suponía que tenía que decirle a Marcie que los Nefilim de pura raza, como era el caso de sus padres, raras veces conseguían reproducirse, y, cuando lo lograban, sus hijos eran niños débiles y de poca salud? ¿Cómo contarle que algunas de las últimas palabras de su padre tuvieron que ver con la triste verdad de que Marcie no iba a vivir mucho tiempo?

En resumen: no pude.

—Yo también me siento cansada y dolorida a veces —le dije—. Creo que es normal...

—Sí, pero ¿dijo mi padre algo al respecto? —insistió—. Qué iba a ocurrirme, cómo hacerle frente, ese tipo de cosas.

—Creo que tu padre te quería y habría deseado que siguieras viviendo tu vida sin agobiarte por el tema de los Nefilim. Habría querido que fueras feliz.

Marcie me miró como si no me creyera.

—¿Feliz? Pero si soy un bicho raro. ¡Ni siquiera soy humana! Y no creas que me olvido de que tú tampoco lo eres. Estamos en esto juntas —concluyó blandiendo hacia mí un dedo acusador.

Genial. Justo lo que necesitaba: solidaridad... con Marcie Millar.

—A ver, ¿exactamente qué quieres de mí, Marcie? —le pregunté.

—Quiero dejarte claro que si le insinúas a alguien que no soy humana, lo vas a pasar muy mal. Te enterraré viva.

Se me estaba empezando a acabar la paciencia.

—En primer lugar, si hubiera querido anunciarle al mundo que eres una Nefil, ya lo habría hecho. Y, en segundo lugar, ¿quién iba a creerme? Piénsalo un momento: «nefilim» no es una palabra que forme parte del vocabulario de la mayoría de gente a la que conozco.

—Genial —resopló Marcie aparentemente satisfecha.

—¿Eso era todo?

—¿Y si necesito a alguien con quien hablar? —insistió—. No es algo que una pueda soltarle tranquilamente a su psiquiatra.

—¿Y qué tal si lo hablas con tu madre? —le sugerí—. Ella también es una Nefil, ¿recuerdas?

—Desde la muerte de mi padre, se niega a aceptar la verdad. Se niega a aceptar un montón de cosas. Está convencida de que él regresará, de que aún la quiere, de que anulará el divorcio y todo volverá a ir sobre ruedas.

Vale, tal vez pasaba por una fase de negación. Pero yo no descartaría que Hank le hubiera lanzado a su ex mujer un embrujo lo bastante potente como para que sus efectos perduraran incluso después de su muerte. Hank y la vanidad siempre habían ido juntos, como un par de calcetines. Sin duda no habría querido que nadie hablara mal de él después de su muerte. Y, por lo que sabía, nadie en Coldwater lo había hecho. Era como si una niebla adormecedora hubiera caído sobre la comunidad y hubiera disuadido a todos los residentes, tanto humanos como Nefilim, de plantearse la gran pregunta: ¿qué le había pasado? No se oía ni una sola conjetura en la ciudad. Cuando la gente hablaba de él, simplemente murmuraba:

—Ha sido tan inesperado. Que descanse en paz. Menudo golpe para la familia: iré a ver cómo puedo ayudarlos...

Marcie prosiguió:

—Pero no va a volver. Está muerto. No sé ni cómo murió, ni por qué, ni tampoco quién lo mató, pero estoy segura de que está muerto. Lo sé.

Traté de mostrar una actitud cercana y comprensiva, pero empezaron a sudarme las manos de nuevo. Patch era la única persona en el mundo que sabía que yo había mandado a Hank a la tumba. Y yo no tenía ninguna intención de añadir el nombre de Marcie a esa lista.

—No pareces muy afectada —observé.

—Mi padre estaba mezclado en asuntos muy turbios. Se merece lo que le ocurrió.

Podría haber aprovechado el momento para sincerarme con Marcie, pero algo no me encajaba. No apartó su mirada cínica de mi rostro ni por un instante y tuve la sensación de que sospechaba que yo tenía información vital sobre la muerte de su

padre; probablemente esa indiferencia que mostraba no era más que un modo de invitarme a que le revelara lo que sabía.

Si era una trampa, no pensaba caer en ella.

—No es fácil perder a un padre, créeme —le dije—. El dolor nunca desaparece, pero con el tiempo acaba siendo soportable. Y, de un modo u otro, la vida sigue adelante.

—No necesito que me consueles, Nora.

—Vale —repuse encogiéndome de hombros con indiferencia—. Si necesitas hablar, puedes llamarme.

—No hará falta. Me voy a vivir contigo —anunció Marcie—. Llevaré mis cosas como muy tarde esta semana. Mi madre me está volviendo loca, y las dos hemos coincidido en que necesito un lugar donde quedarme durante un tiempo. Tu casa es tan buena como cualquier otra. Bueno, la verdad es que estoy muy contenta de que hayamos tenido esta charla. Si algo bueno me enseñó mi padre es que los Nefilim tienen que estar unidos.

Capítulo



—No —le solté abruptamente—. No, no, no. No puedes venirte a vivir conmigo.

Un sentimiento de pánico me recorrió de arriba abajo, desde los dedos de los pies hasta las puntas de las orejas. Necesitaba un argumento. Enseguida. Pero mi cerebro siguió repitiendo frenéticamente el mismo pensamiento desesperado e inútil: «No».

—Ya lo tengo decidido —sentenció Marcie, y desapareció en el interior del local.

—¿Y yo qué? —le grité mientras se alejaba. Le pegué una patada rabiosa a la puerta, pero me sentí como si me la estuviera dando a mí: ¡eso por querer hacerle un favor a Vee!

Abrí la puerta de un tirón y entré dentro. Encontré a Vee donde la había dejado.

—¿Hacia dónde se ha ido? —le pregunté.

—¿Quién?

—¡Marcie!

—Creía que estaba contigo.

Le lancé a Vee una mirada iracunda.

—¡Todo esto es por tu culpa! Tengo que encontrarla.

Sin darle más explicaciones, me abrí paso entre la multitud, escrutando el local en busca de cualquier rastro de Marcie. Tenía que atajar aquello de raíz, antes de que se me fuera de las manos. «Te está poniendo a prueba —me decía a mí misma—. Sondeándote. No hay nada definitivo». Además, la última palabra la tenía mi madre. Y no permitiría que Marcie se fuera a vivir con nosotras. Marcie ya tenía su propia familia. Le faltaba el padre, de acuerdo, pero yo era el vivo ejemplo de que lo importante de una familia no era el número de miembros que la componían. Estimulada por ese pensamiento, empecé a sosegar el ritmo de mi respiración.

Bajaron las luces y el cantante del grupo Serpentine cogió el micro y asintió varias veces con la cabeza. Tras la señal, el batería rompió el silencio marcando el ritmo, y Scott y el otro guitarrista se unieron a él en un tema violento e inconformista. Al cabo de un instante, todo el local menaba la cabeza frenéticamente y cantaba la letra de las canciones a voz en cuello.

Eché un último vistazo a mi alrededor tratando de encontrar a Marcie y me di por vencida. Tendría que aclarar las cosas con ella más tarde. Patch y yo habíamos acordado que nos reuniríamos en la barra del bar en cuanto empezara el concierto, y, al oír las primeras notas, mi corazón volvió a golpearme el pecho con fuerza.

Me encaminé hacia la barra y me senté en el primer taburete libre que encontré. Estuve a punto de perder el equilibrio cuando me dejé caer en el asiento. Tenía la sensación de que mis piernas estaban hechas de goma y me temblaban los dedos. No sabía cómo iba a salir de esa.

—¿Me enseñas tu carné? —me preguntó el propietario del bar. Desprendía una especie de corriente eléctrica y enseguida supe que era un Nefil, tal como Patch me había dicho.

Negué con la cabeza y le dije:

—Solo quiero un Sprite, por favor.

Al cabo de un instante, sentí a Patch justo detrás de mí. La energía que irradiaba era mucho más potente que la del propietario del bar, y me atravesaba la piel como el calor de la luz del sol. Siempre causaba ese efecto en mí. Esa noche, sin embargo, esa corriente crepitante no hizo más que agudizar mi ansiedad. Significaba que Patch había llegado, que ya no me quedaba tiempo. No quería seguir adelante con todo aquello, pero sabía que no tenía elección. Debía actuar con inteligencia y pensar en mi seguridad y la de aquellos a los que más quería.

«¿Lista?», me preguntó Patch en la privacidad de sus pensamientos.

«Si tener ganas de devolver es estar lista, lo estoy».

«Luego me paso por tu casa y hablamos tranquilamente. Ahora será mejor que nos quitemos esto de encima».

Asentí con la cabeza.

«Vamos, tal como lo ensayamos», dijo mentalmente con calma.

«¿Patch? Pase lo que pase, que sepas que te quiero». Quería decirle mucho más: esas dos palabras no me parecían suficientes para expresar todo lo que sentía por él, pero, al mismo tiempo, eran tan simples, tan precisas, que nada podía mejorarlas.

«¿No te arrepientes, Ángel?»

«No», repuse solemnemente.

El propietario del bar le sirvió una copa a un cliente y se acercó a Patch para atenderlo. Lo miró de arriba abajo y, a juzgar por la expresión avinagrada de su rostro, se dio cuenta de que era un ángel caído.

—¿Qué te sirvo? —le preguntó con un repunte de desprecio mientras se secaba las manos con un trapo.

Patch masculló con la voz inconfundible de un borracho:

—Una pelirroja buenorra, a poder ser alta, esbelta y con piernas interminables.

Me acarició la barbilla con la punta de los dedos, y yo me envaré y me zafé de él.

—No estoy interesada —dije bebiendo un sorbo de Sprite con la mirada clavada en el espejo que recubría la pared del bar. Conseguí que mis palabras rezumaran suficiente ansiedad como para captar la atención del propietario del bar.

Se inclinó encima de la barra apoyando sus enormes brazos en la placa de granito

y atravesó a Patch con la mirada.

—La próxima vez léete la carta antes de hacerme perder el tiempo. No ofrecemos a chicas que no estén interesadas, sean o no pelirrojas.

Hizo una pausa para crear un efecto amenazador y luego se encaminó al otro lado de la barra para atender al siguiente cliente.

—Y si es Nefil, mucho mejor —insistió Patch con su voz ebria.

El propietario del bar se detuvo en seco con los ojos cargados de desprecio.

—¿Te importaría bajar la voz? Tenemos compañía: en este local también hay humanos.

Patch le quitó importancia al comentario agitando torpemente el brazo.

—Es un detalle por tu parte que te preocupes por los humanos, pero, con un simple truco psicológico, no se acordarán de nada de lo que he dicho. Lo he repetido tantas veces que puedo hacerlo con los ojos cerrados —dijo arrastrando ligeramente las palabras.

—¿Quieres que este desgraciado se vaya? —me preguntó el dueño del bar—. Dímelo y aviso al de seguridad.

—Gracias por el ofrecimiento, pero puedo arreglármelas sola —repuse—. Tendrás que disculpar a mi ex novio: es un gilipollas rematado.

Patch soltó una carcajada.

—¿Un gilipollas? No era eso lo que decías la última vez que estuvimos juntos —repuso insinuante.

Le lancé una mirada de desprecio.

—No ha sido Nefil desde siempre, ¿sabes? —informó Patch al dueño del bar con aire melancólico—. Puede que hayas oído hablar de ella. La heredera de la Mano Negra. Me gustaba más cuando era humana, pero siempre te da prestigio salir por ahí con la Nefil más famosa de la Tierra.

El propietario del bar me miró interesado.

—¿Eres la hija de la Mano Negra?

Fulminé a Patch con la mirada.

—Muchas gracias.

—¿Es verdad que la Mano Negra ha muerto? —preguntó el hombre—. No lo entiendo. Era un gran hombre, que en paz descanse. Mis respetos a tu familia. —Hizo una pausa, algo confundido—. Pero ¿está realmente muerto?

—Eso parece —murmuré por lo bajo. No era capaz de derramar una sola lágrima por Hank, pero conseguí imprimirle a mi voz un tono grave y melancólico que pareció satisfacer al propietario del bar.

—¡Una ronda a la salud del ángel caído que lo hizo! —interrumpió Patch levantando mi vaso para brindar—. Creo que todos estaremos de acuerdo en que fue eso lo que pasó. Parece que la palabra «inmortal» ya no tiene el mismo sentido.

Y se echó a reír con ganas, descargando el puño sobre la barra.

—¿Y tú salías con este cerdo? —me preguntó el dueño del bar.

Miré de reojo a Patch y fruncí el ceño.

—Es algo que querría olvidar.

—Sabes que es... —el dueño del bar hizo una pausa y, bajando la voz, prosiguió—: Un ángel caído, ¿verdad?

Me acerqué el vaso a los labios y tragué con fuerza.

—No me lo recuerdes. Pero me he enmendado: ahora salgo con Dante Matterazzi, cien por cien Nefil. No sé si habrás oído hablar de él.

Era una ocasión perfecta para hacer correr el rumor.

Sus ojos se iluminaron.

—Por supuesto —repuso impresionado—. Es un tipo genial. Todo el mundo conoce a Dante.

Patch cerró los dedos violentamente alrededor de mi muñeca.

—Es todo mentira. Aún estamos juntos. ¿Qué me dices si nos largamos de aquí, cariño?

Di un respingo cuando me tocó, como si estuviera sorprendida.

—¡Quítame las manos de encima!

—Tengo la moto ahí fuera. Deja que te lleve a dar una vuelta. Por los viejos tiempos.

Se levantó y tiró de mí tan bruscamente que tumbó el taburete en el que estaba sentada.

—Avisa al de seguridad —le ordené al dueño con voz angustiada—. Deprisa.

Patch me arrastró hacia la puerta principal y, cuando fingí revolverme para zafarme de él, supe que lo peor aún estaba por llegar.

El guardia de seguridad se plantó en nuestro camino con los brazos en jarras. Era un Nefil un palmo más alto que Patch y con varios kilos más que él. Sin dudarle ni un segundo, agarró a Patch por el gaxate y lo lanzó contra la pared sin contemplaciones. Serpentine estaba en su momento álgido y su música ahogaba los gritos de la pelea; sin embargo, todos los que se encontraban cerca se retiraron unos pasos y formaron un semicírculo de curiosos alrededor de los dos hombres.

Patch levantó las manos a la altura de los hombros y esbozó una sonrisa ebria.

—Oye, yo no quiero problemas.

—Demasiado tarde —dijo el guardia de seguridad, y le dio un buen puñetazo en la cara. La piel de encima de la ceja se le abrió y la sangre empezó a brotar. Tuve que morderme los labios para no soltar un grito ahogado y me costó lo mío no correr a su lado.

El guardia de seguridad apuntó hacia la puerta con la cabeza.

—Si no quieres tener problemas, será mejor que no vuelvas por aquí. ¿Entendido?

Patch avanzó a trompicones hacia la salida, saludando perezosamente al guardia con la mano.

—Sí, sí...

El guardia le plantó el pie en la parte trasera de la rodilla, y Patch se precipitó sobre el suelo de cemento de la entrada.

—Perdona, es que se me ha resbalado el pie.

Un hombre se rio en el interior del local: tenía una risa grave y contundente que me llamó la atención. No era la primera vez que la oía. Si aún hubiera sido humana, no la habría reconocido, pero todos mis sentidos se habían agudizado. Agucé la mirada tratando de identificar al responsable de esa risa irritante.

Ahí estaba.

Sombrero de Cowboy. Esa noche no llevaba ni sombrero ni gafas de sol, pero habría reconocido esos hombros encorvados y esa sonrisa cáustica con los ojos cerrados.

«¡Patch!», grité mentalmente, sin saber si estaba lo bastante cerca para oírme. Ahora que la pelea ya había terminado, la gente se iba repartiendo a mi alrededor, ocupando los espacios que habían quedado vacíos. «Uno de los Nefilim de la cabaña. ¡Está aquí dentro, justo delante de la puerta de entrada! Lleva una camisa de franela roja y negra, tejanos y unas camperas».

Esperé, pero no hubo respuesta.

«¡Patch!», grité de nuevo empleando todo mi poder mental. Si no quería levantar la liebre, no podía seguirle afuera.

Vee apareció junto a mí.

—¿Qué pasa? Dicen que ha habido una palea. ¡No puedo creer que me la haya perdido! ¿Has visto algo?

Me la llevé a un lado.

—Necesito que me hagas un favor. ¿Ves ese tío que está junto a la puerta, el de la camisa de franela de paleta? Necesito que descubras cómo se llama.

Vee frunció el ceño.

—¿A qué viene esto?

—Ya te lo explicaré más tarde. Coquetea con él, róble la cartera, lo que se te ocurra. Pero no menciones mi nombre, ¿vale?

—Lo haré con una condición: una doble cita. Tú y tu novio el matón, y Scott y yo.

No tenía tiempo de explicarle que Patch y yo habíamos cortado, así que le contesté:

—Vale. Y ahora date prisa o desaparecerá entre la multitud.

Vee hizo chasquear los nudillos y se alejó contoneándose. No me quedé para ver cómo se las arreglaba. Me abrí camino entre el gentío, llegué a la puerta trasera, y no

paré de correr hasta que alcancé la salida del callejón. Luego rodeé el edificio mirando a un lado y a otro en busca de Patch.

«¡Patch!», le grité a la oscuridad.

«¿Ángel? ¿Qué estás haciendo? Es peligroso que nos vean juntos».

Me volví, pero Patch no estaba allí. «¿Dónde estás?»

«Al otro lado de la calle. En una camioneta».

Busqué con la mirada y, finalmente, localicé una camioneta Chevy de un marrón rojizo aparcada junto a la acera. Se confundía con el fondo de edificios destartados. Tenía los cristales tintados, así que la cabina quedaba fuera del alcance de las miradas curiosas.

«¡Uno de los Nefilim de la cabaña está en La Bolsa del Diablo!»

Silencio.

«¿Ha visito la pelea?», preguntó Patch al cabo de un instante.

«Sí».

«¿Qué aspecto tiene?»

«Lleva una camisa de franela negra y roja y botas camperas».

«Hazle salir del edificio. Si los que le acompañaban en la cabaña están con él, que salgan también. Quiero hablar con ellos».

Viniendo de Patch, ese comentario tenía un tinte siniestro, pero esos se lo habían buscado. Todos los sentimientos compasivos que pudieran inspirarme se habían esfumado en el momento en el que me habían arrojado dentro de su camioneta.

Volví corriendo a La Bolsa del Diablo y traté de abrirme paso entre el gentío que se apelotonaba alrededor del escenario. Serpentine continuaban entregados a su actuación, con una balada que el público seguía con entusiasmo. No sabía cómo iba a arreglármelas para sacar a Sombrero de Cowboy del local, pero conocía a una persona que podría ayudarme.

«¡Scott!», grité con todas mis fuerzas. Era inútil. La música hacía vibrar todo el local y no iba a conseguir que me oyera. Además, estaba completamente concentrado.

Me puse de puntillas y traté de localizar a Vee. Enseguida la vi acercándose a mí.

—He empleado todos mis trucos, pero ninguno ha funcionado —me informó—. Tal vez necesite un corte de pelo. —Se olfateó los sobacos y añadió—: Yo diría que el desodorante aún aguanta.

—¿Se ha largado?

—Sí, y tampoco he conseguido su nombre. ¿Significa eso que no tendremos esa doble cita?

—Ahora vuelvo —le dije, y me encaminé al callejón una vez más. Cuando avanzaba con paso firme decidida a acercarme lo bastante a Patch como para decirle mentalmente que obligar a nuestro amigo Nefil a salir de La Bolsa del Diablo iba a ser más difícil de lo que creíamos, dos figuras oscuras que conversaban en voz baja

delante de la salida trasera del edificio vecino me obligaron a detenerme.

Pepper Friberg y... Dabria.

Dabria había sido un ángel de la muerte y había salido con Patch antes de que los dos fueran expulsados del cielo. Patch me juró y me perjuró que habían tenido una relación aburrida, casta y más bien de conveniencia. Aun así, después de decidir que yo era una amenaza para sus planes de reanudar su relación con Patch aquí en la Tierra, Dabria había intentado matarme. Era guay, rubia y sofisticada. Nunca la había visto mal peinada, y su sonrisa me helaba la sangre. Ahora era un ángel caído y se dedicaba a timar a pobres víctimas con el falso pretexto de tener el don de ver el futuro. Era uno de los ángeles caídos más peligrosos que conocía y estaba convencida de que yo encabezaba su lista de enemigos.

Retrocedí y pegué la espalda en la pared de La Bolsa del Diablo. Contuve el aliento durante unos segundos; afortunadamente, todo indicaba que ni Pepper ni Dabria me habían visto. Me acerqué unos pasos, pero no quise tentar a la suerte. En cuanto estuviera lo bastante cerca como para oír lo que estaban diciendo, cualquiera de los dos habría podido percibir mi presencia.

Pepper y Dabria hablaron durante unos minutos más, y luego ella se volvió y se alejó callejón abajo. Pepper hizo un gesto obsceno a sus espaldas. Eran imaginaciones mías, ¿o parecía especialmente de mal humor?

Esperé a que Pepper también se fuera y salí de las sombras para volver directamente a La Bolsa del Diablo. Encontré a Vee en nuestro sofá y me senté junto a ella.

—Necesito vaciar el local ahora mismo —le dije.

Vee me miró desconcertada.

—¿Perdona?

—¿Y si grito «fuego»? ¿Crees que funcionaría?

—Eso de gritar «fuego» está ya muy visto. También podrías gritar «policía», pero supongo que tampoco es muy original. Pero ¿a qué viene tanta prisa? No creo que Serpentine sean tan malos.

—Ya te lo contaré...

—... luego —dijo Vee asintiendo con la cabeza—. Lo veía venir. Si yo estuviera en tu lugar, gritaría «policía». Seguro que en este local hay más de uno que se dedica a actividades ilegales. Grita «policía» y verás movimiento.

Me mordí nerviosamente el labio, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Estás segura?

Algo me decía que ese plan podía estallarme fácilmente en la cara. Pero, una vez más, no tenía opción. Patch quería hablar con Sombrero de Cowboy, y yo quería lo mismo. También quería que acabara deprisa con el interrogatorio para poder contarle que había visto a Dabria y a Pepper.

—Treinta y cinco por ciento segura...

Su voz se apagó en cuanto un golpe de aire frío irrumpió en la sala. Al principio no supe determinar si la razón de la caída repentina de temperatura eran las puertas, que habían quedado abiertas, o mi respuesta física al intuir problemas... del peor tipo.

Un río de ángeles caídos entró en La Bolsa del Diablo. Empecé a contarlos, pero perdí la cuenta en el número diez: parecía haber infinitos. Se movían tan deprisa que solo veía figuras borrosas entrando a toda velocidad. Estaban listos para luchar, meneando los puños y las navajas, agitando herramientas de hierro ante todo el que encontraban a su paso. En medio de la refriega, contemplé con impotencia a dos chicos Nefilim desplomándose sobre sus rodillas, resistiéndose inútilmente a los ángeles caídos que los rodeaban y les exigían que les juraran lealtad.

Un ángel caído, delgado y pálido como la luna, descargó brutalmente el brazo sobre el cuello de una chica Nefil y se lo rompió mientras ella gritaba de dolor.

El chico inspeccionó el rostro de la muchacha. Curiosamente era una chica muy parecida a mí, con la misma cabellera larga y rizada, y también mi mismo peso y compleción. Estudió su rostro y soltó un grito de impaciencia mientras paseaba su mirada fría por la multitud. Tuve la sensación de que estaba buscando a su siguiente víctima.

—Tenemos que salir de aquí —me instó Vee con urgencia, cogiéndome de la mano—. Por aquí.

¿Había presenciado Vee esa escena? ¿Había visto cómo el ángel caído le rompía el cuello a esa pobre chica? Y, en caso de que así fuera, ¿cómo se las arreglaba para mantener la calma? Antes de que tuviera tiempo de preguntármelo, mi amiga me empujó entre el gentío.

—¡No mires atrás! —me gritó al oído—. ¡Y date prisa!

Deprisa. De acuerdo. El problema era que teníamos al menos a cien personas por delante. En cuestión de segundos, la multitud se había convertido en una masa desquiciada que se apretaba y se revolvió para llegar a la salida. Serpentine había dejado una canción a medias. Ya era demasiado tarde para retroceder en busca de Scott. Solo esperaba que hubiera podido escapar por la puerta trasera.

Tenía a Vee pegada a los talones y se me echaba encima tan a menudo que me pregunté si estaría tratando de protegerme con su cuerpo. Poco sabía ella que sería yo quien la defendería en caso de que los ángeles caídos nos eligieran como víctimas. A pesar de mi única pero agotadora sesión de entrenamiento con Dante, no creía que tuviera muchas posibilidades de salir airosa.

De pronto, sentí el impulso de volver atrás y luchar. Los Nefilim tenían derechos. Yo tenía derechos. Los ángeles caídos no eran dueños de nuestros cuerpos, no podían argüir ninguna razón justa para poseernos. Había asegurado a los arcángeles que detendría la guerra, pero ahora me daba cuenta de que tenía un interés personal en el

asunto. Quería la guerra, y quería la libertad, para no tener que arrodillarme y jurarle a nadie que le entregaba mi cuerpo.

Pero ¿cómo podía conseguir lo que deseaba y al mismo tiempo satisfacer a los arcángeles?

Vee y yo respiramos al fin el aire frío de la noche. La multitud se sumergió en la oscuridad esparciéndose hacia ambos lados de la calle. Sin detenernos a tomar aliento, corrimos hacia el Neon.

Capítulo



Vee avanzó unos metros sorteando los baches del camino de la granja y apagó el equipo de música.

—Bueno, menuda nohecita —dijo—. ¿Qué era eso? ¿Una pelea entre las bandas de los greasers y los socs?

Yo había estado conteniendo el aliento hasta entonces, pero al oírla respiré, aliviada. Por suerte, Vee no había visto lo peor de la noche: ni la gente hiperventilando aterrorizada, ni sus gestos histéricos con las manos, ni por supuesto la escena en la que le rompían el cuello a una chica.

—¡Pero qué dices! ¡Si ni siquiera te has leído *Rebeldes*!

—Pero he visto la película. Matt Dillon estaba muy bueno cuando era joven.

Se impuso un silencio denso y expectante.

—Vale, dejémonos de tonterías —decidió Vee—. Vamos al tema. Desembucha.

Cuando vacilé, añadió:

—Lo de esa pelea ha sido una locura, pero antes de eso algo ya iba mal. Te has comportado de forma extraña durante toda la noche. No has parado de entrar y salir de La Bolsa del Diablo. Y luego, de pronto, querías desalojar el local. Vamos, dame una explicación.

Y ahí se complicaban las cosas. Quería contarle a Vee toda la verdad, pero era de vital importancia para su seguridad que se creyera las mentiras que iba a contarle. Si Sombrero de Cowboy y sus compinches iban en serio en eso de investigar mi vida, tarde o temprano se enterarían de que Vee era mi mejor amiga. No podía soportar la idea de que la amenazasen o la interrogasen, pero si lo hacían, quería que todas las respuestas que les diera resultaran convincentes. Y, lo más importante, quería que les dijera sin vacilaciones que yo había cortado todos mis vínculos con Patch. Mi única intención era echar agua al fuego antes de que se descontrolara.

—Esta noche, cuando estaba sentada en la barra, se me ha acercado Patch... Y ha sido horrible —empecé a decir pausadamente—. Estaba... borracho. Ha dicho varias tonterías y yo me he negado a irme con él, y entonces ha empleado la fuerza física.

—Mierda —murmuró Vee entre dientes.

—El guardia de seguridad lo ha echado a patadas del local.

—Uau... ¡Qué fuerte! ¿Y tú cómo te sientes?

Cerré los puños sobre mi regazo.

—Patch y yo lo hemos dejado.

—¿Cómo? Pero ¿dejado del todo?

—Definitivamente.

Vee se inclinó hacia mí y me dio un abrazo. Abrió la boca para decir algo, pero al ver la expresión de mi rostro se lo pensó mejor.

—Me lo callo, pero ya sabes que lo estoy pensando.

Una lágrima me asomó por el rabillo del ojo. Vee estaba visiblemente aliviada, y eso me hacía sentir aún más despreciable. Le había mentado. Era una mala amiga, lo sabía, pero no tenía ni idea de cómo remediarlo. Lo único que intentaba era evitar que Vee saliera perjudicada.

—¿Y qué pasaba con el tío de la camisa de franela?

«No le harán daño si no puede contarles nada».

—Antes de que le dieran la paliza, Patch me ha advertido de que me mantuviera alejada del hombre de la camisa de franela. Me ha dicho que lo conocía y que tenía problemas. Por eso te he pedido que averiguases su nombre. Le he pillado mirándome en más de una ocasión y he empezado a ponerme nerviosa. He pensado que tal vez quería seguirme hasta casa y, para evitarlo, he decidido desatar el caos entre la gente. Así, cuando saliéramos de La Bolsa del Diablo, no le resultaría fácil seguirnos.

Vee dejó escapar un largo suspiro.

—Me creo que hayas roto con Patch, pero no me trago ni una palabra de lo demás.

Di un respingo.

—Vee...

Levantó una mano y me dijo:

—Lo entiendo. Tienes tus secretos, y uno de estos días me contarás lo que ocurre. Y yo te contaré los míos. —Levantó las cejas a conciencia—. No pasa nada. No eres la única que tiene secretos. Te desvelaré los míos cuando llegue el momento, y supongo que tú harás lo mismo.

Me la quedé mirando con los ojos muy abiertos. No había esperado que nuestra conversación tomara ese cauce.

—¿Tú tienes secretos? ¿Qué secretos?

—Secretos jugosos.

—¡Cuéntamelos!

—Uy, fíjate —dijo señalando el reloj del salpicadero—. Creo que ha sonado tu toque de queda.

Yo estaba con la boca abierta.

—No puedo creer que me hayas ocultado cosas.

—Y yo no puedo creer que seas tan hipócrita.

—Esta conversación no ha terminado —le advertí abriendo la puerta de mala

gana.

—No es lo mismo del otro lado, ¿verdad?

Le di las buenas noches a mi madre, y luego me encerré en mi habitación y llamé a Patch. Cuando Vee y yo habíamos salido de La Bolsa del Diablo, la Chevy marrón ya no estaba aparcada junto a la acera. Supuse que Patch se había ido antes de que los ángeles caídos hicieran su aparición sorpresa, porque si hubiera creído que yo podía estar en peligro, habría entrado en el local sin dudar; sin embargo, lo que más me interesaba era saber si le había echado el guante a Sombrero de Cowboy. Seguramente estaban manteniendo una conversación en ese preciso instante. Me pregunté si Patch le estaría interrogando o más bien amenazando. Probablemente ambas cosas.

Saltó el contestador de Patch y colgué. Dejarle un mensaje me pareció demasiado arriesgado. Además, vería la llamada perdida y reconocería mi número. Esperé que aún tuviera planeado pasar por casa esa noche.

Sabía que nuestra pelea estaba preparada, pero quería asegurarme de que nada había cambiado. Estaba inquieta, y necesitaba saber que aún nos encontrábamos en el mismo punto emocional que antes de nuestra representación.

Decidí volver a marcar el número de Patch para asegurarme, y luego me metí en la cama hecha un manojo de nervios.

El día siguiente era martes: Jeshván empezaría cuando se levantara la nueva luna.

Después del terrible ataque de esa noche, tenía la sensación de que los ángeles caídos estaban contando las horas para poder dar rienda suelta a su cólera.

Me despertó el crujir del suelo de madera. Cuando mi visión se adaptó a la oscuridad, descubrí dos piernas largas y musculadas enfundadas en unos pantalones blancos.

—¿Dante? —balbucí alargando el brazo hacia la mesilla de noche en busca del despertador—. Hum... ¿Qué hora es? ¿En qué día estamos?

—Martes por la mañana —respondió—. ¿Sabes lo que eso significa?

Me cayó una pelota de ropa deportiva en plena cara.

—Te espero fuera. Sal cuando te vaya bien.

—¿En serio?

Vi brillar su sonrisa blanca en la oscuridad.

—No puedo creer que te lo hayas tragado. Quiero tu culo abajo en menos de cinco minutos.

Al cabo de cinco minutos justos, salía por la puerta a regañadientes, tiritando de frío. Estábamos a mediados de octubre y soplaba un viento suave que se llevaba las hojas de los árboles y hacía crujir sus ramas. Hice un par de estiramientos y di unos cuantos saltos para acelerar la circulación de la sangre.

—Sigue así —me ordenó Dante, y salió disparado hacia los árboles del otro lado

de la calle.

Aún no me entusiasmaba la idea de meterme en el bosque a solas con Dante, pero pensé que si lo que quería era hacerme daño, había tenido un montón de oportunidades la noche anterior. Así que corrí tras él, buscando con la mirada el destello blanco que ocasionalmente me iba señalando su presencia. Mi agudeza visual no debía de ser nada comparada con la suya, porque mientras yo tropezaba con los troncos cada dos por tres, perdía el ritmo al meter el pie en algún agujero y me daba de bruces con las ramas bajas, él flotaba como el viento. Cada vez que oía su risa burlona, apretaba el paso decidida a arrojarlo por la primera cuesta empinada que encontrara. Aquello estaba lleno de barrancos; solo necesitaba acercarme lo bastante a él para mandarlo montaña abajo.

Al cabo de un buen rato, Dante se detuvo y, cuando lo alcancé, me lo encontré echado sobre una enorme roca con las manos detrás de la cabeza. Se había quitado los pantalones de correr y la sudadera, y llevaba unos shorts y una camiseta ajustada. Salvo tal vez por el suave movimiento de su caja torácica, nunca habría imaginado que acababa de correr unos quince kilómetros cuesta arriba.

Me arrastré hacia la roca y me eché junto a él.

—Agua —supliqué sin aliento.

Dante se apoyó en el codo para incorporarse.

—Ni lo sueñes. Te voy a dejar seca como una pasa. El agua alimenta las lágrimas, y las lágrimas son algo que no puedo soportar. Y, en cuanto veas lo que te tengo preparado, te entrarán ganas de llorar. ¡Menos mal que no podrás!

Me cogió por las axilas y me puso en pie. El alba empezaba a clarear por el horizonte, tiñendo el cielo de un rosa helado. Estando allí de pie en esa roca, nuestra vista alcanzaba kilómetros de distancia. Las coníferas, los abetos y los cedros se extendían como una alfombra en todas direcciones, cubriendo las colinas y el barranco profundo que atravesaba el paisaje como una cicatriz.

—Elige uno —me mandó Dante.

—¿Un qué?

—Un árbol. En cuanto lo hayas arrancado, podrás irte a casa.

Miré a mi alrededor, desconcertada: esos árboles debían de tener cientos de años y el diámetro de su tronco era como el de tres postes de teléfono juntos. No me lo podía creer.

—Dante...

—¡A fortalecer los músculos!

Me dio una palmada en la espalda para animarme y volvió a echarse tranquilamente encima de la roca.

—Esto será mejor que la tele.

—Te odio.

Soltó una carcajada.

—No, aún no. Pero espera a ver dentro de una hora...

Al cabo de una hora, había puesto toda mi energía —y tal vez toda el alma— en arrancar un cedro realmente cabezota y nada complaciente. Era un ejemplar de cedro sano y regio que apenas se inclinó ligeramente. Traté de tumbarlo, arrancarlo de raíz, patearlo para que obedeciera, e incluso golpearlo inútilmente con los puños. Decir que el árbol había ganado la partida era quedarse corto. Y, mientras, Dante había estado repantingado en su roca, riéndose, resoplando y gritando a voces comentarios burlones. Al menos a uno de los dos le resultaba divertida la experiencia.

Estuvo paseándose tranquilamente arriba y abajo, con una sonrisa sutil y odiosa en el rostro. Y al rato se rascó el codo y dijo:

—Y bien, Jefe del Gran Ejército de los Nefilim, ¿no ha habido suerte?

Regueros de sudor me recorrían el rostro y me caían al suelo gota a gota desde la punta de la nariz y la barbilla. Tenía profundos arañazos en las palmas de las manos, las rodillas peladas, me había torcido el tobillo, y todos los músculos de mi cuerpo gritaban agónicamente. Tiré de la camiseta Dante y la empleé para secarme la cara. Y luego me soné la nariz con ella.

Dante retrocedió unos pasos con las palmas levantadas.

—¡Eh, eh!

Alargué el brazo hacia el árbol que había elegido y admití con un sollozo:

—No puedo hacerlo. No estoy hecha para esto. Nunca seré tan fuerte como tú, o cualquier otro Nefil.

Noté que el labio inferior me temblaba por la vergüenza y la decepción.

—Tranquila, Nora —dijo entonces Dante con la expresión más relajada—. Sabía que no podrías hacerlo. Ahí estaba la gracia. Quería ponerte un objetivo imposible para que, más adelante, cuando ya fueras capaz de lograrlo, te dieras cuenta de hasta dónde habías llegado.

Me lo quedé mirando mientras me hervía la sangre.

—¿Qué? —me preguntó.

—¿Que qué? ¿Estás loco? Hoy tengo clase. Y debo estudiar para un examen. Creía que me estaba esforzando por algo que valía la pena, pero ahora resulta que solo me estabas poniendo a prueba. Bueno, pues aquí lo tienes: tiro la toalla. ¡Me rindo! Yo no pedí nada de esto. Fue idea tuya. Hasta ahora tú has tomado todas las decisiones, y ha llegado mi turno. ¡ME LARGO!

Sabía que estaba deshidratada y que probablemente no pensaba con claridad, pero ya se me había acabado la paciencia. De acuerdo, me habría gustado tener más resistencia y más fortaleza, y aprender a defenderme. Pero eso era ridículo. ¿Arrancar un árbol? Yo lo había intentado con todas mis fuerzas, y él se había quedado allí echado, burlándose, a sabiendas de que nunca sería capaz de conseguirlo.

—Pareces muy cabreada —observó frunciendo el ceño mientras se acariciaba la barbilla con expresión perpleja.

—¿No me digas?

—Tómalo como una demostración práctica. Una evaluación.

—¿Esto? ¿Una evaluación? —Y le enseñé el dedo corazón.

—Estás sacando las cosas de quicio. Te das cuenta, ¿no?

De acuerdo, al cabo de dos horas, tal vez lo vería. Después de haberme duchado, rehidratado y aterrizado en la cama. Cosa que, por mucho que me apeteciera, no podría hacer, porque tenía clase.

—Eres el jefe del ejército —me empezó a decir Dante—, y también eres una Nefil atrapada en un cuerpo humano. Tienes que entrenarte más que todos nosotros, porque estás en gran desventaja. No te hago ningún favor poniéndotelo fácil.

Lo fulminé con la mirada mientras el sudor me empapaba los ojos.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no quiero este trabajo? ¿Que no quiero ser jefe del ejército?

Se encogió de hombros.

—Eso no importa. Ya está hecho. No sirve de nada hacer castillos en el aire.

—¿Por qué no escenificas un golpe de Estado y me usurpas el puesto? —murmuré, desanimada, medio en broma. Por lo que yo sabía, Dante no tenía ningún motivo para mantenerme en el poder y velar por mi vida—. Lo harías mil veces mejor que yo. A ti te importa de verdad.

Volvió a acariciarse la barbilla.

—Bueno, ahora que lo dices...

—No tiene gracia, Dante.

Su sonrisa se desvaneció.

—No, no la tiene. Por si te sirve de algo, le juré a Hank que te ayudaría a tener éxito en tu misión. Mi vida pende de un hilo tanto como la tuya. No vengo aquí cada mañana para ganarme el cielo. Te entreno porque necesito que ganes. Mi vida está en tus manos.

Traté de asimilar sus palabras.

—¿Me estás diciendo que si no voy a la guerra y gano, tú vas a morir? ¿Es ese el juramento que le hiciste a Hank?

Dejó escapar un intenso suspiro y respondió:

—Sí.

Cerré los ojos y me presioné las sienes con los dedos.

—Ojalá no me lo hubieses contado.

—¿Estresada?

Apoyé la espalda en la roca y dejé que la brisa me acariciara la piel. Luego inspiré profundamente un par de veces. Resumiendo: no solo me arriesgaba a matar a mi

madre y acabar con mi vida si no encabezaba el ejército de Hank, sino que, además, si no conseguía la victoria para las tropas Nefilim, también condenaba a muerte a Dante. Pero ¿y qué había de la paz? ¿De mi trato con los arcángeles?

Maldito Hank. Todo era por su culpa. Si no estaba consumiéndose en el infierno, es que no había justicia en este mundo... ni tampoco fuera de él.

—Lisa Martin y los altos cargos Nefilim quieren verte otra vez —dijo Dante—. He estado dándoles largas, porque la idea de la guerra no te entusiasma demasiado, y me preocupa su reacción. Necesitamos que te mantengan en el poder. Y, para que eso sea posible, es preciso que piensen que tus deseos y los suyos son los mismos.

—Aún no quiero reunirme con ellos —repuse automáticamente—. Sigue dándoles largas.

Necesitaba tiempo para pensar. Tiempo para decidir por dónde tirar. ¿Quién representaba mayor amenaza: los arcángeles insatisfechos o los Nefilim rebeldes?

—¿Quieres que les diga que, por ahora, prefieres que sea tu portavoz?

—Sí —le respondí agradecida—. Haz lo que sea necesario para conseguirme un poco más de tiempo.

—Por cierto, ya me enteré de vuestra falsa ruptura de anoche. Parece que montasteis un buen espectáculo. Los Nefilim se lo tragaron.

—Pero tú no.

—Patch me puso sobre aviso —dijo guiñándome el ojo—. Pero tampoco me lo hubiera creído. Os he visto juntos. Lo que tenéis no se acaba así como así. Toma —añadió alargándome una botella de Gatorade bien fría—. Bébetela. Has perdido mucho líquido.

Abrí la botella asintiendo agradecida y me la bebí con ganas. El líquido azul bajó por mi garganta y se espesó al instante taponando mi esófago. Un calor intenso me atenazó el cuello y enseguida se propagó por todo mi cuerpo. Me incliné hacia delante, tosiendo y jadeando.

—¿Qué demonios es esto? —mascullé a punto de devolver.

—Hidratación post-entreno —me explicó sin osar mirarme a los ojos.

El brebaje seguía ahogándome y mis pulmones empezaron a agitarse espasmódicamente.

—Creía... que era Gatorade... ¡Es lo que pone... en la botella!

Me miró con cara inexpresiva.

—Es por tu bien —repuso maquinalmente. Y desapareció dejando tras de sí una sombra borrosa.

Yo aún seguía doblada sobre mis piernas, con la sensación de que mis entrañas se derretían poco a poco. De pronto empecé a ver lucécitas azules y el mundo se inclinó primero hacia la izquierda... y luego hacia la derecha. Me llevé ambas manos al cuello y avancé pesadamente, convencida de que si moría allí nadie me encontraría.

Capítulo



Dando un traspié tras otro, conseguí salir del bosque. Cuando llegué a la granja, la sensación de quemazón que me abrasaba los huesos casi había desaparecido. Ya podía respirar con normalidad, pero aún estaba alarmada. ¿Qué me había dado Dante? Y... ¿por qué?

Llevaba una llave de casa colgada del cuello, y abrí la puerta sin llamar. Me quité las zapatillas deportivas, subí las escaleras y pasé sigilosamente por delante de la puerta del dormitorio de mi madre. El reloj de mi mesilla de noche marcaba las siete menos diez. Antes de que Dante hubiera entrado en mi vida, esa era la hora en que acostumbraba despertarme. Normalmente me levantaba llena de energía, pero esa mañana estaba exhausta y preocupada. Cogí ropa limpia y me metí en el baño para ducharme y prepararme para ir al instituto.

A las ocho menos diez, entraba con mi Volkswagen en el parking para estudiantes. Me encaminé hacia la escuela, un edificio gris parecido a una de esas viejas iglesias protestantes. Una vez dentro, metí mis cosas en la taquilla, recogí los libros y me fui a clase. Mi estómago protestaba, hambriento, pero estaba demasiado nerviosa para comer nada. Aún sentía la bebida azul moviéndose desagradablemente en mi interior.

Primero tenía Historia de Estados Unidos. Me senté en mi sitio y le eché un vistazo a mi nuevo móvil por si tenía algún mensaje. Patch aún no había dado señales de vida. «Tranquila —me dije a mí misma—. Estará ocupado». Pero no podía evitar tener la sensación de que algo andaba mal. Patch me había dicho que pasaría por casa la noche anterior, y no era propio de él romper una promesa. Especialmente sabiendo lo intranquila que estaba desde que habíamos roto.

Justo cuando iba a guardármelo en el bolsillo, el móvil me avisó de que había recibido un mensaje de texto.

REÚNETE CONMIGO EN WENTWORTH RIVER DENTRO DE 30 MIN,
rezaba el texto de Patch.

¿ESTÁS BIEN?, le escribí de inmediato.

SÍ. TE ESPERO EN LOS AMARRADEROS. ASEGÚRATE DE QUE NADIE
TE SIGUE.

No era el mejor momento, pero no estaba dispuesta a renunciar a encontrarme con Patch. Aunque me había dicho que estaba bien, yo no me había quedado muy

convencida. Si realmente lo estaba, ¿por qué me pedía que saliera de clase? ¿Y por qué quería que nos encontráramos tan lejos, en los amarraderos?

Me acerqué al escritorio de la señorita Warnock.

—Disculpe, señorita Warnock. No me encuentro muy bien. ¿Puedo ir a echarme un rato en la enfermería?

La señorita Warnock se quitó las gafas y me estudió con atención.

—¿Va todo bien, Nora?

—Son solo esos días del mes —susurré. «¿No podría haber sido algo más creativa?», pensé.

La señorita Warnock dejó escapar un suspiro.

—Si me dieran un dólar por cada estudiante que me dice lo mismo...

—No se lo pediría si estos pinchazos no me estuvieran matando.

Consideré la posibilidad de llevarme la mano al estómago, pero decidí que tal vez sería demasiado.

Al final me dijo:

—Pídele a la enfermera que te dé paracetamol. Pero en cuanto empieces a encontrarte mejor, te quiero aquí de vuelta. Hoy vamos a comenzar con el republicanismo de Jefferson. Si no tienes a alguien fiable que te deje los apuntes, te pasarás las próximas dos semanas perdida.

Asentí enfáticamente.

—Gracias. Se lo agradezco mucho.

Salí del aula, bajé a toda prisa un tramo de escaleras y, después de echar un vistazo en el corredor para comprobar que el subdirector no estuviera haciendo una de sus rondas, me escabullí por una puerta lateral.

Me metí en el Volkswagen y salí a toda prisa del parking. Esa, por supuesto, había sido la parte fácil. Volver a clase sin un justificante firmado por la enfermera ya iba a ser otro cantar. «No te preocupes», pensé. En el peor de los casos, tendría que pasarme una semana yendo al instituto una hora antes para asistir a la clase de castigo.

Sería una excusa tan buena como cualquier otra para escabullirme de Dante, del que ya no me fiaba.

El sol ya estaba alto y el cielo tenía el azul brumoso de otoño; sin embargo, el aire frío que me atravesaba el chaleco anunciaba la llegada inminente del invierno. El parking de los amarraderos de la parte norte del río estaba vacío. Nadie había decidido pasar la mañana pescando ese día. Después de aparcar el coche, me agazapé entre la vegetación durante unos minutos para comprobar que nadie me hubiera seguido. Luego tomé el camino asfaltado que conducía hasta los amarraderos. Enseguida comprendí por qué Patch había elegido ese lugar: aparte de unos cuantos pajarrillos, estábamos completamente solos.

Tres amarraderos se adentraban sobre el río, pero no había ni un solo bote. Caminé hasta el extremo del primero, me protegí los ojos del sol con las manos y miré alrededor. No había señal de Patch.

Mi teléfono sonó.

ESTOY ENTRE LOS ÁRBOLES DEL FINAL DEL CAMINO, me acababa de escribir.

Avancé por el camino dejando atrás los amarraderos y, cuando alcancé los árboles, Pepper Friberg apareció ante mí. Tenía el móvil de Patch en una mano y un arma en la otra. Me quedé mirando fijamente la pistola, y retrocedí un paso inconscientemente.

—No tengo intención de matarte, pero recibir un disparo puede ser terriblemente doloroso —aseguró. Llevaba unos pantalones de poliéster abrochados muy por encima de la cintura y la camisa le hacía unas bolsas nada favorecedoras: al parecer se había abrochado mal los botones. Sin embargo, a pesar de su apariencia de bobo torpón, percibí el poder que desprendía con la misma intensidad que los rayos del sol de verano. Era mucho más peligroso de lo que parecía.

—¿Debo suponer que va a dispararme un experto? —repuse, desafiante.

Sus ojos miraron arriba y abajo del camino, y se secó la frente con un pañuelo blanco: no cabía duda de que estaba ansioso. Se había mordido tanto las uñas que sus dedos parecían muñones.

—Si sabes quién soy, y me atrevería a aventurar que Patch te lo ha contado, entonces también sabrás que no siento el dolor.

—Sé que eres un arcángel y sé que no has respetado las reglas. Patch me contó que has estado llevando una nueva vida, Pepper. ¿Un poderoso arcángel viviendo también como humano? Con tus poderes, debes de haber sacado un buen provecho. ¿Qué buscas? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Pasar un buen rato?

—Ya sabes lo que busco: a Patch —dijo mientras las gotas de sudor volvían a cruzarle la frente. Al parecer ese pañuelo no daba abasto—. ¿Por qué me rehúye?

«Oh, ¿quizá porque quieres mandarlo de cabeza al infierno?» Apunté con la barbilla el móvil de Patch que Pepper sostenía en la mano.

—Un buen truco eso de atraerme hasta aquí con su móvil. ¿Dónde lo has conseguido?

—Se lo quité ayer en La Bolsa del Diablo. Descubrí que se escondía en una camioneta marrón que había aparcada al otro lado de la calle, delante de la entrada. Huyó antes de que pudiera echarle el guante, pero no tuvo tiempo de recoger sus cosas, entre ellas este móvil con todos sus contactos. Me he pasado la mañana llamando y enviando mensajes de texto para dar contigo.

Respiré, aliviada. Patch había escapado.

—Si me has hecho venir hasta aquí para interrogarme, no has tenido suerte. No sé

dónde está. No he hablado con él desde ayer. De hecho, parece que tú eres el último que lo ha visto.

—¿Interrogarte? —El rosa de las puntas de sus orejas de Dumbo se intensificó—. Por Dios, eso suena muy siniestro. ¿Acaso tengo aspecto de un vulgar delincuente?

—Si no quieres preguntarme nada, ¿por qué te has molestado en hacerme venir hasta aquí?

Hasta entonces habíamos mantenido una conversación inofensiva, pero estaba empezando a ponerme nerviosa. No me fiaba un pelo de Pepper y sus numeritos. Tenía que haber una razón para todo aquello.

—¿Ves esa embarcación de ahí?

Seguí la mirada de Pepper hasta la orilla del río. Una flamante lancha motora blanca flotaba en la superficie del agua. Brillante, ostentosa y seguramente muy rápida.

—Bonita lancha. ¿Te vas de viaje? —pregunté tratando de no parecer preocupada.

—Sí. Y tú te vienes conmigo.

Capítulo

S

—Te he dado la oportunidad de resolver esto por las buenas, pero se me está acabando la paciencia —me advirtió Pepper. Se metió la pistola en el bolsillo de los pantalones y se secó la frente con ambas manos—. Si no puedo encontrar a Patch, conseguiré que me encuentre él a mí.

Enseguida vi adónde quería llegar.

—¿Acaso piensas secuestrarme? Oh, no, por supuesto que no eres un vulgar delincuente, Pepper: solo un criminal, un sociópata y un corrupto.

Se desabrochó el cuello de la camisa e hizo una mueca.

—Necesito que Patch me haga un favor. Un pequeño favor. Eso es todo. Es algo inofensivo, te lo aseguro.

Tenía la sensación de que su idea de «favor» significaba lo siguiente: Patch lo seguía hasta el infierno y, una vez allí, Pepper lo dejaba encerrado a traición. Un método eficaz de quitar de en medio a un chantajista.

—Yo soy uno de los buenos —aseguró Pepper—. Un arcángel. Puede confiar en mí. Deberías haberle dicho que confiara en mí.

—Secuestrarme será el mejor modo de perder su confianza. Piénsalo bien, Pepper. Así no vas a conseguir que Patch coopere contigo.

Tiró con fuerza del cuello de la camisa. Se le había puesto la cara tan roja que parecía un cerdo sudoroso.

—La cosa es mucho más complicada de lo que parece. Se me acaban las opciones, ¿entiendes?

—Eres un arcángel, Pepper. Y, sin embargo, aquí estás: rondando por la Tierra con un arma en el bolsillo y amenazando a la gente. No creo que seas inofensivo, del mismo modo que no creo que no quieras hacerle daño a Patch. Los arcángeles no se quedan en la Tierra durante largos períodos de tiempo, y tampoco secuestran a la gente. ¿Sabes lo que pienso? Que te has vuelto malo.

—Estoy aquí cumpliendo una misión. No soy malo, pero tengo que tomarme algunas... libertades.

—Dios mío, casi me convences.

—Tengo un trabajo para tu novio que solo puede hacer él. No quiero secuestrarte, pero me has puesto contra las cuerdas. Necesito que Patch me ayude, y lo necesito ya. Camina hacia la lancha, poco a poco. Un movimiento brusco y disparo.

Pepper hizo un gesto con la mano y la lancha avanzó obedientemente por el agua, hacia el amarradero más cercano. Patch no me había dicho que los arcángeles podían controlar los objetos. La sorpresa no me gustó nada, y me pregunté hasta qué punto podía complicar mis intentos de fuga.

—¿No te has enterado? Patch ya no es mi novio —le dije—. Ahora salgo con Dante Matterazzi. Seguro que has oído hablar de él. Todo el mundo lo conoce. Patch ya forma parte de mi pasado.

—Supongo que pronto lo sabremos, ¿verdad? Si tengo que volver a repetirte que echas a andar, te meteré una de estas balas en el pie.

Levanté las manos al nivel de los hombros y avancé por el amarradero. Deseé haberme puesto la chaqueta tejana en la que Patch había ocultado el busca. Si supiera dónde me encontraba, seguro que iría a buscarme. Tal vez había cosido otro busca en el chaleco que llevaba, pero no podía contar con ello. Y, como no tenía ni idea de dónde se había metido, ni siquiera si estaba bien, tampoco podía contar con él.

—Sube a la lancha —me ordenó Pepper—. Coge la cuerda que hay en el asiento y átate las manos a la barandilla.

—Ya veo que vas en serio —le dije para ganar tiempo. Miré los árboles que bordeaban el río. Si lograba llegar hasta ellos, tal vez podría esconderme. Era más probable que las balas de Pepper les dieran a los árboles que a mí.

—Te tengo reservada una bonita y espaciosa habitación en un almacén a cincuenta kilómetros de aquí. En cuanto lleguemos, llamaré a tu novio.

Cerró el puño, extendió su pulgar rechoncho y rosado, y se llevó la mano al oído, como si fuera un teléfono.

—Ya veremos entonces si llegamos a un acuerdo. Si hace el juramento de encargarse de un asunto personal para mí, tal vez puedas volver a verle, a él y a tus amigos y familiares.

—¿Y cómo piensas llamarle? Su móvil lo tienes tú.

Pepper frunció el ceño. No se le había ocurrido. Tal vez su desorganización jugase a mi favor.

—Entonces tendremos que esperar que nos llame él. Espero por tu bien que se dé prisa.

Subí a la lancha de mala gana. Cogí la cuerda y empecé a atarla en un nudo. No podía creer que Pepper fuera tan estúpido. ¿De veras creía que una cuerda normal y corriente podía retenerme?

Pepper contestó a mi pregunta.

—En caso de que estés pensando en escaparte, que sepas que esta cuerda está encantada. Parece inofensiva, pero es más resistente que el acero. Ah, y en cuanto te hayas atado las manos, la hechizaré de nuevo. Si tiras aunque solo sea un poco de ella para liberarte, soltará una descarga de doscientos voltios.

Traté de mantener la compostura.

—¿Uno de los truquitos de los arcángeles?

—Digamos que soy más poderoso de lo que crees.

Pepper levantó una de sus piernecillas y la plantó en el suelo de la lancha, delante del asiento del piloto. Antes de que pudiera meter dentro su otra pierna, me dejé caer contra el lateral de la lancha, que se alejó inevitablemente del amarradero. Pepper trataba de mantener el equilibrio, con un pie dentro y un pie fuera, mientras la distancia que los separaba iba aumentando.

Pero reaccionó al instante. Se levantó en el aire, más de un metro por encima de la lancha, volando. En la fracción de segundo en que había decidido hacerlo caer, me había olvidado de un detalle: Pepper tenía alas. Y lo que había conseguido era sacarlo de quicio.

Salté al agua, y nadé tan rápido como pude hacia el centro del río mientras las balas de su pistola se sumergían a mi alrededor.

Oí un chapoteo y supe que Pepper se había lanzado al agua tras de mí. Me atraparía en cuestión de segundos y cumpliría su promesa de meterme una bala en el pie, o algo peor. Yo no tenía la fortaleza de un arcángel, pero era una Nefil, y me había entrenado con Dante... dos veces. Así que decidí hacer algo o muy estúpido o muy valiente.

Planté los pies firmemente en el fondo arenoso del río e, impulsándome con todas mis fuerzas, salí disparada fuera del agua. Para mi sorpresa, recorrí varios metros verticalmente, elevándome por encima de las copas de los árboles que se apiñaban en la orilla. Mi vista alcanzaba kilómetros a la redonda, más allá de las fábricas y los campos de cultivo, hasta la autopista punteada de pequeños coches y camiones. Y algo más lejos vi todo Coldwater, con sus grupitos de casas, sus tiendas y sus parques cubiertos de césped.

Enseguida empecé a perder velocidad. El estómago se me volvió del revés y el aire azotó mi cuerpo al bajar. El río ascendía rápidamente hacia mis pies. Sentí la necesidad de agitar frenéticamente los brazos, pero era como si mi cuerpo no estuviera hecho para eso. Ya no era ágil ni eficaz: se había convertido en un auténtico misil. Mis pies se estrellaron contra el amarradero, rompiendo las tablas de madera y hundiéndose de nuevo en el agua.

Más balas silbaron a mi alrededor. Aparté frenéticamente los escombros con las manos, subí a trompicones hacia la ribera y eché a correr hacia los árboles. Dos mañanas de surcar a la carrera la oscuridad me habían proporcionado cierta preparación, pero no explicaban que, de pronto, fuese tan rápida como Dante. Los árboles pasaban junto a mí como manchas borrosas, y mis pies saltaban y brincaban con agilidad, como si pudieran anticipar los movimientos medio segundo antes que mi mente.

Corrí hacia el camino asfaltado sin apenas tocar el suelo, me metí dentro del coche, y salí derrapando del aparcamiento. Para mi sorpresa, ni siquiera me faltaba el aliento.

¿Adrenalina? Tal vez. Pero no lo creía.

Conduje hasta la farmacia Allen y aparqué el coche entre dos camiones que me resguardaban de las miradas de cualquiera que pasara por la calle. Y entonces me hundí en el asiento tratando de hacerme invisible. Estaba bastante segura de que Pepper me había perdido la pista en el río, pero ninguna precaución estaba de más. No podía volver al instituto. Lo que necesitaba era encontrar a Patch, pero no sabía por dónde empezar.

El timbre del móvil me sacó de mis pensamientos.

—Eh, Grey —dijo Scott—. Vee y yo vamos a comer al Taco Hut, pero la gran pregunta del día es: ¿dónde estás? Ahora que a) sabes conducir, y b) dispones de cuatro ruedas (ejem, gracias a mí), no tienes por qué quedarte en la cafetería del instituto. Para que lo sepas...

Ignoré su tono guasón.

—Necesito el número de Dante. Mándamelo en un mensaje, y que sea de prisa —le insté. Tenía su número grabado en mi antiguo móvil, pero no en ese.

—¿Y qué tal «por favor»?

—Pero, bueno, ¿qué es esto? ¿El martes de la doble moral?

—¿Cómo es que necesitas su número? Creía que Dante era tu nov...

Colgué y traté de pensar las cosas con calma. ¿Qué sabía a ciencia cierta? Que un arcángel que llevaba una doble vida quería secuestrarme y usarme de cebo para conseguir que Patch le hiciera un favor. O dejara de chantajearle. O ambas cosas. También sabía que Patch no era el chantajista.

¿Qué información me faltaba? El paradero de Patch. Si estaba a salvo. ¿Se pondría en contacto conmigo? ¿Necesitaba mi ayuda?

«¿Dónde estás, Patch?», le grité al universo.

Sonó el móvil.

AQUÍ TIENES EL NÚMERO DE DANTE. Y HE OÍDO QUE EL CHOCOLATE VA BIEN PARA EL SÍNDROME PREMENSTRUAL, escribió Scott.

—Muy gracioso —dije en voz alta marcando el número. Dante respondió después del tercer tono—. Tenemos que vernos —le espeté.

—Oye, si es por lo de esta mañana...

—¡Por supuesto que es por lo de esta mañana! ¿Qué me has dado? Después de ingerir ese líquido extraño, puedo correr tan deprisa como tú y elevarme quince metros en el aire. Ah, y estoy bastante segura de que mi visión es más que perfecta.

—Todo eso desaparecerá. Para mantener ese ritmo, tendrías que tomar ese líquido azul a diario.

—¿Esa cosa azul tiene nombre?

—Por teléfono no.

—Vale. Pues veámonos.

—En el Rollerland dentro de treinta minutos.

Me quedé sin habla.

—¿Quieres que nos encontremos en la pista de patinaje?

—Son las doce de la mañana de un día laborable. No habrá más que mamás y niños de menos de tres años. Así es más fácil localizar a los posibles espías.

No estaba segura de quién pensaba él que podía estar espiándonos, pero tenía la extraña sensación de que, fuera lo que fuera ese líquido azul, Dante no era el único que lo ambicionaba. Mi mejor hipótesis era que se trataba de algún tipo de droga. Había experimentado sus efectos de primera mano. Proporcionaba poderes fuera de lo normal. Había sido como si no tuviera límites, como si mis capacidades físicas pudieran llegar tan lejos como quisiera. La sensación era excitante... y sobrenatural. Y esto último era precisamente lo que más me preocupaba.

Cuando aún estaba con vida, Hank había experimentado con la hechicería diabólica convocando los poderes del infierno para su propio beneficio. Los objetos que hechizaba siempre desprendían un inquietante halo azul. Hasta entonces había creído que la hechicería diabólica había muerto con Hank, pero empezaba a tener mis dudas. Tal vez fuera una coincidencia que la misteriosa bebida de Dante tuviera también un tono azulado, pero el instinto me decía lo contrario.

Salí del coche y me encaminé hacia el Rollerland mirando a cada instante a mis espaldas para comprobar que nadie me seguía. No vi a ningún sospechoso con abrigo oscuro y gafas de sol. Ni tampoco a gente exageradamente alta, un rasgo que delataba la presencia de los Nefilim.

Entré en Rollerland, alquilé un par de patines del número 38 y me senté en un banco junto a la pista. La iluminación era tenue y una bola de discoteca proyectaba intensos rayos de luz sobre el suelo de madera pulido de la pista. Por los altavoces se oía cantar a Britney Spears. Tal como Dante había predicho, los únicos patinadores de la pista eran niños muy pequeños acompañados de sus madres.

De pronto, el ambiente se cargó de electricidad y supe que Dante había llegado. Se sentó en el banco junto a mí; llevaba unos tejanos oscuros y un polo azul marino ajustado. No se había molestado en quitarse las gafas, y me resultaba imposible verle los ojos. Pensé que tal vez estaba arrepentido de haberme dado ese brebaje y se encontraba en una especie de dilema moral. Así lo esperaba.

—¿Vas a patinar? —me preguntó apuntando hacia mis pies con la barbilla.

Me di cuenta de que él no llevaba patines.

—El cartel de la entrada dice que para entrar tienes que alquilar unos patines.

—Podrías haber engañado al dependiente con un truco psicológico.

Se me ensombreció el ánimo.

—No es mi estilo.

Dante se encogió de hombros.

—Entonces te estás perdiendo muchos de los privilegios de ser Nefil.

—Háblame de la bebida azul.

—Tiene la propiedad de mejorar tus cualidades.

—Eso he notado. ¿Y con qué las mejora?

Dante inclinó la cabeza hacia mí y me dijo en un susurro:

—Hechicería diabólica. No es tan mala como parece —me tranquilizó.

Un escalofrío me recorrió la espalda hasta erizarme el vello de la nuca. No, no, no. Se suponía que la hechicería diabólica se había erradicado de la faz de la Tierra. Había desaparecido con Hank.

—Ya sé lo que es la hechicería diabólica. Y creía que había sido destruida.

Dante frunció las cejas.

—¿Cómo sabes tú lo que es la hechicería diabólica?

—Hank la usaba. Y también lo hacía su cómplice, Chauncey Langeais. Pero cuando Hank murió... —Me detuve. Dante no sabía que yo había matado a Hank, y desvelar mi secreto no iba precisamente a ayudarme a mejorar mi relación con los Nefilim, Dante incluido—. Patch había hecho de espía para Hank.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé. Tenían un trato. Patch nos proporcionaba información sobre los ángeles caídos.

No sabía si Dante se había callado intencionadamente que Patch había accedido a ser espía de Hank a condición de que mi padre biológico me perdonara la vida o si Hank había mantenido ese detalle en secreto.

—Hank le habló a Patch de la hechicería diabólica —mentí para cubrirme las espaldas—. Pero Patch me dijo que cuando Hank murió, la hechicería había desaparecido con él. Patch tenía la sensación de que Hank era el único que sabía cómo manipularla.

Dante negó con la cabeza.

—Hank le encargó a Blakely, su mano derecha, que desarrollara los prototipos de la hechicería diabólica. Blakely sabe más de lo que nunca llegó a saber Hank: se ha pasado los últimos meses encerrado en el laboratorio, aplicándola en cuchillos, látigos y anillos de pinchos para transformarlos en armas letales. Lo último que ha hecho es elaborar una bebida que incrementa los poderes de los Nefilim. Les hemos igualado, Nora —dijo con un brillo de excitación en los ojos—. Antes se necesitaban diez Nefilim para vencer a un solo ángel caído. Ahora ya no. He estado probando la bebida para Blakely y, cuando me la tomo, en la cancha siempre salgo ganando. Puedo enfrentarme a un ángel caído yo solo sin miedo a que sea más fuerte que yo.

Mis pensamientos se aceleraron. ¿Acaso la hechicería diabólica estaba proliferando en la Tierra? ¿Disponían los Nefilim de un arma secreta que habían fabricado en un laboratorio secreto? Tenía que decírselo a Patch.

—¿Y la bebida que me has dado es la misma que has estado probando para Blakely?

—Sí —me dijo con una sonrisa taimada—. Ahora ya entiendes a lo que me refiero.

Si lo que buscaba eran elogios, yo no pensaba dárselos.

—¿Cuántos Nefilim conocen la existencia de esta bebida o la han tomado?

Dante apoyó la espalda en el respaldo del banco y soltó un suspiro.

—¿Eres tú quien quiere saberlo...? —Hizo una pausa significativa—. ¿O quieres compartir nuestro secreto con Patch?

Titubeé y la expresión de Dante se entristeció.

—Tienes que elegir, Nora. No puedes ser leal a nuestro pueblo y al mismo tiempo también a Patch. Hasta ahora lo has intentado, pero la lealtad pasa por tomar partido. O estás con los Nefilim o estás contra nosotros.

Lo peor de todo era que Dante tenía razón. En el fondo, lo sabía muy bien. Patch y yo habíamos acordado que nuestro objetivo en esa guerra era salir los dos ilesos, pero si ese seguía siendo mi único empeño, ¿qué iba a ser entonces de los Nefilim? Se suponía que era su líder y, en cambio, les pedía que confiaran en mi ayuda cuando en realidad no pensaba prestarles ninguna.

—Si le cuentas a Patch lo de la hechicería diabólica, no se guardará la información para él —me advirtió Dante—. Buscará a Blakely y tratará de destruir el laboratorio. No porque tenga un elevado sentido del deber moral, sino para tratar de protegerse. Esto ya no tiene que ver con el mes de Jeshván —me explicó—. Mi objetivo no es mantener a los ángeles caídos a raya para que dejen de poseernos. Mi objetivo es aniquilar a toda la raza de los ángeles caídos con la ayuda de la hechicería diabólica. Y, si aún no se han enterado, pronto lo harán.

—¿Qué? —resoplé.

—Hank tenía un plan. Era este. La extinción de esa raza. Blakely cree que, con un poco más de tiempo, podrá desarrollar un prototipo de arma lo bastante potente como para matar a un ángel caído, algo que nunca se había considerado posible. Hasta ahora.

Me levanté de un salto y empecé a andar arriba y abajo.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Ha llegado la hora de que elijas. ¿Estás con nosotros o no?

—El problema no es Patch. Él no trabaja con los ángeles caídos. Él no es partidario de la guerra.

El único objetivo de Patch era asegurarse de que yo siguiera en el poder, de que

cumpliera con mi juramento y saliera de todo aquello con vida. Pero si le hablaba de la hechicería diabólica, Patch haría exactamente lo que Dante había dicho: tratar de destruirla.

—Si le revelas la existencia de la hechicería diabólica, será nuestro fin —dijo Dante.

Me estaba pidiendo que o bien le traicionara a él, a Scott y a miles de Nefilim inocentes... o bien traicionara a Patch. Sentí el peso de una bola de plomo en el estómago. El dolor era tan agudo que casi no podía incorporarme.

—Tómate esta tarde para pensarlo —me ofreció Dante poniéndose en pie—. A menos que me digas lo contrario, espero que mañana estés lista para entrenar.

Me miró unos instantes, fijamente, pero vi la sombra de la duda en sus ojos pardos.

—Me gustaría pensar que aún estamos del mismo lado, Nora —me dijo pausadamente, y desapareció por la puerta.

Me quedé allí unos minutos, sentada en la oscuridad, rodeada por las risas y los gritos extrañamente alegres de los niños que trataban de hacer maravillas sobre los patines. Incliné la cabeza y enterré el rostro en mis manos. Se suponía que las cosas no tenían que haber ido así. La idea era que yo iba a detener la guerra, ordenar el cese del fuego y alejarme de todo con Patch.

En lugar de eso, Dante y Blakely habían proseguido con lo que Hank había dejado a medias y habían elevado las apuestas a todo o nada. Estúpido, estúpido, estúpido.

En circunstancias normales, no habría creído que Dante y Blakely —y, en realidad, todos los Nefilim— tuvieran posibilidades de aniquilar a los ángeles caídos, pero sospechaba que la hechicería diabólica lo cambiaba todo. ¿Y qué repercusiones tenía eso para mi otra parte del trato? Si los Nefilim emprendían una guerra sin mí, ¿me seguirían considerando responsable los arcángeles?

Sí. Sí lo harían.

Blakely debía de estar recluido en su guarida secreta, sin duda protegido por su propio equipo de seguridad Nefil, experimentando con prototipos cada vez más poderosos y peligrosos. Él era la raíz del problema.

Así que encontrarlos a él y a su laboratorio se convertía en una de mis primeras prioridades.

Justo después de localizar a Patch. Mi estómago se revolvía de preocupación y recé en silencio otra plegaria por él.

Capítulo

10

Cuando ya estaba a punto de llegar al coche, vi una sombra oscura sentada al volante. Me detuve en seco, y lo primero que pensé fue que Sombrero de Cowboy había vuelto a la carga. Contuve el aliento y me pregunté si lo más inteligente no sería huir. Al sopesar racionalmente los pros y los contras, mi imaginación hiperactiva se fue serenando y la sombra oscura acabó adoptando su auténtica forma. Patch me indicó que me metiera en el coche y yo le ofrecí una sonrisa de oreja a oreja: toda mi desazón se había desvanecido de pronto.

—¿Faltando a clase para patinar un rato? —me preguntó en cuanto me senté a su lado.

—Ya me conoces. Las ruedas púrpura son mi debilidad.

Patch sonrió.

—No he visto tu coche en el instituto. Te he estado buscando. ¿Tienes un par de minutos?

Le entregué las llaves del coche.

—Llévalo tú.

Patch condujo hasta un fantástico complejo de casas de lujo emplazado encima de la Bahía de Casco. El encanto histórico de los edificios —construidos con ladrillo rojo y piedra de una cantera local— desvelaba que el complejo tenía más de cien años, pero había sido completamente rehabilitado: ventanas nuevas, columnas de mármol negro y portero. Patch aparcó el coche en una plaza para un solo vehículo y cerró la puerta. De pronto quedamos sumidos en la oscuridad.

—¿Casa nueva?

—Pepper ha contratado a unos cuantos Nefilim que han redecorado mi estudio del Delphic. Necesitaba un lugar seguro y no disponía de tiempo para buscar demasiado.

Salimos del coche, subimos un tramo corto de escaleras y, después de cruzar una puerta, entramos en la nueva cocina de Patch. Una batería de ventanas ofrecía unas vistas espectaculares de la bahía: los veleros punteaban el agua de blanco con sus velas, y una pintoresca niebla azulada envolvía los acantilados que se levantaban perfilando la ensenada. Los tonos otoñales teñían de rojo y naranja los bosques de alrededor, como si el agua estuviera envuelta en llamas. El muelle que había a los pies de las casas parecía el lugar de acceso del servicio.

—Muy chic —le dije.

Me entregó una taza de chocolate caliente desde detrás y me besó en la nuca.

—Pero está más expuesto de lo que querría.

Apoyé la espalda en su pecho mientras le daba un sorbo a mi taza de chocolate caliente.

—Anoche Pepper me sorprendió a la salida de La Bolsa del Diablo. Así que no tuve oportunidad de charlar con nuestro amigo Nefil, Sombrero de Cowboy. De todos modos, hice algunas llamadas y me dediqué a recabar información; entre otras cosas, registré la cabaña a la que te llevaron. El tío no es muy listo. Es la cabaña de sus padres. Su nombre auténtico es Shaun Corbridge y tiene dos años, según la edad Nefil. Juró lealtad hace dos Navidades, y se alistó en el ejército de la Mano Negra. Tiene muy mal genio y un largo historial de consumo de drogas. Al parecer, trata de encontrar el modo de hacerse un nombre y está convencido de que tú eres el camino ideal para conseguirlo. Su tendencia a la estupidez salta a la vista. —Patch volvió a besarme en la nuca, pero esta vez sus labios se entretuvieron allí un buen rato—. Yo también te he echado de menos. ¿Alguna novedad?

Hum... No sabía por dónde empezar.

—Podría contarte que esta misma mañana Pepper ha tratado de secuestrarme y utilizarme como rehén, pero quizá te interesará más saber que Dante me ha dado a beber una especie de poción elaborada con hechicería diabólica. Al parecer, Blakely, la mano derecha de Hank, lleva meses trabajando con la hechicería y ha desarrollado una droga de alto rendimiento para los Nefilim.

—¿Que ha hecho qué? —rugió. Nunca hasta entonces le había visto tan exaltado—. ¿Te ha hecho daño ese miserable de Pepper? ¡Dante se va a enterar! ¡Le voy a hacer pedazos!

Negué efusivamente con la cabeza, y de pronto sentí que las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Comprendía las razones por las que Dante me había dado ese brebaje —necesitaba que tuviera la suficiente fortaleza física como para llevar a los Nefilim a la victoria—, pero no aprobaba sus métodos. Me había mentido. Me había engatusado para que ingiriera una droga que no solo estaba prohibida en la Tierra, sino que era potencialmente peligrosa. Sabía que la hechicería diabólica tenía efectos secundarios, no era tan ingenua. Tal vez los poderes hubieran desaparecido, pero esa pócima había depositado una semilla dañina en mi interior.

—Dante me ha dicho que los efectos de esa bebida no duran más que un día. Esa es la buena noticia. La mala es que está planeando distribuirla a un buen número de Nefilim. Les proporcionaría... superpoderes. Es el único modo en que puedo describirlo. Después de tomármela, he corrido y saltado como nunca, y ese brebaje ha agudizado todos mis sentidos. Dante me ha dicho que en una pelea cuerpo a cuerpo, un Nefil podría vencer a un ángel caído. Y le creo, Patch. He conseguido escapar de

Pepper. Un arcángel. De no haberme tomado esa droga, ahora mismo me tendría encerrada bajo llave.

Una furia helada encendió los ojos de Patch.

—¿Dónde puedo encontrar a Dante? —se limitó a decirme.

No esperaba que Patch se enfureciera tanto, un descuido imperdonable por mi parte, ahora que lo veía en retrospectiva. Le hervía la sangre. El problema era que, si dejaba que fuera a ver a Dante, este sabría que le había revelado a Patch la existencia de la hechicería diabólica. Tenía que jugar muy bien mis cartas.

—Lo que ha hecho ha estado mal, pero solo pensaba en mis intereses —probé.

Soltó una sonora carcajada.

—¿De veras te lo crees?

—Lo que creo es que está desesperado. No encuentra otra salida.

—Entonces es que no la ha buscado bastante.

—También me ha dado un ultimátum. O estoy de su lado y el de los Nefilim, o estoy del tuyo —le confesé levantando las manos y dejándolas caer—. No podía ocultarte esta información. Somos un equipo. Pero tenemos que pensar qué pasos vamos a dar.

—Lo voy a matar.

Dejé escapar un largo suspiro mientras me sujetaba las sienes con los dedos.

—Estás dejando que te ciegue el desprecio que sientes por Dante... y la rabia.

—¿La rabia? —repuso Patch con una risita, pero su tono era claramente amenazador—. Oh, Ángel, «rabia» es una palabra muy suave para describir lo que estoy sintiendo. Acabo de enterarme de que un Nefil se las ha arreglado para meterte hechicería diabólica en el cuerpo. No me importan sus razones, ni tampoco que esté desesperado. Es un error que no volverá a cometer jamás. Y, antes de que empieces a sentir lástima por él, debes saber una cosa: se lo advertí. Le dije que si te hacías el menor rasguño mientras estabas bajo su vigilancia, lo haría responsable a él.

—¿Bajo su vigilancia? —repetí lentamente tratando de atar cabos.

—Sé que te estás entrenando con él —me confesó Patch sin rodeos.

—¿Lo sabes?

—Ya eres mayorcita, y puedes tomar tus propias decisiones. Seguro que debías de tener tus razones para querer que Dante te enseñara a defenderte, y no pensaba impedirte. Confiaba en ti; quien me preocupaba era él, y parece que no iba desencaminado. Te lo preguntaré una vez más. ¿Dónde se esconde? —repetió en un gruñido mirándome con expresión sombría.

—¿Qué te hace pensar que se está escondiendo? —le pregunté abatida; me irritaba sentirme de nuevo atrapada entre Patch y Dante. Entre los ángeles caídos y los Nefilim. Mi intención inicial no había sido ocultarle a Patch nuestras sesiones de entrenamiento; simplemente había querido evitar echar más leña a la rivalidad que

había entre los dos.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando oí la risa gélida de Patch.

—Si es listo, se habrá escondido.

—Yo también estoy enfadada, Patch. Créeme: si pudiera, daría marcha atrás en el tiempo para que esta mañana nunca hubiera ocurrido. Primero tú me pones un busca en la ropa y luego amenazas a Dante a mis espaldas. Vas a la tuya, Patch, y me gustaría sentir que trabajamos juntos.

El nuevo móvil de Patch sonó y enseguida le echó un vistazo a la pantalla. Era un comportamiento poco habitual en él. Normalmente dejaba que saltara el contestador de voz y luego decidía tranquilamente qué llamadas responder.

—¿Esperas una llamada importante? —le pregunté.

—Sí, y tengo que atenderla. Estoy de tu lado, Ángel. Siempre lo he estado. Me duele que pienses que voy en contra de tus deseos. Es lo último que quiero, créeme.

Sus labios se acercaron a los míos, pero el beso fue precipitado: Patch se dispuso al instante a encaminarse hacia las escaleras que conducían al garaje.

—Necesito que me hagas un favor —me dijo mientras se alejaba—. Trata de conseguir más información sobre Blakely. Si llama a casa, los lugares que ha visitado últimamente, cuántos guardaespaldas Nefilim lo protegen, qué prototipos nuevos ha desarrollado y cuándo piensa distribuir su superbrebaje a gran escala. Tienes razón: creo que de momento los únicos que saben de la existencia de la hechicería diabólica son Dante y Blakely. De lo contrario, los arcángeles ya se habrían apoderado de ella. Estamos en contacto, Ángel.

—Entonces... ¿terminaremos esta conversación en otro momento? —le grité, asombrada por su repentina marcha.

Se detuvo al llegar a las escaleras.

—Dante te ha dado un ultimátum, pero, con o sin él, este momento tenía que llegar. No puedo decidir por ti, pero si quieres hablar de ello, házmelo saber. Estaré encantado de ayudar. Conecta la alarma antes de marcharte, ¿vale? Ah, te he dejado una llave en la encimera. Ya sabes que puedes venir siempre que quieras. Estamos en contacto.

—¿Y qué hay de Jeshván? —repuse. Aún tenía un montón de cosas de las que quería hablarle, y él desaparecía a la carrera—. Empieza esta noche, en cuanto aparezca la luna.

Patch asintió con brusquedad.

—Tengo una mala sensación. Estaré pendiente de ti, pero, aún así, quiero que vayas con sumo cuidado. Métete en casa tan pronto como puedas, ¡y antes de que anochezca!

No tenía sentido volver al instituto sin una autorización firmada y, si me marchaba entonces, con suerte solo llegaría a tiempo de asistir a la última clase, así

que decidí quedarme en casa de Patch para pensar y hacer un poco de introspección personal.

Abordé la nevera en busca de algún tentempié, pero estaba vacía. Era evidente que Patch acababa de mudarse y que los muebles venían con el piso. Las habitaciones estaban impecables, pero faltaban los toques personales. Electrodomésticos de acero inoxidable, paredes pintadas de gris y suelo de madera de nogal. Muebles de líneas puras. Televisión de pantalla plana y butacas de piel perfectamente dispuestas. Masculino, con estilo y falta de calidez.

Repasé mentalmente la conversación que acababa de mantener con Patch y decidí que no se había mostrado nada comprensivo con la situación de conflicto en que me había puesto el ultimátum de Dante. ¿Y qué conclusión podía sacar de eso? ¿Que Patch creía que podía resolver las cosas solita? ¿Que elegir entre los Nefilim y los ángeles caídos era pan comido? Porque no lo era. La elección resultaba más difícil con cada día que pasaba.

Reflexioné acerca de lo que sabía a ciencia cierta. Es decir, que Patch quería que descubriera qué estaba tramando Blakely. Probablemente Patch pensaba que Dante era mi mejor contacto, una especie de intermediario que podía conducirme hasta la antigua mano derecha de Hank. Y, para que las líneas de comunicación entre nosotros siguieran abiertas, lo mejor sería que Dante continuara pensando que yo estaba de su lado, que estaba de acuerdo con los Nefilim.

Y lo estaba. En muchos aspectos. Tenían toda mi comprensión, porque el objetivo de su lucha no era el poder o cualquier otra ambición indigna: luchaban por su libertad. Y eso era algo que yo entendía y admiraba. Habría hecho cualquier cosa para ayudarlos. Pero no quería que Blakely o Dante pusieran en peligro a la población de los ángeles caídos. Si los ángeles caídos desaparecían de la faz de la Tierra, Patch desaparecería con ellos. No estaba dispuesta a perder a Patch e iba a hacer lo que estuviera en mi mano para que su especie sobreviviera.

En otras palabras: seguía sin respuestas. Estaba como al principio, jugando en ambos bandos. De pronto me di cuenta de lo irónica que era la vida: en el fondo, yo era como Pepper Friberg. Lo único que nos diferenciaba era que yo deseaba definirme. Eso de actuar siempre a escondidas, mintiendo y fingiendo ser leal a dos bandos opuestos me estaba quitando el sueño. Mi mente empezaba a estar exhausta de tanto fabricar mentiras que me salvaran de quedar atrapada en la tela de araña que yo misma había tejido.

Suspiré con ganas y le di otra oportunidad a la nevera de Patch. Nada: no había aparecido ningún tarro de helado desde la última vez que la había abierto.

Capítulo

11

A las cinco de la madrugada mi colchón se hundió bajo el peso de un segundo cuerpo. Abrí los ojos de golpe y descubrí a Dante sentado a los pies de la cama, mirándome con expresión sombría.

—¿Y bien? —se limitó a preguntarme.

Me había pasado todo el día anterior, hasta bien entrada la noche, tratando de resolver mi dilema, y finalmente me había decidido por una estrategia. Ahora había llegado la parte más difícil: llevarla a término.

—Dame cinco minutos para vestirme y me reúno contigo fuera.

Levantó ligeramente las cejas, temeroso, pero visiblemente esperanzado.

—¿Significa eso lo que creo?

—No me entreno con ángeles caídos, ¿verdad?

No fue una respuesta muy directa, y esperé que Dante no me pidiera que concretara más.

—Cinco minutos entonces —dijo con una sonrisa.

—Pero nada de brebajes azules —advertí cuando alcanzaba la puerta. Dante se detuvo y añadió—: Solo quería dejarlo claro.

—¿No te convenció la muestra de ayer? —me preguntó sin atisbo de remordimiento.

Se me encogió el alma: lo único que adiviné en su expresión fue decepción.

—Algo me dice que sanidad no lo aprobaría.

—Si cambias de opinión, invita la casa.

Decidí aprovechar el curso que había tomado la conversación.

—¿Está Blakely desarrollando otras bebidas de ese tipo? Y ¿cuándo crees que ampliará su grupo de prueba?

Se encogió de hombros.

—Hace tiempo que no hablo con Blakely —respondió, sin comprometerse.

—Ah, ¿no? Pero si estás probando sus nuevos prototipos, y los dos estabais muy unidos a Hank. Me sorprende que no mantengáis el contacto.

—¿Conoces el dicho: «No hay que poner todos los huevos en la misma cesta»? Pues esa es nuestra estrategia. Blakely desarrolla los prototipos en su laboratorio y otra persona me los hace llegar. Así, si nos pasara algo a cualquiera de los dos, el otro estaría a salvo. No sé dónde está Blakely, de modo que si los ángeles caídos me

raptaran y me torturaran, no podría darles información de utilidad. Haremos lo de siempre. Empezaremos con una carrera de veinticuatro kilómetros, así que asegúrate de estar bien hidratada.

—Un momento. ¿Y qué ha pasado en Jeshván?

Estudié su rostro con determinación, preparándome para lo peor. La noche anterior había estado varias horas despierta, esperando percibir el comienzo de ese mes crucial con los nervios de punta. Creía que se produciría un cambio en el ambiente, que una corriente de energía negativa crepitaría al entrar en contacto con mi piel o que vería alguna señal sobrenatural. Pero, en lugar de eso, Jeshván había llegado como un suspiro. A pesar de ello, estaba convencida de que ahí fuera miles de Nefilim sufrían torturas que yo ni siquiera era capaz de imaginar.

—Nada —dijo Dante gravemente.

—¿Cómo que nada?

—Por lo que sé, hasta ahora ningún ángel caído ha poseído a su vasallo.

Me senté.

—Pero ¡eso es una buena noticia!, ¿no? —exclamé al ver la expresión circunspecta de los ojos de Dante.

Se tomó su tiempo antes de responder.

—No sé lo que significa, pero dudo de que sea nada bueno. Si se han contenido, es por algún motivo... Alguno de peso —añadió vacilante.

—No lo entiendo.

—Bienvenida al club.

—¿Podría ser una especie de ataque mental? ¿Crees que tratan de desestabilizar a los Nefilim?

—Creo que saben algo que nosotros desconocemos.

En cuanto Dante hubo cerrado la puerta de mi dormitorio, me apresuré a ponerme la ropa de entreno y almacené mentalmente la nueva información. Me moría de ganas de conocer la opinión de Patch sobre el inesperado y decepcionante comienzo del mes de Jeshván. Era un ángel caído y probablemente dispondría de una explicación más detallada. ¿Qué significaba esa renuncia aparente de los ángeles caídos?

Estaba decepcionada por no tener una respuesta, pero era consciente de que especular no serviría para nada, así que decidí concentrarme en la información que acababa de recabar sobre la hechicería diabólica. Tenía la sensación de que estaba un milímetro más cerca de encontrar su origen. Dante me había dicho que él y Blakely no se encontraban nunca en persona y que un intermediario se ocupaba de entregarle los nuevos prototipos: tenía que descubrir quién era ese hombre.

Una vez fuera, Dante se limitó a echar a correr hacia el bosque: era la señal para que le siguiera. Enseguida me di cuenta de que la bebida azul había desaparecido de mi cuerpo. Dante zigzagueaba entre los árboles a una velocidad de vértigo, mientras

yo corría rezagada, concentrándome a cada paso que daba para minimizar las lesiones. Pero, a pesar de que solo contaba con mi propia fuerza, estaba segura de que iba mejorando. Rápidamente. Un enorme bache me interrumpía el camino, justo delante de mí, y, en lugar de rodearlo, en solo una fracción de segundo, decidí saltarlo. Al aterrizar, mis pies resbalaron hacia un árbol espinoso y, sin perder un segundo, brinqué hacia la dirección contraria y seguí corriendo.

Acabé la carrera de veinticuatro kilómetros empapada en sudor y casi sin aliento. Me apoyé en un árbol e incliné la cabeza hacia arriba para tomar aire.

—Estás mejorando —dijo Dante, sorprendido.

Lo miré con el rabillo del ojo. Él, por supuesto, parecía que se acababa de duchar y no se le había movido ni un solo cabello de sitio.

—Y sin la ayuda de la hechicería diabólica —apunté.

—Si accedieses a tomar esa superbebida, los resultados serían aún más espectaculares.

Aparté la espalda del árbol donde me había apoyado y abrí los brazos en cruz, para estirar los músculos de los hombros.

—¿Y ahora qué? ¿Seguimos fortaleciendo la musculatura?

—Trucos psicológicos.

Eso me pilló desprevenida.

—¿Invadir las mentes de los demás?

—Conseguir que la gente, especialmente los ángeles caídos, vea cosas que en realidad no están ahí.

No me hacía falta que me lo definiese. Ya había sufrido esos juegos psicológicos en mis propias carnes y la experiencia no había sido nunca agradable. El objetivo principal de todo truco psicológico era engañar a la víctima.

—No lo veo muy claro —repose tentativamente—. ¿Es realmente necesario?

—Se trata de un arma muy poderosa. Especialmente para ti. Si eres capaz de conseguir que un contrincante más rápido, más fuerte y más corpulento crea que eres invisible, o que está a punto de precipitarse por un acantilado, puede que los pocos segundos que ganes te salven la vida.

—Está bien; enséñame cómo se hace —accedí con pocas ganas.

—Primer paso: invade la mente de tu oponente. Es como hablarle en pensamientos. Pruébalo conmigo.

—Eso es fácil —reconocí desplegando mis redes mentales hacia Dante, envolviendo con ellas su mente e introduciendo palabras en su pensamiento consciente.

«Estoy dándome una vuelta por tu mente, y por aquí está todo desierto».

«Sabihonda», repuso Dante.

«Ya nadie dice eso. Por cierto, ¿cuántos años Nefilim tienes?» Nunca se me había

ocurrido preguntárselo.

«Juré lealtad cuando Napoleón invadió Italia, mi tierra».

«¿Y eso fue en el año...? Échame una mano. La historia no es lo mío».

Dante sonrió. «1796».

«¡Vaya! ¡Sí que eres viejo!»

«No, soy experimentado. Siguiendo paso: rompe las hebras que configuran el tejido del pensamiento de tu oponente. Córtalas, enrédalas, deshílas, lo que te vaya mejor. El modo de dar este paso varía según el Nefil. A mí lo que me funciona es imaginarme que echo abajo el muro que protege el lugar de su mente donde se forman todos sus pensamientos. Así».

Y, de pronto, sin saber cómo, Dante me tenía acorralada contra un árbol y me colocaba delicadamente detrás de la oreja un mechón de pelo que me había caído sobre la cara. Me cogió de la barbilla y la levantó ligeramente para mirarme a los ojos: no podría haber huido de su mirada penetrante aunque hubiera querido. Me perdí en sus hermosas facciones. Sus ojos pardos guardaban la distancia justa con respecto a su nariz, recta y rotunda. Sus labios sensuales me ofrecían una sonrisa. Espesos mechones de cabello castaño caían sobre su frente. Tenía la mandíbula amplia, bien cincelada y perfectamente afeitada. Y todo eso con el trasfondo de una piel tersa de tono aceitunado.

No podía quitarme de la cabeza lo agradable que sería besarle. Todos los demás pensamientos habían sido eliminados, y no me importaba. Estaba perdida en un sueño divino, y, si no volvía a despertarme nunca, mejor. «Besar a Dante». Sí, eso era exactamente lo que quería. Me puse de puntillas y, cuando la distancia que separaba nuestras bocas se redujo, sentí como un batir de alas en mi pecho.

Alas. Ángeles. Patch.

Impulsivamente, eché abajo un nuevo muro en mi cabeza y, de pronto, vi la situación tal como era en realidad. Dante me tenía acorralada contra un árbol, de acuerdo, pero yo no quería enrollarme con él.

—Se acabó la demostración —concluyó Dante con una sonrisa de gallito.

—La próxima vez busca una demostración más adecuada —protesté algo tensa—. Patch te mataría si se enterara de esto.

Siguió sonriendo.

—Ese es un tipo de metáfora que no funciona muy bien con los Nefilim.

No estaba de humor para bromas.

—Sé muy bien lo que estás haciendo. Tratas de provocarlo. Estas rencillas vuestras pueden acabar convirtiéndose en algo más serio si te metes conmigo. Patch es la última persona con la que deberías enemistarte. No le guarda rencor a nadie, porque las personas que lo irritan acostumbran desaparecer del mapa enseguida. Y te aseguro que lo que acabas de hacer lo irritaría.

—Ha sido lo primero que se me ha pasado por la cabeza —me dijo—. No volverá a ocurrir.

Me habría sentido mejor si en su disculpa hubiera habido algo de arrepentimiento.

—A ver si es verdad —repuse con voz cortante.

Al parecer Dante era sumamente hábil a la hora de sacudirse de encima las malas sensaciones.

—Ahora te toca a ti. Métete en mi cabeza y echa abajo mis pensamientos. Si puedes, sustitúyelos por otros que hayas elaborado tú. En otras palabras: crea una ilusión.

Como volver al trabajo era la mejor manera de acabar cuanto antes la lección y librarme de la compañía de Dante, dejé a un lado mi irritación y traté de concentrarme en la tarea que me había encomendado. Me sumergí en la mente de Dante, imaginé que hacía una bola con sus pensamientos y la fui mondando, como si fuera una patata.

«Más deprisa —me ordenó Dante—. Siento tu presencia en mi cabeza, pero todo está en calma. Trata de levantar una tormenta, Nora. De revolverlo todo de arriba abajo. Atácame antes de que me dé cuenta del peligro. Plantéatelo como una emboscada. Si fuera un oponente de verdad, lo único que habrías conseguido hasta ahora es que notara que te estás paseando por la superficie de mi mente. Y al segundo siguiente estarías cara a cara con un ángel caído bastante cabreado».

Salí de la mente de Dante, inspiré profundamente, y volví a tender mis redes... esta vez a más profundidad. Cerré los ojos para evitar cualquier distracción y creé una nueva imagen. Unas tijeras. Enormes y brillantes. Y corté los pensamientos de Dante...

—Más deprisa —ladró Dante—. Percibo tus titubeos. Eres tan insegura, que puedo oler tu indecisión. Cualquier ángel caído que se precie lo notaría. ¡Hazte con el control!

Me retiré de nuevo, cerrando los puños con fuerza presa de un sentimiento de frustración cada vez más intenso. Con Dante, y conmigo. Me presionaba demasiado, ponía el listón demasiado alto; y yo no podía acallar las voces de duda que se reían burlonamente en mi cabeza. Me regañé a mí misma por ser exactamente lo que Dante creía que era: una persona débil.

Esa mañana me había levantado dispuesta a continuar mi relación con él con la idea de utilizarlo para llegar a Blakely y el laboratorio de la hechicería diabólica, pero eso ya no significaba nada para mí. Lo único que quería en ese momento era llevar a cabo con éxito ese truco psicológico. La rabia y el resentimiento aparecieron tras mis ojos en forma de manchitas rojas. Se me nubló la vista. No quería seguir siendo una inútil. No quería ser más pequeña, más lenta, más débil que los demás. De repente, un intenso sentimiento de determinación se adueñó de mí. Me hervía la sangre. Sentí que

todo mi cuerpo estaba en tensión cuando clavé mi mirada en la de Dante. Con audacia, con resolución. Todo lo demás desapareció: solo estábamos él y yo.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, arrojé una red a la mente de Dante y le lancé a continuación el odio que sentía por Hank, todas mis inseguridades y la horrible sensación que me desgarraba por dentro cada vez que pensaba que debía elegir entre Patch y los Nefilim. Al cabo de un instante, imaginé una explosión espectacular, nubes de humo y montañas de desechos que no paraban de crecer. Visioné otra explosión, y otra. Y al cabo descargué toda mi furia contra las posibles esperanzas de Dante de mantener sus pensamientos en orden.

Se tambaleó, visiblemente afectado.

—¿Cómo has hecho eso? —logró preguntar al fin—. No... no lo he visto. Ni siquiera estaba seguro de dónde me encontraba.

Parpadeó varias veces, mirándome fijamente, como si dudase de que yo fuera real.

—Ha sido como... Quedar suspendido entre dos momentos. No había nada. Nada. Era como si yo no existiera. Nunca había experimentado nada igual.

—He imaginado que bombardeaba el interior de tu cabeza —confesé.

—Pues ha funcionado.

—Entonces, ¿estoy aprobada?

—Sí, podrías decirlo así —respondió Dante agitando la cabeza sin acabárselo de creer—. Hace muchísimo que trabajo con este ejercicio y nunca había visto nada igual.

No sabía si alegrarme por haber hecho algo bien o sentirme culpable por haber invadido la mente de Dante con tanta eficacia. No era un talento precisamente honorable. Si me dieran a elegir un trofeo para exhibir en mi escritorio, no me decantaría por el que reconocía mi capacidad por corromper la mente de las personas.

—Entonces supongo que ya hemos acabado, ¿no? —pregunté.

—Hasta mañana —puntualizó Dante aún algo aturdido—. Buen trabajo, Nora.

Hice el camino de vuelta a casa corriendo al ritmo de un humano normal (unos relajadísimos nueve kilómetros por hora); el sol ya empezaba a estar bastante alto y, aunque no vi a ningún humano por el vecindario, la prudencia nunca estaba de más. Salí del bosque, crucé el camino hacia la granja y me detuve en seco junto al sendero de la entrada.

El Toyota 4Runner de Marcie Millar estaba aparcado allí.

Corrí hacia el porche con el estómago cada vez más agarrotado. Había varias cajas de cartón amontonadas junto a la puerta. Me abrí paso hacia el interior y, antes de que pudiera abrir la boca, mi madre se levantó de un salto junto a la mesa de la cocina.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó con impaciencia—. ¿Se puede saber dónde te

habías metido? Marcie y yo llevamos más de media hora tratando de adivinar dónde podías estar a estas horas de la mañana.

Marcie se sentó a la mesa de la cocina, rodeando con las manos una taza de café, y me ofreció una sonrisa inocente.

—He ido a correr —dije.

—Eso ya lo veo —constató mi madre—. Pero podrías habérmelo dicho. Ni siquiera te has molestado en dejar una nota.

—Son las siete de la mañana, mamá: creía que estarías en la cama. ¿Qué está haciendo ella en casa?

—Eh, que estoy aquí —intervino Marcie suavemente—. Puedes dirigirte a mí.

Desvié la mirada hacia ella.

—Está bien: ¿qué estás haciendo aquí?

—Ya te lo dije. No me entiendo bien con mi madre y necesitamos pasar algún tiempo separadas. Mientras, creo que lo mejor será que viva con vosotras. A mi madre le parece la mar de bien.

Y le dio un sorbo al café, impasible.

—¿Se puede saber de dónde sacas que sea eso una buena idea? ¡Yo diría que es descabellado!

—Por favor, Nora —dijo Marcie como si yo fuera tonta—: ¡Somos familia!

Me quedé con la boca abierta, y me volví rápidamente hacia mi madre. No me lo podía creer: estaba tan tranquila.

—Vamos, Nora —me tranquilizó—. Nadie estaba dispuesto a decirlo en voz alta, pero todos lo sabíamos, cariño. Dadas las circunstancias, Hank habría querido que recibiéramos a Marcie con los brazos abiertos.

Me había quedado sin habla. ¿Cómo era posible que fuese tan amable con Marcie? ¿Acaso no se acordaba de nuestra historia con los Millar?

Era culpa de Hank, me dije rabiando. Había esperado que la influencia que ejercía sobre mi madre se hubiera desvanecido con su muerte, pero cada vez que trataba de hablarle de él, ella adoptaba la misma actitud serena: Hank volvería a casa, era lo que deseaba, y lo esperaría pacientemente hasta que apareciera. El extraño comportamiento de mi madre confirmaba mi teoría: antes de morir, Hank había empleado con ella algún truco psicológico de la hechicería diabólica. Por muchos argumentos que le diera, no conseguiría deteriorar el recuerdo perfecto que se había fabricado de uno de los hombres más malvados que habían pisado la faz de la tierra.

—Marcie es familia nuestra y, si está pasando por un momento difícil, tiene derecho a esperar que le brindemos nuestra ayuda. ¿Con quién podemos contar sino con la familia?

Aún seguía mirando a mi madre, decepcionada por su actitud reposada, cuando se me ocurrió. ¡Por supuesto! Hank no era el único responsable de esa comedia. ¿Cómo

no lo había pensado antes? Me volví rápidamente hacia Marcie.

«¿La has sometido a un truco psicológico? —la acusé mentalmente—. Es eso, ¿verdad? Sabía que le habías hecho algo, porque, en su sano juicio, mi madre nunca habría tolerado que te vinieras a vivir aquí con nosotras».

Marcie se llevó la mano a la cabeza y bramó:

—¡Ay! ¿Cómo has hecho eso?

«No te hagas la tonta conmigo. Sé que eres una Nefil, ¿recuerdas? Puedes hacer trucos psicológicos y también hablar mentalmente. Te he visto el plumero. Ya puedes despedirte de venir a vivir aquí».

«Está bien —reconoció Marcie—. Sé hablar mentalmente. Y también sé hacer trucos psicológicos. Pero no los he empleado para convencer a tu madre. Mi madre también justifica su comportamiento desquiciado diciendo que mi padre habría querido las cosas de ese modo. Probablemente antes de morir les hizo algún truco psicológico a las dos. No habría querido que nuestras familias estuviesen enfrentadas. No me acuses a mí solo porque soy un objetivo fácil contra el que descargar tu rabia».

—Marcie, esta tarde, cuando vuelvas de la escuela, ya tendrás la habitación de huéspedes preparada —le dijo mi madre fulminándome con la mirada—. Tendrás que perdonar a Nora por su falta de amabilidad. Está acostumbrada a ser hija única y a salirse con la suya. Puede que este nuevo arreglo le sirva para ver las cosas desde una nueva perspectiva.

—¿Que yo estoy acostumbrada a salirme con la mía? —repliqué—. Marcie también es hija única. Si vamos a jugar al juego de las acusaciones, al menos seamos justas.

Marcie sonrió y juntó ambas manos con una palmada, satisfecha.

—Muchas gracias, señora Grey. Se lo agradezco muchísimo.

Y tuvo la audacia de inclinarse hacia mi madre y darle un abrazo.

—Que alguien me pegue un tiro —murmuré.

—Cuidado con lo que desees —susurró Marcie con un tono dulzón.

—¿Estás preparada para esto? —le pregunté a mi madre—. ¿Dos chicas adolescentes con una relación tirante y, lo que es más importante, con un solo baño?

Vi con fastidio que mi madre sonreía.

—Familia: el último deporte de riesgo. En cuanto volváis de la escuela, subiremos las cajas de Marcie arriba, dejaremos que se instale, y luego iremos a tomarnos una pizza las tres juntas. Nora, ¿crees que podrías pedirle a Scott que viniera a ayudarnos? Algunas de las cajas son algo pesadas.

—Me parece que Scott ensaya con su grupo los miércoles —mentí, consciente de que Vee me soltaría una bronca monumental si se enteraba de que había consentido que Marcie y Scott estuvieran juntos en la misma habitación.

—Ya hablaré yo con él —intervino Marcie con voz cantarina—. Scott es un encanto. Seguro que lo convengo para que se pase después del ensayo. Señora Grey, ¿le parece bien que le invitemos también a esa pizza?

¿Cómo? ¿Scott Parnell? ¿Un encanto? ¿Era la única que me daba cuenta de lo absurdo de la situación?

—¡Por supuesto! —repuso mi madre con entusiasmo.

—Me voy a duchar —dije: necesitaba una excusa para desaparecer. Ya había sobrepasado mi dosis máxima de Marcie diaria y tenía que recuperarme. De pronto, tuve un pensamiento estremecedor: si Marcie se mudaba con nosotras, cada día a las siete de la mañana habría superado mi nivel de tolerancia.

—¡Oh, Nora! —me gritó mi madre antes de que hubiera tenido tiempo de alcanzar las escaleras—. Ayer por la tarde llamaron de la secretaría del instituto y dejaron un mensaje en el contestador. ¿Tienes idea de qué querían?

Me quedé de piedra.

Marcie estaba de pie detrás de mi madre, moviendo los labios: «Te han pillado», me decía casi incapaz de controlar su entusiasmo.

—No sé... Pasaré hoy por secretaría para ver qué querían —dije—. Seguramente no sería más que una llamada rutinaria.

—Sí, seguro —coincidió Marcie, con esa sonrisa tan odiosa en el rostro.

Capítulo

12

Poco después de desayunar me encontré con Marcie en el porche de la entrada. Ella salía de casa hablando por el móvil, y yo me disponía a entrar, ansiosa por encontrarla.

—Tu 4Runner no me deja sacar el coche —le espeté.

Levantó el índice para indicarme que me esperara y yo le arrebaté el móvil sin dudarlo, colgué y repetí irritada:

—Me estás bloqueando la salida.

—No te pongas nerviosa. Y no me provoques. Si vuelves a tocarme el móvil me mearé en tu desayuno.

—¡Qué desagradable eres!

—Estaba hablando con Scott. Hoy no tiene ensayo y estará encantado de ayudarme con las cajas.

Genial. Ya veía venir la discusión que tendría con Vee; seguro que no me creería cuando le dijera: «Lo he intentado».

—Me encantaría quedarme aquí a tomar el aire, pero tengo clase. Así que... —Gesticulé teatralmente hacia el 4Runner, que Marcie había aparcado de la peor manera delante de mi Volkswagen.

—Oye, si necesitas un justificante por haber faltado a clase, tengo varios de más. Trabajo en secretaría y, de vez en cuando, un par o tres acaban en mi bolso.

—¿Qué te hace pensar que yo podría necesitar uno?

—La secretaría del instituto te ha dejado un mensaje —observó Marcie, nada impresionada por mi inocencia fingida—. Has faltado a clase, ¿verdad? —En realidad no era una pregunta.

—Vale, puede que necesite un justificante firmado por la enfermera —admití.

Marcie me miró con condescendencia.

—¿Usaste la vieja excusa del dolor de cabeza? ¿O tal vez la clásica del dolor de la regla? Oye, ¿y por qué faltaste a clase?

—No es asunto tuyo. ¿Vas a darme ese justificante o no?

Abrió el bolso, rebuscó en el interior, y finalmente me entregó un papel rosa con el membrete de la escuela. Por lo que pude ver, no era una falsificación.

—Toma —me dijo.

Vacilé un instante.

—¿No será esta una de esas cosas de las que tendré que arrepentirme?

—Madre mía, ¡hay que ver lo malpensada que eres!

—Cuando algo parece demasiado bueno para ser verdad...

—Coge el comprobante de una vez —me instó blandiéndolo delante de mis narices.

Tenía la sensación de que era uno de esos favores que llevarían cola.

—¿Vas a necesitar algo a cambio dentro de unos diez días? —insistí.

—Tal vez no dentro de diez días...

Retiré la mano.

—Entonces olvídalo.

—¡Solo era un broma! Madre mía, no tienes ni pizca de sentido del humor. Te confesaré la verdad: solo trataba de ser amable.

—Marcie, tú no sabes cómo ser amable.

—Tómalo como un intento sincero —se obstinó plantándome el papel rosa en la palma de la mano—. Toma. Yo voy a apartar el coche.

Me metí el justificante en el bolsillo y le dije:

—Ya que estamos de buenas, aprovecharé para hacerte una pregunta. Tu padre era amigo de un hombre llamado Blakely; necesito encontrarlo. ¿Te suena de algo?

Su cara era una máscara. Resultaba difícil determinar si había reaccionado de algún modo.

—Depende. ¿Vas a decirme por qué necesitas encontrarlo?

—Tengo que hacerle algunas preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Preferiría no tener que compartirlas con nadie.

—Lo mismo digo.

Me tragué un par de comentarios desagradables y lo intenté de nuevo.

—Me gustaría contártelo, Marcie, de verdad que sí, pero hay cosas que es mejor que no sepas.

—Eso es lo que siempre me decía mi padre. ¿Y sabes una cosa? Creo que me mentía, y también creo que me estás mintiendo tú. Si quieres que te ayude a encontrar a Blakely, quiero que me lo cuentes todo.

—¿Y yo cómo sé que realmente tienes información sobre ese Blakely? —protesté. Marcie era una artista del engaño y no podía descartar que su ofrecimiento no fuera más que un farol.

—Mi padre me llevó a casa de Blakely una vez.

Me agarré a la información como a un clavo ardiendo.

—¿Tienes su dirección? ¿Crees que recordarías el camino?

—Blakely ya no vive allí. Por aquel entonces se estaba divorciando, y mi padre lo instaló durante un tiempo en ese piso. Pero vi algunas fotos sobre la chimenea. Blakely tiene un hermano pequeño. Tú le conoces. Va al instituto con nosotras. Se

llama Alex Blakely.

—¿El jugador de fútbol americano?

—El *running back* estrella.

Me quedé de piedra. ¿Significaba eso que Alex también era Nefil?

—¿Sabes si Alex tiene una relación muy estrecha con su hermano?

—Blakely alardeó de su hermano todo el tiempo que yo estuve allí. Lo cual me pareció más bien ridículo, porque nuestro equipo de fútbol americano da pena. Blakely dijo que nunca se había perdido un partido.

Blakely tenía un hermano. Y su hermano era el mejor *running back* del instituto Coldwater.

—¿Cuándo es el próximo partido? —le pregunté a Marcie, tratando de contener la excitación.

—Cuándo va a ser, ¡el viernes! Siempre juegan los viernes.

—¿En casa o fuera?

—En casa.

¡Un partido en casa! Se suponía que Blakely estaba trabajando día y noche desarrollando nuevos prototipos: razón de más para que deseara salir del laboratorio unas horas y hacer algo que realmente le gustaba. Era muy probable que ese viernes por la noche abandonara su guarida para ver jugar a su hermano pequeño. Después de que Blakely se hubiera divorciado, Alex debía de ser la única familia que tenía. Estar allí en el partido de su hermano sería importante para él.

—Crees que Blakely irá al partido —afirmó Marcie.

—Sería de mucha ayuda si lo hiciera.

—Y esta es la parte en la que me dices lo que quieres preguntarle.

Miré a Marcie a los ojos y le mentí sin mover un solo músculo de la cara.

—Quiero saber si tiene idea de quién pudo matar a nuestro padre.

Marcie casi dio un respingo, pero se controló en el último momento. Me miró fijamente sin parpadear, sin expresar nada de lo que pensaba.

—Quiero estar allí cuando se lo preguntes.

—Claro —mentí de nuevo—. No hay problema.

Me la quedé mirando mientras se alejaba hacia su coche. En cuanto hubo dejado el camino libre, hice girar la llave en el contacto de mi Volkswagen. Al cabo de seis intentos, el motor siguió sin arrancar. Me sacudí de encima la impaciencia; nada podía agriarme el humor, ni siquiera el Volkswagen: había encontrado la pista que necesitaba tan desesperadamente.

Después de clase, subí al coche y me fui a casa de Patch. Di varias vueltas al edificio solo por prudencia y finalmente aparqué el Volkswagen en una de las plazas extragrandes del parking recién asfaltado. No me gustaba tener que estar

comprobando continuamente si alguien me seguía, pero aún me gustaba menos recibir visitas de Nefilim poco amistosos y de arcángeles retorcidos. Y, de cara al resto del mundo, Patch y yo habíamos cortado. Entré en el piso con la llave que me había dado.

—¿Hola? —dije al abrir la puerta. Tenía la sensación de que no había un alma. Los cojines del sofá estaban intactos, nadie se había sentado allí recientemente, y el mando a distancia seguía en el mismo lugar que el día anterior. Aunque lo cierto era que no me imaginaba a Patch repantingado en el sofá toda la tarde delante de la tele. Lo más probable era que se hubiera pasado el día tratando de localizar al verdadero chantajista de Pepper o siguiendo a Sombrero de Cowboy y sus secuaces.

Avancé tentativamente por el pasillo. Un aseo a la derecha, un dormitorio de invitados a la izquierda, el dormitorio principal al final. La guarida de Patch.

Vestían su cama un edredón azul marino, sábanas a juego y un montón de cojines decorativos que también parecían intactos. Abrí las persianas y me perdí en la impresionante vista panorámica de la Bahía de Casco y las islas Peaks bajo un cielo encapotado. Si Marcie resultaba ser más de lo que podía soportar, siempre podía mudarme a vivir con Patch. Mi madre estaría encantada.

Le mandé un mensaje de texto a Patch. ADIVINA DÓNDE ESTOY.

NO NECESITO ADIVINARLO. LLEVAS EL BUSCA ENCIMA, respondió.

Bajé la mirada. Claro, me había puesto la chaqueta tejana.

DAME 20 MINUTOS Y ESTOY AHÍ, escribió Patch. ¿EXACTAMENTE EN QUÉ HABITACIÓN ESTÁS?

EN LA TUYA.

ESTARÉ ALLÍ EN DIEZ.

Sonreí y me guardé el móvil en el bolso. Y entonces me dejé caer sobre la cama gigante de Patch. El colchón era blando, pero no demasiado. Imaginé a Patch allí echado, desperezándose en su cama con vete a saber qué ropa interior. ¿Boxers? ¿Slips? ¿Nada? Tenía el modo de descubrirlo, pero seguir por ese camino no me parecía la opción más segura. No cuando mi intención era tratar de no complicar nuestra relación. Necesitaba que nuestras vidas volvieran a su cauce antes de plantearme si quería dar ese gran paso y dónde...

Al cabo de diez minutos, Patch entró por la puerta y me encontró en el sofá con el mando a distancia en la mano. Apagué el televisor.

—Te has cambiado de habitación —me dijo.

—Es más seguro así.

—¿Tanto miedo te doy?

—No, pero las consecuencias sí.

¿A quién quería engañar? Sí, Patch asustaba. Medía casi dos metros, y era la personificación de la perfección masculina. Yo tenía un cuerpo delgado y bien

proporcionado, y sabía que era atractiva, pero no una superdiosa. A pesar de que no tenía problemas de autoestima, podía sentirme intimidada, la verdad.

—Me he enterado de lo de Jeshván —dije—. He oído que fue desilusionante.

—No te creas todo lo que oigas. El ambiente está muy tenso ahí fuera.

—¿Tienes idea de qué están esperando los ángeles caídos?

—¿Quién quiere saberlo?

Me resistí al impulso de mirar al techo, exasperada.

—No soy una espía de Dante.

—Me alegra oírlo. —El tono de Patch era prudentemente reservado.

Suspiré: no soportaba que hubiera tanta tensión entre nosotros.

—En caso de que te lo estés preguntando, te diré que ya he hecho mi elección.

Soy tuya —le dije suavemente—. Toda tuya.

Patch arrojó las llaves en la mesa.

—¿Pero?

—Pero esta mañana le he dicho básicamente lo mismo a Dante. He pensado en lo que hablamos, que necesitábamos encontrar a Blakely y erradicar la hechicería diabólica. Creía que probablemente Dante era el mejor modo de acercarme a Blakely, así que...

Era difícil decirlo en voz alta sin sentirme como una rata.

—Lo estás utilizando.

—Dicho así suena fatal, pero sí. Supongo que es eso lo que estoy haciendo.

Confesarlo no me ayudó a sentirme mejor. Dante y yo no siempre estábamos de acuerdo, pero tampoco se merecía que lo manipulara.

—¿Aún sigue fingiendo que sale contigo? —preguntó Patch fríamente.

—Creo que lleva varios días divulgando lo de nuestra relación. En cualquier caso, es un engaño, y él lo sabe mejor que nadie.

Patch se sentó a mi lado, pero no entrelazó los dedos con los míos como hacía siempre.

Aunque traté de que ese detalle no me afectara, no pude evitar que se me hiciera un nudo en la garganta.

—¿Y qué hay de Jeshván? —insistí de nuevo.

—Sé más o menos lo mismo que tú. Les dejé claro a los ángeles caídos que no quería saber nada de esa guerra. Están resentidos conmigo y siempre se callan cuando yo estoy cerca. Pronto dejaré de ser una buena fuente de información acerca de las actividades de los ángeles caídos.

Reclinó la cabeza para apoyarla en el respaldo del sofá y se cubrió la cara con la gorra que llevaba puesta. Parecía tan cansado que casi esperé que se echara a roncar.

—¿Un día largo?

Asintió con un gruñido.

—He seguido varias pistas con la esperanza de conseguir algo de información sobre el auténtico chantajista de Pepper, pero no me han servido de nada. Puedo soportar muchas cosas, pero un día improductivo no es una de ellas.

—Y eso lo dice el chico que siempre trata de convencerme de que me pase el día en la cama con él —bromeé con la esperanza de levantarle un poco el ánimo.

—Ángel, no se me ocurre un día más productivo que ese. —Era un comentario travieso, pero lo dije con la voz apagada: no cabía duda de que estaba agotado.

—¿Podría ser que Dabria fuera la chantajista? —pregunté—. La otra noche, en La Bolsa del Diablo, la vi hablando con Pepper en el callejón, y él no parecía muy contento.

Patch reflexionó unos instantes en silencio.

—¿Crees que podría ser? —insistí.

—Dabria no le está haciendo chantaje a Pepper.

—¿Cómo lo sabes?

No me gustaba que no se hubiera tomado más que dos segundos para llegar a una conclusión. A Dabria el chantaje le venía como anillo al dedo.

—Simplemente lo sé. ¿Cómo te ha ido el día? —preguntó. Estaba claro que no tenía ningunas ganas de profundizar en el tema.

Le hablé de la drástica decisión de Marcie de mudarse a vivir a mi casa y también de la actitud conformista de mi madre. Cuanto más hablaba, más me soliviantaba.

—Estoy segura de que todo lo que hace tiene un propósito —le dije a Patch—. Tengo la incómoda sensación de que Marcie sospecha que sé quién mató a su padre. Y mudarse con nosotras es una táctica para espíarme.

Patch me puso la mano en el muslo y de pronto vi un atisbo de esperanza. No soportaba la sensación de distanciamiento.

—Solo hay dos personas que saben que mataste a Hank, y es un secreto que me llevaré al infierno si hace falta. Nadie lo descubrirá jamás.

—Gracias, Patch —le dije sinceramente—. Perdona si antes he herido tus sentimientos. Me sabe mal lo de Dante y todo este lío. Lo único que quiero es volver a sentirme cerca de ti.

Patch me besó la palma de la mano y luego la depositó sobre su corazón.

«Yo también quiero sentirte cerca, Ángel», murmuró mentalmente.

Me acurruqué junto a él apoyando la cabeza en su hombro. En cuanto le toqué, todos mis huesos se relajaron. Llevaba todo el día esperando ese momento. No podía soportar que hubiera tensiones entre nosotros ni tampoco estar lejos de él. «Algún día solo estaremos Patch y yo —me dije a mí misma—. Algún día dejaré atrás el Jeshván, la guerra, los ángeles caídos y los Nefilim. Algún día... solo estaremos los dos».

—Hoy he descubierto algo interesante —le dije, y le hablé del hermano pequeño

de Blakely, de que jugaba en el equipo del instituto y de que Blakely siempre había mostrado interés por sus partidos.

Patch se tiró la gorra atrás y me miró directamente a los ojos.

—Buen trabajo, Ángel —dijo, claramente impresionado.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—El viernes por la tarde, nos presentamos en el partido.

—¿Crees que ahuyentaremos a Blakely si nos ve?

—No le extrañará que tú estés allí, y yo iré disfrazado. Lo cogeré y me lo llevaré a una propiedad que tengo en el lago Sebago. En esta época del año esa zona está desierta. Un inconveniente para Blakely, una ventaja para nosotros. Lo obligaré a que me hable de los prototipos y de dónde los fabrica, y encontraremos el modo de desactivarlos. Luego lo tendré permanentemente vigilado. Será el final de sus días como propagador de la hechicería diabólica.

—Te advierto de que Marcie cree que podrá participar en el interrogatorio.

Patch levantó las cejas.

—Es el precio que he tenido que pagar para conseguir la información —le expliqué.

—¿Le has jurado que podría acompañarte?

—No.

—¿Tienes conciencia?

—No. —Me mordí el labio—. Tal vez. —Una pausa—. Vale, está bien: ¡sí, sí tengo conciencia! Si dejamos a Marcie plantada, me pasaré toda la noche sintiéndome culpable. Esta mañana le he mentado abiertamente y no he podido dejar de pensar en ello en todo el día. Ahora vive conmigo, Patch. No tengo más remedio que enfrentarme a ella a diario. Tal vez podemos utilizar esta nueva situación a nuestro favor. Si le demostramos que puede confiar en nosotros, seguro que nos proporcionará más información.

—Hay modos menos arriesgados de conseguirla, Nora.

—Yo opino que debemos dejar que nos acompañe. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Podría figurarse que en realidad no hemos cortado y contárselo a los Nefilim.

No había caído en eso.

—Claro que también podemos dejar que venga con nosotros, y luego borrar ese recuerdo de su mente. —Patch se encogió de hombros y añadió—: Así no tendrías por qué sentirte culpable.

Lo medité unos instantes. Parecía un plan viable... que, sin embargo, me convertía en una hipócrita.

Los labios de Patch insinuaron una sonrisa.

—¿Vas a dirigir esta operación o prefieres ser la niñera de Marcie?

Negué con la cabeza.

—Tú encárgate del trabajo sucio y yo tendré a Marcie controlada.

Patch se inclinó hacia mí y me besó.

—Me encantará interrogar a Blakely, pero estoy algo decepcionado: me habría gustado poder verte pelear con Marcie hasta el final.

—No va a ser una pelea. Le explicaré con calma que puede acompañarme, pero que tendrá que esperarse conmigo en el coche mientras tú te enfrentas a Blakely. Esta es nuestra última oferta. O lo toma o lo deja.

Tan pronto como lo hube dicho me di cuenta de lo estúpida que era: ¿cómo podía pensar que sería tan fácil? Marcie no soportaba que le dieran órdenes. Para ella solo había una cosa peor que eso y era que las órdenes se las diera yo. Por otro lado, Marcie podía sernos muy útil en el futuro. Al fin y al cabo, era la hija legítima de Hank. Si Patch y yo queríamos forjar una alianza, ese era el momento.

—Seré inflexible —le prometí a Patch con expresión seria—. No me echaré atrás.

Patch se rio abiertamente. Me besó de nuevo y sentí que mi determinación se suavizaba.

—Estás muy mona cuando tratas de ponerte dura —dijo.

¿Cuando tratas...? Yo podía ser muy dura. ¡Mucho! Y ese viernes por la tarde iba a demostrarlo.

Cuidado, Marcie.

Estaba a kilómetros de casa cuando pasé junto a un coche de policía oculto en una calle lateral. En cuanto dejé atrás el cruce, el policía puso en marcha la sirena y vino tras de mí.

—¡Genial! —murmuré.

Mientras esperaba a que el agente se acercara a mi ventana, calculé mentalmente lo que me habían pagado por el canguro, preguntándome si llevaría bastante dinero para la multa.

Golpeó el cristal con el bolígrafo indicándome que bajara la ventanilla. Le lancé una mirada rápida antes de obedecer... y abrí los ojos como platos. No era un agente cualquiera, sino el que más detestaba: el detective Basso, con quien compartía una larga historia de desconfianza mutua y profunda antipatía.

Bajé la ventanilla.

—Solo me he pasado tres kilómetros por hora del límite —protesté antes de que abriera la boca.

Sostenía un palillo con los dientes.

—No te he hecho parar por exceso de velocidad. Llevas el piloto trasero izquierdo roto. Eso es una multa de cincuenta dólares.

—No hablará en serio...

Garabateó con el bolígrafo en el bloc que sostenía en la mano y me entregó la multa.

—Con la seguridad nunca bromeo.

—¿Qué pasa, que me va siguiendo a todas partes buscando el modo de arrestarme? —murmuré entre dientes con sarcasmo.

—Ya te gustaría.

Dicho esto, volvió sin prisa al coche patrulla, se incorporó al tráfico y desapareció. Me saludó sacando la mano por la ventana mientras se alejaba, pero no conseguí reunir bastante valor para dedicarle un gesto soez como respuesta. Algo no iba bien.

Un hormiguelo me recorrió la espalda y al mover las manos noté que las tenía anquilosadas, como si las hubiera sumergido en agua helada. Habría jurado que el detective Basso desprendía una energía gélida, como una ráfaga de viento invernal, pero probablemente habían sido imaginaciones mías. Estaba algo paranoica. Porque...

Porque solo tenía esa sensación en presencia de seres no humanos.

Capítulo

13

Ese viernes por la tarde, me quité la ropa con la que había ido al instituto y me puse unos pantalones de pana, mi jersey de lana de merino más caliente, un abrigo, un gorro y unas manoplas. El partido no empezaría hasta el anochecer y para entonces la temperatura exterior se habría desplomado. Cuando me disponía a ponerme el jersey, me pareció ver el reflejo de un músculo en el espejo. Me detuve y examiné mi imagen con atención. En efecto: tenía los bíceps y los tríceps perfectamente definidos. Increíble. Solo llevaba una semana entrenándome y ya se veían los resultados. Al parecer mi cuerpo Nefil desarrollaba los músculos mucho más deprisa de lo que mi cuerpo humano podría haberlo hecho nunca.

Bajé las escaleras a grandes zancadas, le di a mi madre un beso en la mejilla y salí de casa a la carrera. El motor del Volkswagen protestó por el frío, pero al final se puso en marcha.

—¿Crees que esto es duro? Pues ya verás en febrero —le advertí.

Conduje hasta el instituto, aparqué en un camino lateral al sur del campo de fútbol y llamé a Patch.

—Estoy aquí —le dije—. ¿Seguimos adelante con el plan A?

—Mientras no te indique lo contrario, sí. Estoy oculto entre la multitud. Aún no hay señales de Blakely. ¿Has sabido algo de Marcie?

Le eché un vistazo a mi reloj, el que había sincronizado con el de Patch la noche anterior.

—Se reunirá conmigo en el puesto de las bebidas dentro de diez minutos.

—¿Quieres que repasemos el plan de nuevo?

—Si veo a Blakely, te aviso enseguida. No me acerco a él, pero no le pierdo de vista.

Al principio, no me había gustado nada que Patch me mantuviera alejada de la acción, pero la verdad era que no quería encargarme de Blakely yo sola. No sabía la fuerza que tenía, y, admitámoslo, tampoco conocía la mía. Todo indicaba que dejar que Patch (mucho más experimentado que yo en ese tipo de situaciones) se encargara de atraparlo era la opción más inteligente.

—¿Y Marcie?

—No me separaré de ella en toda la noche. En cuanto le hayas echado el guante a Blakely, me la llevaré a tu cabaña del lago Sebago. Tengo las indicaciones para llegar

allí. Tomaré el camino más largo para que tengas tiempo de interrogarlo y dejarlo fuera de combate antes de que lleguemos. Eso es todo, ¿no?

—Una cosa más —dijo Patch—. Ten mucho cuidado.

—Siempre lo tengo —aseguré, y me bajé del coche.

Enseñé mi carné de estudiante en la taquilla, compré una entrada y me dirigí hacia el puesto de bebidas con los ojos bien abiertos. Patch me había dado una descripción detallada de Blakely, pero en cuanto entré en el estadio y me mezclé entre la multitud, me pareció que la mitad de los hombres con que me cruzaba concordaban con ella. Un hombre alto, de cabello cano y constitución delgada, con aire distinguido, y el aspecto inteligente, pero algo estafalario, de un profesor de química estereotípico. Me pregunté si, como a Patch, se le habría ocurrido disfrazarse; en ese caso, localizarlo entre la multitud se convertiría en un auténtico desafío. ¿Iría vestido de leñador? ¿Con la camiseta del equipo? ¿Habría ido tan lejos como para teñirse el pelo? De lo que no cabía duda era de que destacaría por su estatura. Decidí empezar por ahí.

Encontré a Marcie en el puesto de bebidas, temblando de frío. Llevaba unos tejanos rosa, un jersey de cuello vuelto blanco y un chaleco rosa acolchado a juego. Al verla vestida así, caí en la cuenta.

—¿Dónde está tu disfraz de animadora? ¿No tenías actuación esta noche? —le pregunté.

—Es un uniforme, no un disfraz. Y lo he dejado.

—¿Has dejado el equipo?

—Sí, y es el grupo.

—¡Uau!

—Tenía cosas más importantes de las que preocuparme. Todo me parece insustancial comparado con el descubrimiento de que eres... —miró a un lado y a otro con inquietud y añadió—: Una Nefil.

De pronto, tuve una extraña sensación de parentesco con Marcie. Sin embargo, cuando repasé mentalmente las innumerables formas en que había conseguido martirizarme durante el último año, esa sensación se esfumó. De acuerdo, las dos éramos Nefilim, pero todas nuestras similitudes acababan ahí. Y tenía que ser lo bastante lista como para recordarlo.

—¿Crees que reconocerías a Blakely si lo vieras? —le pregunté en voz baja.

Me lanzó una mirada cargada de irritación.

—¿No te dije que lo conocía? Ahora mismo soy el único modo que tienes de encontrarlo, así que no me cuestiones.

—Si lo ves, actúa con discreción. Patch se encargará de atraparlo, y nosotras lo seguiremos hasta la cabaña donde lo interrogaremos.

Claro que cuando llegáramos, Blakely ya habría perdido el conocimiento y a

Marcie tampoco le esperaba nada bueno. Pero eso eran detalles sin importancia.

—Creía que habías roto con Patch.

—Así es —mentí tratando de ignorar el sentimiento de culpa que me retorcía el estómago—. Pero no confío en nadie más para que me ayude a tratar con Blakely. Que Patch y yo no estemos juntos no significa que no pueda pedirle un favor.

No sabía si se tragaría mi explicación, pero tampoco me preocupaba demasiado. Al fin y al cabo, Patch no tardaría en borrar esa conversación de su mente.

—Quiero interrogar a Blakely antes de que lo haga Patch —me dijo.

—No puedes. Tenemos un plan y hay que respetarlo.

Marcie enderezó la espalda y levantó la barbilla con altivez.

—Ya veremos.

Me imaginé a mí misma inspirando profundamente y contuve el impulso de hacer rechinar los dientes. Había llegado el momento de decirle que no era ella quien dirigía la operación.

—Si lo echas todo a perder, te aseguro que te arrepentirás.

Puse todo mi empeño en que quedara clara la advertencia, pero enseguida me di cuenta de que tenía que mejorar mis amenazas. Tal vez podía pedirle a Dante que me ayudara en eso. O, aún mejor, decirle a Patch que me enseñara los trucos más efectivos.

—¿De verdad crees que Blakely tiene información sobre el asesino de mi padre? —me preguntó Marcie con una mirada penetrante y escrutadora.

El corazón me dio un vuelco, pero conseguí controlar mi expresión.

—Espero que esta noche lo descubramos.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber Marcie.

—Daremos una vuelta tratando de no llamar la atención.

—Habla por ti —me bufó Marcie.

De acuerdo, tal vez tuviera razón. Marcie estaba fantástica. Era guapa y tan segura de sí misma que resultaba irritante. Tenía dinero, y eso se veía en cada detalle: desde su magnífico bronceado de rayos UVA hasta sus mechas impecables, pasando por el sujetador que le realzaba el pecho. Un delirio de perfección. Mientras nos dirigíamos a las gradas, montones de miradas se volvieron hacia ella, haciendo caso omiso de mi presencia.

«Concéntrate en Blakely —me insté—. Olvídate de tus envidias: tienes cosas más importantes de las que preocuparte».

Caminamos a lo largo de las gradas, dejamos atrás los servicios y cruzamos el sendero que rodeaba el campo, camino de la sección reservada al público ajeno al instituto. Y allí, de pie en la última grada, vi al detective Basso vestido con su uniforme, vigilando a la multitud alborotada de visitantes con sus ojos duros y escépticos. «Lo que me faltaba», pensé. Su mirada tropezó conmigo y su expresión

de sospecha se intensificó. Recordé la extraña sensación que me había producido su presencia hacía un par de noches y me apresuré a coger a Marcie del brazo y llevármela de allí. No podía acusar a Basso de haberme seguido —no cabía duda de que estaba trabajando—, pero tampoco me apetecía seguir siendo el blanco de su mirada escrutadora.

Marcie y yo recorrimos el sendero de arriba abajo. Las gradas ya estaban llenas, ya era noche cerrada y el partido había empezado; aparte de la riada de admiradores de Marcie, y a pesar de habernos pasado más de treinta minutos sin tomar asiento, creo que no atrajimos la atención no deseada.

—Estoy empezando a hartarme —protestó Marcie—. Ya me he cansado de tanto caminar. Por si no te habías dado cuenta, llevo tacones.

«¡Y a mí qué me importa!», habría querido gritarle. Pero, en lugar de eso, le dije:

—¿Quieres encontrar a Blakely sí o no?

Resopló con saña, y al oírla se me tensaron los nervios.

—Un paso más y me largo.

«¡Hasta la vista!», pensé yo.

De vuelta a las gradas reservadas a los estudiantes, sentí un extraño hormigueo en la piel y me volví de inmediato tratando de localizar la causa de la sensación. En la oscuridad del exterior del recinto, un grupito de hombres contemplaba la actividad del estadio con los dedos metidos en la malla que rodeaba el recinto. Hombres que no habían comprado entrada, pero que querían ver el partido. Hombres que preferían ocultarse entre las sombras a exhibir sus rostros bajo las luces del estadio. Me llamó la atención uno en particular, un hombre espigado y alto que iba con los hombros encorvados. Desprendía una vibración de energía no humana que alertó mi sexto sentido.

Seguí caminando y le dije a Marcie:

—Fíjate en el otro lado de la valla. ¿Te parece que alguno de esos hombres podría ser Blakely?

Marcie se limitó a mirar moviendo furtivamente los ojos.

—Creo que sí. En el centro. El que tiene los hombros encorvados. Podría ser él.

Era todo lo que necesitaba oír. Mientras seguía recorriendo la curva del sendero, me saqué el móvil del bolsillo e hice una llamada.

—Ya le tengo —le dije a Patch—. Está en la parte norte del estadio, fuera de la valla. Lleva unos tejanos y una camiseta. Hay varias personas más a su alrededor, pero no creo que estén con él. Solo percibo a un Nefil, y tiene que ser Blakely.

—Voy para allá.

—Nos veremos en la cabaña.

—Conduce despacio. Quiero preguntarle un montón de cosas —dijo.

Dejé de escucharle: acababa de darme cuenta de que Marcie ya no estaba

conmigo.

—¡Oh, no! —susurré, palideciendo—. ¡Marcie! ¡Se ha ido a buscar a Blakely! ¡Tengo que dejarte!

Y salí corriendo tras ella. Marcie casi había alcanzado la valla y la oí chillar con su voz aguda:

—¿Sabes quién mató a mi padre? ¡Dime todo lo que sepas!

Complementó su pregunta con una retahíla de insultos e improperios, y Blakely se volvió hacia ella y huyó.

En una demostración impresionante de arrojo y osadía, Marcie trató de encaramarse a la valla, resbalando y resoplando con fuerza hasta que por fin consiguió pasar ambas piernas al otro lado, y echó a correr detrás de Blakely por el oscuro túnel que comunicaba el estadio y el instituto.

Llegué a la valla unos segundos después, introduje el zapato en uno de los huecos de la malla y, sin reducir la velocidad, salté al otro lado. Apenas me paré a escuchar las expresiones de asombro de los que estaban alrededor. Habría intentado borrar ese recuerdo de sus mentes, pero no disponía de tiempo. Apreté el paso para alcanzar a Blakely y a Marcie, escrutando la oscuridad, alegrándome de que mi visión fuera mucho más aguda de lo que lo había sido nunca en mis tiempos de humana.

Percibí la presencia de Blakely unos pasos más adelante. También detecté a Marcie, pero su poder era considerablemente más débil. Sus padres eran Nefilim de pura raza, así que podía dar gracias por que hubieran llegado a concebirla, y aún más por haber nacido con vida. Tal vez ella fuera Nefil de origen, pero yo ya tenía más fuerza que ella cuando era humana.

«¡Marcie! —siseé mentalmente—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!»

De pronto perdí la señal de Blakely. Dejé de percibir su presencia. Me detuve en seco y traté de recuperar su rastro revisando mentalmente el oscuro túnel. ¿Había corrido tan deprisa como para salir del alcance de mi capacidad perceptiva? «¡Marcie!», siseé de nuevo.

Y entonces la vi: de pie, al final del pasillo, iluminada por la luz de la luna. Apreté el paso esforzándome por mantener mi rabia bajo control. Lo había estropeado todo. Habíamos perdido a Blakely y, lo que aún era peor, ahora sabía que íbamos tras él. Después de aquello no iba a presentarse a otro partido. Probablemente se retiraría para siempre a su escondite secreto. Nuestra única oportunidad... perdida.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunté, asaltándola—. Se suponía que tenías que dejar que Patch persiguiera a Blakely...

Mi voz se fue apagando al pronunciar las últimas palabras. Tragué saliva. Al mirar a Marcie, me di cuenta de que algo iba mal, terriblemente mal.

—¿Patch está aquí? —me preguntó. Pero esa no era su voz, sino una masculina y grave que hablaba en un tono agrio y al mismo tiempo alegre—. Ya veo que no he

sido tan cuidadoso como creía.

—¿Blakely? —dije con la boca seca—. ¿Dónde está Marcie?

—Oh, está aquí. Aquí mismo. He poseído su cuerpo.

—¿Cómo? —Pero ya sabía la respuesta: hechicería diabólica. Era la única explicación. Eso, y que estábamos en el mes de Jeshván, el único momento del año en el que era posible ocupar otro cuerpo.

Oímos pasos acercándose hacia nosotros y, a pesar de la oscuridad, vi que se le endurecía la mirada. Se abalanzó sobre mí sin previo aviso. Se movió tan deprisa que no tuve tiempo de reaccionar. Tiró de mí haciéndome girar sobre mí misma y me sostuvo con fuerza apoyando mi espalda contra su pecho. Patch apareció corriendo, pero redujo el paso cuando me vio pegada a Marcie.

—¿Qué ocurre, Ángel? —preguntó con voz pausada e insegura.

—No digas nada —me susurró Blakely al oído.

Los ojos se me empañaron en lágrimas. Blakely usaba un brazo para sujetarme, pero con el otro sostenía una navaja, y sentía el filo en mi piel, unos centímetros por encima de la cintura.

—No digas nada —repitió Blakely, soltando su aliento entre mis cabellos.

Patch se detuvo junto a nosotros y vi la confusión escrita en su rostro. Sabía que algo andaba mal, pero no conseguía descubrir qué. Al fin y al cabo, yo era más fuerte que Marcie, así que ¿por qué no me zafaba de ella?

—Suelta a Nora —le dijo Patch a Marcie con cautela.

—No des un paso más —le ordenó Blakely, esta vez empleando la voz de Marcie. Aguda y temblorosa—. Tengo un cuchillo y estoy dispuesta a usarlo si hace falta —añadió Blakely exhibiendo el arma.

«Hechicería diabólica —me dijo Patch mentalmente—. La percibo por todas partes».

«¡Ten cuidado! ¡Blakely se ha apoderado del cuerpo de Marcie!», traté de advertirle, pero mis pensamientos estaban bloqueados. De algún modo, Blakely impedía que salieran de mi cabeza. Los sentía rebotar, como si le estuviera gritando a una pared. Todo indicaba que Blakely tenía un control absoluto de la hechicería diabólica, y la usaba como un arma irrefrenable y totalmente dúctil.

Con el rabillo del ojo, vi que Blakely sostenía el arma en el aire. La hoja del cuchillo despedía un extraño brillo azulado. Antes de que tuviera tiempo siquiera de parpadear, hundió el cuchillo en mi cuerpo, y sentí como si me metieran en un horno.

Me desplomé, tratando de gritar de dolor, sin conseguir emitir ni un solo sonido. Me retorcí en el suelo con la intención de arrancarme el cuchillo, pero tenía todos los músculos del cuerpo paralizados por una agonía indescriptible.

Lo siguiente que recuerdo es a Patch arrodillado junto a mí, soltando una letanía de palabrotas con la voz atenazada por el miedo. Tiró del cuchillo, y yo dejé escapar

un aullido que surgió de lo más profundo de mi ser. Oí a Patch gritándome lo que debía hacer, pero sus palabras se desvanecían: eran insignificantes comparadas con el dolor que torturaba hasta el rincón más remoto de mi cuerpo. Estaba ardiendo y las llamas consumían mis entrañas y se elevaban hacia el exterior. El calor era tan intenso que me contraía espasmódicamente agitando los miembros contra mi voluntad.

Patch me recogió del suelo y me sostuvo en brazos. Noté vagamente que corría hacia la salida del túnel. Lo último que recuerdo es el eco del sonido de sus pasos resonando contra los muros.

Capítulo

14

Me desperté de golpe, totalmente desorientada. Estaba en una cama que me resultaba vagamente familiar, en una habitación oscura con un ambiente acogedor y relajado. Había un cuerpo echado junto a mí, y en ese instante se despertó.

—¿Ángel?

—Estoy despierta —le dije. Respiré aliviada al saber que Patch estaba a mi lado. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero me sentía a salvo en su casa, bajo su vigilancia—. Blakely se ha apoderado del cuerpo de Marcie. He dejado de percibir su presencia y me he acercado a él sin sospechar que era una trampa. He tratado de avisarte, pero Blakely me había aislado en una especie de burbuja: mis pensamientos no podían salir de mi cabeza.

Patch asintió, colocándome un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Lo he visto salir del cuerpo de Marcie y echar a correr. Marcie está bien. Algo aturdida, pero bien.

—¿Por qué ha tenido que clavarme ese cuchillo? —pregunté con una mueca de dolor levantándome el jersey para examinarme la herida. Mi sangre Nefil debería habérmela curado, pero el corte seguía abierto y despedía una luz cerúlea.

—Sabía que si te hería, yo me quedaría a tu lado en lugar de perseguirle. Pero esta me la pagará —gruñó Patch apretando la mandíbula—. Cuando te he traído aquí, todo tu cuerpo estaba envuelto en un aura azulada, de la cabeza a los pies. Era como si estuvieras en coma. No podía hablar contigo, ni siquiera mentalmente. Me he asustado mucho.

Patch tiró de mí y me rodeó con sus brazos con actitud protectora, estrechándome con fuerza, y entonces me di cuenta de lo preocupado que había estado.

—¿Qué consecuencias tendrá esto para mí?

—No lo sé. No creo que sea muy bueno que tu cuerpo haya recibido ya dos dosis de hechicería diabólica.

—Dante se toma una a diario. —Si él estaba bien, yo también lo estaría, ¿no? Al menos eso quería creer.

Patch no dijo nada, pero yo tenía una idea bastante clara de hacia dónde iban sus pensamientos. Como yo, sabía que la ingestión de hechicería diabólica tenía efectos secundarios.

—¿Dónde está Marcie? —quise saber.

—He alterado su memoria para que no recordara que me había visto, y luego

Dabria la ha acompañado a casa... No me mires así. Estaba desesperado, y tenía el número de teléfono de Dabria a mano.

—¡No es eso lo que me preocupa! —exclamé con una mueca de dolor: mi reacción airada me atravesó la herida con un pinchazo.

Patch se inclinó hacia mí y me besó en la frente.

—No me hagas repetirte de nuevo que entre Dabria y yo ya no hay nada.

—Ella todavía te quiere.

—Finge sentir algo por mí para hacerte la puñeta. ¡No se lo pongas tan fácil!

—Pues no la llames para pedirle favores como si formara parte del equipo —repliqué—. Trató de matarme y, si tú la dejases, te seduciría de nuevo en menos que canta un gallo. Me da igual que me lo hayas repetido mil veces. He visto cómo te mira.

Me pareció que Patch iba a replicar, pero se lo pensó dos veces y en lugar de eso bajó de un salto de la cama. Llevaba la camiseta negra arrugada y el pelo revuelto: estaba realmente atractivo.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? ¿Un poco de agua? Me siento inútil, y si sigo así voy a volverme loco.

—Si no sabes qué hacer, vete a buscar a Blakely —me limité a decirle. ¿Qué hacía falta para que nos libráramos de Dabria de una vez por todas?

Una sonrisa tortuosa y siniestra se instaló en su rostro.

—No tenemos que ir a por él. Vendrá a buscarnos. Para escapar, se ha visto obligado a dejar atrás su cuchillo. Sabe que lo tenemos, y también sabe que es una prueba que puedo presentar a los arcángeles para demostrar que está empleando la hechicería diabólica.

Patch soltó una carcajada, pero su alegría tenía un lado sombrío.

—Aunque ya no confío en los arcángeles. Pepper Friberg no es la única manzana podrida. Si les entrego el cuchillo, nadie me garantiza que se hagan cargo del problema. Antes creía que eran incorruptibles, pero se han tomado muchas molestias para convencerme de lo contrario. Los he visto jugar con la muerte, mirar hacia otro lado ante violaciones graves de la ley, y castigarme por delitos que yo no había cometido. Me he equivocado muchas veces, y he pagado por mis errores, pero sospecho que no pararán hasta que me vean encerrado en el infierno. No les gusta que se les lleve la contraria, y eso es lo primero que les viene a la cabeza cuando piensan en mí. Esta vez me voy a encargar del asunto personalmente: Blakely volverá a buscar su cuchillo, y cuando lo haga, le estaré esperando.

—Quiero ayudarte —dije al punto. Deseaba bajarle los humos al Nefil que había cometido la idiotez de acuchillarme. Blakely trabajaba para el ejército Nefil, pero yo lo dirigía. A mi juicio, sus acciones habían sido extremadamente irrespetuosas, pero otros las tildarían de alta traición. Y yo sabía por experiencia propia que los Nefilim

eran una raza que no veía a los traidores con buenos ojos.

Patch me miró fijamente y me estudió en silencio, como si estuviera valorando mi capacidad para enfrentarme a Blakely. Al rato, le vi asentir con la cabeza, satisfecha.

—Está bien, Ángel. Pero lo primero es lo primero. Hace dos horas que el partido ha terminado, y tu madre empezará a preguntarse dónde estás. Deberías volver a casa.

Las luces de la granja estaban apagadas, pero yo sabía que mi madre no podría conciliar el sueño hasta que yo hubiera vuelto a casa. Llamé suavemente a la puerta de su dormitorio, la abrí y susurré en la oscuridad:

—Ya estoy en casa.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó con un bostezo.

—El equipo ha jugado de maravilla —respondí evasivamente.

—Marcie ha vuelto hace unas horas. No me ha contado mucho... Se ha ido directamente a su habitación y ha cerrado la puerta. Parecía... tranquila. O tal vez molesta.

Había un atisbo de curiosidad en su voz.

—Seguramente tenía la regla. —Sin duda estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para evitar tener un ataque de pánico en toda regla. Me habían poseído en una ocasión, y no había palabras para describir lo vulnerable que uno se sentía. Pero lo cierto era que Marcie no me daba mucha pena: si hubiera hecho lo que le había pedido, nada de eso habría sucedido.

Una vez en mi habitación, me quité la ropa y examiné la herida una vez más. El tono azulado se estaba desvaneciendo. Poco a poco, pero desaparecía. Tenía que ser una buena señal.

En cuanto me metí en la cama, alguien llamó a la puerta. Marcie la abrió y se quedó de pie en la entrada.

—Estoy flipando —susurró, y, a juzgar por su aspecto, lo decía de verdad.

La invité a entrar, y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué ha pasado en el estadio? —me preguntó con la voz rota. Las lágrimas le empañaban ojos—. ¿Cómo ha podido controlar así mi cuerpo?

—Blakely te ha poseído.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —protestó con irritación sin levantar la voz—. Se ha metido dentro de mí como... ¡como si fuera una especie de parásito!

—Si hubieras dejado que yo atrapara a Blakely como habíamos acordado, nada de esto habría sucedido.

Enseguida me arrepentí de haber sido tan dura con ella. Marcie había cometido una estupidez, pero ¿quién era yo para juzgarla? En mi vida había tomado una buena cantidad de decisiones impulsivas. La situación la había pillado desprevenida, y había reaccionado sin pensar: quería saber quién había matado a su padre. ¿Quién podía culparla por eso? Yo seguro que no.

Suspiré.

—Perdona, no quería decir eso.

Pero ya era demasiado tarde. Me miró, visiblemente dolida, y se marchó.

Capítulo

15

Me desperté sobresaltada. Dante estaba inclinado sobre mi cama, con las manos apoyadas junto a mis hombros.

—¡Buenos días!

Traté de hacerme a un lado, pero sus brazos no me dejaban moverme.

—Hoy es sábado —protesté, presa del cansancio. Entrenar estaba muy bien, pero me merecía un día libre.

—Tengo una sorpresa para ti: una de las buenas.

—La única sorpresa que quiero son un par de horas más de sueño. —Vi el cielo oscuro a través de la ventana, y dudé de que fueran más de las cinco y media.

Me destapó de un tirón y yo solté un grito, agarrándome desesperadamente a las mantas.

—¡Déjame!

—¡Bonito pijama!

Llevaba puesta una camiseta negra que había cogido del armario de Patch y que apenas me llegaba a medio muslo. Tiré simultáneamente de la camiseta hacia abajo y de las mantas hacia arriba.

—Vale —claudiqué con un resoplido—. Te veo fuera.

Después de ponerme la ropa de entreno y calzarme las zapatillas deportivas me encaminé afuera pesadamente. Dante no estaba en el camino de la entrada, pero le sentí cerca, probablemente en el bosque del otro lado de la calle. Tuve la sensación de percibir a otro Nefil con él y crucé frunciendo el ceño.

No había duda de que Dante se había traído a un amigo. Sin embargo, al verlo —ambos ojos morados, el labio partido, la mandíbula inflamada y un boquete en la frente—, concluí que no debían de llevarse muy bien.

—¿Le reconoces? —me preguntó Dante alegremente sosteniendo al Nefil herido por el cogote para que yo lo examinara.

Me acerqué unos pasos, sin saber muy bien a qué juego quería jugar Dante.

—No. Está demasiado hecho polvo. ¿Se lo has hecho tú?

—¿Estás segura de que este buenorro no te suena? —volvió a preguntar Dante, mostrándome los dos perfiles del Nefil con satisfacción; no había duda de que se estaba divirtiendo—. Anoche no paraba de hablar de ti. Se jactó de que te había dado una buena paliza. Por supuesto, ahí fue cuando despertó mi interés. Le dije que nunca

había hecho tal cosa. Y, si me equivocaba, bueno, digamos que no acostumbro ser amable con los Nefilim que no respetan a sus líderes, especialmente al jefe del ejército de la Mano Negra.

Dante abandonó el tono jovial y miró al Nefil herido con desprecio.

—Fue una broma —arguyó el Nefil de mala gana—. Pensé que así veríamos hasta qué punto era sincera al decir que seguiría adelante con el proyecto de la Mano Negra. Ni siquiera es una Nefil de nacimiento. Solo queríamos que probara un adelanto de aquello a lo que tendrá que enfrentarse...

—¿Sombrero de Cowboy? —exclamé de pronto.

Tenía la cara tan desfigurada que no guardaba ningún parecido con el Nefil que me había atado a un poste en esa cabaña y me había amenazado, pero su voz parecía la misma. No cabía duda de que era Sombrero de Cowboy: Shaun Corbridge.

—¿Una broma? —Dante se rio con sarna y añadió—: Si eso es lo que tú entiendes por broma, entonces seguro que te vas a reír cuando veas lo que te tenemos preparado.

Le asestó a Sombrero de Cowboy un buen golpe en la cabeza y el Nefil se desplomó sobre sus rodillas.

—¿Podemos hablar un momento? —le pregunté a Dante—. ¿En privado?

—Por supuesto. —Apuntó a Sombrero de Cowboy con un dedo amenazador y le advirtió—: Ni se te ocurra moverte.

En cuanto nos alejamos lo bastante como para que Sombrero de Cowboy no pudiera oírnos, le dije:

—¿Qué ha pasado?

—Anoche estaba en La Bolsa del Diablo, y un tarugo empezó a chulear diciendo que te había empleado como su *sparring* personal. Al principio me pareció que lo había oído mal, pero cuanto más alto hablaba, más claro resultaba que no se estaba inventando la historia. ¿Por qué no me dijiste que un grupo de nuestros soldados te había atacado? —me preguntó Dante. No parecía enfadado. Tal vez dolido, pero no enfadado.

—¿Me lo preguntas porque estás preocupado por mí o más bien por lo que esto puede suponer para mi evaluación?

Dante negó con la cabeza.

—No digas eso. Sabes muy bien que no estoy pensando en los números. La verdad es que dejaron de importarme enseguida. Esto es por ti. Ese tío te puso las manos encima, y eso es imperdonable. De acuerdo, debería mostrarte respeto como capitán del ejército al que dice pertenecer, pero sobre todo porque eres una buena persona y estás haciendo todo lo posible para que esto salga bien. Yo lo veo, y quiero que él lo vea también.

Su sinceridad y su proximidad me incomodaban. Especialmente después del beso

que estuve a punto de darle cuando me hizo ese truco psicológico. Sus palabras parecían haber superado el límite de lo profesional, el que había definido hasta entonces nuestra relación. Y el que debía seguir definiéndola.

—Te agradezco lo que acabas de decirme, pero con la venganza no conseguiremos que cambie de parecer. Me odia. Muchos de los Nefilim sienten lo mismo. Puede que esta sea una buena oportunidad para demostrarles que se habían equivocado conmigo. Creo que deberíamos dejar que se marche y proseguir con el entreno.

Dante no parecía nada convencido. Lo único que se adivinaba en su rostro era la decepción, y tal vez también la impaciencia.

—La compasión no es el camino. Esta vez no. Ese desgraciado solo verá reforzada su opinión si le dejas marchar sin más. Su empeño es convencer a la gente de que no estás hecha para dirigir un ejército, y tratándolo con mano blanda solo conseguirás demostrar que tiene razón. Hazlo sufrir un poco. Que se lo piense dos veces antes de ponerte las manos encima y desacreditarte de nuevo.

—Deja que se vaya —repetí con más contundencia. No creía que con la violencia pudiera vencerse la violencia. Nunca lo había creído.

Dante se puso un poco rojo y abrió la boca para decir algo, pero yo lo atajé.

—No pienso cambiar de opinión. No me hizo ningún daño. Se me llevó a esa cabaña porque estaba asustado y no sabía qué otra cosa podía hacer. Todo el mundo está asustado. El mes de Jeshván ya ha llegado, y nuestro futuro pende de un hilo. Lo que hizo estuvo mal, pero no puedo castigarlo por tratar de aliviar sus miedos. Entierra el hacha de guerra y déjale marchar. Lo digo en serio, Dante.

Dante soltó un bufido de desaprobación. Sabía que no estaba contento, pero también sabía que había tomado la decisión correcta. No quería avivar el fuego de la discordia con más leña. Para poder superar esa situación, los Nefilim teníamos que estar unidos, teníamos que ser capaces de actuar con compasión, respeto y educación, incluso cuando no estuviéramos de acuerdo.

—Así que ¿eso es todo? —preguntó Dante, claramente insatisfecho.

Me planté las manos en las comisuras de los labios para amplificar mi voz.

—¡Puedes irte! —le grité a Sombrero de Cowboy—. Siento las molestias que hayamos podido causarte.

Sombrero de Cowboy se nos quedó mirando con la boca ligeramente abierta, sin acabárselo de creer, pero prefirió no tentar la suerte y echó a correr por el bosque como si le persiguiera un atajo de osos.

—Bueno —le dije a Dante—. ¿Qué crueles maquinaciones me tenías preparadas para hoy? ¿Correr una maratón? ¿Escalar montañas? ¿Dividir las aguas del mar?

Al cabo de una hora los músculos de las piernas y los brazos me temblaban, exhaustos. Dante me había sometido a agotadoras sesiones de gimnasia: flexiones de

brazos, flexiones de piernas, sentadillas y tijeras verticales. Cuando ya cruzábamos el bosque camino de casa, alcé el brazo de pronto, justo por delante del pecho de Dante, y me acerqué el índice a los labios para pedirle silencio.

Me había parecido oír ruido de pasos en la distancia.

A Dante tampoco se le había pasado por alto. «¿Un ciervo?», me preguntó mentalmente.

Entorné los ojos tratando de aguzar la mirada entre las sombras. El bosque aún estaba a oscuras y el espesor de la vegetación no contribuía a facilitar la visibilidad.

«No. Los pasos avanzan a otro ritmo».

Dante me dio una palmadita en el hombro y señaló el cielo. Al principio me quedé desconcertada, pero luego comprendí lo que pretendía: quería que nos subiéramos a los árboles para tener una buena perspectiva del problema, si es que era eso lo que se estaba acercando a nosotros.

A pesar del cansancio, me encaramé silenciosamente a un cedro con la habilidad de un experto: me planté arriba con solo un par de saltos y el adecuado movimiento de los pies. Dante se subió a un árbol vecino.

No tuvimos que esperar demasiado. Cuando no llevábamos más que unos instantes a salvo en la copa de los árboles, seis ángeles caídos se deslizaron a hurtadillas hasta el claro que se abría a nuestros pies. Eran tres machos y tres hembras. Sus torsos desnudos estaban cubiertos de unos extraños jeroglíficos que guardaban cierto parecido con las marcas de la muñeca de Patch, y llevaban el rostro pintado de un rojo intenso. El efecto era pavoroso y no pude evitar pensar en los indios pawnee.

Me fijé en uno en particular. Era un muchacho larguirucho con los ojos pintados de negro. Su rostro me resultaba familiar... y, de repente, se me heló la sangre: recordé su marcha salvaje por La Bolsa del Diablo y el modo en que levantó la mano, triunfante; y recordé a su víctima y lo mucho que se parecía a mí.

De pronto soltó un gruñido depravado que endureció su expresión, y se puso a acechar a través de los árboles. Tenía una herida reciente en el pecho, pequeña y circular, como si le hubieran cortado groseramente un pedacito de carne con un cuchillo. Descubrí un brillo frío e implacable en sus ojos y me estremecí.

Dante y yo nos quedamos en lo alto de los árboles hasta que el grupo se alejó. En cuanto estuvimos de nuevo en tierra, pregunté:

—¿Cómo nos han encontrado?

Se volvió y me miró fríamente, entornando los ojos.

—Han cometido un gran error siguiéndote hasta aquí.

—¿Crees que nos han estado espiando?

—Creo que alguien les ha dado la alarma.

—El larguirucho. Lo había visto antes, en La Bolsa del Diablo. Atacó a una

muchacha Nefil que se parecía mucho a mí. ¿Lo conoces?

—No. —Pero me pareció que se había detenido un instante antes de responder.

Al cabo de cinco horas ya me había duchado y vestido, me había tomado un saludable desayuno a base de huevos revueltos con setas y espinacas, y, de propina, había terminado todos los deberes. No estaba mal, teniendo en cuenta que ni siquiera eran las doce.

La puerta del dormitorio del final del pasillo se abrió y vi aparecer a Marcie. Llevaba el pelo hecho un desastre y tenía dos cercos oscuros bajo los ojos. Casi podía oler su aliento matutino desde donde estaba.

—Eh —le dije.

—Eh.

—Mi madre quiere que recojamos las hojas del jardín, así que supongo que preferirás ducharte en cuanto hayamos acabado.

Marcie frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Las tareas domésticas de cada sábado —le expliqué. Probablemente «tarea doméstica» era un término que Marcie no conocía, y la verdad es que me encantó poder enseñárselo yo.

—Yo no hago esas cosas.

—Sí, si quieres vivir aquí.

—Está bien —repuso de mala gana—. Deja que desayune y haga un par de llamadas.

En otro día cualquiera, me habría extrañado que Marcie fuera tan agradable, pero estaba empezando a pensar que su buena predisposición debía de ser un modo de disculparse por su metedura de pata de la noche anterior. Eh, trataba de encontrarle alguna explicación razonable.

Mientras Marcie se servía los cereales para el desayuno, me fui a buscar los rastrillos al garaje. Cuando ya había hecho un montón con las hojas de la mitad del jardín delantero, oí que se acercaba un coche. Scott aparcó su Barracuda en el sendero de la entrada y se bajó. La camiseta que llevaba marcaba todos sus músculos; pensé en Vee y deseé haber tenido una cámara a mano.

—Eh, ¿cómo te va, Grey? —me dijo. Se sacó un par de guantes de piel de trabajo del bolsillo trasero de los pantalones y se los puso—. He venido a ayudar. Dime qué tengo que hacer. Hoy seré tu esclavo. Claro que quien debería estar aquí no soy yo, sino tu novio, Dante. —Siguió tomándose el pelo sobre Dante, pero no pude determinar si se creía realmente lo de nuestra relación. Hablaba empleando cierto tono de mofa. Aunque la verdad era que yo detectaba ese mismo tono en una de cada diez palabras que pronunciaba.

Me apoyé en el rastrillo.

—No lo entiendo: ¿cómo sabías que hoy iba a recoger las hojas del jardín?

—Tu nueva mejor amiga me lo ha contado.

Yo no tenía ninguna nueva mejor amiga, pero sí una eterna archienemiga. Así que entorné los ojos y aventuré:

—¿Te ha llamado Marcie?

—Me ha dicho que necesitaba que la ayudaran con las tareas de la casa. Tiene alergia y no puede trabajar al aire libre.

—¡Eso es mentira! —exclamé. Sin embargo, yo había sido lo bastante ingenua como para creer que estaba dispuesta a colaborar.

Scott cogió el rastrillo que yo había dejado apoyado en la pared para Marcie y se dispuso a ayudarme.

—Hagamos un montón enorme y luego te echamos a ti encima.

—Esa no es la idea.

Scott me sonrió y me dio con el codo.

—¡Pero sería divertido!

Marcie abrió la puerta principal y salió al porche. Se sentó en los escalones con las piernas cruzadas e, inclinándose hacia delante, exclamó:

—¡Hola, Scott!

—¡Hola!

—Gracias por venir a rescatarme. Eres mi caballero de la brillante armadura.

—Creo que voy a vomitar —dije yo mirando hacia el cielo melodramáticamente.

—Ya sabes, cuando quieras —repuso Scott—. Cualquier excusa es buena para venir a martirizar a Grey.

Se me acercó por la espalda y me metió un puñado de hojas secas debajo de la camiseta.

—¡Eh! —grité, y recogí apresuradamente un buen montón para arrojárselas a la cara.

Scott dejó caer los hombros, se abalanzó sobre mí y me echó al suelo, desparramando todas las hojas que yo había amontonado con tanto esmero. Me enfadé al ver que en un momento había echado por tierra todo mi trabajo, pero, a pesar de ello, no conseguí parar de reír. Lo tenía encima, abarrotando de hojas mi camiseta, mis bolsillos y mis pantalones.

—¡Scott! —exclamé entre risas.

—¡Ya vale! —dijo Marcie con voz de aburrimiento, pero yo sabía que estaba irritada.

Cuando Scott por fin me dejó respirar, le dije a Marcie:

—Es una lástima que tengas alergia. Recoger hojas puede ser muy divertido. ¿No te lo había dicho?

Me fulminó con una mirada corrosiva y luego se metió en casa.

Capítulo

16

En cuanto Scott y yo hubimos llenado de hojas secas un buen número de bolsas de basura naranja y las hubimos decorado como si fueran calabazas para repartirlas luego por el jardín, entramos en casa para tomarnos un vaso de leche y probar las deliciosas galletas de chocolate y menta de mamá. Creía que Marcie se habría retirado a su habitación, pero nos la encontramos esperándonos en la cocina.

—He pensado que deberíamos celebrar una fiesta de Halloween —sugirió.

Solté un bufido aún con el vaso de leche en los labios.

—No te ofendas, pero en esta familia no se nos dan muy bien las fiestas.

A mi madre se le iluminó el rostro.

—A mí me parece una idea estupenda, Marcie. No hemos celebrado una desde que Harrison murió. Podría pasarme por la tienda de adornos para fiestas, a ver qué tienen.

Miré a Scott en busca de ayuda, pero se encogió de hombros y opinó:

—Podría estar bien.

—Tienes un bigote de leche —repuse con acritud como respuesta.

Se lo limpió con el dorso de la mano... y luego se secó en mi brazo.

—¡Eh! —grité, dándole un empujón en el hombro.

—Creo que deberíamos tener un tema... Como, por ejemplo, parejas famosas de la historia, y decirle a todo el mundo que venga con acompañante —propuso Marcie.

—¿No es algo que se hecho ya...? —dije—. ¿Como un millón de veces?

—El tema debería ser: personajes famosos de las películas sobre Halloween —replicó Scott con una sonrisa sádica.

—Eh, eh. Tranquilos. Frenad un poco —salté levantando las manos—. Mamá, ¿te das cuenta de que para eso tendríamos que limpiar la casa de arriba abajo?

Mi madre soltó una risa forzada, claramente ofendida.

—La casa no está tan sucia, Nora.

—¿Cada invitado traerá algo o lo ponemos todo nosotros? —quiso saber Scott.

—Nada de cerveza —dijimos mi madre y yo a coro.

—Pues a mí me gusta la idea de las parejas famosas —insistió Marcie, sin duda con un plan en mente—. Scott, tú y yo podríamos ir juntos.

Scott no desaprovechó la ocasión.

—¿Qué tal si yo soy Michael Myers y tú una de las canguros a las que mutilo?

—No —espetó Marcie—. Seremos Tristán e Isolda.

Saqué la lengua con actitud burlona.

—¡Qué original!

Scott me dio una patadita en la pierna en tono de broma.

—¡Vaya, menuda aguafiestas estás hecha!

«Me parece una frivolidad planificar una fiesta de Halloween cuando estamos en pleno Jeshván —le dije críticamente en pensamientos—. Puede que los ángeles caídos se estén conteniendo, pero no seguirán así para siempre. Los dos sabemos que se está cocinando una guerra, y todo el mundo espera que yo haga algo al respecto. Así que ¡perdona si no estoy como unas castañuelas!»

«De acuerdo —repuso Scott—, pero puede que la fiesta te ayude a desconectar un poco».

«¿En serio piensas ir con Marcie?»

Me miró con una sonrisa.

«¿Crees que debería ir contigo?»

«Creo que deberías ir con Vee».

Cuando aún no había tenido tiempo de evaluar la reacción de Scott, Marcie dijo:

—¿Qué le parece si vamos todos a comprar los adornos, señora Grey? Y luego podemos parar en la papelería, así podré encargarme de las invitaciones. Me gustaría algo festivo y espeluznante, pero al mismo tiempo refinado. —Agitó los hombros y soltó un grito—. Oh, ¡esto va a ser muy divertido!

—¿A quién vas a traer de acompañante a la fiesta, Nora? —me preguntó mamá.

Fruncí los labios, incapaz de dar con la respuesta acertada. Scott ya estaba pillado, a Dante lo descartaba —habría ayudado a hacer correr el rumor de que salíamos juntos, pero la verdad era que yo no estaba de humor— y mi madre no soportaba a Patch. Es más, se suponía que yo lo odiaba: éramos enemigos mortales, al menos eso tenía que pensar todo el mundo.

No me apetecía acudir a esa fiesta. Tenía problemas más importantes de los que ocuparme: me perseguía un arcángel vengativo; era el jefe de un ejército y no sabía hacia dónde tirar (a pesar de mi pacto con los arcángeles, estaba empezando a pensar que la guerra no solo era inevitable, sino también la opción más adecuada); mi mejor amiga me ocultaba secretos que me quitaban el sueño; y ahora eso, una fiesta de Halloween. En mi propia casa, y encima tendría que hacer de anfitriona.

Marcie me ofreció una sonrisa burlona.

—Anthony Amowitz está loco por ti.

—Oh, háblame más de ese Anthony —la animó mi madre.

A Marcie le encantaban las buenas historias, y no dudó ni un segundo en contar aquella.

—Estaba en nuestra clase de Educación Física el año pasado. Cada vez que

jugábamos al *softball*, él era el que cogía la pelota y, cuando le tocaba batear a Nora, no paraba de mirarle las piernas. El pobre estaba tan distraído que se le escapaban todas las pelotas.

—Es que Nora tiene unas piernas preciosas —dijo mi madre bromeando.

Levanté el pulgar hacia las escaleras y dije:

—Subo a mi habitación para darme con la cabeza en la pared unos miles de veces. Lo prefiero a esto.

—¡Tú y Anthony podríais ser Scarlett y Rhett! —me gritó Marcie mientras me iba—. O Buffy y Angel. ¿Y qué me dices de Tarzán y Jane?

Esa noche dejé la ventana entreabierta y, justo después de las doce, Patch se deslizó dentro. Olía a tierra y a bosque, cuando se echó sigilosamente en la cama junto a mí. A pesar de que me habría gustado poder gritar a los cuatro vientos que teníamos una relación, había algo innegablemente sexy en nuestros encuentros secretos.

—Te he traído una cosa —me dijo depositando una bolsa de papel de embalar encima de mi barriga.

Me incorporé en la cama y examiné el contenido.

—¡Una manzana bañada en caramelo de Delphic Beach! —exclamé con una sonrisa—. Son las mejores. Y también has traído otra con ralladura de coco: ¡son mis preferidas!

—Es para que te mejores. ¿Cómo tienes la herida?

Me levanté la chaqueta del pijama para mostrarle la buena noticia.

—Ya está bien.

El último rastro de la mancha azulada había desaparecido hacía solo unas horas y la herida se había curado casi instantáneamente. Lo único que quedaba era una pálida cicatriz.

Patch me besó.

—Qué buena noticia.

—¿Se sabe algo de Blakely?

—No, pero es solo cuestión de tiempo.

—¿Has notado que te siguiera?

—No. —La frustración tiñó ligeramente su voz—. Pero estoy seguro de que no me pierde de vista. Necesita recuperar el cuchillo.

—La hechicería diabólica está cambiando las reglas, ¿verdad?

—Yo diría más bien que me está obligando a tener más inventiva.

—¿Llevas el cuchillo de Blakely encima? —le pregunté con la mirada puesta en sus bolsillos, que parecían vacíos.

Se levantó la camiseta y vi el mango del cuchillo, que sobresalía por encima de su

cinturón de piel.

—No lo pierdo de vista ni un segundo.

—¿Estás seguro de que vendrá a buscarlo? Tal vez sepa que los arcángeles no son tan santos como todos creíamos, y esté convencido de que puede seguir adelante con la hechicería diabólica.

—Es una posibilidad, pero no lo creo. Los arcángeles son muy hábiles a la hora de esconder sus secretos, especialmente de los Nefilim. Creo que Blakely está asustado, y juraría que no tardará en hacer algún movimiento.

—¿Y si trae refuerzos? ¿Y si somos tú y yo contra veinte Nefilim?

—Vendrá solo —aseguró Patch—. La ha cagado y tratará de arreglar su metedura de pata en privado. A juzgar por lo valioso que es para los Nefilim, seguro que no tenía permitido acudir a un partido de fútbol por su cuenta. Estoy convencido de que se escapó a hurtadillas del laboratorio, pondría la mano en el fuego. Debe de estar muy nervioso: sabe que tiene que arreglar este asunto antes de que alguien se entere. Pienso utilizar su miedo y su desesperación a nuestro favor. Sabe que seguimos juntos. Lo obligaré a hacer un juramento en el que se comprometa a no decir una palabra sobre nuestra relación y lo amenazaré con no devolverle el cuchillo si se niega.

Cogí uno de los pedazos de manzana cubierto de caramelo y lo partí en dos.

—¿Algo más? —preguntó Patch.

—Mmm... Sí. En el entreno de esta mañana, Dante y yo hemos sido interrumpidos por un grupito de gamberros que eran ángeles caídos. —Me encogí de hombros—. Nos hemos escondido hasta que se han marchado, pero diría que este Jeshván los ánimos están muy caldeados. ¿No conocerás a un ángel caído delgado con el pecho cubierto de marcas? Es la segunda vez que lo veo.

—No me suena. Pero mantendré los ojos bien abiertos. ¿Seguro que estás bien?

—Segurísimo. Cambiando de tema: Marcie va a celebrar una fiesta en la granja.

Patch sonrió.

—El drama de la familia Grey-Millar...

—El tema será parejas famosas de la historia. ¿Se te ocurre algo más trillado? Y, lo que es peor, ha involucrado también a mi madre. Hoy irán juntas a comprar todos los adornos. Durante tres horas. Es como si de pronto fueran amigas del alma. —Cogí otro pedazo de manzana e hice una mueca—. Marcie lo va a estropear todo. Yo quería que Scott fuera a la fiesta con Vee, pero Marcie ya lo ha convencido de que sea su acompañante.

Patch amplió su sonrisa.

Y yo le dediqué una de mis miradas de disgusto.

—No tiene gracia. Marcie me está destrozando la vida. Oye, ¿se puede saber de qué parte estás tú?

Patch levantó las manos en señal de rendición.

—A mí no me metas.

—Necesito un acompañante para esa dichosa fiesta. Tengo que eclipsar a Marcie. —Y, con una chispa de inspiración, añadí—: Quiero ir cogida del brazo de un chico aún más guapo que el suyo y llevar un vestido mejor. Y se me ocurrirá algo mil veces más original que Tristán e Isolda.

Miré a Patch esperanzada, pero me rehuyó.

—No deben vernos juntos.

—Pero irías disfrazado. Piénsalo como un reto: conseguir que no nos descubran. Tienes que admitirlo: esto de andar a escondidas es bastante sexy.

—Yo no voy a fiestas de disfraces.

—Porfa, porfa, porfa... —le rogué batiendo los párpados.

—Me vas a volver loco.

—Solo conozco a un chico que sea más atractivo que Scott...

Esperé que la idea tentara su ego.

—Tu madre no me dejará poner los pies en vuestra casa. He visto el arma que guarda en el último estante de la despensa.

—Ya te lo he dicho: irás disfrazado, tonto. No sabrá que eres tú.

—No vas a rendirte, ¿verdad?

—No. ¿Qué te parece John Lennon y Yoko Ono? ¿O Sansón y Dalila? ¿Y Robin Hood y Lady Marian?

Levantó una ceja.

—¿Has pensado en Patch y Nora?

Entrelacé los dedos encima del estómago y miré hacia el techo con expresión taimada.

—Marcie se va a enterar.

El móvil de Patch sonó y él echó un vistazo a la pantalla.

—Número desconocido —murmuró, y al oírlo se me heló la sangre.

—¿Crees que puede ser Blakely?

—Solo hay un modo de saberlo.

Respondió el teléfono con voz tranquila, pero seca. Enseguida sentí que el cuerpo de Patch se tensaba junto a mí y supe que se trataba de Blakely. La llamada no duró más que unos segundos.

—Era él —me confirmó Patch—. Quiere que nos veamos. Ahora.

—¿Así de fácil?

Patch me miró a los ojos y comprendí que eso no era todo. No alcanzaba a interpretar su expresión, pero al ver la ansiedad en su rostro sentí que se me cortaba la respiración.

—Si le entregamos el cuchillo, nos dará el antídoto.

—¿Qué antídoto? —pregunté.

—Cuando te apuñaló, te inoculó algo. No me ha dicho qué. Solo me ha advertido de que si no te tomas pronto el antídoto... —Se le quebró la voz y, después de tragar saliva, añadió—: Ha dicho que vas a lamentar lo que hiciste. Que los dos lo lamentaremos.

Capítulo

17

Es un farol. Pretende tendernos una trampa. Trata de asustarnos; así estaremos tan preocupados intentando descubrir qué extraña enfermedad me ha inoculado que no actuaremos con eficacia.

Salté de la cama y empecé a andar de un extremo a otro de la habitación.

—Oh, es bueno, muy bueno. Yo digo que lo llamemos y le digamos que le entregaremos el cuchillo en cuanto haya jurado que no volverá a utilizar la hechicería diabólica. Es un buen acuerdo.

—¿Y si dice la verdad? —preguntó Patch quedamente.

No quería pensar en eso. Si lo hacía, me pondría en las manos de Blakely.

—Está mintiendo —afirmé con convicción—. Era el protegido de Hank, y si en algo tenía talento mi padre, era en mentir. Estoy segura de que se lo pegó. Llámalo. Dile que no hay trato, que se me ha curado la herida y que si realmente me ocurriera algo, a estas alturas ya lo sabríamos.

—Estamos hablando de hechicería diabólica, Ángel. No funciona según las normas. —Las palabras de Patch estaban cargadas de preocupación y también de frustración—. No creo que podamos dar nada por sentado, y mucho menos que debamos subestimarle. Si hizo algo para perjudicarte, Ángel...

Un músculo de la mandíbula de Patch se contrajo por la emoción, y tuve miedo de que fuera a hacer exactamente lo que Blakely deseaba: pensar con la rabia y no con la cabeza.

—Esperemos un tiempo. Si estamos equivocados, cosa que dudo, dentro de dos, cuatro o seis días Blakely aún querrá recuperar el cuchillo. Tenemos la sartén por el mango. Si empezamos a sospechar que realmente me inoculó algo grave, lo llamamos. Querrá reunirse con nosotros igualmente, porque su objetivo es recuperar el cuchillo. No tenemos nada que perder.

Patch no parecía convencido.

—Ha dicho que no tardarías en necesitar el antídoto.

—¿No te das cuenta? No ha sido nada preciso: si hubiera dicho la verdad, habría dado un período de tiempo más concreto.

Mi valentía no era fingida. Ni una parte de mí creía que Blakely estuviera siendo franco. La herida se había curado, y nunca me había sentido mejor. No me había inoculado ninguna enfermedad. No iba a tragármelo. Y me frustró que Patch fuese tan cauteloso, tan ingenuo. Quería ceñirme al plan original: llevarnos a Blakely y

acabar con la producción de hechicería diabólica.

—¿Dónde quiere que os encontréis? ¿Dónde piensa hacer el cambio?

—No te lo voy a decir —respondió Patch con un tono calmado y mesurado.

Lo miré, confundida.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Patch se me acercó y me cogió delicadamente el cuello con ambas manos. Su expresión era inalterable. Estaba muy serio... Seguro que me ocultaba algo. Fue como si me abofeteara: llevaba la traición escrita en el rostro. No podía creer que fuera a actuar en contra de mi voluntad. Traté de zafarme de él, demasiado enfadada como para decir nada, pero Patch me cogió por la cintura.

—Respeto tu opinión, pero hace mucho más tiempo que tú que me dedico a estas cosas —me dijo muy seriamente con voz sincera.

—No seas condescendiente conmigo.

—Blakely no es una buena persona.

—Gracias por la información —repliqué con ironía.

—Es perfectamente capaz de haberte contagiado con algo. Hace tanto tiempo que trabaja con la hechicería diabólica que ya no debe de saber lo que es el sentido de la decencia y la humanidad. La hechicería habrá endurecido su corazón y le habrá metido ideas en la cabeza, ideas perversas, maliciosas, ignominiosas. No creo que lance amenazas a ciegas. Parecía sincero, convencido de cumplir con lo que me ha dicho. Si no me encuentro con él esta noche, se deshará del antídoto. No tiene miedo de mostrarnos el tipo de hombre que es.

—Entonces demostrémosle con quién está tratando. Dime dónde quiere que nos encontremos. Cojámosle e interroguémosle —le desafié. Le eché un vistazo al reloj. Habían transcurrido cinco minutos desde que Patch había colgado el teléfono. Blakely no esperaría toda la noche. Teníamos que movernos: estábamos perdiendo tiempo.

—Tú no vas a encontrarte con Blakely esta noche, y punto —sentenció Patch.

No soportaba ese comportamiento de machito. Yo tenía tanto derecho a decidir como él, y Patch me estaba dejando a un lado. Mi opinión no le importaba lo más mínimo: solo lo había dicho por decir.

—¡Vamos a perder nuestra oportunidad de atraparlo! —protesté.

—Yo voy a hacer el intercambio y tú te quedarás aquí —insistió.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Vas a dejar que se salga con la suya! ¿Qué demonios te pasa?

Me miró al fondo de los ojos.

—Creía que era obvio, Ángel. Tu salud es más importante que conseguir esas respuestas. Ya atraparemos a Blakely en otra ocasión.

Me quedé con la boca abierta y sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Si sales de aquí sin mí, nunca te lo perdonaré.

Era una dura amenaza, pero estaba dispuesta a cumplirla. Patch me había prometido que éramos un equipo. Si me dejaba de lado, lo interpretaría como una traición. Habíamos pasado por demasiadas cosas juntos como para que me tratara ahora como a una niñita indefensa.

—Blakely está muy inquieto. Si presiente algo raro, se escapará y se llevará con él el antídoto. Dijo que quería encontrarse conmigo a solas, y pienso respetar su voluntad.

Negué enfáticamente con la cabeza.

—No mezcles a Blakely en esto. Esto es entre tú y yo. Dijiste que seríamos un equipo. Esto tiene que ver con lo que nosotros queremos, no con lo que quiere él.

Alguien llamó a mi habitación, y yo troné:

—¿Qué?

Marcie abrió la puerta y se quedó de pie junto al quicio, con los brazos cruzados. Llevaba una enorme camiseta vieja y unos pantalones cortos. Nada que ver con el atuendo que había creído que emplearía para dormir. Me la había imaginado con algo más rosa, más escotado, con más encajes.

—¿Con quién estás hablando? —me preguntó medio dormida frotándose los ojos—. Te oigo dale que te pego desde mi habitación.

Me volví hacia Patch, pero se había desvanecido: en el dormitorio solo estábamos Marcie y yo.

Agarré una de las almohadas de la cama y la arrojé con furia contra la pared.

Cuando me desperté el domingo por la mañana, un hambre atroz, indescriptible, me atenazaba el estómago. Me levanté de la cama y me fui directamente a la cocina sin siquiera pasar por el cuarto de baño. Abrí la nevera de un tirón y examiné con avidez el contenido de todos los estantes: leche, fruta, los restos del filete Stroganoff del día anterior, ensalada, lonchas de queso, gelatina de fresa. No había nada que me resultase remotamente apetecible y, sin embargo, mi estómago se retorció lacerado por los pinchazos del hambre. Metí la cabeza en la despensa y rastreeé con la mirada los montones de paquetes que llenaban las estanterías; nada, todo me dejaba indiferente, como si en lugar de alimentos fueran pedazos de poliéster. Esa hambre inexplicable se intensificó al no meterme nada en el estómago, y empecé a sentir náuseas.

Faltaban unos minutos para las cinco, ni siquiera había amanecido, pero volví a la cama con pesadez. Si no podía acabar con esos dolores comiendo, trataría de hacerlos desaparecer durmiendo. El problema era que me sentía como en lo alto de una noria, y la cabeza me daba vueltas y más vueltas. Tenía la lengua seca e hinchada por la sed y, sin embargo, cuando pensaba en beber, aunque solo fuera un trago de agua, mi

estómago se rebelaba y me entraban ganas de devolver. Por un momento, se me ocurrió que todo podía ser consecuencia de la herida, pero me sentía demasiado mal como para poder pensar.

Me pasé los siguientes minutos revolviéndome en la cama, tratando de encontrar la parte más fresca de las sábanas para aliviar mi dolor, y entonces una voz sedosa me susurró al oído:

—¿Sabes qué hora es?

Dejé escapar un gruñido genuino.

—Hoy no podré entrenar, Dante, me encuentro muy mal.

—Esa excusa está muy trillada. Vamos, sal de la cama —insistió dándome una palmadita en la pierna.

La cabeza me colgaba fuera del colchón y, al ver sus zapatillas deportivas, le dije:

—¿Si devuelvo encima de tus pies me creerás?

—No soy tan remilgado. Te espero fuera dentro de cinco minutos. Si llegas tarde, tendrás que compensármelo. Ocho kilómetros de más por cada minuto de retraso. Parece lo justo, ¿no?

Se marchó, y necesité echar mano de toda mi motivación para bajarme de la cama. Me calcé las zapatillas deportivas lentamente, atrapada en una batalla contra un hambre voraz, por un lado, y un mareo incontrolable, por el otro.

Cuando conseguí llegar al camino de la entrada, Dante me dijo:

—Antes de empezar, te pondré al día acerca de los avances en la preparación de nuestro ejército. Una de mis primeras obligaciones como teniente ha sido asignar oficiales a nuestras tropas. Espero que apruebes mis decisiones. El entreno de los Nefilim va bien —prosiguió sin aguardar mi respuesta—. Nos hemos concentrado en las técnicas contra la posesión de cuerpos, en el empleo de los juegos psicológicos como estrategias tanto ofensivas como defensivas y en el seguimiento de un riguroso programa de preparación física. Nuestro punto débil es el reclutamiento de espías. Necesitamos desarrollar fuentes de información fiables. Es de vital importancia saber qué planean los ángeles caídos, pero no hemos tenido éxito en este punto —dijo mirándome, expectante.

—Eh... Vale. Haces bien en decírmelo. A ver si se me ocurre algo.

—Había pensado que podías sugerírselo a Patch.

—¿Que espíe para nosotros?

—Saca provecho de vuestra relación. Tal vez tenga información sobre los puntos débiles de los ángeles caídos. Puede que conozca a ángeles caídos que sean fáciles de convencer.

—No pienso utilizar a Patch. Ya te lo dije: Patch no participará en esta guerra. No se ha alineado con los ángeles caídos y no pienso pedirle que espíe para los Nefilim —repuse fríamente—. No voy a involucrarlo en esto.

Dante asintió.

—Entendido. Olvídate de lo que te he dicho. Como siempre, empezaremos calentando. Dieciséis kilómetros. Adelante, quiero verte sudar.

—Pero Dante... —protesté con un hilo de voz.

—¿Esos kilómetros de más sobre los que te he advertido? Una excusa.

«Vamos, acaba con esto —me decía tratando de animarme—. Tienes el resto del día para dormir. Y comer, y comer, y comer».

Dante fue duro con el entreno; después de dieciocho kilómetros de calentamiento, me hizo saltar rocas dos veces más altas que yo, subir a la carrera la empinada cuesta de un barranco, y repetir algunas de las lecciones que ya me había dado, especialmente sobre trucos psicológicos.

Por fin, al terminar la segunda hora, dijo:

—Ya está bien por hoy. ¿Sabrás volver a casa?

Nos habíamos alejado muchos kilómetros, pero el sol que asomaba por el horizonte me indicaba dónde se encontraba el este, y estaba bastante segura de que podría volver a casa sola.

—No te preocupes por mí —le dije, y me marché.

A medio camino encontré la roca sobre la que habíamos depositado nuestras cosas: el impermeable que me había quitado después del calentamiento y la bolsa de deporte azul marino de Dante. La llevaba cada día y cargaba con ella mientras corría por el bosque durante varios kilómetros, lo cual se me antojaba no solo pesado e incómodo, sino también poco práctico. Hasta entonces, no la había abierto ni una sola vez. Al menos, delante de mí. La bolsa podría haber contenido toda la colección de aparatos de tortura que Dante pensaba emplear conmigo con la excusa del entreno. Sin embargo, lo más probable era que la empleara para llevar ropa y zapatillas de deporte de repuesto... y seguramente —y solté una risa al pensarlo— también un par de calzoncillos con un estampado de pingüinos que me servirían para tomarle el pelo durante un buen tiempo. E incluso podría dejarlos colgados de algún árbol cercano. Por allí no había nadie que pudiera verlos, pero seguro que se moriría de vergüenza al pensar que yo los había descubierto.

Sonreí furtivamente, y abrí la cremallera solo unos pocos centímetros. En cuanto vi la retahíla de botellas de cristal llenas de ese líquido azul, se me retorció el estómago de dolor y el hambre me arañó por dentro como si tuviera vida propia.

Un ansia irrefrenable amenazaba con explotar en mi interior y un pitido agudo me perforaba los oídos. De pronto, el recuerdo del intenso sabor de la hechicería diabólica me arrolló como una ola. Era repugnante, pero valía la pena. Recordé el poder que me había dado. Casi no podía aguantar el equilibrio: la necesidad de sentir de nuevo ese subidón me consumía. Los saltos vertiginosos, la velocidad incomparable, la agilidad de un felino. Se me aceleró el pulso, ansiosa por probarla

de nuevo. Empecé a ver borroso y las rodillas se me aflojaron. Ya casi podía saborear el alivio y la satisfacción que iba a sentir solo con el primer sorbo.

Conté las botellas a toda prisa. Quince. Seguro que Dante no notaría si había una de menos. Sabía que robar estaba mal y también que la hechicería diabólica no me convenía. Pero esos pensamientos eran argumentos vacíos que flotaban a la deriva en algún rincón perdido de mi cabeza. Me dije a mí misma que muchos de los medicamentos que me recetaba el médico tampoco eran buenos en según qué dosis, pero a veces los necesitaba. Del mismo modo que en ese momento necesitaba tomar un sorbo de hechicería diabólica.

Hechicería diabólica. Era tal el ansia de revivir la sensación de poder que me proporcionaría, que apenas podía pensar. De pronto me asaltó un pensamiento: tenía tanta necesidad de tomarla que si no lo hacía tal vez moriría. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de volver a sentirme de ese modo. Indestructible. Intocable.

Sin darme tiempo siquiera a pensar, cogí una botella. Estaba fría y su tacto me dio confianza. Aún no había bebido ni un sorbo y ya pensaba con más claridad. Los mareos habían desaparecido y, muy pronto, también desaparecería la sensación de ansiedad.

La botella se adaptaba perfectamente a mi mano, como si estuviera hecha a mi medida. Dante quería que esa dosis fuera para mí. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces había tratado de convencerme de que tomara hechicería diabólica? ¿Y acaso no había dicho que iría a cuenta de la casa?

Cogería solo una botella, con una bastaría. Saborearía esa oleada de poder una vez más y ya me quedaría satisfecha.

Solo una vez más.

Capítulo

18

Abrí los ojos al oír un golpe repentino en la puerta y me incorporé de un salto, desorientada. Los rayos del sol entraban a raudales por la ventana de la habitación, anunciando la llegada del mediodía. Tenía la piel empapada en sudor y las sábanas enredadas entre las piernas. Una botella vacía yacía volcada en la mesita de noche.

Rebusqué ansiosa en mi memoria.

Después de destapar la botella, arrojar el tapón al suelo y acabarme toda la dosis de hechicería diabólica de un solo trago, me costó Dios y ayuda llegar a mi dormitorio: boqueé asaltada por las náuseas, con la sensación de que iba a ahogarme; el líquido me obstruía la garganta, pero sabía que cuanto más deprisa me lo acabara, antes pasaría el mal rato. Una oleada de adrenalina azotó mi cuerpo disparando todos mis sentidos a niveles indescriptibles. Me entraron unas ganas irrefrenables de salir afuera y poner mi organismo al límite, corriendo, saltando y esquivando cualquier obstáculo a mi paso. Como volar, pero mejor.

Y entonces, con la misma rapidez con que habían llegado esas ansias, me vine abajo. Ni siquiera recordaba haberme desplomado encima de la cama.

—¡Despierta, dormilona! —gritó mi madre desde el otro lado de la puerta—. Ya sé que es fin de semana, pero si sigues así te vas a pasar todo el día durmiendo. Ya son más de las once.

¿Las once? ¿Había estado inconsciente cuatro horas?

—Ahora mismo bajo —respondí. Tenía temblores por todo el cuerpo, probablemente como consecuencia de la hechicería diabólica. Había consumido demasiada, y demasiado deprisa. Eso explicaba que hubiera estado inconsciente durante horas y también la extraña sensación nerviosa que palpitaba en mi interior.

No podía creer que le hubiera robado esa botella a Dante. Y aún menos que me la hubiera bebido. Estaba avergonzada de mí misma. Tenía que encontrar un modo de arreglarlo, pero no se me ocurría por dónde empezar. ¿Cómo podía decírselo a Dante? Estaba convencido de que yo era tan débil como un humano y el hecho de que no fuera capaz de controlar mis deseos demostraba que tenía razón.

Debería haberle pedido permiso. Pero lo más curioso del caso es que me había divertido robársela. Había sido emocionante hacer algo malo y salirme con la mía, como también lo había sido darme el capricho de tomarme esa dosis de hechicería diabólica, de bebérmela toda sin darme siquiera un respiro, resistiéndome a

racionalarla.

¿Cómo era posible que tuviera esos horribles pensamientos? ¿Cómo era posible que me hubiera dejado llevar de ese modo? No era propio de mí.

Me juré que nunca volvería a tocar la hechicería diabólica, enterré la botella en el fondo de la papelera y traté de borrar el incidente de mi cabeza.

Di por sentado que a esas horas desayunaría a solas, pero me encontré a Marcie instalada a la mesa de la cocina, tachando números de teléfono de una lista.

—Me he pasado toda la mañana invitando a gente a la fiesta de Halloween —me explicó—. Ya sabes, eres libre de colaborar cuando quieras.

—Creía que ibas a mandar invitaciones.

—No hay tiempo. La fiesta es el jueves.

—Pero al día siguiente tenemos clase... ¿Por qué no el viernes?

—Hay fútbol. —Al parecer la perplejidad se reflejó en mi cara, porque Marcie me aclaró—: Todos mis amigos estarán en el partido: unos en el campo y los demás en las gradas, animando. Además, no juegan en casa, así que no les podemos invitar para que vengan después del partido.

—¿Y el sábado? —pregunté, sin acabarme de creer que fuéramos a celebrar una fiesta en medio de la semana. Mi madre no iba a consentirlo. Claro que últimamente Marcie la convencía de cualquier cosa.

—El sábado es el aniversario de mis padres. No es día para celebrarla —concluyó con resolución. Me alargó la lista de los números—. Hasta ahora lo he hecho todo yo sola y estoy empezando a ponerme de los nervios.

—No quiero tener nada que ver con la fiesta —le recordé.

—Estás molesta porque no tienes pareja.

Tenía razón. No sabía con quién iba a ir. Había pensado llevar a Patch, pero eso significaba perdonarlo por haberse reunido con Blakely la noche anterior. El recuerdo de lo que había ocurrido me asaltó de pronto. Entre que la noche anterior me había quedado dormida, esa mañana había entrenado con Dante y luego había estado varias horas inconsciente, se me había pasado por alto comprobar si tenía mensajes en el móvil.

Alguien llamó al timbre.

—¡Ya voy yo! —exclamó Marcie saltando de la silla.

Me entraron ganas de gritarle: «¡Deja ya de actuar como si vivieras aquí!», pero me limité a salir de la cocina y subir los escalones de dos en dos, impaciente por refugiarme en mi habitación. Fui directa al bolso que tenía colgado de la puerta del armario y saqué el móvil.

Inspiré profundamente. Ningún mensaje. No sabía lo que significaba, ni tampoco si debía preocuparme. ¿Y si Patch había caído en una trampa? Claro que tal vez no daba señales de vida porque la noche anterior habíamos discutido. Cuando me

enfadaba, necesitaba espacio, y Patch lo sabía.

Le escribí un mensaje escueto. ¿PODEMOS HABLAR?

De pronto, oí que Marcie discutía con alguien en el vestíbulo.

—Te he dicho que iré a buscarla. Tú espérate aquí. ¡No puedes presentarte en casa de los demás sin que te hayan invitado!

—¿Y eso quién lo dice? —replicó Vee, y la oí subir con paso firme las escaleras.

Me las encontré a las dos en el pasillo, justo delante de la puerta de mi habitación.

—¿Qué pasa?

—La gorda de tu amiga se ha colado sin que nadie la hubiera invitado —protestó Marcie.

—Esta esmirriada se comporta como si fuese la dueña de la casa —me dijo Vee—. ¿Se puede saber qué está haciendo aquí?

—Ahora vivo aquí —replicó Marcie.

Vee soltó una carcajada.

—Esa sí que es buena —exclamó señalando a Marcie con el dedo.

Marcie levantó la barbilla con orgullo y repitió desafiante:

—Vivo aquí. Adelante, pregúntaselo a Nora.

Vee me miró.

—Es solo por un tiempo —expliqué con un suspiro.

Vee se echó hacia atrás, como si un puño invisible le hubiera golpeado en las narices.

—¿Marcie? ¿Viviendo aquí? ¿Soy la única que se da cuenta de que esto es de locos?

—Fue idea de mi madre —le expliqué.

—Fue idea mía, y de mi madre —puntualizó Marcie—, pero la señora Grey estuvo de acuerdo en que sería lo mejor.

Antes de que Vee tuviera tiempo de hacer otra pregunta, le di un golpecito con el codo en el costado y me la llevé a mi habitación. Marcie hizo ademán de acompañarnos, pero yo le cerré la puerta en las narices. Ponía todo mi empeño en ser amable con ella, pero dejar que participara en una conversación privada con Vee ya era ir demasiado lejos.

—¿Puedes explicarme por qué está aquí? —preguntó Vee sin molestarse a bajar la voz.

—Es una larga historia. La verdad es que... no sé qué hace aquí.

Vale, tal vez era una respuesta evasiva, pero también era sincera. No tenía la menor idea de qué demonios estaba haciendo Marcie en nuestra casa. Mi madre había sido la amante de Hank, yo era el producto de su amor, y parecía razonable que Marcie no quisiera saber nada de nosotras.

—Perfecto: ahora ya lo entiendo todo —ironizó Vee.

Tenía que encontrar el modo de distraerla.

—Marcie va a dar una fiesta en la granja. Hay que venir con pareja y disfraz. El tema es: parejas famosas de la historia.

—¿Y? —dijo Vee sin un ápice de entusiasmo.

—Marcie piensa ir con Scott.

Vee entornó los ojos.

—¡Y un cuerno! —rezongó.

—Ya se lo ha pedido, pero Scott no parece estar muy por la labor —añadí para tranquilizarla.

Vee hizo chasquear los nudillos.

—Habrà que echar mano de los recursos de Vee antes de que sea demasiado tarde.

Mi móvil me avisó de que había recibido un mensaje. TENGO EL ANTÍDOTO. TENEMOS QUE VERNOS, había escrito Patch.

Al parecer estaba bien. Sentí que mis hombros se relajaban.

Me metí el teléfono en el bolsillo discretamente y le dije a Vee:

—Mi madre quiere que vaya a la tintorería y devuelva un par de libros a la biblioteca, pero puedo pasarme más tarde por tu casa.

—Y así planeamos juntas cómo le robo a Scott a esa zorra —decidió Vee.

Le di a mi amiga cinco minutos de ventaja, y luego arranqué el Volkswagen y salí marcha atrás del camino de la entrada.

AHORA MISMO SALGO DE LA GRANJA, le escribí a Patch. ¿DÓNDE ESTÁS?

VOY PARA CASA, respondió.

NOS VEMOS ALLÍ.

Emprendí el camino hacia la Bahía de Casco tan concentrada en lo que iba a decirle a Patch que apenas me fijé en la belleza del paisaje otoñal: el azul intenso del agua bajo los rayos del sol y las nubes de espuma blanca que levantaban las olas al estrellarse contra los escarpados acantilados. Aparqué a una distancia prudencial de la casa de Patch y entré. Él aún no había llegado y aproveché para salir al balcón y poner en orden mis pensamientos.

El ambiente era frío y soplabla una brisa fresca y salada que me puso la carne de gallina. Deseé que me calmara el ánimo, que aliviara esa persistente sensación de traición que me atormentaba. Era consciente de que Patch había pensado en todo momento en mi seguridad, y me conmovía que se preocupara tanto por mí, pero, aunque no quería parecer desagradecida y me daba perfecta cuenta de lo afortunada que era por tener a mi lado a alguien capaz de hacer cualquier cosa por mí, un trato era un trato. Habíamos acordado que seríamos un equipo, y Patch había traicionado mi confianza.

Oí la puerta del garaje y el ronroneo del motor de la moto de Patch, y no tardé en verlo aparecer por la puerta del salón. Mantuvo las distancias, pero no me apartó ni por un momento los ojos de encima. Llevaba el pelo algo revuelto y una barba incipiente, e iba con la misma ropa que el día anterior: era evidente que había estado fuera toda la noche.

—¿Una noche difícil? —le pregunté.

—Tenía mucho en lo que pensar.

—¿Cómo está Blakely? —inquirí lo bastante indignada como para dejarle claro que ni le había perdonado ni me había olvidado de lo ocurrido.

—Juró que dejaría en paz nuestra relación. —Una pausa—. Y me entregó el antídoto.

—Ya me lo has dicho en tu mensaje.

Patch dejó escapar un suspiro y se mesó el pelo.

—Entonces, ¿va a ser siempre así? Entiendo que estés enfadada, pero ¿no puedes ponerte en mi lugar por un momento? ¿No puedes tratar de ver las cosas desde mi perspectiva? Blakely me dijo que fuera solo, y no sabía cómo podía reaccionar si me presentaba allí contigo. No es que me niegue a correr riesgos, pero sí cuando está cantado que llevo las de perder. Esta vez Blakely tenía la sartén por el mango.

—Pero me prometiste que éramos un equipo.

—Y también juré que haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerte. Solo quiero lo mejor para ti. Es así de simple, Ángel.

—No puedes ir a la tuya y luego decir que lo has hecho todo para protegerme.

—Para mí es más importante que estés a salvo que tu voluntad. No quiero que nos peleemos, pero si te empeñas en verme como el malo, ¡qué le voy a hacer! Lo prefiero a tener que perderte —dijo encogiéndose de hombros.

Su arrogancia me dejó sin aliento.

—¿Es así como te sientes? —le dije entornando los ojos.

—Ya sabes que no te he mentado nunca, especialmente cuando se trata de mis sentimientos por ti.

—Déjalo. Me marchó —atajé cogiendo el bolso que había dejado en el sofá.

—Tú misma. Pero no voy a dejarte salir hasta que te hayas tomado el antídoto.

Y entonces plantó la espalda en la puerta de la entrada y se cruzó de brazos.

—Nada nos dice que en lugar de un antídoto no sea veneno —observé mirándolo fijamente a los ojos.

Patch sacudió la cabeza.

—Dabria lo analizó. Está limpio.

Apreté los dientes. Después de eso, controlarme resultaba ya una tarea imposible.

—Fuiste con Dabria, ¿verdad? Supongo que ahora formas equipo con ella —le espeté.

—Se quedó lo bastante lejos de Blakely como para no levantar la liebre y lo bastante cerca como para poder leer fragmentos de su futuro. No había nada que indicara que Blakely nos la estuviera pegando. Jugó limpio, Ángel; el antídoto está bien.

—¿Por qué no tratas tú de ver las cosas desde mi punto de vista? —le dije fuera de mí—. ¡Tengo que aguantar pacientemente que mi novio decida trabajar codo con codo con una ex novia que aún está colgada por él!

Patch seguía mirándome con su expresión mesurada.

—Y yo estoy enamorado de ti. Aunque a veces seas irracional, celosa y testaruda. Dabria tiene bastante más experiencia que tú a la hora de detectar trucos psicológicos y luchar con Nefilim en general. Tarde o temprano tendrás que empezar a confiar en mí. No nos sobran los aliados, y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Mientras Dabria esté dispuesta a colaborar, pienso contar con ella.

Apreté tanto los puños que las uñas casi me atravesaron la piel.

—En otras palabras: no soy lo bastante buena para ser tu compañera de equipo. A diferencia de Dabria, ¡no tengo poderes especiales!

—Eso no es verdad. Ya lo hemos hablado un montón de veces: si le ocurriera algo a Dabria, podría soportarlo. En cambio, si se tratara de ti...

—Sí, claro, los hechos hablan por sí solos.

Estaba dolida, y enfadada, y dispuesta a demostrarle a Patch que me estaba subestimando, y todo eso me empujó a hacer la siguiente alarmante declaración:

—Voy a dirigir a los Nefilim para que empiecen una guerra contra los ángeles caídos. Es lo correcto. Ya me encargaré de los arcángeles más tarde. Puedo vivir acobardada por el miedo o tratar de superarlo y hacer lo que creo que es mejor para los Nefilim. No quiero que ningún otro Nefil jure lealtad... nunca más. Ya lo he decidido, así que no trates de convencerme de lo contrario —le solté con contundencia.

Los ojos negros de Patch siguieron mirándome, pero él no dijo una palabra.

—Hace ya un tiempo que me siento así —añadí, incómoda por su silencio y ansiosa por argumentar mi punto de vista—. No pienso permitir que los ángeles caídos sigan aprovechándose de los Nefilim.

—¿Estamos hablando de los ángeles caídos y los Nefilim o de ti y de mí? —preguntó Patch al cabo con voz sosegada.

—Estoy cansada de defenderme. Ayer un grupo de ángeles caídos me persiguió. Fue la gota que colmó el vaso. Los ángeles caídos tienen que saber que estamos hartos de su actitud avasalladora. Ya nos han acosado bastante. ¿Y los arcángeles? No creo que les importe un comino. Si no fuera así, haría siglos que habrían intervenido y habrían acabado con la hechicería diabólica. Tenemos que asumir que saben perfectamente lo que ocurre y simplemente se limitan a mirar hacia otro lado.

—¿Tiene Dante algo que ver con esta decisión? —preguntó Patch sin perder ni por un momento la serenidad.

Me irritó que me hiciera esa pregunta.

—Soy el jefe del ejército de los Nefilim y las decisiones las tomo yo.

Esperaba que su siguiente pregunta fuera: «¿Dónde nos deja todo esto a ti y a mí?», de modo que las palabras que me dedicó me pillaron por sorpresa.

—Quiero que estés a mi lado, Nora. Estar contigo es mi primera prioridad. He luchado contra los Nefilim durante mucho tiempo, y eso me ha dejado señales que desearía poder borrar. La decepción, las intrigas, incluso la fuerza bruta. Hay días en los que desearía poder retroceder en el tiempo y tomar otro camino. No quiero que a ti te ocurra lo mismo. Necesito saber que eres físicamente lo bastante fuerte, pero también que estás realmente convencida.

Me tocó la frente con delicadeza, y luego me acarició la mejilla y me abrazó el rostro con la palma de la mano.

—¿De verdad sabes en lo que te estás metiendo?

Me eché hacia atrás, aunque no con la contundencia que me había propuesto.

—Si dejaras de preocuparte por mí, te darías cuenta de que estoy preparada para esto.

Pensé en los entrenamientos que había hecho con Dante, en lo dotada que estaba para los trucos psicológicos. Patch no tenía ni idea de lo lejos que había llegado. Era más fuerte, más rápida y más poderosa de lo que nunca habría creído posible. Y, después de todo por lo que había pasado en los últimos meses, conocía bien cómo era su mundo. Nuestro mundo. Sabía perfectamente a lo que me enfrentaba, aunque a Patch no le gustara.

—Puede que me hayas impedido estar presente en tu encuentro con Blakely, pero no conseguirás evitar la guerra —advertí. Estábamos al borde de un conflicto peligroso y letal. Y no pensaba ni minimizarlo ni mirar hacia otro lado. Estaba lista para luchar. Por la libertad de los Nefilim... y por la mía.

—Una cosa es decir que se está preparado —opinó Patch con voz pausada—, y otra muy distinta empezar una guerra y vivirla de primera mano. Admiro tu valentía, Ángel, pero te seré muy sincero: creo que estás tomando una decisión sin haber considerado todas las consecuencias.

—¿Crees que no lo he pensado a fondo? Soy la persona que tiene que dirigir el ejército de Hank. Me he pasado noches enteras sin dormir dándole vueltas a todo esto.

—Eres el jefe del ejército, de acuerdo. Pero nadie ha dicho nada acerca de luchar. Puedes cumplir tu juramento y quedarte al margen de los peligros de la guerra. Delegar las tareas más arriesgadas. Para eso está el ejército. Y para eso estoy yo.

Esa discusión estaba empezando a sacarme de quicio.

—Patch, no puedes pasarte la vida protegiéndome. Te lo agradezco, de verdad, pero ahora soy una Nefil. Soy inmortal y ya no necesito tu protección. Soy el objetivo de los ángeles caídos, los arcángeles y otros Nefilim, y no puedo hacer nada para evitarlo. Salvo aprender a luchar.

Patch tenía la mirada clara y me hablaba con ponderación, pero me pareció percibir una cierta tristeza bajo su fría superficie.

—Eres una chica fuerte, y eres mía. Pero la fortaleza no siempre va de la mano de la fuerza bruta. No tienes por qué dar palizas para ser una luchadora. La violencia y la fuerza no son conceptos equivalentes. Dirigir tu ejército, por ejemplo. La guerra no va a solucionar nada; solo servirá para separar nuestros dos mundos, y causará bajas, entre ellas los humanos. No hay nada heroico en esta guerra. Nos conducirá a un grado de destrucción que ni tú ni yo habremos visto nunca.

Tragué saliva. ¿Por qué tenía que hacer Patch siempre lo mismo? ¿Decirme cosas que solo servían para confundirme? ¿Era eso lo que realmente pensaba o solo trataba de barrerme del campo de batalla? Quería confiar en sus intenciones. La violencia no siempre era el medio adecuado. De hecho, prácticamente nunca lo era. Eso lo sabía. Pero también comprendía el punto de vista de Dante. Tenía que luchar. Actuar como una cobarde solo me serviría para colgarme una enorme diana en la espalda. Tenía que demostrar que era fuerte y que estaba dispuesta a vengarme. Era muy probable que en el futuro cercano la fuerza física contara más que la fortaleza de carácter.

Me llevé los dedos a los tímpanos, tratando de ahuyentar esa angustia que palpitaba en mi interior como un dolor mortecino.

—Ahora mismo no quiero hablar de esto. Necesito... un poco de tranquilidad, ¿vale? He tenido una mañana horrible; me lo plantearé todo de nuevo en cuanto me encuentre mejor.

Patch no parecía muy convencido, pero no dijo nada más sobre el tema.

—Te llamo luego —suspiré, fatigada.

Se sacó un frasco que contenía un líquido lechoso del bolsillo y me lo entregó.

—El antídoto.

Había estado tan metida en nuestra discusión que me había olvidado por completo de eso. Lo inspeccioné con desconfianza.

—Me las arreglé para que Blakely me contara que el cuchillo con el que te apuñaló es el prototipo más poderoso que ha desarrollado hasta ahora. Introduce en tu organismo veinte veces más de hechicería diabólica que la bebida que te dio Dante. Por eso necesitas el antídoto. De lo contrario, caerás irremediabilmente en la adicción. En dosis muy altas, algunos prototipos de hechicería diabólica pueden corromperte por dentro. Acaban derritiéndote el cerebro como cualquier otra droga letal.

Las palabras de Patch me habían pillado desprevenida. ¿Era Blakely el

responsable de la necesidad imperiosa de ingerir hechicería diabólica con la que me había levantado esa misma mañana?

Al pensar que cada día me despertaría dominada por esas ansias, una intensa sensación de vergüenza me recorrió las venas. No me había dado cuenta de lo mucho que estaba en juego. De pronto, sin esperarlo, le agradecí a Patch que hubiera conseguido ese antídoto. Habría hecho cualquier cosa por no volver a sentir esa necesidad irrefrenable de nuevo.

Destapé el frasco.

—¿Hay algo que deba saber antes de tomarme esto? —pregunté acercándomelo a la nariz. No olía a nada.

—No funciona si tu cuerpo ha recibido alguna dosis de hechicería diabólica en las últimas veinticuatro horas, pero en tu caso no es ningún problema: ya ha pasado más de un día desde que Blakely te apuñaló —dijo Patch.

Cuando ya tenía el frasco a apenas un par de centímetros de los labios, me detuve en seco. Esa mañana me había bebido una botella entera de hechicería diabólica. Si me tomaba el antídoto, no me serviría de nada: seguiría siendo adicta.

—Tápate la nariz y tómatelo de un solo trago. No creo que sepa peor que la hechicería diabólica —opinó Patch.

Quería contarle que le había robado esa botella a Dante. Quería explicar lo que me había ocurrido. No me culparía. El responsable era Blakely. Era la hechicería diabólica. Me había tragado toda la botella sin poder evitarlo: estaba cegada por las ansias de consumirla.

Despegué los labios para confesarlo todo, pero algo me detuvo. Una voz lejana y lúgubre me susurró desde mi interior que no quería librarme de la hechicería diabólica. Aún no. No quería perder la posibilidad de acceder al poder y la fuerza que proporcionaba, especialmente cuando estábamos al borde de la guerra. Debía tener esos poderes a mi alcance, por si acaso. No se trataba de la hechicería diabólica, sino de protegerme a mí misma.

Las ansias volvieron, recorriendo mi piel de arriba abajo, humedeciéndome la boca, haciéndome tiritar de hambre. Traté de apartar esas sensaciones y me sentí orgullosa cuando lo conseguí. No volvería a cometer el mismo error que esa mañana: solo robaría una dosis de hechicería diabólica cuando tuviera una necesidad imperiosa. Y siempre llevaría el antídoto encima para poder acabar con esa dependencia cuando quisiera. Lo haría a mi manera. Podía elegir. Lo tenía todo bajo control.

Y entonces hice algo de lo que nunca me habría creído capaz. El impulso se filtró en mi conciencia y actué sin pensar. Miré a Patch a los ojos durante solo instante, invoqué toda mi energía mental y, después de sentirla moviéndose dentro de mí como una fuerza natural desatada y poderosa, engañé a su mente para que creyera que me

había tomado el antídoto.

«Nora se lo ha bebido —le susurré mentalmente plantando entre sus recuerdos una imagen que corroboraba mi mentira—, hasta la última gota».

Luego me metí el frasco en el bolsillo. No necesité más que unos segundos.

Capítulo

19

Salí de casa de Patch decidida a volver a la granja. Tuve que lidiar en todo momento con mi estómago, que se retorció violentamente por el dolor y también por la culpa: nunca en mi vida había estado tan avergonzada.

Ni tan famélica.

El estómago se me contraía, sacudido por los espasmos del hambre. Eran tan agudos que conduje echada sobre el volante durante un buen rato. Era como si un montón de uñas afiladas me arañaran las entrañas. Tuve la extraña sensación de que todos mis órganos se resecaban, faltos de alimento, y se me ocurrió que tal vez mi cuerpo acabaría devorándose a sí mismo.

Pero no era comida lo que yo necesitaba.

Me detuve a medio camino y llamé a Scott.

—Necesito la dirección de Dante.

—¿No has estado nunca en su casa? Pero ¿no salíais juntos?

Me sacó de quicio que alargara la conversación: lo que necesitaba era la dirección de Dante; no tenía tiempo para charlas.

—¿La tienes o no?

—Te la mando en un mensaje de texto. Oye, ¿va todo bien? Pareces nerviosa. Ya llevas así unos días.

—Estoy bien —atajé, y colgué el teléfono. Me desplomé en el asiento del coche. Tenía el labio superior cubierto de gotas de sudor. Agarré el volante con fuerza tratando de ahuyentar las ansias que me estrechaban la garganta y me sacudían de arriba abajo. Todos mis pensamientos giraban alrededor de dos palabras: hechicería diabólica. Intenté ahogar la tentación. Había tomado hechicería diabólica esa misma mañana. Una botella entera. Podía superar el ansia. Decidir cuándo necesitaba otra dosis. Cuándo y de qué cantidad.

Un sudor corrosivo me empapó la espalda, y pronto sentí correr las gotas bajo la camisa. Tenía la parte trasera de los muslos caliente y húmeda, y la piel se me pegaba al asiento. A pesar de que estábamos en octubre, puse en marcha el aire acondicionado.

Me dispuse a incorporarme al tráfico, pero el sonido escandaloso de un claxon me obligó a frenar de golpe. Una camioneta blanca me adelantó mientras el conductor sacaba la mano por la ventana y me hacía un gesto obsceno.

«Trata de controlarte —me dije—. Ve con cuidado».

Después de respirar profundamente un par de veces para despejarme la cabeza, cargué la dirección de Dante en mi teléfono móvil. Estudié el mapa, solté una risa irónica y di media vuelta. Al parecer, Dante vivía a menos de diez kilómetros de la casa de Patch.

Al cabo de diez minutos, avancé bajo la frondosa bóveda que los árboles habían formado sobre la carretera, crucé un puente de piedra y aparqué el Volkswagen en la curva de una calle pintoresca también bordeada de árboles. Predominaban las casas victorianas blancas de tejados inclinados y detalles de pan de jengibre. Todas eran llamativas y excesivas. Identifiqué la de Dante (una Reina Ana en el número 12 de Shore Drive): era todo husos y torres y gabletes. La puerta estaba pintada de rojo y tenía una vistosa aldaba de bronce. La obvié y fui directamente al timbre. Llamé con insistencia. «Si no se da prisa...»

Dante abrió un poco la puerta y me miró visiblemente sorprendido.

—¿Cómo me has encontrado?

—Scott.

Frunció el ceño.

—No me gusta que la gente se presente en mi casa sin avisar. Las idas y venidas siempre resultan sospechosas. Tengo vecinos muy fisgones.

—Es importante.

Apuntó hacia la calle con la barbilla.

—Ese montón de chatarra tuyo ofende a la vista.

No estaba de humor para intercambiar insultos ocurrentes. Si mi organismo no recibía pronto una dosis de hechicería diabólica (aunque solo fueran unas gotas) el corazón se me iba a salir del pecho. Lo cierto era que ya tenía el pulso bastante acelerado y me costaba Dios y ayuda coger aire. Estaba sin resuello, como si me hubiera pasado una hora corriendo colina arriba.

—He cambiado de parecer —le dije—. Quiero que me des algo de hechicería diabólica. Por si acaso. —Y enseguida añadí—: Por si me encuentro en una situación en la que los agresores me superan en número y la necesito.

No podía concentrarme lo bastante para determinar si mi argumento se sostenía. Veía manchas rojas por todas partes. Tenía las cejas empapadas en sudor, pero contuve el impulso de secármelas con la esperanza de que Dante no se fijara en que estaba sudando como un cerdo.

Me miró con una expresión incierta y luego me dejó pasar. Me quedé en el vestíbulo, paseando nerviosamente la mirada por las paredes blancas y las suntuosas alfombras orientales. Un corredor conducía a la cocina. Había un salón formal a mi izquierda, y un comedor pintado del mismo rojo oscuro que las manchas que obstaculizaban mi visión, a la derecha. Todos los muebles que tenía a la vista eran

piezas de anticuario. Una araña colgaba del techo.

—Muy bonito —conseguí articular a pesar del pulso acelerado y el hormigueo que recorría mis extremidades.

—Era la casa de unos amigos. Me la dejaron en herencia.

—Siento tu pérdida.

Dante se dirigió al comedor, desplazó ligeramente un enorme cuadro en el que había pintado un montón de heno y dejó al descubierto la caja fuerte que tenía empotrada en la pared. Tecleó el código y la abrió.

—Aquí tienes. Es un prototipo muy concentrado, así que tómatelo en dosis pequeñas —me advirtió—. Te doy dos botellas. Si decidieras empezar a tomar la hechicería ahora, deberían durarte una semana.

Asentí con la cabeza y alargué la mano hacia las dos botellas azuladas, tratando de evitar que la boca se me hiciera agua.

—Quiero decirte una cosa, Dante. Pienso encabezar la guerra Nefil. Así que, si puedes, tal vez deberías reservarme más de dos botellas: es posible que tenga que utilizarlas.

Estaba resuelta a comunicarle a Dante mi decisión acerca de la guerra, aunque mi intención inicial no era utilizar la noticia para conseguir más dosis de hechicería diabólica. Había sido una maniobra vil y despreciable, pero estaba demasiado ansiosa para sentir algo más que un leve pinchazo de culpabilidad.

—¿La guerra? —repitió Dante, desconcertado—. ¿Estás segura?

—Ya puedes decirles a los altos cargos Nefilim que estoy trazando un plan para atacar a los ángeles caídos.

—Esto son... ¡muy buenas noticias! —repuso Dante, aún algo sorprendido, mientras depositaba otra botella más en mis manos—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Mi corazón ha cambiado —dije, simplemente porque me pareció que sonaba bien—. No solo estoy a la cabeza de los Nefilim, también soy uno de ellos.

Dante me acompañó hasta el coche, y necesité todas mis fuerzas para caminar con aparente tranquilidad. Abrevié nuestra despedida, conduje unos cuantos metros y, en cuanto doblé la esquina, aparqué y destapé la botella. Cuando ya estaba llevándomela a los labios, sonó el tono de Patch en el móvil y, con el sobresalto, derramé parte del contenido sobre mi regazo.

Se evaporó al instante, elevándose en el aire como el humo de una cerilla recién apagada. Solté un par de palabrotas entre dientes, crispada por haber perdido esas gotas preciosas.

—¿Hola? —respondí. Las manchas rojas boicoteaban mi visión.

—No me gusta encontrarte en la casa de otro hombre, Ángel.

Miré inmediatamente por la ventana, a un lado y a otro, y escondí la botella de

hechicería diabólica debajo del asiento.

—¿Dónde estás?

—Tres coches por detrás de ti.

Clavé los ojos en el espejo retrovisor. Patch apareció montado en la moto y aceleró hacia mí con el teléfono pegado a la oreja. Me sequé la cara con el cuello de la camisa y bajé la ventanilla.

—¿Me has estado siguiendo? —le pregunté.

—Llevas el busca.

Estaba empezando a odiar ese cacharro.

Patch apoyó el brazo sobre el techo del coche y se inclinó hacia mí.

—¿Quién vive en Shore Drive?

—Ese busca es muy preciso.

—Solo compro lo mejor.

—Dante vive en el número doce de Shore Drive.

No tenía sentido mentir cuando ya había hecho sus investigaciones.

—No me gusta encontrarte en casa de otro hombre, pero aún me gusta menos que sea en la suya. —Su expresión era sosegada, pero no cabía duda de que esperaba una explicación.

—Aún teníamos que confirmar la hora del entreno de mañana y, como estaba en el barrio, he pensado que podía pasarme y dejarlo resuelto.

La mentira salió de mis labios con toda facilidad. Solo podía pensar en una cosa: deshacerme de Patch. Sentía el sabor de la hechicería diabólica en la garganta y tragué saliva con impaciencia.

Patch me subió delicadamente las gafas de sol hasta la parte de arriba de la nariz, y luego metió la cabeza por la ventana y me besó.

—Voy a seguir un par de pistas más sobre el chantajista de Pepper, a ver qué descubro. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Negué con la cabeza.

—Si quieres hablar, ya sabes que puedes contar conmigo —añadió con cariño.

—¿Hablar sobre qué? —pregunté casi a la defensiva. ¿Sabía algo sobre lo de la hechicería diabólica? No, no, seguro que no.

Me estudió durante unos segundos.

—Sobre nada.

Esperé a que Patch se alejara en la moto y me apresuré a coger la botella del suelo. Y entonces bebí un traguito tras otro hasta que me sentí saciada.

Capítulo

20

Llegó el jueves por la noche y, con él, la completa transformación de la granja. Guirnaldas de hojas secas escarlata, dorado y naranja colgaban de los aleros, y manojos de tallos de maíz enmarcaban la puerta. Al parecer, Marcie había acabado con las existencias de calabazas de todo el condado de Maine: las había dispuesto a lo largo del camino de la entrada, en la acera y en cada centímetro cuadrado del porche. Había vaciado algunas para que hicieran las veces de faroles y sus caras espeluznantes brillaban titilantes a la luz de las velas. Mi parte más vengativa se moría por preguntarle si una tienda de manualidades había descargado todo su material en nuestro jardín, pero lo cierto era que Marcie había hecho un buen trabajo.

Dentro, sonaba una música fantasmal. Había calaveras, murciélagos, telarañas y fantasmas esparcidos por encima de todos los muebles. Marcie había alquilado una máquina de humo, como si no tuviéramos bastante con la niebla que planeaba sobre nuestro jardín.

Yo iba cargada con las bolsas de las compras de última hora, así que me fui directa a la cocina.

—¡Ya estoy de vuelta! —grité—. Vasos de plástico, una bolsa de anillos adornados con arañas, dos bolsas de hielo, y más confeti en forma de calavera: todo lo que me habéis pedido. La soda está en el maletero. ¿Algún voluntario para ayudarme a traerla?

Marcie entró contoneándose en la cocina y yo me quedé con la boca abierta. Llevaba un sujetador de vinilo negro y unos leggings a juego. Nada más. Se le marcaban todas las costillas y tenía las piernas delgadas como palillos.

—Pon la soda en la nevera, el hielo en el congelador, y esparce el confeti por encima de la mesa del comedor, pero que no caiga en la comida. Por ahora ya está todo. Quédate por aquí por si necesito algo más. Yo tengo que acabar de disfrazarme.

—Ah, qué alivio. Por un momento, he creído que no te ibas a poner nada más —dije, señalando el diminuto sostén.

Marcie bajó la mirada.

—Y así es. Soy Catwoman. Solo tengo que pegarme las orejas de terciopelo negro a la cinta para el pelo.

—¿Piensas ir a la fiesta en sostén? ¿Y ya está?

—Y una cinta para el pelo.

Vaya, la cosa se ponía interesante. Estaba impaciente por oír los comentarios de

Vee.

—¿Y quién es Batman?

—Robert Boxler.

—¿Significa eso que Scott se ha rajado? —Era una pregunta retórica. Solo para chincharla un poco.

Marcie levantó ligeramente los hombros con presunción.

—¿Qué Scott? —preguntó, y se encaramó escaleras arriba.

—¡Ha preferido a Vee antes que a ti! —grité triunfalmente mientras se alejaba.

—Me da lo mismo —repuso con voz cantarina—. Probablemente lo has engatusado tú. Todo el mundo sabe que hace todo lo que le dices. ¿Podrías meter la soda en la nevera antes de que cambiemos de siglo?

Le saqué la lengua, aun sabiendo que no me estaba mirando.

—¡Yo también tengo que vestirme, ¿sabes?!

A eso de las siete, llegaron los primeros invitados. Romeo y Julieta, Cleopatra y Marco Antonio, Elvis y Priscilla. Incluso el frasco de ketchup y la mostaza entraron por la puerta de casa. Dejé que Marcie hiciera el papel de anfitriona y me quedé deambulando por la cocina, llenándome el plato de huevos rellenos, salchichas mini y maíz azucarado. Había estado tan ocupada con los encargos de última hora de Marcie que no había tenido tiempo de cenar. Además, cuando me tomaba la nueva fórmula de hechicería diabólica que me había dado Dante, no me apetecía comer nada durante unas cuantas horas.

Había conseguido arreglármelas para racionármela y aún me quedaba bastante para unos cuantos días. Los sudores nocturnos, los dolores de cabeza y la extraña sensación de hormigueo que me habían asaltado en los momentos más inesperados cuando había empezado a tomar esa nueva fórmula habían desaparecido. Estaba segura de que esto significaba que los peligros de la adicción habían pasado y que había aprendido a tomar hechicería diabólica de forma segura. La moderación era la clave. Puede que Blakely hubiera querido convertirme en una adicta, pero yo tenía la suficiente fortaleza como para trazar mis propios límites.

Los efectos de la hechicería eran increíbles. Nunca me había sentido tan superior, ni mental ni físicamente. Sabía que algún día tendría que dejar de tomarla, pero con el estrés y los peligros del mes de Jeshván, y una guerra a la vista, me alegraba de haber sido precavida. Si me atacaba otro soldado Nefil descontento, esta vez estaría preparada.

Después de dar buena cuenta de los aperitivos y el Sprite con que Marcie había llenado un caldero negro, me abrí paso entre los invitados, impaciente por ver si Vee y Scott ya habían llegado. El salón estaba a media luz, todo el mundo iba disfrazado y me costó lo mío reconocer algunos rostros entre tanta gente. Además, le había echado

un vistazo a la lista de invitados y prácticamente todos eran amigos de Marcie.

—Me gusta tu disfraz, Nora. Pero ¡no pareces un demonio!

Miré de soslayo a Morticia Addams. Entorné los ojos, confundida, y sonreí.

—Ah, eh, Bailey. Casi no te había reconocido con esa peluca negra.

Bailey se sentaba a mi lado en clase de Matemáticas y éramos amigas desde secundaria. Recogí del suelo la cola de demonio para evitar que el chico que tenía detrás volviera a pisármela, y dije:

—Gracias por venir.

—¿Has terminado los deberes de Mates? Hoy no he entendido ni torta de lo que ha tratado de explicarnos el señor Huron. Cada vez que empezaba a resolver un problema en la pizarra, se detenía, borraba todo lo que había hecho y vuelta a empezar. Me parece que no sabe por dónde navega.

—Sí, bueno, supongo que voy a dedicarle unas horas mañana.

Su mirada se iluminó.

—¿Qué tal si nos encontramos en la biblioteca y los hacemos juntas?

—Es que le he prometido a mi madre que limpiaría el sótano después de clase — dije como pretexto. La verdad era que últimamente los deberes del instituto habían bajado varios puntos en mi lista de prioridades. Era difícil preocuparse de los estudios sabiendo que el inquietante alto el fuego entre los ángeles caídos y los Nefilim podía levantarse en cualquier momento. Los ángeles caídos estaban tramando algo y yo habría dado lo que fuera por descubrir qué era.

—Bueno... Tal vez en otra ocasión —repuso Bailey, claramente decepcionada.

—¿Has visto a Vee?

—Aún no. ¿De qué vendrá disfrazada?

—De cuidadora de niños. Su pareja es Michael Myers, el de *Halloween* —le expliqué—. Si la ves, dile que la estoy buscando.

Cuando me disponía a cruzar el salón, me tropecé con Marcie y su cita, Robert Boxler.

—¿Falta algo de comida? —me preguntó Marcie con autoridad.

—De eso se encarga mi madre.

—¿Qué tal la música?

—Derrick Coleman es el disk-jockey.

—¿Y los invitados? ¿Se lo están pasando bien?

—Justo acabo de hacer una ronda. —O más o menos.

Marcie me miró con expresión crítica.

—¿Dónde está tu cita?

—¿Y eso qué más da?

—He oído que estabas saliendo con un chico nuevo, y que no va al instituto. ¿Quién es?

—¿Y se puede saber dónde lo has oído? —Supuse que el rumor sobre mi relación con Dante había empezado a correr.

—¿Y eso qué más da? —repitió con malicia. Arrugó la nariz despectivamente y añadió—: ¿Se puede saber de qué vas disfrazada?

—De diablo —dijo Robert—. Horquillas con tridentes, cuernos y un vestido rojo de vampiresa.

—Y no te olvides de las botas de combate negras —apunté enseñándoselas. Tenía que agradecerle a Vee que me las hubiera prestado, así como los cordones rojos.

—Eso ya lo veo —replicó Marcie—. Pero el tema de la fiesta son parejas famosas. Y el diablo no va con nadie.

Y justo entonces Patch apareció en la puerta. Tuve que mirar un par de veces para asegurarme de que era realmente él. No esperaba verlo en la fiesta. No habíamos hecho las paces después de nuestra pelea, y yo había sido demasiado orgullosa como para dar el primer paso; incluso había llegado al extremo de encerrar el móvil en un cajón cada vez que me entraban ganas de llamarlo para disculparme, y eso que la idea de que no volver a saber de él me resultaba cada vez más insoportable. Cuando lo vi, todo ese orgullo quedó desbandado por una profunda sensación de alivio. No soportaba las peleas, y aún menos no tenerlo cerca. Si él estaba listo para arreglar la situación, yo también.

No pude contener la sonrisa al ver su disfraz: tejanos negros, camiseta negra, y una máscara negra que solo desvelaba su mirada fría y calculadora.

—Ahí llega mi cita —dije—. Con el retraso justo.

Marcie y Robert se volvieron. Patch me saludó discretamente con la mano y le entregó la chaqueta de piel a una pobre estudiante de primer curso que Marcie había reclutado para que se ocupase de los abrigos. El precio que algunas chicas estaban dispuestas a pagar para asistir a una fiesta de los cursos superiores era de vergüenza.

—No es justo —dijo Robert quitándose la máscara de Batman—. Ese tío no se ha disfrazado.

—Quéjate tanto como quieras, pero no le llames tío —le dije a Robert, regalándole a Patch una sonrisa mientras le veía acercarse.

—¿Lo conozco? —preguntó Marcie—. ¿De qué se supone que va vestido?

—Es un ángel —expliqué—. Un ángel caído.

—¡Los ángeles caídos no tienen ese aspecto! —protestó Marcie.

«Eso demuestra lo poco que sabes», pensé en cuanto Patch me pasó el brazo por encima del hombro y me besó delicadamente en los labios.

«Te he echado de menos», me susurró mentalmente.

«Lo mismo digo. No volvamos a pelearnos, ¿vale? ¿Crees que podemos olvidarnos de esta discusión?»

«¿Qué discusión? Dime, ¿cómo va la fiesta?», quiso saber.

«De momento aún no me han entrado unas ganas irrefrenables de arrojarme desde lo alto del tejado».

«Me alegro de oírlo».

—Hola —le dijo Marcie a Patch, con un tono claramente insinuante que me hizo dudar de que su cita aún siguiera allí.

—Hola —repuso Patch, y enfatizó su saludo con una breve inclinación de cabeza.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella inclinando la cabeza con curiosidad—. ¿Vas a nuestro instituto?

—No —se limitó a responder Patch.

—Entonces, ¿de qué conoces a Nora?

—Todo el mundo conoce a Nora —dijo amablemente.

—Te presento a mi cita, Robert Boxler —presumió Marcie con aire de superioridad—. Juega de *quarterback* en el equipo de fútbol americano del instituto.

—Impresionante —repuso Patch con el tono de educación justo para parecer interesado—. ¿Cómo está yendo la temporada, Robert?

—Hemos tenido un par de partidos malos, pero no es nada que no podamos superar.

Marcie lo interrumpió, dándole unas palmaditas de consuelo en la espalda.

—¿A qué gimnasio vas? —le preguntó Robert a Patch contemplando su cuerpo con admiración. Y envidia.

—Últimamente no he tenido demasiado tiempo de hacer ejercicio.

—Caray, pues tienes un aspecto estupendo, tío. Si algún día te apetece que hagamos pesas juntos, avísame.

—Buena suerte con lo que queda de temporada —le deseó Patch, dándole uno de esos complicados estrechones de manos que todos los chicos parecen conocer por instinto.

Patch y yo nos adentramos en la casa, recorriendo pasillos y habitaciones en busca de un rincón apartado. Al final me metió en el baño, cerró la puerta de una patada y pasó el pestillo. Me acorraló contra la pared y acarició una de mis orejas de diablo, con los ojos negros de deseo.

—Bonito disfraz —dijo.

—Lo mismo digo. Está claro que te has roto la cabeza con el tuyo.

Las comisuras de sus labios evidenciaron una sonrisa.

—Si no te gusta, puedes quitármelo.

Tamborileé los dedos en la barbilla, con aire pensativo.

—Creo que es la mejor propuesta que me han hecho esta noche.

—Mis ofrecimientos son siempre los mejores, Ángel.

—Antes de que la fiesta empezase, Marcie me ha pedido que le acordonara los pantalones de Catwoman por detrás. —Elevé una mano y la otra como si estuviera

sopesando algo—. No es fácil saber con cuál de las dos propuestas quedarse.

Patch se arrancó la máscara y me acercó los labios al cuello mientras me apartaba delicadamente los cabellos del hombro. Olía irresistiblemente bien y sentía su calidez y su fuerza muy cerca de mí. Y entonces los latidos de mi corazón se aceleraron acuciados por la culpa. Le había mentido. No podía olvidarlo. Cerré los ojos y dejé que su boca se encontrara con la mía, tratando de perderme en ese momento. Pero, entretanto, las mentiras retumbaban una y otra vez en el interior de mi cabeza. Había tomado hechicería diabólica y lo había sometido a un truco psicológico. Y aún seguía tomándola.

—El problema de este disfraz es que no oculta demasiado bien tu identidad —le dije escabulléndome—. Y se suponía que no debíamos dejar que nos vieran en público, ¿te acuerdas?

—Solo pensaba quedarme unos minutos. No podía faltar a la fiesta de mi chica —murmuró, y volvió a inclinar la cabeza para besarme una vez más.

—Vee aún no ha llegado —lo interrumpí—. La he llamado a su móvil... y al de Scott. Y en ambos casos ha saltado el contestador. ¿Debería preocuparme?

—Tal vez no quieran que se los moleste —me susurró al oído con una voz profunda y áspera mientras me subía ligeramente el vestido. Me acarició el muslo desnudo con el pulgar y la calidez de su tacto pudo más que mi mala conciencia. Un cosquilleo me recorrió de arriba abajo. Cerré los ojos de nuevo, esta vez involuntariamente. Todos mis músculos se relajaron y mi respiración empezó a agitarse: Patch sabía exactamente qué botones tocar.

Me levantó del suelo para depositarme encima del lavabo, con las manos extendidas sobre mis caderas. Me invadió una oleada de calor e incluso perdí ligeramente el sentido de la realidad, pero puedo asegurar que, cuando Patch fundió sus labios con los míos, saltaron chispas. La pasión de su boca me abrasó. Nunca me cansaba de esa sensación vibrante, líquida y embriagadora que me embargaba cuando estaba junto a él. Por muchas veces que nos besáramos, que nos tocáramos, que flirteáramos, esa sensación no se apagaba; todo lo contrario: se intensificaba. Deseaba a Patch apasionadamente, y no podía confiar en mí cuando eso ocurría.

No sé cuánto tiempo llevaba abierta la puerta del baño cuando caí en la cuenta. Aparté mis labios de Patch, sin dar crédito. Mi madre estaba de pie en el quicio de la puerta, entre las sombras, murmurando no sé qué acerca de que ese pestillo siempre había cerrado mal, de que hacía siglos que quería arreglarlo. Sus ojos debieron de acostumbrarse a la penumbra, porque se detuvo con una disculpa y se quedó en silencio.

Estaba blanca como el papel... y luego su rostro empezó a teñirse de un rojo intenso y violento. Nunca había visto esa mirada iracunda en sus ojos.

—¡Fuera! —tronó extendiendo el índice hacia la puerta con vehemencia—. Fuera

de mi casa ahora mismo, y que no se te ocurra ponerle la manos encima a mi hija nunca más —le siseó a Patch, completamente lívida.

Bajé del lavamanos de un salto.

—Mamá...

—¡Y a ti no quiero ni oírte! —me espetó—. Me habías dicho que habías cortado, que esta cosa que tenéis entre los dos se había acabado. ¡Me has mentido!

—Puedo explicarlo —empecé a decirle, pero ya se había vuelto hacia Patch.

—¿Es eso lo que haces? ¿Seducir a las jovencitas en su propia casa cuando sus madres no están más que a unos pasos de distancia? ¡Debería darte vergüenza!

Patch me cogió de la mano y me la estrechó con fuerza.

—Todo lo contrario, Blythe. Su hija lo es todo para mí. Absolutamente todo. La quiero: tan sencillo como esto.

Habló con calma y aplomo, pero tenía la mandíbula rígida como una roca.

—¡Le has destrozado la vida! En cuanto te conoció, todo empezó a irle mal. Puedes negarlo tanto como quieras, pero sé que estuviste involucrado en su secuestro. ¡Fuera de mi casa! —gruñó.

Me aferré a la mano de Patch con todas mis fuerzas mientras le murmuraba mentalmente: «Lo siento, lo siento mucho». Me había pasado todo el verano en un lugar remoto, retenida en contra de mi voluntad en una cabaña. Hank Millar había sido el responsable de mi encierro, pero mi madre no lo sabía. Su mente había encerrado tras un muro los buenos recuerdos de Hank y había desechado todos los demás. Le eché la culpa a Hank, y también a la hechicería diabólica. Mi madre se había convencido de que Patch había sido el responsable de mi secuestro, y para ella eso era tan cierto como que el sol salía cada mañana.

—Debería irme ya —me dijo Patch, estrechándome ligeramente la mano para tranquilizarme. «Te llamo luego», añadió en la intimidad de sus pensamientos.

—Eso creo yo —espetó mi madre, levantando los hombros mientras se esforzaba por inspirar profundamente.

Se hizo a un lado para permitir que Patch saliera del baño, pero cerró la puerta antes de que yo tuviera tiempo de escapar.

—Estás castigada —me informó con frialdad—. Disfruta de la fiesta mientras dure, porque será el último acontecimiento social al que acudas en mucho, mucho tiempo.

—¿No vas siquiera a dejar que me explique? —repliqué a gritos, disgustada por el modo en que había tratado a Patch.

—Antes necesito calmarme un poco. Te aconsejo por tu bien que me dejes respirar un rato. Puede que mañana ya esté más de humor para hablar de esto, pero ahora mismo es lo último que quiero. Me mentiste. Actuaste a mis espaldas. Y, lo que es peor, he tenido que verte medio desnuda con él en nuestro baño. ¡Nuestro baño!

Solo persigue una cosa, Nora, y la conseguirá en cuanto le des la oportunidad. No tiene nada de romántico perder la virginidad en un váter.

—No estaba... No estábamos... ¿Mi virginidad? —Sacudí la cabeza e hice un gesto de fastidio con la mano—. Olvídalo. Tienes razón: no te interesa saber nada. Nunca te ha interesado. Especialmente cuando se trata de Patch.

—¿Va todo bien?

Mi madre y yo nos volvimos y nos encontramos a Marcie de pie delante de la puerta. Sostenía un caldero vacío en las manos, y levantó los hombros en señal de disculpa.

—Siento interrumpir, pero nos hemos quedado sin ojos de monstruo, es decir, granos de uva pelados.

Mi madre se apartó un mechón de pelo de la cara, tratando de recuperar la compostura.

—Nora y yo ya habíamos terminado. Me escaparé un momento a la tienda con el coche. ¿Necesitamos algo más?

—Nachos y queso fundido —añadió Marcie con su vocecita de ratoncito tímido, como si no soportara aprovecharse de la amabilidad de mi madre—. Pero no se preocupe. No tiene importancia. Solo quedan patatas fritas, y los nachos con queso fundido son mis preferidos, pero de verdad... no importa. —Un suspiro levísimo se escapó entre sus labios.

—Muy bien. Entonces uva, nachos y queso fundido. ¿Algo más? —preguntó mi madre.

Marcie rodeó el caldero con ambos brazos y repuso, radiante:

—No. Nada más.

Mi madre se sacó las llaves del bolsillo y se alejó por el pasillo, sin abandonar ni por un momento su actitud rígida y envarada. Marcie, sin embargo, se quedó allí.

—Siempre puedes someterla a un truco psicológico... Ya sabes, para hacerle creer que Patch no ha estado nunca en tu casa.

Le clavé una mirada gélida.

—¿Exactamente cuánto llevas aquí?

—Lo suficiente como para saber que no me gustaría estar en tu piel.

—No pienso hacerle ningún truco psicológico a mi madre.

—Si quieres, puedo hablar con ella.

Solté una carcajada.

—¿Tú? A mi madre le importa un comino lo que pienses, Marcie. Si ha dejado que te mudaras con nosotras ha sido solo por el sentido de la hospitalidad. Y probablemente para demostrarle algo a tu madre. La única razón por la que estás viviendo bajo nuestro techo es que así puede restregárselo a tu mamá por las narices: en su momento era la mejor amante y ahora es la mejor madre.

Fue un comentario horrible. En mi cabeza había sonado mejor, pero Marcie no me dio la oportunidad de suavizarlo.

—Si lo que quieres es hacerme sentir mal, te diré una cosa: no va a funcionar. No vas a aguarme la fiesta —me dijo, pero me pareció que le temblaba el labio. Inspiró discretamente para serenarse.

De pronto, como si nada hubiera ocurrido, exclamó empleando un tono extrañamente festivo.

—Bueno, ya es hora de jugar a «Pesca una cita».

—¿Pesca una qué?

—Es como el típico juego «morder la manzana», solo que en cada manzana está oculto el nombre de algún asistente a la fiesta. El nombre que saques será tu próxima cita a ciegas. Jugamos cada año en mi fiesta de Halloween.

Fruncí el ceño. No me había hablado de ese juego hasta entonces.

—Suena un poco cutre...

—Es una cita a ciegas, Nora. Y, ya que estarás castigada para siempre jamás, ¿qué puedes perder?

Me condujo hasta la cocina, donde un montón de manzanas rojas y verdes flotaban en una cuba llena de agua.

—¡Eh, atención todo el mundo! —gritó Marcie tratando de hacerse oír por encima de la música—. Ha llegado la hora de jugar a «Pesca una cita». La primera en empezar será Nora Grey.

Un aplauso estalló en la cocina, acompañado por varios silbidos y gritos de ánimo. Me quedé allí de pie, moviendo los labios sin emitir ni una sola palabra mientras mis pensamientos le dedicaban a Marcie una retahíla de improperios.

—¡Me temo que no soy la persona más indicada! —grité con la esperanza de que se me oyera a pesar del alboroto—. ¿No puedo pasar?

—¡Para nada! —Marcie me asestó un empujón a modo de broma, pero lo hizo con tanta contundencia que acabé arrodillada delante de la cuba de manzanas.

Le dediqué una mirada cargada de indignación.

«Esta me la pagarás», le dije.

—Échate el cabello hacia atrás. Sería muy desagradable encontrarse pelos flotando en el agua —instruyó.

La multitud coincidió y soltó un colectivo «Buuu».

—Las manzanas rojas corresponden a los nombres de los chicos —añadió Marcie—. Y las verdes, a los de las chicas.

«¡Genial! Acabemos con esto de una vez», me dije a mí misma. Tampoco tenía nada que perder: estaría castigada a partir de la mañana siguiente. En mi futuro no habría citas a ciegas, con o sin juego.

Sumergí la cara en el agua. Mi nariz fue chocando con una manzana tras otra,

pero no conseguía hincar los dientes en ninguna. Levanté la cabeza para tomar aire, y gritos y silbidos de burla me asaltaron los oídos.

—Dadme un respiro —exigí—. Llevo muchos años sin hacer esto, desde que tenía cinco. ¡Lo cual dice mucho de este juego! —añadí.

—¡Nora no tiene una cita a ciegas desde que tenía cinco años! —gritó Marcie, tergiversando mis palabras y agregando su propio comentario.

—Tú serás la próxima —le advertí a Marcie fulminándola con la mirada, aún de rodillas.

—Eso si hay un siguiente. Me parece que estarás toda la noche con la cara metida entre manzanas —repuso con un tono dulzón, y toda la multitud se rio con ganas.

Volví a meter la cabeza en el agua, golpeando las manzanas con los dientes. El agua asomaba por el borde de la cuba y mojaba la parte delantera de mi disfraz de diablo. Estuve a punto de agarrar una manzana con las manos y metérmela en la boca, pero pensé que Marcie probablemente lo desaprobaba. No estaba de humor para intentarlo de nuevo. Justo cuando me disponía a sacar la cabeza para tomar aire una vez más, mis incisivos atraparon una manzana de un rojo intenso.

Saqué la cabeza de la cuba y me sacudí el agua de los cabellos como buenamente pude, mientras los demás gritaban y aplaudían, alborozados. Le lancé la manzana a Marcie y cogí una toalla para secarme la cara.

—Y el afortunado que tendrá una cita con nuestra rata mojada es... —Marcie extrajo un tubo sellado del interior de la manzana. Desenrolló el papel que había en el tubo, y arrugó la nariz—. ¿Baruch? ¿Solo Baruch? —Lo pronunció como si se hubiera escrito «Bar-uich»—. ¿Lo he pronunciado bien? —le preguntó a la audiencia.

No hubo respuesta. La gente había empezado a dispersarse en cuanto el espectáculo había terminado. Estaba agradecida de que ese Baruch fuese un nombre erróneo. O eso, o el elegido estaba muy avergonzado de que le hubiese tocado una cita conmigo.

Marcie me miró desde arriba, como si esperara que admitiera que conocía a ese chico.

—¿No es uno de tus amigos? —le pregunté mientras me secaba las puntas de los cabellos con la toalla.

—No. Creía que era uno de los tuyos.

Cuando empezaba a preguntarme si todo ese lío no sería otra de las jugarretas de Marcie, las luces de la casa titilaron. Una vez, dos veces, y a la tercera se apagaron por completo. La música calló y se impuso un silencio inquietante. Hubo un momento de confusión suspendida, pero enseguida empezaron los gritos. Al principio confusos y descoordinados, y luego con una escalofriante nota de terror. Y lo que vino después fue el inconfundible ruido sordo de los cuerpos al impactar contra las paredes del salón.

—¡Nora! —chilló Marcie—. ¿Qué demonios pasa?

No tuve oportunidad de responder. Una fuerza invisible me arrolló de repente obligándome a dar un paso atrás y paralizándome. Sentí que una energía helada me subía por el cuerpo. En el aire crepitaba el poder de múltiples ángeles caídos. Su aparición repentina en la granja era tan palpable como una ráfaga de viento ártico. No sabía cuántos había, ni tampoco qué querían, pero percibía sus movimientos: se estaban adentrando en la casa, dispersándose por todas las habitaciones.

—Nora, Nora. Sal y ven a jugar —canturreó una voz de hombre. Era extrañamente aguda y no me resultaba nada familiar.

Inspiré discretamente dos veces. Al menos ya sabía detrás de qué iban.

—Te encontraré, cariño, cachorrito mío —siguió cantando dulcemente, helándome la sangre.

Estaba cerca, muy cerca. Me arrastré sigilosamente con la intención de esconderme detrás del sofá, pero alguien se me había adelantado.

—¿Nora? ¿Eres tú? ¿Qué pasa? —me preguntó Andy Smith. Se sentaba dos filas por detrás de mí en clase de Matemáticas y era el novio de Addyson, una amiga de Marcie. Notaba el calor que desprendía su sudor.

—Silencio —le dije.

—Si no vienes tú, tendré que ir a buscarte —siguió cantando el ángel caído.

Su poder mental me atravesó la cabeza con la eficacia del filo de un cuchillo al rojo vivo. Solté un suspiro ahogado cuando le sentí rastreando mi mente, investigando cada rincón, analizando mis pensamientos para descubrir dónde me escondía. Levanté un muro tras otro para detenerlo, pero él los fue echando abajo como si hubieran sido de arena. Traté de recordar todos los mecanismos de defensa que Dante me había enseñado, pero el ángel caído se movía demasiado deprisa. Siempre iba dos (peligrosos) pasos por delante. Ningún ángel caído había causado ese efecto en mí. Solo había un modo de describirlo: proyectaba toda su energía mental a través de una lente de aumento que amplificaba sus efectos.

De pronto, un brillo naranja iluminó mi mente como una llamarada y una ráfaga de energía irrefrenable me atravesó la piel. Tuve la sensación de que el calor que desprendía me derretía la ropa. Las llamas devoraban la tela, abrasándome la piel, consumiéndome lentamente. Víctima de una agonía indescriptible, me contraje hasta quedar hecha un ovillo. Encajé la cabeza entre las rodillas y apreté los dientes con fuerza para no gritar. El fuego no era real. Tenía que ser un truco psicológico. Pero me costaba creerlo. El calor era tan abrasador que estaba casi segura de que ese ángel caído me había prendido fuego de verdad.

—¡Basta! —bramé finalmente mientras salía de mi escondrijo retorciéndome por el suelo: habría hecho lo que fuera para sofocar las llamas que estaban devorando mis carnes.

En un instante, el calor abrasador cesó, aunque no había notado el agua que probablemente había ayudado a extinguir las llamas. Me quedé echada sobre la espalda, con el rostro bañado en sudor. Respirar me resultaba muy doloroso.

—Todo el mundo fuera —ordenó el ángel caído.

Casi me había olvidado de que había más gente en la habitación. Nunca olvidarían lo que había ocurrido. No podrían. ¿Comprendían realmente lo que estaba pasando? ¿Eran conscientes de que no se trataba de un montaje para la fiesta? Recé para que alguien pudiera ir a buscar ayuda. Pero la granja estaba muy apartada, y tardarían demasiado en llegar hasta allí.

Además, la única persona que podía ayudar era Patch, y no tenía modo de avisarlo.

Piernas y pies se arrastraron por el suelo, camino de la salida. Andy Smith salió de detrás del sofá y avanzó frenéticamente hacia la puerta.

Yo levanté la cabeza lo justo para echarle un vistazo al ángel caído. Estaba muy oscuro, pero distinguí una silueta altísima, medio desnuda y esquelética. Y un par de ojos brillantes y despiadados.

El ángel caído del pecho desnudo al que había visto en La Bolsa del Diablo y en el bosque me miró. Sus jeroglíficos deformes parecían agitarse y contraerse bajo su piel, como si estuvieran sujetos a hilos invisibles. En realidad, estaba segura de que se movían al ritmo de su respiración. No podía apartar los ojos de esa pequeña herida abierta que tenía en el pecho.

—Soy Baruch. —Había pronunciado «Bareuk».

Me arrastré hasta el rincón del salón contrayendo el rostro de dolor.

—Ha empezado el mes de Jeshván, y aún no tengo Nefil vasallo —dijo. Hablaba en un tono distendido, pero no había brillo alguno en sus ojos. Ni brillo ni calidez.

Después del exceso de adrenalina, sentía las piernas pesadas y temblorosas. No tenía muchas opciones. No era lo bastante fuerte como para tumbarlo y darme a la fuga, y tampoco podía luchar con él: si lo intentaba, avisaría a sus compinches, y tendría que enfrentarme a un montón de ángeles caídos yo sola. Maldije a mi madre por haber echado a Patch de allí. Lo necesitaba. No podía encargarme de esa situación yo sola. Si Patch estuviera allí, sabría exactamente qué hacer.

Baruch se pasó la lengua por detrás del labio.

—El jefe del ejército de la Mano Negra... ¿Qué voy a hacer con ella?

Se sumergió en mis pensamientos. Había percibido sus intenciones, pero no tenía poder para pararle los pies. Estaba demasiado exhausta para luchar. Y, de pronto, me sorprendí a mí misma gateando obedientemente hacia él y echándome a sus pies como un perro. Me asestó una patada en la espalda, observándome con su mirada predatoria. Quería negociar con él, pero tenía los dientes completamente cerrados, como si me hubieran cosido los maxilares.

«No puedes llevarme la contraria —le susurró hipnóticamente a mi mente—. No puedes rechazarme. Tienes que obedecer todas mis órdenes».

Traté de impedir la entrada de sus palabras, pero no lo conseguí. En cuanto lograra sabotear su control, podría luchar contra él. Era la única posibilidad.

—¿Qué tal es eso de ser una Nefil neófita? —murmuró con su voz fría y desdenosa—. El mundo no es lugar para un Nefil sin dueño. Yo te protegeré de los demás ángeles caídos, Nora. De ahora en adelante, me perteneces.

—Yo no pertenezco a nadie —repliqué. Conseguir hacer oír mis palabras me supuso un esfuerzo agotador.

Suspiró, lenta y deliberadamente, y el aire se escapó entre sus dientes con un siseo amenazador.

—Te voy a destrozar, cachorrita mía. Espera y verás —gruñó.

Lo miré con franqueza.

—Has cometido un gran error presentándote aquí esta noche, Baruch. Has cometido un error muy grave viniendo a por mí.

Sonrió, y vi brillar el blanco de sus dientes.

—Esto será divertido. —Dio un paso hacia mí; todo su cuerpo rezumaba poder.

Era casi tan fuerte como Patch, solo que en él percibí un aspecto sanguinario del que Patch carecía. No sabía cuánto hacía que lo habían expulsado del cielo, pero no me cabía duda de que Baruch estaba encantado de haberse pasado al bando del diablo.

—Haz tu juramento de lealtad, Nora Grey —me ordenó.

Capítulo

21

No iba a jurarle nada. Y tampoco iba a permitirle que me arrancara esas palabras. Por mucho que me hiciera sufrir, tenía que mantenerme fuerte. Pero para resistir no me bastaba con una actitud defensiva: necesitaba hacer un movimiento ofensivo, y deprisa.

«Contraataca sus trucos psicológicos con algunos de los tuyos», me ordené a mí misma. Dante había dicho que los trucos psicológicos eran mi mejor arma. Me había confesado que se me daban mejor que a cualquiera de los Nefilim que había conocido. Había engañado a Patch. Y estaba dispuesta a engañar también a Baruch. Crearía mi propia realidad y lo encerraría en ella sin darle tiempo de saber qué le había ocurrido.

Cerré los ojos para aislarme del canto insidioso con que Baruch me instaba a hacer mi juramento, y me refugié en el interior de mi cabeza. Si me sentía capaz de dar ese paso era porque ese mismo día me había tomado una dosis de hechicería diabólica. No confiaba en mi propia fortaleza, pero la hechicería diabólica me convertía en una versión mejorada de mí misma. Agudizaba mis talentos naturales, incluida mi capacidad de hacer trucos psicológicos.

Me sumergí en la oscuridad de los tortuosos pasadizos de la mente de Baruch, descargando una explosión tras otra a mi paso. Me moví lo más deprisa que pude, consciente de que si cometía un error, si le daba una sola razón para sospechar que estaba reconstruyendo sus pensamientos, si dejaba aunque solo fuera un rastro sutil de mi presencia...

Elegí lo único que sabía que lo alarmaría: los Nefilim.

«¡El ejército de la Mano Negra!», pensé a voz en grito dentro de la cabeza de Baruch. Arremetí contra sus pensamientos con una imagen de Dante irrumpiendo en el salón de casa seguido de veinte, treinta, no... ¡cuarenta Nefilim! Fui filtrando imágenes de sus miradas de cólera y sus puños cerrados en su inconsciente. Para darle a la visión mayor verosimilitud, fabriqué en su mente la ilusión de que veía a sus propios hombres desapareciendo por la puerta a manos de los Nefilim, como sus prisioneros.

A pesar de todas mis descargas, Baruch se resistía. Se había quedado de pie como una estatua, sin reaccionar como habría esperado ante la presencia masiva de los Nefilim. Temí que sospechara algo, y proseguí con mi ataque con mayor ahínco.

«No te metas con nuestros líderes, no te metas con nosotros... con ninguno de

nosotros». Arrojé esas palabras de Dante en la mente de Baruch. «Nora no va a jurarte lealtad. Ni ahora ni nunca». Creé entonces una imagen de Dante cogiendo el atizador que teníamos junto a la chimenea y hundiéndolo con saña en las cicatrices del ángel caído, allí donde había tenido antes las alas. Introduje esa vívida imagen en el fondo del cerebro de Baruch.

Y entonces lo oí desplomarse sobre sus rodillas y abrí los ojos. Estaba a cuatro patas, con los hombros encorvados. Una expresión de asombro dominaba sus facciones. Tenía los ojos vidriosos, y un rastro de saliva se había alojado en las comisuras de sus labios. Se echó las manos a la espalda, agarrando el aire: trataba de arrancarse el atizador.

Respiré aliviada y exhausta. Se lo había creído. Mi truco psicológico había funcionado.

Me pareció ver la sombra de una figura junto a la puerta.

Me puse en pie de un salto y alargué el brazo hacia la chimenea para agarrar el auténtico atizador. Lo levanté por encima de los hombros, preparándome para un ataque, y entonces vi aparecer a Dabria. Sus cabellos despedían un brillo glacial en la penumbra y su boca era una línea sombría.

—¿Le has sometido a un truco psicológico? —supuso—. Bien. Pero ahora tenemos que irnos —me dijo.

Estuve a punto de echarme a reír.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —le pregunté fríamente con desconfianza.

Pasó por encima del cuerpo inmóvil de Baruch.

—Patch me ha pedido que te llevara a un lugar seguro.

—Estás mintiendo —aseguré sacudiendo la cabeza—. No te ha mandado Patch. Sabe muy bien que eres la última persona en la que confiaría. —Agarré el atizador con más fuerza. Si se acercaba un paso más, estaría encantada de clavárselo en sus cicatrices, y, como Baruch, se quedaría en un estado cercano al coma hasta que encontrara el modo de arrancárselo.

—No le ha quedado otra. Ha tenido que encargarse de los demás ángeles caídos que han asaltado tu fiesta y borrar los recuerdos de las mentes de todos los invitados; algunos aún corren calle abajo presa del pánico: no sé tú, pero yo diría que está un poco ocupado. ¿No tenéis una especie de código secreto para situaciones como esta? —Nada parecía afectar su actitud de gélida serenidad—. Cuando estaba con Patch, teníamos uno. Habría confiado en cualquiera que lo supiera.

No le apartaba los ojos de encima. ¿Un código secreto? Caray, sabía darme donde me dolía.

—De hecho, sí tenemos un código secreto —le dije—. Dabria es una sanguijuela patética que no sabe pasar página. —Me tapé la boca con la mano—. Oh, ahora

caigo: ya entiendo por qué Patch no ha compartido contigo nuestro código secreto —añadí con desprecio.

Sus labios se hicieron aún más finos.

—O me dices la auténtica razón por la que has venido o voy a hundirte este atizador en tus cicatrices con tanta fuerza que se convertirá en tu nuevo apéndice —le advertí.

—No tengo por qué aguantar esto —repuso Dabria dando media vuelta.

La seguí por la casa desierta hasta el camino de la entrada.

—Sé que estás chantajeando a Pepper Friberg —le solté. No fui capaz de advertir si la había pillado por sorpresa. Siguió caminando sin vacilar—. Pepper cree que el chantajista es Patch y está haciendo todo lo posible para mandarlo al infierno. Tú misma, Dabria: dices que aún quieres a Patch, pero tienes un modo muy curioso de demostrarlo. Por tu culpa, corre el peligro de acabar en el exilio. ¿Es ese tu plan? ¿Si tú no puedes tenerlo, que no lo tenga nadie?

El llavero de Dabria soltó un bip, y se encendieron las luces traseras del coche deportivo más extravagante que había visto en mi vida.

—¿Y eso? —pregunté.

Me miró con condescendencia y repuso:

—Es mi Bugatti.

Un Bugatti. Vistoso, sofisticado y único. Como Dabria. Se sentó al volante.

—Será mejor que saques a ese ángel caído del salón antes de que vuelva tu madre. —Hizo una pausa—. Y tal vez deberías verificar tus informaciones antes de andar acusando a la gente.

Se dispuso a cerrar la puerta, pero yo se lo impedí.

—¿Me estás diciendo que no has chantajeado a Pepper? —le pregunté en tono airado—. Os vi discutiendo en el callejón de La Bolsa del Diablo.

Dabria se puso un pañuelo de seda en la cabeza y se echó un extremo sobre el hombro derecho, y el otro, sobre el izquierdo.

—No deberías escuchar a escondidas, Nora. Y Pepper es un arcángel del que harías bien en mantenerte alejada. No se anda con tonterías.

—Yo tampoco.

Me miró directamente a los ojos.

—No es que sea asunto tuyo, pero esa noche Pepper me buscó porque sabe que tengo cierta relación con Patch. Trata de localizarlo y creyó que yo lo ayudaría: por supuesto, se equivocó.

Le dio al contacto y aceleró el motor para ahogar mi respuesta.

Miré a Dabria intensamente: no me creía que su relación con Pepper fuera tan inocente. Tenía un largo historial como mentirosa y, además, estábamos enemistadas. Ella era el terrible recordatorio de que Patch había estado con alguien antes que

conmigo. Todo habría sido más fácil si Dabria se hubiera quedado en el pasado de Patch, justo donde pertenecía. Sin embargo, en lugar de eso, siempre volvía a aparecer; era como esos malos de las películas de terror que no acaban de morir nunca.

—No sabes ver el carácter de las personas —dijo, poniendo la primera y apretando el acelerador.

Me planté de un salto delante del parachoques y descargué las dos manos en el capó. Aún no había terminado.

—Cuando se trata de ti, no me equivoco. —Subí la voz para hacerme oír por encima del ronroneo del motor—. Eres intrigante, traicionera, egoísta y una narcisista egocéntrica.

La mandíbula de Dabria se tensó visiblemente. Se apartó del rostro un mechón de cabello suelto, salió del coche y se encaró conmigo. Con tacones, era tan alta como yo.

—Yo también quiero limpiar el nombre de Patch —dijo con su voz fría de bruja.

—Vaya, una frasecita que merecería un Oscar.

Me atravesó con la mirada.

—Le dije a Patch que eras inmadura e impulsiva, y que nunca superarías los celos que te corroen por lo que tuvimos, una relación lo bastante larga como para hacerla resucitar.

Se me encendieron las mejillas y la agarré del brazo con fuerza antes de que pudiera esquivarme.

—No vuelvas a hablar con Patch de mí en tu vida. Es más, no vuelvas a hablar con él y punto.

—Patch confía en mí. Eso debería bastarte.

—Patch no confía en ti. Solo te está utilizando. Seguirá dándote esperanzas, pero al final prescindirá de ti. En cuanto dejes de serle útil, se acabó.

Los labios de Dabria se contrajeron en un gesto desagradable.

—Ya que nos estamos dando consejos mutuamente, aquí tienes el mío: deja ya de tocarme las narices. —Y sus ojos me fulminaron en señal de advertencia.

Me estaba amenazando.

Tenía algo que ocultar.

Y yo descubriría qué era y acabaría con ella.

Capítulo

22

Dabria se alejó levantando una nube de polvo tras de sí y yo me volví a casa a la carrera. Mi madre podía aparecer en cualquier momento y aún no sabía cómo explicarle que la fiesta hubiera tenido un final tan abrupto; además, también tenía que deshacerme del cuerpo de Baruch. Si realmente se había creído que le había clavado ese atizador en la cicatriz de las alas, su cuerpo seguiría sumido en un estado cercano al coma durante unas horas más, de modo que transportarlo resultaría considerablemente fácil. Por fin, un golpe de suerte.

Al entrar, me encontré a Patch en el salón, inclinado sobre el cuerpo de Baruch. Cuando lo vi, respiré, aliviada.

—¡Patch! —exclamé corriendo hacia él.

—Ángel. —Su rostro estaba grabado con la preocupación. Se puso en pie y yo me arrojé en sus brazos, dejando que me estrechara con fuerza.

Asentí con la cabeza para que no sufriera por mi bienestar, y me tragué la bola que se me había formado en la garganta.

—Estoy bien. No me han herido. Le he hecho un truco psicológico para que creyera que los Nefilim los atacaban y le clavaban un atizador en las cicatrices. — Dejé escapar un suspiro tembloroso—. ¿Cómo sabías que los ángeles caídos habían irrumpido en la fiesta?

—Tu madre me ha echado de vuestra casa, pero no estaba dispuesto a permitir que te quedaras sin protección. He hecho guardia calle abajo. He visto muchos coches dirigiéndose a la granja, pero he pensado que simplemente venían a la fiesta. Cuando la gente ha empezado a salir corriendo de la casa con cara de haber visto un fantasma, he venido tan deprisa como he podido. Había un ángel caído haciendo guardia en la puerta y ha creído que mi intención era aprovecharme de los despojos que quedarán. Por supuesto, he tenido que apuñalarlo en sus cicatrices, como también a unos pocos más. Espero que tu madre no se dé cuenta de que he arrancado algunas ramas del árbol del jardín delantero. Me han ido de maravilla para emplearlas a modo de estacas.

Sus labios se curvaron con picardía.

—Estará de vuelta en cualquier momento.

Patch asintió con la cabeza.

—Ya me encargo yo del cuerpo. ¿Puedes encender la llave de paso de la electricidad? La caja de fusibles está en el garaje. Asegúrate de que todos los

interruptores estén conectados. Si han cortado los cables, la cosa no será tan sencilla.

—Ya voy. —Me encaminé hacia la salida y, tras dar un par de pasos, me detuve y le dije—: Por cierto, ha venido Dabria. Me ha contado no sé qué milonga de que le habías dicho que me sacara de aquí. ¿Crees que puede haber estado ayudándolos?

Para mi sorpresa, repuso:

—La he avisado yo. Estaba en el barrio. Yo me he dedicado a perseguir a los ángeles caídos y le he pedido que se encargase de ti y te sacase de la casa.

Me quedé sin habla, aturdida tanto por la irritación como por la conmoción. No sabía si estaba más enfadada porque Dabria me había dicho la verdad o porque había estado siguiendo a Patch. Al fin y al cabo, eso de que «estaba en el barrio» no se explicaba de otro modo: mi calle tenía más de kilómetro y medio de largo, la nuestra era la única casa que había y además iba a morir al bosque. Seguramente le había puesto a Patch un busca. Cuando él la había llamado, Dabria debía de estar en el coche, aparcada a unos pocos pasos por detrás de él, sosteniendo unos prismáticos.

No tenía ninguna duda de que Patch me era fiel, ni tampoco de que Dabria esperaba poder cambiar ese detalle.

Pensé que no era momento para empezar una discusión, así que me limité a decir:

—¿Qué le vamos a contar a mi madre?

—Ya... ya me encargo yo.

Patch y yo volvimos la cabeza hacia la vocecilla que procedía de la puerta. Marcie estaba allí de pie, estrujándose las manos. Como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo débil que la hacía parecer ese gesto, dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Se echó el cabello hacia atrás, levantó la barbilla, y añadió con más aplomo:

—La fiesta ha sido idea mía, de modo que estoy metida en esto tanto como vosotros. Le diré a tu madre que un atajo de gamberros se han presentado a la fiesta y han empezado a romper todo lo que han encontrado a su paso. Y entonces hemos hecho lo que nos ha parecido más responsable: cancelar la fiesta.

Tuve la sensación de que Marcie estaba haciendo todo lo posible para no mirar el cuerpo de Baruch, que yacía boca abajo sobre la alfombra. Mientras no lo viera, podía pensar que no era real.

—Gracias, Marcie —le dije con toda sinceridad.

—No sé qué te sorprende tanto. Yo también estoy metida en esto, ya lo sabes. Como tú, tampoco soy... bueno... —Inspiró profundamente—. Que soy uno de vosotros.

Abrió la boca para decir algo más, pero la volvió a cerrar enseguida. No la culpaba. No era fácil aceptar que uno no era humano, y mucho menos decirlo en voz alta.

Alguien llamó al timbre y Marcie y yo dimos un respingo e intercambiamos una

mirada de extrañeza.

—Actuad como si nunca hubiésemos estado aquí —nos instruyó Patch en cuanto se hubo cargado el cuerpo de Baruch a los hombros y, mientras se encaminaba hacia la puerta trasera, añadió mentalmente: «Y, Ángel, borra de la mente de Marcie el recuerdo de haberme visto aquí esta noche. Tenemos que mantener nuestro secreto a salvo».

«Descuida», le respondí.

Marcie y yo nos dirigimos a la puerta. En cuanto hice girar el pomo, Vee se coló dentro de casa cogida de la mano de Scott.

—Sentimos llegar tarde —se disculpó—. Nos hemos... ejem...

Compartió con Scott una mirada cómplice y ambos se echaron a reír.

—Distraído un poco —concluyó Scott, con una risita en los labios.

Vee se abanicó con la mano.

—¡Y que lo digas!

Cuando Marcie y yo nos los quedamos mirando con aire sombrío, Vee echó un vistazo al salón y cayó en la cuenta de que la casa estaba vacía y destrozada.

—Un momento. ¿Dónde está todo el mundo? ¿No me digas que la fiesta ya se ha terminado?

—Nos han asaltado —explicó Marcie.

—Llevaban máscaras de Halloween —añadí yo—. Puede haber sido cualquiera.

—Se han puesto a destrozarlo todo...

—Y hemos decidido mandar a casa a todo el mundo.

Vee examinó los daños, incapaz de articular palabra.

«¿Asaltado?», me preguntó Scott mentalmente; no había duda de que no se había creído mi actuación y presentía que le había ocultado parte de la historia.

«Ángeles caídos —respondí—. Uno de ellos ha hecho todo lo posible para obligarme a prestar el juramento de lealtad. Pero no te preocupes —me apresuré a añadir al ver que su rostro se retorció de ansiedad—, no se ha salido con la suya. Necesito que te lleves a Vee de aquí. Si se queda rondando por casa, empezará a hacer preguntas que no podré responderle. Y necesito ponerlo todo en orden antes de que llegue mi madre».

«¿Cuándo se lo contarás?»

Me quedé paralizada: la pregunta directa de Scott me había pillado por sorpresa. «No se lo puedo contar. Quiero que esté a salvo, ¿entiendes? Y te pido que tú hagas lo mismo. Es mi mejor amiga, Scott. No quiero que le pase nada malo».

«Se merece que le cuentes la verdad».

«Se merece mucho más que eso, pero, de momento, lo que más me importa es su seguridad».

«¿Y qué crees que le importa más a ella? —preguntó Scott—. Se preocupa por ti

y confía en ti. Muéstrale un poco más de respeto».

No tenía tiempo para discutir. «Por favor, Scott», le rogué.

Se me quedó mirando unos instantes con expresión reflexiva. Estaba claro que mi petición no lo complacía, pero al parecer iba a dejarme ganar esa batalla... por el momento.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Vee—. Te lo compensaré: vámonos al cine. Tú eliges la película, ¿vale? No es que pretenda influenciarte, pero acaban de estrenar una de un superhéroe. Las críticas son pésimas, así que probablemente la peli será genial.

—Deberíamos quedarnos a ayudar a Nora a limpiar este desastre —arguyó Vee—. Pienso averiguar quién ha sido el responsable y le voy a dar una lección de buenos modales. Puede que un par de pescados de unos cuantos días acaben encontrando el camino hasta sus taquillas. Y más les vale no apartar el ojo de sus neumáticos, porque tengo una navaja muy inquieta.

—Tómame la noche libre —le sugerí a Vee—. Marcie me ayudará a limpiarlo todo, ¿verdad, Marcie? —Le pasé el brazo por el hombro y traté de hablarle con dulzura, pero un punto de desdén tiñó mis palabras.

Vee tropezó con mi mirada y compartimos un momento de complicidad.

—Vaya, Marcie, es un detalle —le dijo Vee—. El recogedor está debajo del fregadero. Y las bolsas de basura, también.

Le dio a Marcie un palmadita en la espalda y añadió a modo de despedida:

—Bueno, divertíos, y que no te rompas muchas uñas, Marcie.

Tan pronto como hubieron desaparecido por la puerta, Marcie y yo dejamos resbalar la espalda por la pared hasta quedarnos sentadas en el suelo, y soltamos un suspiro de alivio al unísono.

Marcie fue la primera en sonreír.

—Qué mala suerte.

Me aclaré la garganta.

—Gracias por quedarte a ayudar esta noche —le dije de todo corazón. Por una vez en su vida, Marcie había sido...

«Útil», pensé con un sobresalto. Y yo iba a pagarle borrando sus recuerdos de su mente.

Se levantó del suelo y se desempolvó las manos.

—La noche aún no ha terminado. El recogedor está debajo del fregadero, ¿no?

Capítulo

23

La mañana siguiente llegó enseguida. Me desperté al oír unos golpecitos en la ventana de mi habitación y, al volverme en la cama, vi a Dante detrás del cristal, encaramado a una rama, haciéndome señas para que me reuniera con él fuera. Levanté la mano bien abierta dándole a entender que estaría abajo en cinco minutos.

Técnicamente, estaba castigada, pero me temía que esgrimir esa excusa no iba a servir de mucho tratándose de Dante.

Fuera, el aire oscuro de la madrugada tenía el sabor frío del otoño, y me froté las manos con brío para que entraran en calor. Una luna delgada aún seguía suspendida sobre nuestras cabezas. Se oyó el ulular lastimero de una lechuza a lo lejos.

—Esta mañana, un coche particular equipado con radar ha pasado varias veces por delante de tu casa —me dijo Dante echándose el aliento en las manos—. Estoy convencido de que se trataba de un policía. Cabello oscuro y unos pocos años mayor que yo, por lo que me ha parecido. ¿Te suena de algo?

El detective Basso. ¿Qué había hecho yo esta vez?

—No —repuse; pensé que no era el momento para desvelar mi sórdido pasado con las fuerzas de la ley local—. Debía de quedarle poco para terminar el turno y no habrá querido complicarse la vida. Seguro que por aquí no se encuentra a nadie que se pase del límite de velocidad.

Dante sonrió con ironía.

—Puede que coches no, pero corredores... ¿Estás lista?

—No. ¿Sirve de algo mi negativa?

Se inclinó hacia delante, y me ató bien los cordones de una de las zapatillas. Al parecer, no me había hecho bien el lazo.

—Vamos a calentar. Ya sabes cómo va.

Lo sabía, sí. Pero lo que él ignoraba era que durante el calentamiento yo aprovechaba para fantasear: imaginaba que le iba arrojando cuchillos, dardos y todo tipo de objetos punzantes a la espalda mientras corríamos a toda velocidad por la espesura del bosque hasta que llegábamos a la remota y aislada zona de entrenamiento. Lo que fuera para que no decayera el ánimo, ¿no?

Cuando ya estaba completamente empapada en sudor, Dante me sometió a una serie de estiramientos para mejorar mi flexibilidad. Había visto a Marcie haciendo algunos de esos ejercicios en su dormitorio. Ya no estaba en el grupo de animadoras, pero, por lo que parecía, conservar su capacidad para hacer el spagat era algo crucial

para ella.

—¿Cuál es el plan para hoy? —quise saber sentándome en el suelo con las piernas extendidas en forma de V. Me doblé por la cintura y, al apoyar la cabeza en la rótula, sentí que todos los ligamentos estaban en tensión.

—Posesión.

—¿Posesión? —repetí, desconcertada.

—Si los ángeles caídos pueden poseernos, es justo que nosotros aprendamos a poseerlos a ellos. ¿Qué mejor arma que la que permite controlar la mente y el cuerpo del enemigo? —prosiguió Dante.

—No sabía que poseer a los ángeles caídos fuese siquiera una opción.

—Ahora sí lo es: desde que tenemos la hechicería diabólica. Antes no éramos lo bastante fuertes. Llevo unos cuantos meses entrenando a unos pocos Nefilim muy bien elegidos (entre ellos yo mismo) en el proceso de la posesión. El dominio de esta habilidad será lo que decidirá esta guerra, Nora. Si logramos controlar esta técnica, tendremos una oportunidad.

—¿Te has estado entrenando? ¿Cómo? —La posesión solo era posible en el mes de Jeshván. ¿Cómo podía llevar meses practicándola?

—Hemos estado entrenándonos con ángeles caídos. —Una risa perversa brilló en su mirada—. Ya te lo dije: somos más fuertes que nunca. Un ángel caído que vaya solo no puede hacer nada contra un grupo de Nefilim bien entrenados. Los hemos estado capturando en la calle, de noche, y luego nos los hemos llevado al área de entrenamiento que acondicionó Hank.

—¿Hank ya estaba metido en esto? —Era como si sus secretos no se terminaran nunca.

—Hemos ido seleccionando a los más solitarios, a los introvertidos, a los que probablemente nadie echará en falta. Les hacemos ingerir un prototipo especial de hechicería diabólica que permite la posesión durante períodos de tiempo cortos, incluso fuera del mes de Jeshván. Y entonces los utilizamos para practicar con ellos.

—¿Y dónde están ahora?

—Reclusos en el área de entrenamiento. Cuando no estamos practicando con ellos, les hundimos una vara de mental encantada con hechicería diabólica en las cicatrices de las alas. Así se quedan totalmente inmovilizados. Como ratas de laboratorio a nuestra disposición.

Estaba segura de que Patch no sabía nada de eso. Lo habría mencionado.

—¿Cuántos ángeles caídos tenéis ahí encerrados? ¿Y dónde está esa área de entrenamiento?

—No puedo decirte su ubicación. Cuando la construimos, Hank, Blakely y yo decidimos que sería más seguro mantenerla en secreto. Ahora que Hank ha muerto, Blakely y yo somos los únicos Nefilim que sabemos dónde se encuentra. Es mejor

así. Cuando se relajan las reglas, empiezan a aparecer los traidores. Hay gente capaz de hacer cualquier cosa para su provecho personal, incluso traicionar a su propia raza. Los Nefilim son así por naturaleza, como también los humanos. Es mejor eliminar la tentación.

—¿Vas a llevarme al área de entreno para practicar? —Estaba segura de que también debía de haber un protocolo para eso. O me tataría los ojos o borraría luego de mi memoria el recuerdo del recorrido. Pero tal vez podría encontrar un modo de evitarlo. Quizá Patch y yo podríamos reconstruir juntos el camino hasta el área de entrenamiento...

—No será necesario. Me he traído a una de las ratas de laboratorio conmigo.

Miré rápidamente alrededor.

—¿Dónde?

—No te preocupes... La hechicería diabólica y la vara que lleva clavada en las cicatrices la mantienen tranquila.

Dante desapareció detrás de una roca enorme y volvió con una hembra de ángel caído que no parecía tener más de trece años humanos. Sus piernas, dos palillos que sobresalían de unos pantalones de gimnasia blancos, debían de ser tan delgadas como mis brazos.

Dante la arrojó al suelo, y su cuerpo débil aterrizó como un saco de basura. Me volví de espaldas cuando vi esa vara de hierro sobresaliendo de las cicatrices que tenía en la espalda. Sabía que no podía sentir nada, pero la imagen me puso los pelos de punta.

Tuve que recordarme a mí misma que era el enemigo. Ahora tenía un interés personal en la guerra: me había negado a jurar lealtad a un ángel caído. Eran peligrosos. Había que pararles los pies a todos, desde el primero al último.

—En cuanto le retire la vara de la cicatriz, solo dispondrás de un par de segundos para actuar. Transcurrido este tiempo se pondrá violenta. Este prototipo de hechicería diabólica tiene una vida muy corta y no permanece en el cuerpo. En otras palabras, no bajas la guardia.

—¿Sabrá que la estoy poseyendo?

—Sí, por supuesto. Ha hecho este ejercicio montones de veces. Quiero que ocupes su cuerpo y le ordenes que ejecute algunas acciones durante unos pocos minutos, para que te acostumbres a la sensación de manipular un cuerpo ajeno. Avísame cuando estés lista para salir del cuerpo. Tendré la vara preparada.

—Pero ¿cómo me meto dentro? —pregunté, con la carne de gallina. Estaba helada, pero el responsable no era solo el aire frío de octubre: no quería poseer a un ángel caído. Sin embargo, necesitaba darle a Patch tanta información como fuera posible acerca del funcionamiento del proceso. No podíamos resolver un problema que no entendíamos.

—La hechicería diabólica la ha debilitado y eso te ayudará. Además, estamos en el mes de Jeshván, lo cual significa que los conductos de la posesión están completamente abiertos. Lo único que tienes que hacer es someterla a un truco psicológico. Hacerte con el control de sus pensamientos. Convéncela de que desea que la poseas. En cuanto baje la guardia, será pan comido. Flotarás hacia ella naturalmente. Y serás absorbida por su cuerpo tan deprisa que casi ni notarás la transición. Y entonces ya tendrás el control.

—Es que es tan joven...

—No te dejes engañar por eso. Es joven, pero también tan astuta y peligrosa como los demás ángeles caídos. Toma... Te he traído una dosis especial de hechicería diabólica para facilitarte un poco la tarea la primera vez.

No cogí el frasco enseguida. Mis dedos temblaron de deseo, pero mantuve los brazos pegados al cuerpo. Ya había tomado muchas dosis. Me había prometido a mí misma que dejaría de consumirla y que me sinceraría con Patch. Pero, por el momento, no había hecho ni una cosa ni la otra.

Le eché un vistazo al frasco de líquido azul, y unas ansias irrefrenables empezaron a contraer mi estómago. No quería ingerir más hechicería diabólica y, al mismo tiempo, la necesitaba desesperadamente. Empezó a darme vueltas la cabeza, a dominarme la sensación de mareo. Tomar un par de sorbitos tampoco podía hacerme daño. Antes de que pudiera retenerme, alargué el brazo y acepté el frasco. Se me había hecho la boca agua.

—¿Debería bebérmela toda?

—Sí.

Me llevé el frasco a los labios, y el líquido descendió por mi garganta corrosivo como el veneno. Tosí y boqueé, deseando que Blakely encontrase el modo de darle un sabor mejor. También sería de ayuda que minimizara los efectos secundarios. Justo después de haberme tomado esa dosis, un intenso dolor de cabeza empezó a taladrarme el cráneo. La experiencia me decía que a medida que transcurriera el día no haría más que empeorar.

—¿Lista? —preguntó Dante.

Me tomé mi tiempo antes de asentir con la cabeza. Decir que no me apetecía demasiado ocupar el cuerpo de esa muchacha era quedarse muy corto. Ya había pasado por la experiencia de que ocuparan el mío (lo hizo Patch, en un intento desesperado de evitar que Chauncey Langeais, un pariente que no me quería demasiado, me asesinara). A pesar de que me alegraba de que Patch hubiera tratado de protegerme, la sensación de violación que sentí mientras él ocupaba mi cuerpo era algo por lo que no querría volver a pasar jamás. Ni tampoco hacérselo pasar a nadie.

Posé mis ojos en la muchacha. Había sufrido esa experiencia centenares de veces. Y allí estaba yo, a punto de someterla de nuevo a ese calvario.

—Lista —repuse al fin.

Dante retiró la vara de la cicatriz que le habían dejado las alas, tratando de no tocar con la mano el extremo azul y brillante que había estado enterrado en la carne.

—Date prisa —me advirtió en un murmullo—. Prepárate. Sus pensamientos soltarán descargas magnéticas; en cuanto percibas actividad mental, métete en su cabeza. No pierdas el tiempo tratando de convencerla de que desea que la poseas.

Un silencio tenso y espeso se impuso en el bosque. Me acerqué un paso a la muchacha, tratando de captar cualquier señal de actividad mental. Dante tenía las rodillas flexionadas, a punto de entrar en acción en cualquier momento. El graznido cortante de un cuervo atravesó la bóveda oscura que se extendía sobre nuestras cabezas. Mi radar captó una débil señal, y eso fue el único aviso que recibí antes de que la muchacha se me arrojara encima, enseñándome los dientes y arañándome con las uñas como un animal salvaje.

Las dos caímos al suelo. Mis reflejos eran más rápidos que los suyos, y conseguí colocarme encima de ella. Me abalancé sobre su cuerpo tratando de agarrarla de las muñecas con la esperanza de sujetárselas por encima de la cabeza, pero se zafó de mí de un solo salto y acabé rodando por el suelo. La oí aterrizar ágilmente, unos pasos más allá, y levanté la cabeza justo a tiempo de verla brincar y volar hacia mí.

Me hice en un ovillo y rodé a un lado para quedar fuera de su alcance.

—¡Ahora! —me gritó Dante. Con el rabillo del ojo, lo vi sosteniendo la vara en lo alto, preparándose para atacar a la muchacha si yo fracasaba.

Cerré los ojos y me concentré para colarme en sus pensamientos. Los sentía moviéndose de un lado a otro, como insectos enloquecidos. Y entonces me sumergí en su cabeza desmenuzando todo lo que me encontraba a mi paso. Hice una pelota gigante con todos sus pensamientos y susurré un hipnótico «Déjame entrar, déjame entrar».

Y, más deprisa de lo que creía, las defensas de la muchacha se vinieron abajo. Tal como Dante había dicho, me sentí planeando hacia ella, como si mi cuerpo hubiera entrado en un poderoso campo de fuerza. No ofreció resistencia. Era una sensación irreal: vertiginosa, resbaladiza y con los márgenes borrosos. No podría determinar en qué momento se produjo el cambio; simplemente parpadeé y me encontré viendo el mundo desde otro ángulo.

Estaba dentro de ella, dentro de su cuerpo, de su alma, de su mente: la había poseído.

—¿Nora? —me preguntó Dante mirándome con escepticismo.

—Estoy dentro. —Mi voz me sobresaltó; yo había ordenado la respuesta, pero se había articulado a través de su voz. Más aguda y más dulce de lo que habría esperado de un ángel caído. Claro, era tan joven...

—¿Percibes su resistencia? ¿Tiene alguna reacción violenta? —preguntó Dante.

Esta vez me limité a negar con la cabeza. No estaba preparada para volver a oírme hablar con su voz. A pesar de que Dante quería que practicara el control de su cuerpo, yo tenía prisa por salir.

Me apresuré a cumplir con una breve lista de instrucciones: le ordené al cuerpo del ángel caído que corriera una distancia corta, que esquivara la rama de un árbol y que se atase y desatase los cordones de los zapatos. Dante tenía razón: el control era absoluto. Y, en el fondo del alma, sabía que la estaba obligando a actuar en contra de su voluntad. Podría haberle mandado que se apuñalara las cicatrices y no habría tenido más remedio que obedecer.

«Listo —le dije a Dante—. Voy a salir».

—Quédate un poco más —replicó—. Necesitas practicar más. Quiero que la sientas como una segunda piel. Repite las instrucciones de nuevo.

Haciendo oídos sordos, le ordené al ángel caído que me expulsase de su cuerpo y, nuevamente, la transición fue tan fácil como abrupta.

Renegando entre dientes, Dante volvió a clavar la vara en las cicatrices del ángel caído. Su cuerpo se desmoronó como si estuviera muerta, y las piernas y los brazos quedaron desparramados por el suelo en ángulos inverosímiles. Quise apartar la mirada, pero no pude. No podía dejar de preguntarme cómo debía de haber sido su vida en la Tierra en el pasado. Si alguien la echaba de menos. Si llegaría el día en que recuperaría la libertad. Y qué triste debía de ser su visión del mundo.

—No has estado tiempo suficiente —me reprendió Dante, visiblemente enfadado—. ¿Acaso no me has oído? Te he dicho que repitieras las instrucciones de nuevo. Ya sé que al principio es algo desagradable...

—¿Cómo funciona? —lo interrumpí—. Dos objetos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. ¿Cómo funciona la posesión?

—Todo se reduce al reino de los cuanta, la función de las ondas y la dualidad entre las ondas y las partículas.

—Aún no hemos dado la teoría cuántica —le dije con un repunte de despecho—. Trata de plantearlo en términos que pueda entender.

—Lo único que puedo decirte es que todo pasa a un nivel subatómico, donde es posible que dos objetos existan en el mismo lugar y al mismo tiempo. No sé si alguien entiende realmente cómo funciona. Simplemente es así.

—¿Eso es todo lo que puedes decirme?

—Ten un poco de fe, Grey.

—Está bien. Tendré fe. Pero quiero que me concedas algo a cambio —le advertí, con una mirada astuta—. Se te da bien eso de vigilar, ¿verdad?

—No encontrarás a nadie mejor.

—Por la ciudad ronda un arcángel indeseable llamado Pepper Friberg. Dice que un ángel caído lo está chantajeando y pondría la mano en el fuego a que sé de quién

se trata. Me gustaría que me proporcionaras las pruebas para poder pillarla.

—¿Pillarla? ¿Una mujer?

—Las mujeres también pueden ser astutas.

—¿Qué tiene eso que ver con liderar a los Nefilim?

—Es personal.

—Vale —repuso Dante con parsimonia—. Dime todo lo que necesito saber.

—Patch me dijo que hay varios ángeles caídos que podrían estar chantajeando a Pepper Friberg por un montón de cosas (páginas del Libro de Enoch, visiones de futuro, perdón absoluto por un delito del pasado, información considerada secreta y sagrada, o incluso ser elevados al estatus de ángel guardián); la lista de lo que un arcángel puede conseguir es interminable.

—¿Qué más te dijo Patch?

—No mucho. Él también quiere encontrar al chantajista. Sé que ha ido detrás de pistas y que ha seguido al menos a un sospechoso. Pero estoy bastante segura de que está buscando en los lugares equivocados. La otra noche vi a su ex hablando con Pepper en el callejón trasero de La Bolsa del Diablo. No pude oír lo que decían, pero ella parecía muy segura de sí misma. Y Pepper estaba que se subía por las paredes. Se llama Dabria.

Me sorprendió ver que una sombra oscurecía la expresión de Dante: había reconocido el nombre.

—¿Dabria? —repitió cruzándose de brazos.

—No me digas que tú también la conoces —gruñí—. Esa mujer está en todas partes. Si me dices que te parece atractiva te arrojo por ese barranco y te mando esa roca detrás.

—No es eso. —Dante sacudió la cabeza y una expresión de compasión se fue imponiendo en su semblante—. No me gustaría ser la persona que te lo dice.

—¿Decirme qué?

—Conozco a Dabria. No personalmente, pero... —La expresión de lástima se intensificó. Me miró como si estuviera a punto de darme muy malas noticias.

Me había sentado en un tronco cortado para hablar con él, pero me levanté de un salto y le apremié.

—Dímelo de una vez, Dante.

—Tengo espías que trabajan para mí. Gente a la que contrato para que vigilen a los ángeles caídos más influyentes —confesó Dante, como si se sintiera culpable—. No es un secreto que Patch es muy respetado en la comunidad de los ángeles caídos. Es listo, inteligente y tiene recursos. Es un buen líder. En sus años de mercenario ha acumulado más experiencia en combate que la mayoría de mis hombres juntos.

—Has estado espionando a Patch —concluí—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No es falta de confianza, Nora, pero no puedo obviar la posibilidad de que él

ejerza cierta influencia en ti.

—¿Influencia? Patch nunca ha tomado decisiones por mí... Soy capaz de hacerlo yo solita. La que está al mando de esta operación soy yo. Si quisiera que lo espieran, lo habría hecho yo misma —dije, claramente irritada.

—Entendido.

Me alejé unos pasos hasta el árbol más cercano y le di a Dante la espalda.

—¿Vas a decirme por qué me estás contando todo esto?

Soltó un suspiro reacio.

—Mientras espiábamos a Patch, Dabria ha aparecido en más de una ocasión.

Cerré los ojos, con el deseo de decirle que se detuviera ahí. No quería oír nada más. Dabria seguía a Patch a todas partes: eso ya lo sabía. Pero el tono de voz de Dante sugería que la noticia no era que Patch tuviera una acechadora que resultaba ser su atractiva ex. La cosa era más grave.

—Hace un par de noches, estuvieron juntos. Tengo pruebas. Un montón de fotos.

Apreté los dientes y me volví.

—Quiero verlas.

—Nora...

—Puedo soportarlo —le aseguré fuera de mí—. Quiero ver esas supuestas pruebas que tus hombres, o, mejor, mis hombres, han recabado. —Patch con Dabria. Revolví rápidamente en mis recuerdos tratando de identificar qué noche podría haber sido. Estaba angustiada, y celosa, e indecisa. Patch no podía haber hecho algo así. Seguro que había alguna explicación. Tenía que concederle el beneficio de la duda. Se había sacrificado mucho por mí como para precipitarme a sacar conclusiones a la primera de cambio.

Tenía que mantener la calma. Sería un error hacer un juicio tan pronto. ¿Dante tenía fotos? Bien. Las analizaría yo misma.

Dante apretó los labios y asintió.

—Te las haré llegar a tu casa hoy mismo.

Capítulo

24

Me dispuse a prepararme para el día, pero actuaba mecánicamente. No podía apartar de mi cabeza la imagen de Patch y Dabria juntos. No había pensado en pedirle detalles a Dante, y ahora las preguntas sin respuesta me estaban taladrando el cerebro. «Estaban juntos. Tengo fotos».

¿Exactamente qué significaba eso? ¿Juntos cómo? ¿Acaso era yo tan ingenua como para no preguntar? No. Confiaba en Patch. Estaba tentada de llamarlo, pero por supuesto no lo hice. Esperaría a haber visto las fotos. Enseguida sabría si lo condenaban o no.

Marcie entró en la cocina y se sentó encima de la mesa de un salto.

—Estoy buscando a alguien que quiera venir conmigo de compras después de clase.

Aparté a un lado el tazón de cereales ya pastosos. Había estado tanto rato perdida en mis pensamientos que ya no había quien se los comiera.

—Siempre voy de compras los viernes por la tarde —me aclaró Marcie—. Es como un ritual.

—Querrás decir una tradición —la corregí.

—Necesito un abrigo de entretiempro. Algo de lana, que abrigue, pero que al mismo tiempo sea chic —dijo, frunciendo ligeramente el ceño, meditabunda.

—Gracias por el ofrecimiento, pero tengo un montón de deberes de trigonometría atrasados.

—Oh, vamos. No has hecho nada en toda la semana, ¿por qué empezar precisamente hoy? Y de verdad que necesito una segunda opinión. Esta es una compra importante, y ahora que ya habías empezado a actuar como una persona normal... —murmuró.

Me puse en pie y llevé el tazón al fregadero.

—Ahora sí que me has llegado al corazón.

—Venga, Nora, no quiero que nos peleemos —protestó—. Solo me apetecía que te vinieras de compras conmigo.

—Y a mí me apetece aprobar el examen de trigonometría. Además, estoy castigada.

—No te preocupes, ya he hablado con tu madre. Ya ha tenido tiempo de tranquilizarse y entrar en razón. Te ha levantado el castigo. Después de clase me quedaré en el instituto una media hora más. Así tendrás tiempo de terminar esos

deberes de trigonometría, ¿vale?

Entorné los ojos y la miré inquisitivamente.

—¿Le has hecho a mi madre un truco psicológico?

—¿Sabes lo que pienso? Que estás celosa de que ella y yo hayamos establecido un vínculo tan estrecho.

¡Puaj!

—Mira, no es solo por los deberes de Mates, Marcie. También tengo que pensar en lo que pasó anoche, y en qué puedo hacer para evitar que se repita. No estoy dispuesta a jurarle lealtad a nadie —dije con determinación—. Y tampoco quiero que los demás Nefilim lo hagan.

Marcie soltó un chillido exasperado.

—¡Eres como mi padre! ¡Deja ya de ser tan...!

—¿Nefil? —apunté—. ¿Un híbrido, un bicho raro, un accidente de la naturaleza? ¿Un blanco?

Marcie apretó tanto los puños que se le enrojecieron. Al final levantó la barbilla y me miró con un brillo desafiante en los ojos.

—Sí. Una mutante, un monstruo, un fenómeno. Exactamente lo mismo que yo.

—Entonces, ¿lo aceptas? —dije levantando las cejas—. ¿Al final aceptas quién eres?

Insinuó una sonrisa casi vergonzosa.

—Pues sí, ¡exacto!

—Me gusta más esta versión de Marcie.

—Me gusta más esta versión de Nora —repuso poniéndose en pie y cogiendo el bolso que había dejado sobre la encimera—. Entonces, ¿tenemos o no una cita para ir de compras?

Cuando aún no hacía ni dos horas que las clases habían terminado, Marcie ya se había ventilado cuatrocientos dólares en un abrigo de lana, unos tejanos y un par de accesorios. Yo no me gastaba esa cantidad en ropa en todo el año. Supongo que si hubiera crecido en casa de Hank, no me habría preocupado pasarme una tarde entera quemando la tarjeta de crédito. Para empezar, habría tenido una.

Fuimos en su coche, porque no quería que la vieran en el mío. La verdad es que no la culpaba, pero su actitud dejaba bien clara una cosa: ella tenía dinero y yo no; yo había recibido el dichoso ejército de Hank, y ella, toda su herencia. Decir que era injusto era quedarse muy corto.

—¿Podemos parar un momento en casa de Dante, un amigo mío? —le pregunté a Marcie—. No nos queda de camino, pero es que tengo que recoger una cosa.

Casi me entraban náuseas al pensar en las fotos de Patch y Dabria, pero quería acabar con las incógnitas de una vez. No tenía la paciencia de esperar que Dante me

las llevara a casa. Así que, por si aún no lo había hecho, decidí adelantarme.

—¿Dante? ¿Lo conozco?

—No. No va al instituto. Gira a la derecha en la próxima calle... Vive cerca de la Bahía de Casco —le dije.

La ironía de ese momento no se me pasó por alto. Al final del verano, había acusado a Patch de haber tenido un lío con Marcie. Y ahora, solo unos meses más tarde, me disponía a investigar la misma historia... solo que con una chica diferente.

Me presioné la frente con la palma de la mano. Tal vez debería dejarlo correr. Quizá lo único que tenía que hacer era confiar incondicionalmente en Patch y dejar de lado mis inseguridades. El caso era que siempre había confiado en él.

Y entonces apareció Dabria.

Además, si Patch era inocente (y deseaba con todas mis fuerzas que lo fuera), no perjudicaba a nadie que yo viera esas fotografías.

Marcie siguió mis indicaciones y, cuando llegamos a casa de Dante, mostró su admiración por la arquitectura del edificio.

—Este Dante tiene estilo —dijo paseando la mirada por la casa Reina Anna que se levantaba tras una gran extensión de césped.

—Unos amigos se la dejaron en herencia —expliqué—. No te molestes en salir: llamo a la puerta y recojo lo que he venido a buscar.

—Ni lo sueñes: ¡tengo que ver el interior! —exclamó Marcie bajándose del coche antes de que pudiera detenerla—. ¿Ese Dante tiene novia?

Se colocó las gafas de sol a modo de diadema y admiró abiertamente la riqueza de Dante.

«Sí, yo», pensé. Estaba claro que mi interpretación en esa charada era brillante: ni siquiera mi medio hermana, que además dormía bajo el mismo techo que yo, sabía nada de mi «novio».

Subimos al porche y llamamos al timbre. Al cabo de unos instantes, insistí. Nada. Me llevé las manos a las sienes y miré por la ventana del salón: estaba todo a oscuras. Pues qué bien: había ido hasta allí justo cuando él no estaba.

—¡Yuju! ¿Buscáis al joven que vivía aquí?

Marcie y yo nos volvimos y vimos a una mujer mayor de pie en la acera. Llevaba unas zapatillas rosas, la cabeza llena de rulos también rosas y un perrito negro sujeto en una correa.

—Buscábamos a Dante —expliqué—. ¿Es usted vecina suya?

—Me mudé a vivir aquí con mi hija y su marido a principios de verano. Un par de calles más abajo —dijo, señalando a sus espaldas—. Mi marido, John, nos dejó, Dios lo tenga en su gloria, y no me quedó otra: o una residencia o casa de mi yerno. Nunca baja la tapa del váter, ¿sabéis? —nos informó.

«¿De qué demonios está hablando? —me preguntó Marcie mentalmente—. Y, por

favor, ese perro necesita un baño, ¡pero ya! Lo huelo desde aquí».

Fabriqué una sonrisa amable y bajé los escalones del porche.

—Me llamo Nora Grey. Soy amiga del chico que vive aquí, Dante Matterazzi.

—¿Matterazzi? ¡Lo sabía! ¡Sabía que era italiano! Con un nombre así no puede ocultarlo. Están invadiendo nuestras costas —protestó la mujer—. Si seguimos así, pronto compartiré jardín con el propio Mussolini.

El perro intervino y coincidió con su dueña soltando un ladrido.

Marcie y yo nos miramos, y mi medio hermana puso cara de exasperación.

—¿Ha visto usted hoy a Dante? —le pregunté a la mujer.

—¿Hoy? ¿Por qué tendría que haberlo visto? Os acabo de decir que se ha mudado. Hace un par de días. Lo hizo en plena noche, como cualquier italiano. Con nocturnidad y alevosía: típico de los mafiosos sicilianos. Está tramando algo, os lo digo yo.

—Debe de haberse usted confundido. Dante aún vive aquí —le expliqué tratando de ser amable.

—¡Ja! ¡Ese chico es un indeseable! Siempre encerrado en sí mismo, siempre de espaldas a los vecinos. Ha sido insociable desde el día en que llegó. Ni siquiera se dignaba saludar. Un chico tan taimado como ese en un vecindario respetable... No estaba bien. Solo ha durado un mes y no puedo decir que lamente perderlo de vista. Debería haber leyes en contra de los inquilinos en este barrio: lo único que hacen es devaluar las casas.

—Dante no era un inquilino. La casa es suya. Se la dejaron en herencia unos amigos suyos.

—¿Es eso lo que te dijo? —Meneó la cabeza y me miró con sus ojitos azules, como si yo fuera la persona más ingenua que había visto en su vida—. Esta casa es de mi yerno. Pertenece a la familia desde hace muchos años. Antes la alquilábamos durante el verano, cuando la economía aún no se había venido abajo y todavía se podía sacar algún dólar del turismo. Ahora tenemos que alquilársela a mafiosos italianos.

—Debe de estar usted confundida... —repetí.

—Consulta el registro de la propiedad del condado. Ese no miente nunca. No se puede decir lo mismo de esos italianos.

El perro iba describiendo círculos alrededor de las piernas de la mujer, que ya las tenía envueltas con la correa. De vez en cuando, el animal se detenía para dedicarnos a Marcie y a mí un gruñido contundente de advertencia. A continuación, seguía olfateando el suelo y persiguiendo a su presa imaginaria en círculos. La mujer se desenredó las piernas y prosiguió con su paseo.

Me la quedé mirando mientras se alejaba. Dante era el propietario de esa casa. No la había alquilado.

Una sensación terrorífica me atravesó el pecho. Si Dante se había ido, ¿quién iba a proporcionarme las dosis de hechicería diabólica? Ya casi no me quedaba. Quizá tendría bastante para un día, dos, si me la racionaba bien.

—Bueno, está claro que alguien miente —concluyó Marcie—. Yo creo que es ella. Estas viejas no son de fiar. Especialmente las gruñonas como esa.

Apenas la oí. Marqué el teléfono móvil de Dante, rogando por que me contestara, pero no hubo suerte. Ni siquiera saltó el contestador.

Ayudé a Marcie a llevar las bolsas dentro y mi madre corrió escaleras abajo para recibirnos.

—Un amigo tuyo ha dejado esto para ti —me dijo entregándome un sobre—. Ha dicho que se llamaba Dante. ¿Debería conocerlo? —preguntó con retintín.

Traté de ocultar mi impaciencia cuando lo cogí.

—Es un amigo de Scott —expliqué.

Mi madre y Marcie le echaron un vistazo al sobre y luego me miraron con expectación.

—Debe de ser algo que quiere que le entregue a Scott —mentí para desviar la atención.

—No parecía de la edad de tus otros amigos. No me acaba de gustar que vayas con chicos tan mayores —dijo mi madre con reservas.

—Ya te he dicho que es amigo de Scott —respondí de modo evasivo.

Una vez en mi habitación, inspiré profundamente y abrí el sobre. Extraje varias fotografías muy ampliadas. Todas en blanco y negro.

Las primeras se habían tomado de noche. Patch caminando por una calle desierta. Patch montado en su moto, probablemente en una de sus vigilancias. Patch hablando por un teléfono público. Por el momento, nada nuevo: ya sabía que estaba trabajando las veinticuatro horas del día para encontrar al chantajista de Pepper.

En la siguiente foto aparecían Patch y Dabria.

Estaban en la nueva pickup de Patch, la Ford 150 negra. Gotas de lluvia como agujas cortaban el halo de luz del farol que los iluminaba. Dabria tenía los brazos colgados del cuello de Patch y una sonrisa tímida en los labios. Ambos estaban unidos por un abrazo y Patch no parecía oponer resistencia.

Miré las tres últimas fotos tan deprisa como pude. El estómago se me encogió y empecé a marearme. Un beso.

Dabria estaba besando a Patch. Lo mostraban las fotos.

Capítulo

25

Estaba sentada en el suelo del cuarto de baño, con la espalda apoyada en la puerta de la ducha. Tenía las piernas flexionadas y, a pesar de que había puesto el calentador, temblaba de frío. Junto a mí, tumbada en el suelo, yacía una botella vacía de hechicería diabólica. Era la última que me quedaba. Apenas recordaba habérmela bebido. Una botella entera, y no me había servido de nada. Ni siquiera podía inmunizarme contra la tristeza y la desesperación.

Confiaba en Patch. Le quería demasiado como para creerle capaz de hacerme tanto daño. Tenía que haber una razón, una explicación.

«Una explicación». La palabra resonaba en mi cabeza, como una burla.

Alguien llamó a la puerta.

—La idea era compartirlo, ¿recuerdas? Y tengo la vejiga del tamaño de una ardilla —protestó Marcie.

Me puse en pie lentamente. Y no se me ocurrió otra cosa que empezar a preguntarme si Dabria sabría besar mejor que yo, si Patch habría querido que me pareciera más a ella. Hábil, fría, sofisticada. ¿Exactamente en qué momento había vuelto con Dabria? Él sabía lo mucho que me afectaría nuestra ruptura y probablemente por eso había decidido seguir conmigo.

Por el momento.

Sentí el peso rotundo de la incerteza en mi interior.

Abrí la puerta y salí del baño como una exhalación camino de las escaleras. Cuando ya había bajado cinco escalones, noté la mirada de Marcie clavada en mi espalda.

—¿Estás bien? —me preguntó aún de pie junto a la puerta.

—No quiero hablar de ello.

—Eh, espera un momento, Nora. ¿Estás llorando?

Me pasé los dedos por debajo de los ojos y me quedé estupefacta... Había estado llorando. Tuve la sensación de que el tiempo se había detenido, de que todo ocurría en la distancia, muy lejos, como en un sueño.

Sin volverme, dije:

—Voy a salir. ¿Puedes cubrirme? Es posible que llegue más tarde de la hora límite.

Tuve que detenerme un momento de camino a casa de Patch. Hice girar el volante violentamente, acerqué el Volkswagen a la cuneta, salí del coche y me puse a caminar por el borde de la carretera. Era noche cerrada y hacía el frío suficiente como para lamentar no haberme puesto el abrigo. No sabía qué iba a decirle cuando lo viera. No quería echarme a llorar desconsoladamente, ni tampoco ponerme a pegar gritos.

Me había llevado las fotos y, finalmente, decidí que las emplearía como argumento. Se las entregaría y me limitaría a preguntarle: «¿Por qué?»

La sensación de desapego que había ido entumeciendo mi corazón desapareció en cuanto vi el Bugatti de Dabria aparcado delante de casa de Patch. Apreté los frenos a medio bloque de distancia y tragué saliva con fuerza. Se me había formado un nudo de rabia en la garganta y salí del coche como alma que lleva el diablo.

Metí la llave en la cerradura de la puerta y entré. Solo había encendida la lamparilla de una de las mesas auxiliares del salón. Dabria estaba en el balcón, paseándose de arriba abajo, pero se detuvo en seco en cuanto me vio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó, visiblemente sobresaltada.

Sacudí la cabeza sin poder ocultar la ira.

—No. Eso debería preguntarlo yo. Esta es la casa de mi novio, así que esa pregunta me corresponde a mí. ¿Dónde está Patch? —le espeté, recorriendo ya el pasillo que conducía a su dormitorio.

—No te molestes. No está aquí.

Giré sobre mis talones como un remolino y le clavé a Dabria una mirada incrédula, despectiva y amenazante, todo a partes iguales.

—Entonces, ¿qué... estás... haciendo... aquí? —repetí enfatizando cada palabra. Sentía que la rabia empezaba a bullir en mi interior y no tenía intención de acallarla.

Dabria lo vio venir.

—Tengo problemas, Nora. —Le temblaba el labio.

—Eso ya podía habértelo dicho yo —repuse arrojándole el sobre con las fotos. Fue a parar a sus pies—. ¿Cómo se siente una sabiendo que es una ladrona, que se dedica a robarles los novios a las demás? ¿Te hace eso sentir bien, Dabria? ¿Apoderarte de lo que no es tuyo? ¿O lo que te gusta en realidad es destruir las cosas buenas?

Dabria se inclinó para recoger el sobre, pero no apartó ni un momento la mirada de mis ojos. Arrugó las cejas con incertidumbre. No podía creer que tuviera la audacia de actuar como si no supiera nada.

—El pickup de Patch —bufé—. Tú y él, una noche de esta semana, juntos. ¡Le besaste!

Dejó de mirarme solo el tiempo necesario para comprobar el contenido del sobre. Se sentó en el sofá.

—Tú no lo entiendes...

—Oh, me parece que sí. No es tan difícil de imaginar. No tienes sentido del respeto ni tampoco de la dignidad, Dabria. Te apropias de todo lo que quieres, sin importarte los demás. Querías a Patch y parece que lo has conseguido.

Y entonces se me rasgó la voz y empezaron a escocerme los ojos. Traté de tragarme las lágrimas, pero se agolpaban demasiado deprisa detrás de mis párpados.

—Tengo problemas porque cometí un error mientras trataba de hacerle un favor a Patch —explicó Dabria con la voz cargada de preocupación, haciendo caso omiso de mis acusaciones—. Patch me dijo que Blakely está elaborando prototipos de hechicería diabólica para Dante y que era crucial destruir el laboratorio. Dijo que si me enteraba de algo que pudiera conducirlo hasta Blakely o hasta el laboratorio, se lo dijera inmediatamente.

»Hace un par de noches, muy tarde, un grupo de Nefilim vino a buscarme para que les dijera la buena fortuna. Enseguida me enteré de que trabajaban como escolta en el ejército de la Mano Negra. Hasta aquella noche, habían sido los guardaespaldas de un Nefil muy poderoso e importante llamado Blakely. Los escuché con atención. Me contaron que su trabajo era tedioso y aburrido, y que las horas se hacían interminables. Esa misma noche, habían acabado jugando al póquer para matar el tiempo, aun sabiendo que los juegos, como las distracciones de cualquier tipo, estaban prohibidos.

»Uno de los hombres abandonó un momento su puesto para ir a comprar una baraja de cartas. Solo llevaban unos minutos jugando cuando su comandante los descubrió: no dudó en expulsarlos del ejército con deshonor. El líder de los soldados expulsados, Hanoth, estaba desesperado por recuperar su trabajo. Tiene familia y le preocupaba cómo iba a mantenerla y a protegerla si lo castigaban o lo desterraban por los delitos que había cometido. Vino a mí con la esperanza de que le dijera si tenía aún alguna oportunidad de recuperar su trabajo.

»Le leí la fortuna a él primero. Sentía la extraña necesidad de decirle la verdad: que su antiguo comandante quería encerrarlo y torturarlo, y que él y su familia debían abandonar la ciudad de inmediato. Sin embargo, también sabía que, si lo hacía, perdería la oportunidad de encontrar a Blakely. Así que le mentí. Le mentí por Patch.

»Le dije a Hanoth que debía exponer sus preocupaciones directamente a Blakely. Le dije que le suplicase el perdón y le aseguré que se lo concedería. Sabía que, si Hanoth me creía, me conduciría hasta Blakely. Deseaba encontrarlo por Patch. Después de todo lo que él había hecho por mí, darme una segunda oportunidad cuando nadie lo habría hecho... —Sus ojos llorosos me dedicaron una mirada trémula—. Era lo mínimo que podía hacer. Lo quiero.

Lo afirmó sin más rodeos y se encontró con mi mirada implacable sin siquiera parpadear.

—Siempre lo he querido. Fue mi primer amor y nunca lo olvidaré. Pero ahora te quiere a ti. —Suspiró, abatida—. Tal vez algún día dejéis de ir tan en serio, y entonces yo lo estaré esperando.

—No cuentes con ello —le advertí—. Continúa. Y a ver si llegas ya a la parte en la que explicas lo de las fotos. —Le eché un vistazo al sobre que yacía en el sofá. Me pareció que ocupaba demasiado espacio en la habitación y, de pronto, me entraron ganas de romper las fotos y arrojar los pedazos a la chimenea.

—Al parecer, Hanoth me creyó. Se marchó con sus hombres y yo los seguí. Tomé todas las precauciones necesarias para que no me descubrieran. Me superaban en número y sabía que, si me pillaban, correría un grave peligro.

»Salieron de Coldwater en dirección noroeste. Los estuve siguiendo durante más de una hora y creí que debía de estar acercándome a Blakely. Los pueblos escaseaban: estábamos ya en pleno campo. Los Nefilim tomaron una carretera estrecha, y yo fui tras ellos.

»Enseguida me di cuenta de que algo iba mal. Aparcaron en medio de la carretera y cuatro de los cinco bajaron del coche. Percibí que se dividían, que se repartían en diferentes direcciones tejiendo en la oscuridad una red para atraparme. No sé cómo descubrieron que los estaba siguiendo. Conduje todo el camino con las luces apagadas y me mantuve a tanta distancia que estuve a punto de perderlos en más de una ocasión. Temí que ya fuera demasiado tarde, e hice lo único que se me pasó por la cabeza: salí del coche y corrí hacia el río.

»Llamé a Patch, se lo expliqué todo en un mensaje y me metí en el río con la esperanza de que las turbulencias del agua entorpecieran la persecución.

»Los tuve cerca en varias ocasiones. Salí del agua y corrí bosque a través. No sabía qué dirección había tomado. Sin embargo, aunque consiguiera llegar a algún pueblo, tampoco estaría a salvo. Si Hanoth y sus hombres me atrapaban y alguien era testigo del ataque, sin duda los Nefilim se encargarían de borrar sus recuerdos. Así que corrí tan deprisa como pude.

»Cuando por fin recibí la llamada de Patch, me había escondido en un aserradero abandonado. No sé cuánto tiempo habría podido seguir corriendo. No mucho. —Las lágrimas brillaron en sus ojos—. Patch vino a buscarme y me sacó de allí. Y yo ni siquiera había conseguido encontrar a Blakely.

Se pasó la mano por el pelo y se lo colocó detrás de la oreja.

—Me llevó hasta Portland y se aseguró de encontrarme un escondrijo donde estuviera a salvo —dijo sorbiendo por la nariz—. Antes de bajar de la pickup lo besé.

Me miró con los ojos brillantes, pero no supe determinar si su expresión era de desafío o de disculpa.

—Empecé yo, Nora, y él lo atajó en el acto. Ya sé lo que parece en las fotos, pero era un modo de darle las gracias. Se terminó antes de empezar. Patch se aseguró de

que fuera así.

Dabria se sacudió, como si una mano invisible hubiera tirado de ella, y puso los ojos en blanco por un instante; su mirada, sin embargo, enseguida recuperó su habitual azul ártico.

—Si no me crees, pregúntaselo a él. Estará aquí en un par de minutos.

Capítulo

26

Nunca me había creído que Dabria tuviera realmente el don de ver el futuro —al menos desde que la habían echado del cielo—, pero últimamente estaba consiguiendo que cambiara de opinión. Al cabo de exactamente un par de minutos, la puerta del garaje de Patch se abrió con un rumor y él no tardó en aparecer en lo alto de las escaleras. Se lo veía algo castigado (tenía el rostro marcado por el cansancio y la mirada apagada) y no parecía que encontrarnos a Dabria y a mí plantadas una frente a la otra en medio de su salón ayudara a mejorar su humor.

Nos dedicó una mirada oscura y calculadora.

—Esto no puede ser bueno...

—Deja que hable yo primero —empezó a decir Dabria, respirando con agitación.

—Ni lo sueñes —atajé yo. Miré a Patch directamente a los ojos, dejando a Dabria fuera de la conversación—. ¡Te ha besado! Y Dante, que, por cierto, te ha estado siguiendo, captó ese beso con su cámara. Imagínate mi sorpresa cuando he visto la foto esta misma noche. ¿Pensabas decirme algo?

—Ya le he contado que fui yo quien te besó y que tú te me quitaste de encima —protestó Dabria casi chillando.

—Pero ¿todavía no te has ido? —le espeté a Dabria—. Esto es entre Patch y yo. ¡Lárgate ya!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Patch dirigiéndose a Dabria en un tono más duro.

—Me... me he colado en tu casa —balbució—. Estaba asustada. No podía dormir. No puedo dejar de pensar en Hanoth y los demás Nefilim.

—¡Venga ya! —exclamé yo. Miré a Patch buscando su apoyo, esperando que no se dejara engañar por ese numerito de damisela indefensa. Dabria había acudido a su casa con la esperanza de recibir un tipo de consuelo muy distinto, y yo no lo aprobaba. Ni por asomo.

—Vuelve a tu escondite —le ordenó Patch—. Si te quedas allí, estarás a salvo. —A pesar del cansancio, imprimió cierta dureza en sus palabras—. Es la última vez que te repito que te mantengas apartada.

—¿Durante cuánto tiempo? —gimoteó Dabria—. Me siento muy sola. En esa casa todos son humanos. Me miran como si fuese un bicho raro. —Le imploraba con la mirada—. Patch, yo puedo ayudarte. Esta vez no cometeré ningún error. Si dejas que me quede aquí...

—¡Vete! —le ordenó Patch con rudeza—. Ya has causado bastantes problemas. Con Nora y con los Nefilim a los que seguiste. Ignoramos qué conclusiones habrán sacado, pero una cosa está clara: ahora saben que vas detrás de Blakely. Y, a menos que sean estúpidos, ya se habrán figurado que has descubierto por qué Blakely es tan importante para su operación y qué hace en ese laboratorio, esté donde esté. No me sorprendería que hayan trasladado todas las instalaciones. Así que estamos como al principio: ni nos hemos acercado a Blakely ni hemos dado un solo paso para destruir la hechicería diabólica —añadió Patch con frustración.

—Yo solo pretendía ayudar —susurró Dabria con los labios temblorosos. Le dedicó a Patch una última mirada de cordero degollado, y se marchó.

Patch y yo nos quedamos solos. Vino hacia mí sin titubear, a pesar de que mi expresión no debía de ser precisamente amable. Apoyó la frente en la mía y cerró los ojos, dejando escapar un suspiro, lento y profundo, como si una fuerza invisible lo atormentara.

—Lo siento —dijo en un susurro claramente arrepentido.

Estuve a punto de responderle: «¿Sientes lo del beso o solo que lo haya descubierto?», pero conseguí tragarme esas palabras de amargura. Estaba cansada de andar arrastrando mi propio peso invisible: los celos y la duda.

El remordimiento de Patch era tan intenso que casi podía tocarlo. Dabria me caía mal y no confiaba en ella, pero no podía culpar a Patch por querer salvarle el culo. Era mejor persona de lo que él mismo creía. Sospechaba que, solo unos años atrás, un Patch muy distinto habría respondido de otro modo a la misma situación. Le estaba dando a Dabria una segunda oportunidad: algo por lo que él luchaba a diario.

—Yo también lo siento —susurré contra su pecho. Sus brazos fornidos me estrecharon en un abrazo—. He visto las fotos, y nunca me había sentido tan triste y asustada. La idea de perderte era... inimaginable. Estaba tan enfadada con ella. Aún lo estoy. Te besó cuando no debería haberlo hecho. Y, por lo que sé, volverá a intentarlo.

—No lo haré, porque voy a dejarle muy claro cómo deben ser las cosas entre nosotros a partir de ahora. Ha cruzado una línea, y conseguiré que se lo piense dos veces antes de caer en el mismo error —dijo Patch con decisión. Me cogió por la barbilla y me besó; y, sin apartar sus labios de los míos, añadió—: No esperaba que vinieses a verme, pero ya que estás aquí, no tengo intención de dejarte marchar.

De pronto, la culpa me asaltó como una ola de calor inesperada y desagradable. No podía estar cerca de Patch sin que mis mentiras se interpusieran entre nosotros. Le había mentado acerca de la hechicería diabólica. Y seguía mintiéndole. ¿Cómo había sido capaz? La vergüenza se estaba cocinando en mi interior, en un caldo de asco y repugnancia. Quería confesárselo todo, pero ¿por dónde empezar? Qué negligente había sido al permitir que las mentiras se me escaparan de las manos. Había perdido

el control.

Despegué los labios para contarle la verdad, pero de pronto tuve la sensación de que unas manos heladas se deslizaban por mi cuello y lo estrechaban con fuerza. No podía hablar. Apenas podía respirar. Se me taponó el esófago, como las primeras veces que había tomado hechicería diabólica. Una voz extraña se filtró en mis pensamientos y razonó conmigo.

«Si le digo la verdad a Patch, nunca volverá a confiar en mí. No me lo perdonará. Lo único que conseguiré es hacerlo sufrir. Solo tengo que dejar pasar el mes de Jeshván, y luego ya no volveré a tomar hechicería diabólica. Solo un poco más. Solo unas cuantas mentiras más».

Las manos frías se relajaron y yo respiré, temblorosa.

—¿Una noche difícil? —le pregunté a Patch, impaciente por cambiar de tema: lo que fuera con tal de olvidarme de mis mentiras.

Soltó un suspiro.

—No he avanzado ni un paso en mi búsqueda del auténtico chantajista de Pepper. Sigo pensando que debe de tratarse de alguien a quien ya he investigado, pero tal vez me equivoque. Puede que sea otra persona. Alguien a quien no conozco. He ido tras todas las pistas. Por lo que sé, todo el mundo está limpio.

—¿Podría ser que Pepper se lo estuviera intentando todo? Tal vez en realidad no lo estén chantajeando. —Era la primera vez que había considerado esa posibilidad. Hasta entonces me había creído su historia, pero lo cierto era que Pepper no era precisamente digno de confianza.

Patch frunció el ceño.

—Es posible, pero no lo creo. ¿Por qué molestarse en inventarse una historia tan complicada?

—Porque necesita una excusa para encerrarte en el infierno —sugerí yo planteándomelo por primera vez—. ¿Y si los arcángeles lo han empujado a hacerlo? Dijo que estaba aquí en la Tierra porque le habían asignado una misión. Al principio no le creí, pero ¿y si es cierto? ¿Y si los arcángeles le encargaron que te encadenara en el infierno? Todo el mundo sabe que es eso lo que quieren.

—Legalmente, necesitarían una razón para hacerlo. —Patch se acarició la barbilla con actitud pensativa—. A no ser que estén tan ansiosos que ya no se molesten en actuar según las leyes. No me extrañaría que hubiera varias manzanas podridas entre los arcángeles, pero dudo de que toda la población arcángel esté corrompida.

—Si Pepper trabaja por una pequeña facción de arcángeles y los demás descubren el juego sucio, los jefes de Pepper tienen la tapadera perfecta: pueden alegar que se ha convertido en un criminal. Le arrancarán las alas antes de que pueda testificar y quedarán a salvo. A mí no me parece tan rocambolesco. De hecho, sería el crimen perfecto.

Patch se me quedó mirando. La plausibilidad de mi teoría se posaba sobre nosotros como una niebla fría.

—Crees que un grupo corrupto de arcángeles le ha encargado a Pepper la misión de que se deshaga de mí para siempre —dijo lentamente, al cabo.

—¿Conocías a Pepper antes de que te echaran del cielo? ¿Cómo era?

Patch sacudió la cabeza.

—Lo conocía, pero no demasiado bien. Había oído hablar de él. Tenía fama de ser un liberal, especialmente permisivo con las cuestiones sociales. No me sorprende que cayera en el juego... Pero, si no me equivoco, estuvo involucrado en mi juicio. Debí de ser de los que votaron para que se me eliminara; es extraño, porque no coincide con la fama que tenía.

—¿Crees que podríamos atrapar a Pepper para descubrir a los arcángeles? Tal vez su doble vida fuera parte de la tapadera... y haya acabado disfrutando de sus días en la Tierra más de lo que debería. Quizá presionándolo lo bastante, acabe hablando. Si nos dice qué grupo secreto de arcángeles le encomendó que te mandara al infierno, al menos sabremos a quién nos enfrentamos.

Una sonrisita inquietante se dibujó en los labios de Patch.

—Creo que ha llegado la hora de encontrar a Pepper.

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo. Pero actuarás desde el otro lado de la barrera. No quiero que te acerques a él. De momento, deberíamos dar por sentado que lo único que quiere es encadenarte en el infierno.

Patch frunció el ceño.

—¿Qué propones, Ángel?

—Yo me reuniré con Pepper y me llevaré a Scott conmigo. Ni se te ocurra discutir conmigo —le advertí antes de que pudiera oponerse a la idea—. Tú te has llevado a Dabria para que te respalde más veces de las que quiero recordar. Me juraste que no era más que un movimiento táctico. Bien, pues ahora me ha llegado el turno a mí. Me llevaré a Scott y punto. Por lo que sabemos, Pepper no tiene preparado un billete de ida al infierno a nombre de Scott.

Patch frunció los labios y su mirada se ensombreció; casi percibía sus objeciones a través de su piel. A Patch no le caía bien Scott, pero sabía que no podía jugar esa carta: hacerlo lo convertiría en un hipócrita.

—Vas a necesitar un plan a toda prueba —dijo por fin—. No consentiré perderte de vista si cabe la posibilidad de que las cosas salgan mal.

Siempre había la posibilidad de que las cosas salieran mal. Si algo había aprendido desde que estaba con Patch, era precisamente eso. Patch también lo sabía, y me pregunté si contaba con ello para disuadirme de que fuera a por Pepper. De pronto me sentí como Cenicienta: no podía ir al baile por un pequeño tecnicismo.

—Scott es más fuerte de lo que tú crees —aseguré—. No permitirá que me ocurra nada malo. Me aseguraré de que comprenda que debe mantener en secreto que tú y yo aún estamos juntos.

Los ojos de Patch hervían.

—Y yo me aseguraré de que entienda que si te tocan aunque solo sea un cabello, se las verá conmigo. Si tiene dos dedos de frente, se tomará esta amenaza en serio.

Forcé una sonrisa.

—Entonces todo arreglado. Lo único que necesitamos es un plan.

El día siguiente era sábado. Ya entrada la tarde, después de decirle a mi madre que pasaría el fin de semana en casa de Vee y que el lunes iríamos juntas al instituto, Scott y yo nos dirigimos a La Bolsa del Diablo. No nos interesaba ni la música ni las bebidas, sino el sótano del local. Había oído rumores acerca de ese subterráneo, un refugio floreciente para el juego, pero nunca había puesto los pies allí. Estaba convencida de que Pepper no podía decir lo mismo. Patch nos había facilitado una lista de los antros favoritos de Pepper, y yo esperaba que Scott y yo tuviéramos suerte en nuestro primer intento.

Seguí a Scott hasta el bar, tratando de parecer tanto sofisticada como cándida. Él mascaba chicle, y habría jurado que estaba más relajado y seguro de sí mismo que nunca. Yo, en cambio, no paraba de sudar: lo que habría dado para pegarme otra ducha.

Me había alisado un poco el cabello para conseguir un look más discreto y maduro. Luego me maquillé los ojos con un perfilador líquido, me pinté los labios, me puse unos tacones de medio palmo y un bolso de última moda que me había prestado Marcie, y, de pronto, como por arte de magia, me había hecho cinco años mayor.

Dada la complexión musculada e intimidante de Scott, era poco probable que nadie se atreviera a darle una paliza. Llevaba unos pequeños aros de plata en las orejas y, aunque se había cortado el pelo muy corto, se las arregló para tener un aspecto duro y al mismo tiempo atractivo. Scott y yo no éramos más que amigos, pero no se me pasaba por alto lo que Vee había visto en él. Lo cogí del brazo, como si fuera su novia, y él le hizo señas al barman para que nos atendiera.

—Buscamos a Storky —le dijo Scott inclinándose para no tener que levantar la voz.

El barman, un hombre al que no había visto nunca, nos observó con perspicacia. Nuestras miradas se encontraron, y yo traté de mantenerme impasible. «No te pongas nerviosa —me dije a mí misma—. Y, hagas lo que hagas, que no parezca que tienes algo que ocultar».

—¿Quién lo busca? —preguntó bruscamente al cabo.

—Hemos oído que hoy se juega con apuestas altas —repuso Scott, enseñándole el fajo de billetes de cien que llevaba en la cartera.

El barman se encogió de hombros y siguió limpiando la barra.

—No sé de qué me hablas.

Scott depositó uno de los billetes en la barra y, cubriéndolo con la mano, se lo acercó al barman.

—Es una lástima. ¿Estás seguro de que no quieres pensarlo mejor?

El barman miró el billete de cien dólares y dijo:

—¿No te había visto ya por aquí?

—Toco el bajo en el grupo Serpentine. Pero, aparte de dominar el bajo, domino también las cartas: he jugado de Portland a Boston pasando por todas las ciudades de en medio.

—¡Exacto, ahora caigo! —exclamó el barman asintiendo con la cabeza—. Yo había trabajado por las noches en el Z Pool Hall de Springvale.

—Qué buenos ratos pasé en ese local —dijo Scott sin titubear—. Gané mucha pasta. Y perdí aún más —añadió con una risita, como si compartiera una broma privada con el barman.

El hombre colocó la mano junto a la de Scott y, después de mirar a un lado y al otro, se metió el billete en el bolsillo.

—Primero tengo que cachearos —nos dijo—. No se permiten las armas abajo.

—Ningún problema —repuso Scott, con soltura.

Me puse a sudar aún más. Patch nos había advertido de que buscarían pistolas, navajas y cualquier objeto punzante que fuera susceptible de usarse como arma. Así que no nos quedó más remedio que ser creativos. El cinturón que Scott llevaba puesto, y que quedaba oculto bajo su camiseta, era en realidad un látigo encantado con hechicería diabólica. Scott me había jurado y perjurado que no tomaba hechicería diabólica, y que nunca había oído hablar de la superbebida, pero supuse que podíamos utilizar de todos modos el látigo encantado que un día se le había antojado coger del coche de Dante. El cinturón improvisado despedía un sospechoso resplandor azul, pero mientras el barman no le levantase a Scott la camiseta estaríamos a salvo.

Nos invitó a pasar detrás de la barra, nos colocamos tras un biombo y nos pidió que alzáramos los brazos. Empezó conmigo, y el cacheo fue breve y precipitado. El barman se dispuso entonces a cachear a Scott: le pasó la mano entre las piernas y comprobó que no llevara nada debajo de los brazos ni en la espalda. Detrás de la barra la luz era muy tenue y, a pesar de que la camiseta de Scott era de un algodón bastante grueso, me pareció adivinar el resplandor del látigo a través de la tela. El barman también lo vio. Frunció el ceño, y se dispuso a levantar la prenda.

Me apresuré a fingir que se me caía el bolso a sus pies, y varios billetes de cien

dólares quedaron esparcidos por el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, la atención del barman se centró en el dinero.

—¡Uy! —dije, fabricando una sonrisa coqueta mientras recogía los billetes y los devolvía dentro del bolso—. ¡Será mejor me lo gaste antes de que lo pierda! ¿Listo para jugar, cariño?

«¿Cariño? —repitió Scott mentalmente—. Me gusta». Me sonrió y se inclinó hacia mí para besarme impetuosamente en la boca. Me pilló tan por sorpresa que me quedé paralizada al sentir el tacto de sus labios.

«Relájate —me aconsejó—. Ya casi estamos dentro».

Asentí discretamente con la cabeza.

—Esta noche vas a ganar mucha pasta, cariño; lo presiento —canturreé.

El barman abrió una enorme puerta de acero y yo me cogí de la mano de Scott y me sumergí con él en la oscuridad. Los dos bajamos juntos una escalera que olía a moho y a agua estancada. En cuanto llegamos al final, recorrimos un pasillo con varios recodos hasta que llegamos a un espacio abierto pobremente decorado en el que había varias mesas de póquer. Encima de cada mesa colgaba una lámpara rústica de cristal grueso que arrojaba una luz muy débil. Ni música, ni copas, ni siquiera un triste recibimiento.

Una de las mesas estaba ocupada: tenía cuatro jugadores y Pepper era uno de ellos. Nos daba la espalda y no se volvió cuando nos acercamos. No era de extrañar. Los demás jugadores tampoco nos habían visto. Estaban totalmente concentrados en las cartas que sostenía en las manos. Las fichas de póquer se apilaban en varias torres en el centro de la mesa. No tenía ni idea de cuánto dinero estaba en juego, pero algo me decía que los que perdieran lo sentirían, y mucho.

—Buscamos a Pepper Friberg —anunció Scott. Lo dijo con suavidad, pero, al cruzarse de brazos, sus músculos transmitieron un mensaje muy distinto.

—Lo siento, cariño, pero mi carné de baile está lleno esta noche —le soltó Pepper con cinismo, concentrado en la mano que le había tocado.

Lo estudié con detenimiento, y pensé que estaba demasiado absorto en el juego como para que se tratase de una tapadera. De hecho, ni siquiera se había fijado en que yo era la acompañante de Scott.

Scott cogió una silla de una mesa cercana y la plantó justo a la derecha de Pepper.

—En realidad el baile se me da fatal. Será mejor que baile usted con... Nora Grey.

Entonces reaccionó. Depositó las cartas sobre la mesa, boca abajo, y volvió su cuerpo orondo para mirarme.

—Hola, Pepper. Cuánto tiempo —le saludé—. La última vez que nos vimos trataste de secuestrarme, ¿recuerdas?

—El secuestro es una ofensa federal para los residentes de la Tierra —intervino

Scott—. Algo me dice que en el cielo tampoco está bien visto.

—Baja la voz —gruñó Pepper, mirando nervioso a los demás jugadores.

Yo levanté las cejas y me dirigí directamente a los pensamientos de Pepper. «¿No les has dicho a tus amigos humanos quién eres realmente? No creo que les guste demasiado saber que tus habilidades con el póquer tienen más que ver con el control mental que con la suerte o la capacidad personal».

—Salgamos a hablar fuera —decidió Pepper, retirándose del juego.

—Como quieras —accedió Scott cogiéndolo del hombro para ayudarlo a levantarse.

En cuanto llegamos al callejón trasero de La Bolsa del Diablo, le dije:

—Te lo vamos a poner fácil, Pepper. Aunque me ha encantado que me utilices para llegar hasta Patch, estoy lista para pasar página. Pero solo si descubro quién es la persona que te está chantajeando de verdad —le dije para probarlo. Pretendía exponerle mi teoría: que estaba haciendo de chico de los recados para un grupo secreto de arcángeles y que necesitaba una excusa pasable para mandar a Patch al infierno. Pero tampoco quería arriesgarme innecesariamente, así que decidí esperar y ver cómo reaccionaba.

Pepper me miró entornando los ojos con aire malhumorado y escéptico.

—¿De qué va todo esto?

—Aquí es donde entramos nosotros —dijo Scott—. Estamos motivados para encontrar a tu chantajista.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Pepper estrechando aún más la mirada.

—Piensa en mí como la bomba de relojería que tienes instalada bajo el culo. Si no tomas una decisión que respete los términos de Nora, yo te ayudaré a cambiar de opinión. —Scott empezó a remangarse.

—¿Me estás amenazando? —graznó Pepper, sin dar crédito.

—Ahí van mis condiciones —dije—. Encontraremos a tu chantajista y te lo entregaremos. Lo que queremos a cambio es muy sencillo: que hagas el juramento de que dejarás en paz a Patch. —Y clavé un mondadientes afilado en la palma carnosa de la mano Pepper. Como el barman me había cacheado, era lo único que tenía a mano—. Un poco de sangre y un par de palabras entusiastas bastarán.

Si conseguía que hiciera ese juramento, tendría que presentarse ante los arcángeles con el rabo entre las piernas y confesar que había fracasado. Si se negaba, mi teoría ganaba más peso.

—Los arcángeles no hacen juramentos de sangre —repuso Pepper en tono burlón. «Nos vamos acercando», pensé.

—¿Pero sí mandan al infierno a ángeles caídos con los que han tenido problemas? —preguntó Scott con sorna.

Pepper nos miraba como si nos hubiéramos vuelto locos.

—¿Estáis desvariando?

—¿Qué se siente siendo el peón de los arcángeles? —le pregunté.

—¿Qué te han ofrecido a cambio? —quiso saber Scott.

—Los arcángeles no están aquí —le recordé—. Estás solo. ¿De verdad quieres ir a por Patch sin refuerzos?

«Vamos, Pepper —pensé—. Dime lo que quiero saber: que esa rocambolesca historia sobre el chantaje es una excusa para cumplir con la misión que te ha encomendado ese grupo corrupto de arcángeles, es decir, deshacerte de Patch».

La expresión de desconcierto de Pepper se agudizó y yo interrumpí su silencio:

—Vas a hacer ese juramento ahora mismo, Pepper.

Scott y yo nos acercamos aún más a él.

—¡No! ¡Nada de juramentos! —gritó Pepper—. Pero voy a dejar a Patch en paz... ¡Lo prometo!

—Ojalá pudiera confiar en que vas a cumplir tu palabra —repuse yo—. El problema es que no creo que seas un tipo sincero, ¿sabes? De hecho, creo que toda esta historia del chantaje es un embuste.

Pepper abrió los ojos de par en par, como si de pronto hubiera comprendido. Resopló, algo aturdido, y su rostro empezó a congestionarse.

—A ver si lo he entendido. ¿Creéis que persigo a Patch por haberme hecho chantaje? —chilló al cabo.

—Sí —repuso Scott—. Eso es lo que creemos.

—¿Y por eso se ha negado a reunirse conmigo? ¿Porque cree que le voy a encadenar en el infierno? ¡Pero si ni siquiera lo he amenazado! —gritó Pepper, con la cara cada vez más encarnada—. ¡Quería ofrecerle un trabajo! ¡Es lo que he intentado desde un principio!

—¿Un trabajo? —preguntamos Scott y yo al unísono. Y nos apresuramos a intercambiar una mirada de escepticismo.

—¿Es eso cierto? —insistí—. ¿Simplemente tienes un trabajo para Patch? ¿No hay nada más?

—Sí, sí, un trabajo —rezongó Pepper—. ¿Qué creíais? Caray, menudo desastre. Nada ha ido como debería.

—¿Y en qué consiste ese trabajo? —le pregunté.

—¡A ti te lo voy a contar! Si me hubieras ayudado a ponerme en contacto con Patch a tiempo, no estaría metido en este lío. Todo esto es por tu culpa. Mi ofrecimiento es para Patch, solo para él.

—A ver si me aclaro —dije—. ¿No crees que sea Patch quien te ha estado chantajeando?

—¿Por qué iba a pensar eso? ¡Sé perfectamente quién es el chantajista! —repuso, exasperado.

—¿Sabes quién es el chantajista? —repitió Scott.

Pepper me clavó una mirada de desprecio.

—Aparta a este Nefil de mi vista. ¿Que si sé quién me chantajea? —gruñó con impaciencia—. ¡Pues claro! ¡Se supone que tengo que reunirme con él esta noche! Y nunca adivinaríais quién es.

—¿Quién? —pregunté yo.

—¡Ja! Sería fantástico que pudiera decíroslo, ¿verdad? El problema es que mi chantajista me hizo jurar que no revelaría su identidad. No os molestéis en intentarlo: mis labios están sellados, literalmente. Me ha dicho que me llamaría para comunicarme el lugar del encuentro veinte minutos antes de la hora de la reunión. Si no se me ocurre pronto una solución a todo este desastre, los arcángeles empezarán a sospechar —añadió retorciéndose las manos. Me di cuenta de que su expresión viró enseguida hacia el miedo al mencionar a los demás arcángeles.

Traté de no inmutarme. No era ese el paso que había creído que daría Pepper. Me pregunté si no sería una táctica para quitarnos del medio... o hacernos caer en una trampa. Pero las gotas de sudor que descubrí en sus cejas y la mirada desesperada de sus ojos parecían genuinas. Quería que todo aquello terminara tanto como yo.

—Mi chantajista quiere que encante objetos empleando los poderes del cielo que todos los arcángeles poseemos. —Pepper se pasó un pañuelo por la frente empapada—. Por eso me está chantajeando.

—¿Qué objetos? —quise saber.

Pepper sacudió la cabeza.

—Los traerá cuando nos encontremos. Dice que si los encanto de acuerdo con sus instrucciones, me dejará en paz. Pero no lo entiende. Aunque encante esos objetos, los poderes del cielo solo pueden emplearse para el bien. No sé qué ideas aviesas tiene en mente, pero no funcionarán.

—En cualquier caso, ¿estás considerando la posibilidad de hacerlo? —le pregunté en tono reprobatorio.

—¡Tengo que quitármelo de encima! Los arcángeles no pueden enterarse de todo lo que he estado haciendo. Me fulminarán. Me arrancarán las alas y todo se habrá acabado.

—Necesitamos un plan —dijo Scott—. Veinte minutos entre la llamada y el encuentro no nos deja mucho margen de maniobra.

—Cuando llame al chantajista, dile que te encontrarás con él —le indiqué a Pepper—. Si te exige que vayas solo, dile que lo harás. Trata de sonar tan complaciente y cooperador como sea posible, sin pasarte.

—¿Y luego qué? —preguntó Pepper levantando los hombros como si quisiera airearse las axilas. Traté de no mirarlo. Nunca habría imaginado que el primer arcángel al que conocería sería una rata llorona y cobarde. Nada que ver con los

arcángeles de mis sueños: poderosos, brillantes, omniscientes y, lo que era más importante, ejemplares.

Miré a Pepper a los ojos.

—Entonces Scott y yo iremos allí, reduciremos al chantajista y te lo entregaremos.

Capítulo

27

—¿Qué? ¡No podéis hacer eso! —rugió Pepper con vehemencia—. No le gustará nada, y se negará a trabajar conmigo. No, peor que eso: ¡puede que se vaya a hablar con los arcángeles de cabeza!

—Tu chantajista ya no trabaja contigo. A partir de ahora, tendrá que negociar con nosotros —puntalicé—. Scott y yo recuperaremos los objetos que quería que hechizases, y quizá necesitemos tu colaboración para evaluarlos. Sería conveniente que nos dijeras para qué crees que quería usarlos: la información podría ser muy valiosa.

—Ni siquiera sé si puedo confiar en ti —protestó Pepper con voz chillona.

—Siempre podemos recurrir al juramento de sangre... —Dejé caer la idea—. Yo juraría que mis intenciones son sinceras, y tú, que dejarías en paz a Patch. A no ser, por supuesto, que aún seas demasiado bueno para hacer juramentos.

—Esta situación es desesperante —murmuró, tirando del cuello de la camisa como si lo estuviera ahogando—. Menudo lío.

—Scott y yo contamos con un equipo. Todo irá bien —lo tranquilicé, y luego le dije a Scott mentalmente: «Cálmalo mientras llamo a Patch, ¿vale?».

Caminé hasta el final del callejón antes de marcar el número. Las hojas secas crujían bajo mis pies, y me arrebujé bien en mi abrigo para entrar en calor. De todas las horas para salir, había elegido la más fría: la escarcha me hería la piel y no paraba de gotearme la nariz.

—Soy yo. Tenemos a Pepper.

Patch suspiró, aliviado.

—No creo que lo de su doble vida sea mentira —proseguí—. Tiene un problema real con el juego. Tampoco creo que esté cumpliendo órdenes de los arcángeles para encerrarte en el infierno. Puede que al principio estuviera aquí para cumplir una misión, pero probablemente la abandonó en favor del estilo de vida de los humanos. Y ahora la gran noticia: sabe quién lo está chantajeando; durante todo este tiempo ha tratado de contactar contigo para ofrecerte un trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—No lo ha dicho. Creo que ya lo ha dejado correr. Tiene problemas más importantes de los que preocuparse. Esta noche se encontrará con el chantajista. —No le dije nada más, pero sí lo pensé. Estaba tan segura de que Dabria se encontraba detrás de todo aquello que habría apostado mi vida—. Aún no sabemos ni el lugar ni

la hora del encuentro. Cuando el chantajista llame a Pepper, dispondremos de veinte minutos. Tendremos que movernos deprisa.

—¿Crees que es una trampa?

—Creo que Pepper es un cobarde, y se alegra de que alguien dé la cara por él.

—Estoy listo —dijo Patch gravemente—. En cuanto sepa dónde debemos encontrarnos, me dirigiré hacia allí. Haz una cosa más por mí, Ángel.

—Dime.

—Quiero tenerte entera y sin un rasguño cuando todo esto acabe.

La llamada se produjo cuando faltaban diez minutos para las doce. Pepper no podría haber respondido mejor: «Sí, iré solo», «Sí, hechizaré los objetos», «Sí, puedo estar en el cementerio dentro de veinte minutos».

En cuanto colgó, lo insté:

—¿Qué cementerio? ¿El de Coldwater?

Asintió con la cabeza.

—Dentro del mausoleo. Se supone que debo esperar allí hasta que me dé nuevas instrucciones.

Miré a Scott.

—Solo hay un mausoleo en el cementerio de la ciudad. Está muy cerca de la tumba de mi padre. No podría haber elegido un lugar mejor. Hay árboles y lápidas por todas partes, y además estará muy oscuro. Cuando el chantajista descubra que el que espera en el mausoleo eres tú y no Pepper ya será demasiado tarde.

Scott se puso la sudadera negra que había llevado en la mano toda la noche y se cubrió la cabeza con la capucha para ocultar su rostro.

—Soy bastante más alto que Pepper —observó, no muy convencido.

—Trata de encorvarte un poco. Esta sudadera es lo bastante ancha como para no se pueda distinguir la diferencia en la distancia. —Me volví hacia Pepper—. Dame tu número de teléfono y mantén libre la línea. Te llamaré en cuanto hayamos atrapado al chantajista.

—No las tengo todas conmigo —murmuró Pepper frotándose las palmas en los pantalones.

Scott se levantó la sudadera y le mostró a Pepper el insólito cinturón que despedía un brillo azulado y sobrenatural.

—Estamos preparados.

Pepper se mordió los labios.

—Hechicería diabólica —dijo sin poder contener un gemido de desaprobación—. Los arcángeles no deben saber que he estado envuelto en todo esto.

—En cuanto Scott inmovilice al chantajista, Patch y yo entraremos en escena. Es así de sencillo —le expliqué a Pepper.

—¿Y qué os hace pensar que no va a llevar refuerzos? —preguntó, desafiante.

De pronto, me vino a la cabeza la imagen de Dabria. Solo tenía un amigo, para decirlo de algún modo. Era una lástima que fuera a ser precisamente él el instrumento para atraparla. Estaba impaciente por ver qué cara pondría cuando Patch le hundiera un objeto punzante (y a ser posible oxidado) en las cicatrices que le habían dejado las alas.

—Si vamos a hacerlo, más vale que nos larguemos ya —aconsejó Scott echándole un vistazo al reloj—. Ya solo faltan quince minutos.

Cogí a Pepper de la manga antes de que saliera huyendo.

—No te olvides de tu parte, Pepper: en cuanto tengamos al chantajista, despídete de Patch.

Asintió enfáticamente con la cabeza.

—Dejaré a Patch en paz. Tienes mi palabra. —No me gustó el brillo endiablado que adiviné por un momento en el fondo de sus ojos—. Pero no es cosa mía si es él quien viene a buscarme —añadió crípticamente.

Capítulo

28

Scott cruzaba la ciudad en su Barracuda mientras yo lo observaba desde el asiento del acompañante. Tenía el equipo encendido y sonaba una canción de Radiohead. Sus facciones duras y equilibradas aparecían y desaparecían bajo las luces de las farolas. Conducía con las dos manos al volante, situadas exactamente a las diez y a las dos.

—¿Nervioso? —le pregunté.

—Por favor, me estás insultando, Grey —repuso con una sonrisa, pero no estaba relajado.

—¿Y bien? ¿Qué pasa contigo y con Vee? —inquirí, en un intento de olvidarnos de lo que nos esperaba. No servía de nada dar demasiadas vueltas a las cosas o empezar a imaginarse los peores escenarios. Éramos Patch, Scott y yo contra Dabria. Sería nuestra en un par de segundos.

—Vamos, no seas chismosa.

—Es una pregunta perfectamente normal.

Scott subió el volumen del estéreo un par de puntos.

—No me gusta besar a una chica y luego ir contándolo a diestro y siniestro.

—¡Así que la has besado! —exclamé haciendo bailar las cejas—. ¿Algo más que deba saber?

Casi se le escapó una sonrisa.

—Ni hablar. —El cementerio apareció ante nosotros en cuanto rompimos en la siguiente esquina, y Scott apuntó hacia delante con la barbilla—. ¿Dónde quieres aparcar?

—Por aquí. Haremos lo que queda de camino a pie.

Scott asintió.

—Hay muchos árboles. Será fácil esconderse. ¿Estarás en el parking de arriba?

—Sí, vigilándote como un pájaro. Patch esperará en la puerta sur. No te perderemos de vista ni un momento.

—Habla por ti.

No hice ningún comentario acerca de la rivalidad que había entre Patch y Scott. Patch podía situar a mi amigo al mismo nivel que a las serpientes, pero me había dicho que estaría allí y sabía que no me fallaría.

Salimos del coche. Scott se caló la capucha para ocultar su rostro y encorvó los hombros.

—¿Cómo me ves?

—Pareces el desaparecido hermano gemelo de Pepper. Recuerda: en cuanto el chantajista entre en el mausoleo, espósallo con el látigo. Yo estaré esperando tu llamada.

Scott me golpeó suavemente con el puño (un modo de desear buena suerte, supuse) y luego echó a correr con paso firme hacia las puertas del cementerio. Las atravesó con presteza y desapareció en la oscuridad.

Llamé a Patch. Al cabo de varios tonos, saltó el contestador.

—Scott ya ha entrado —le informé con impaciencia—. Yo me dirijo a mi posición. Llámame en cuanto escuches el mensaje. Necesito saber que estás en tu sitio.

Colgué, temblando, expuesta a las rachas heladas del viento, que agitaba las ramas desnudas de los árboles con un sonido hueco y metálico. Me metí las manos en el sobaco para calentármelas un poco. Algo no iba bien. No era propio de Patch ignorar una llamada en una situación de urgencia, especialmente cuando la llamada era mía. Habría querido hablar con Scott de ese inoportuno giro de los acontecimientos, pero ya estaba demasiado lejos. Si iba tras él, me arriesgaba a estropear toda la operación. Así que decidí caminar colina arriba hacia el parking, desde donde se divisaba todo el cementerio.

Una vez en posición, contemplé las hileras desiguales de tumbas que emergían del césped oscuro, casi negro. Ángeles de piedra con alas desconchadas parecían flotar por encima del suelo. Las nubes enturbiaban la luna y dos de las cinco farolas del parking estaban fundidas. Abajo, el mausoleo blanco desprendía un halo fantasmal.

«¡Scott!», grité mentalmente, poniendo toda mi energía en el intento. Cuando la única respuesta fue el silbido del viento que barría las colinas, supuse que mi amigo estaba fuera de mi alcance. No sabía hasta dónde podía llegar un mensaje mental, pero al parecer Scott se encontraba demasiado lejos.

Un muro de piedra rodeaba el parking, y me agazapé junto a él, sin apartar los ojos del mausoleo. De repente, un perro negro y flacucho se encaramó encima del muro; me dio un susto de muerte y casi estuve a punto de caerme de culo. Dos ojos despiadados me observaban desde la cabeza delgada del animal. El perro salvaje se paseó a lo largo del muro, se detuvo con un gruñido para marcar su territorio y desapareció. «Gracias a Dios».

Mi visión era mucho mejor de lo que nunca lo había sido en mis tiempos de humana, pero estaba demasiado alejada del mausoleo como para distinguir todos los detalles que me habría gustado. Me pareció que la puerta no estaba abierta, pero era perfectamente razonable: Scott debía de haberla cerrado al entrar.

Aguanté la respiración a la espera de que Scott apareciera tirando de una Dabria esposada e indefensa. Transcurrieron los minutos. Me incorporé un momento para

que la sangre me corriera por las piernas. Comprobé las llamadas. Nada. Solo esperaba que Patch se ciñera al plan y estuviera vigilando la puerta sur del cementerio.

De pronto me asaltó un pensamiento espeluznante. ¿Y si Dabria había descubierto a Scott? ¿Y si había sospechado que llevaba refuerzos? Se me encogió el corazón. ¿Y si había llamado a Pepper para cambiar el lugar de encuentro después de que Scott y yo hubiéramos salido de La Bolsa del Diablo? Fuera como fuera, Pepper me habría avisado: nos habíamos intercambiado los números.

Mientras estaba enfrascada en esos pensamientos angustiantes, el perro negro volvió y me dedicó una pose amenazadora desde las sombras del muro: pegó las orejas a la cabeza y arqueó la espalda en actitud amenazadora.

«¡Buuu!», le grité, ahuyentándolo con la mano.

Entonces me enseñó los dientes y empezó a arañar violentamente el suelo con la pata. Cuando me disponía a alejarme unos pasos...

El filo de un alambre ardiente se hundió en mi garganta, impidiéndome respirar. Me agarré al alambre, que me ahogaba cada vez con más fuerza, y me caí hacia atrás moviendo convulsivamente las piernas. Con el rabillo del ojo, vi que un brillo azulado emanaba del hilo de metal. Me abrasaba, como si estuviera empapado de ácido. Se me había levantado la piel de los dedos allí donde habían estado en contacto con el alambre y tratar de cogerlo en esas condiciones era un auténtico tormento.

Mi atacante tiró del alambre hacia atrás, con más fuerza, y mi visión empezó a llenarse de manchas blancas. «Una emboscada».

El perro negro seguía ladrando y saltando salvajemente en círculos, pero su imagen estaba empezando a desvanecerse. Pronto perdería el conocimiento. Haciendo acopio de la poca energía que me quedaba, insté al perro mentalmente. «¡Muérdelo! ¡Muérdelo!»

Estaba demasiado débil para tratar de someter a mi agresor a un truco psicológico: seguro que me sorprendería rastreando torpemente sus pensamientos. Aunque nunca había intentado hacerle un truco psicológico a un animal, pensé que el perro era más pequeño que un Nefil o un ángel caído y que dominarlo mentalmente requeriría menos esfuerzo...

«¡Atácalo!», le ordené al perro mentalmente una última vez: sentía que mi mente empezaba a caer en un túnel oscuro y soñoliento.

Para mi sorpresa, el animal se abalanzó sobre mi agresor y le hundió los dientes en una pierna. Oí el ruido seco de la dentellada al llegar al hueso, y el improperio que soltó un hombre. Me quedé pasmada ante lo familiar que me resultaba su voz. La conocía. Y había confiado en ella.

Empujada por la traición y la ira, me puse en acción. La mordedura del perro distrajo lo bastante a mi agresor como para hacerle soltar el alambre. Cerré los dedos

alrededor del cable haciendo caso omiso del dolor hasta que conseguí liberarme, y entonces lo arrojé con saña al suelo. Lo vi echado entre la grava, como una serpiente, y lo reconocí al instante.

Era el látigo de Scott.

Capítulo

29

Pero no era Scott quien me había agredido.

Mientras jadeaba y boqueaba tratando de llenarme los pulmones de aire, vi a Dante preparándose para un nuevo ataque: giró inmediatamente sobre sí mismo y me descargó una patada en el estómago. Yo salí disparada y aterricé en el suelo, totalmente desconcertada.

Su mirada se endureció. Y la mía también. Me arrojé contra él y, cuando lo tuve en el suelo, me puse a horcajadas sobre su pecho y le golpeé la cabeza repetidas veces contra el suelo, despiadadamente. No bastó para dejarlo KO; mi intención era aturdirlo, pero sin que llegara a perder la conciencia. Tenía un montón de preguntas que hacerle y quería que me las contestase enseguida.

«Tráeme el látigo», le ordené al perro, introduciendo en su mente una imagen del arma para que pudiera entender mi orden.

El animal se me acercó obedientemente con el látigo entre los dientes, al parecer inmune a los efectos de la hechicería diabólica. ¿Acaso ese prototipo no le causaba ningún daño? Fuera como fuera, estaba maravillada: era capaz de someter a los animales a trucos psicológicos. O al menos a ese.

Puse a Dante de cara al suelo y usé el látigo para esposarlo. Me quemé los dedos, pero estaba demasiado enfadada para que me importara. Soltó un gruñido de protesta, y no dudé en plantarme de pie junto a él y clavarle una patada en las costillas.

—Será mejor que lo primero que salga de esa boca tuya sea una explicación —lo insté.

Tenía una de las mejillas aplastadas en la grava, pero consiguió que sus labios dibujaran una sonrisa intimidatoria.

—Es que no sabía que eras tú —me dijo con una vocecilla inocente tomándome el pelo.

Me acuclillé junto a él y le miré directamente a los ojos.

—Si no quieres hablar conmigo, te dejaré en manos de Patch. Y ambos sabemos que esa opción sería mucho menos agradable.

—Patch —murmuró echándose a reír—. Llámalo. Adelante. A ver si te contesta.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué quieres decir?

—Desátame; puede que entonces te cuente lo que le he hecho con todo lujo de

detalles.

Le crucé la cara con tanta furia que me lastimé la mano.

—¿Dónde está Patch? —le volví a preguntar, tratando de tragarme el miedo. Sabía que verme asustada lo divertiría.

—¿Quieres saber qué he hecho con Patch...? ¿O con Patch y Scott?

Tuve la sensación de que el suelo se tambaleaba. Nos había tendido una emboscada. Dante había dejado a Patch y a Scott fuera de combate, y luego había ido a por mí. Pero ¿por qué?

Traté de hacer encajar todas las piezas.

—Estás chantajeando a Pepper Friberg. Por eso estás aquí, en el cementerio, ¿verdad? No te molestes en contestar. Es la única explicación que tiene sentido.

Había estado convencida de que la chantajista era Dabria. Si no me hubiera empecinado tanto, tal vez habría visto lo que ocurría realmente, quizás habría estado abierta a considerar otras posibilidades, habría sabido interpretar las señales...

Dante dejó escapar un suspiro largo y evasivo.

—Hablaré en cuanto me desates, no al revés.

El odio y la rabia me consumían, y me sorprendió sentir el escozor de las lágrimas en los ojos. Había confiado en Dante. Había dejado que me entrenase y me aconsejase. Creía que teníamos una relación... Y ya hacía un tiempo que lo veía como a uno de mis aliados en el mundo Nefil. Sin su ayuda, no habría llegado tan lejos.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has chantajeado a Pepper? ¿Por qué? —le grité mientras él se limitaba a mirarme en silencio, pagado de sí mismo.

No era capaz de asestarle otra patada. Apenas podía sostenerme en pie: el dolor de la traición me había dejado aturdida. Me apoyé en el muro e inspiré profundamente para mantener la cabeza en alto. Me temblaban las rodillas y sentía el fondo de la garganta agarrotado y resbaloso.

—Desátame, Nora. No quería hacerte daño... De verdad que no. Solo pretendía calmarte un poco, eso es todo. Mi intención era explicarte lo que estoy haciendo y por qué —dijo con convicción, pero no iba a dejar que me convenciera.

—¿Están heridos Patch y Scott? —le pregunté. Patch no podía sentir dolor físico, pero tal vez Dante había empleado con él un nuevo prototipo de hechicería diabólica para perjudicarlo.

—No. Los he inmovilizado, como tú has hecho conmigo. Estaban más rabiosos que nunca, pero por el momento ninguno de los dos corre peligro. Aunque la hechicería no les conviene, tardarán aún un buen rato en notar los efectos secundarios.

—Entonces te voy a dar exactamente tres minutos para contestar a mis preguntas. Luego me iré a buscarlos. Si en ese tiempo no me has respondido como yo deseo,

llamaré a los coyotes. Son un auténtico problema en estos barrios: se comen a los gatos y los perros pequeños de las casas, especialmente ahora que se acerca el invierno y la comida escasea. Pero estoy segura de que habrás visto las noticias.

Dante resopló.

—¿De qué estás hablando?

—Puedo controlar la mente de los animales, Dante. Por eso ese perro te ha atacado justo cuando yo lo necesitaba. Seguro que a los coyotes no les importará tomarse un aperitivo. No puedo matarte, pero sí conseguir que te arrepientas de haberme conocido. Primera pregunta: ¿por qué chantajeas a Pepper Friberg? Los Nefilim no se relacionan con los arcángeles.

Dante trató inútilmente de ponerse boca arriba, e hizo una mueca de dolor.

—¿No podrías desatarme para que pudiéramos hablar como personas civilizadas?

—Has dejado de comportarte como una persona civilizada en el momento en que has tratado de estrangularme.

—Necesito mucho más de tres minutos para explicarte lo que está ocurriendo — insistió sin que mi amenaza pareciera preocuparle lo más mínimo. Decidí que había llegado el momento de demostrarle que iba en serio.

«Comida», le dije al perro negro, que se había quedado por allí contemplando la escena con interés. A juzgar por lo flaco que estaba, debía de estar hambriento, y su caminar ansioso y el modo en que se lamía los labios me lo acabaron de confirmar. Para dejarle más clara mi orden, inserté en sus pensamientos una imagen de la carne de Dante y luego retrocedí unos pasos para dejarle vía libre. El perro se acercó a su víctima de un salto y le hundió los dientes en la parte posterior de uno de los brazos.

Dante renegó y trató de alejarse reptando por el suelo.

—No podía consentir que Pepper desbaratara mis planes —confesó por fin—. ¡Llama a este perro!

—¿Qué planes?

Dante se retorció y levantó espasmódicamente el hombro tratando de sacarse al perro de encima.

—Los arcángeles mandaron a Pepper a la Tierra para que nos investigara a mí y a Blakely.

Reconstruí esa posible situación en mi cabeza y asentí.

—Porque sospechaban que la hechicería diabólica no había desaparecido con Hank y que vosotros seguíais usándola, pero querían confirmar sus sospechas antes de actuar. Tiene sentido. Sigue hablando.

—Así que necesitaba un modo de distraer a Pepper, ¿entiendes? ¡Quítame este perro de encima!

—Aún no me has dicho por qué lo chantajeabas.

Dante se retorció de nuevo para esquivar el mordisco de mi nuevo perro favorito.

—¡Dame un respiro!

—Cuanto más deprisa hables, antes le daré a mi nuevo amigo otra cosa que roer.

—Los ángeles caídos necesitaban que Pepper encantara algunos objetos empleando los poderes de cielo. Sabían que aún existía la hechicería diabólica, y también que Blakely y yo la controlábamos, así que necesitaban recurrir a los poderes del cielo: querían asegurarse de que los Nefilim no tenían ninguna oportunidad de ganar la guerra. Eran ellos los que chantajeaban a Pepper.

Vale. Eso también parecía plausible. Solo había una cosa que aún no tenía sentido.

—¿Cómo te mezclaste tú en todo esto?

—Trabajo para los ángeles caídos. —Lo dijo en voz tan baja que creí haberle oído mal.

Me acerqué un poco más.

—¿Podrías repetirme eso?

—Soy un traidor, ¿vale? Los Nefilim no van a ganar esta guerra —añadió a la defensiva—. Lo mires como lo mires, cuando todo haya acabado, los ángeles caídos habrán salido vencedores. Y no solo porque hayan utilizado los poderes del cielo. Los arcángeles siempre les han sido favorables. Los viejos vínculos tienen mucho peso. En cambio, la situación con los Nefilim es muy distinta. Los arcángeles consideran que nuestra raza es una abominación, siempre ha sido así. Quieren que desaparezcamos, y si para ello tienen que ponerse del lado de los ángeles caídos, lo harán. Los únicos Nefilim que tendrán una oportunidad de sobrevivir serán los que se hayan aliado desde un principio con los ángeles caídos.

Me quedé mirando a Dante con los ojos como platos, incapaz de digerir sus palabras. Dante Matterazzi, en la cama con el enemigo. El mismo Dante que había estado al servicio de la Mano Negra. El mismo Dante que me había entrenado tan lealmente. No lo entendía.

—¿Y qué pasa con el ejército de los Nefilim? —le espeté, empujada por una ira creciente.

—Está condenado. En el fondo, lo sabías perfectamente. No falta mucho para que los ángeles caídos den el paso y nos empujen a la guerra. He accedido a proporcionarles hechicería diabólica. Ahora disponen de los poderes del cielo y los del infierno... además del apoyo de los arcángeles. Todo se decidirá en menos de un día. Si me entregas a Pepper para que encante los objetos, responderé por ti. Me aseguraré de que algunos de los ángeles caídos más influyentes sepan que has prestado tu ayuda y que eres leal a la causa.

Retrocedí un paso y observé a Dante con nuevos ojos. Ni siquiera sabía quién era. En ese momento tenía ante mí a un completo extraño.

—No... Entonces toda esta revolución... ¿Todo mentiras? —conseguí articular al

cabo.

—En defensa propia —dijo—. Lo he hecho para salvarme.

—¿Y el resto de la raza Nefil? —resoplé.

Su silencio me dijo exactamente lo poco que le preocupaba su bienestar. Encogiéndose de hombros con indiferencia no lo hubiera expresado más claro. Dante estaba metido en ese tinglado por su propio interés; fin de la historia.

—Pero creen en ti —repliqué sintiendo un pinchazo en el corazón—. Cuentan contigo.

—No, cuentan contigo.

Trastabillé. Fue como si todo el peso de la responsabilidad me hubiera caído encima de los hombros en ese preciso momento. Era su líder. Era el rostro en aquella campaña. Y de pronto el consejero en quien más confiaba me fallaba. Si hasta entonces el ejército se había apoyado sobre piernas temblorosas, una de esas piernas acababa de partirse.

—No puedes hacerme esto —dije con tono amenazador—. Te voy a delatar. Pienso contarle a todo el mundo lo que te traes entre manos. No conozco a fondo las leyes de los Nefilim, pero estoy bastante segura de que tienen su modo de tratar a los traidores, y me temo que no debe de ser muy reglamentario.

—¿Y quién te creará? —se limitó a reponer Dante—. Si yo contraataco diciendo que la auténtica traidora eres tú, ¿a quién crees que van a creer?

Tenía razón. ¿A quién iban a creer los Nefilim? ¿A la joven e inexperta impostora que había llegado al poder de la mano de su difunto padre, o al hombre fuerte, capaz y carismático que tenía tanto el aspecto como las capacidades de un dios de la mitología romana?

—Tengo fotos —añadió Patch—. De ti y de Patch. De ti con Pepper. Incluso tengo algunas en las que apareces con Dabria en actitud amigable. Te acusaré de traición, Nora. Apoyas la causa de los ángeles caídos. Así es como lo presentaré. Y te destruirán.

—¡No puedes hacerlo! —le grité mientras la ira crepitaba en mi pecho.

—Vas a tomar un camino sin salida. Esta es tu última oportunidad de retroceder. Vente conmigo. Eres más fuerte de lo que crees. Haríamos un equipo imbatible. Ya te veo...

Solté una carcajada.

—Oh, no, ¡ya estoy harta de que me utilices!

Cogí una roca del muro con la intención de arrojársela a la cabeza, dejarlo inconsciente e ir en busca de Patch para que me ayudara a decidir qué hacíamos con él, y entonces una risa burlona y cruel transformó las facciones de Dante y le dio un aspecto más parecido al diablo y menos a un dios de la mitología romana.

—¡Cuánto talento desperdiciado! —murmuró en tono de reproche. Su expresión

era altiva, demasiado si tenía en cuenta que estaba prisionero... Y entonces una sospecha empezó a tomar forma en mi cabeza. El látigo que le sujetaba las muñecas no le levantaba la piel como me la había levantado a mí. De hecho, aparte de tener el rostro pegado a la gravilla del suelo, parecía del todo indiferente.

El látigo liberó sus manos y, en un abrir y cerrar de ojos, Dante se puso en pie.

—¿De verdad creías que habría permitido que Blakely creara un arma que pudiese usarse contra mí? —se burló; su labio superior se levantó y dejó al descubierto sus dientes. Cogió el látigo y lo hizo restallar contra mí.

Un calor abrasador me atravesó el cuerpo, levantándome del suelo. Aterricé violentamente, sin aliento. Mareada por el impacto, trastabillé un buen rato, tratando de concentrarme en Dante.

—Supongo que te gustará saber que tengo intención de arrebatarte el puesto de jefe del ejército de los Nefilim —me comunicó con un tono burlón—. Cuento con el apoyo de toda la raza de los ángeles caídos. Pienso conducir el ejército Nefil, sí, y lo pondré directamente en manos de los ángeles caídos. Cuando descubran lo que he hecho ya será demasiado tarde.

La única razón por la que Dante debía de contarme aquello era que me creía incapaz de detenerlo. Pero aún no estaba dispuesta a arrojar la toalla, o tal vez no lo estaría nunca.

—Le juraste a Hank que me ayudarías a que su ejército consiguiera la libertad, idiota arrogante. Si tratas de arrebatarme el puesto, los dos tendremos que afrontar la consecuencia de haber roto un juramento: la muerte, Dante. No es una minucia sin importancia —le recordé con cinismo.

Dante se rio con sorna.

—El juramento... Era mentira. Pensé que me ayudaría a ganarme tu confianza. Aunque no es que fuera necesario: los prototipos de hechicería que te di te obligaron a confiar en mí.

No tuve tiempo de digerir su engaño: el látigo volvió a abrasarme la piel. Tenía que hacer algo para salvar la vida, y deprisa, así que, aprovechando un momento en que el perro la emprendió de nuevo con Dante, me encaramé al muro y salté al otro lado. La inclinación de la colina era pronunciada y la tierra estaba cubierta de rocío, de modo que al aterrizar resbalé pendiente abajo hasta llegar a las tumbas de más abajo.

Capítulo

30

Una vez a los pies de la colina, miré hacia arriba. No vi a Dante. El perro negro había corrido tras de mí, y caminaba a mi alrededor mirándome con una expresión casi de preocupación. Me incorporé como pude y me senté. Nubes espesas ocultaban la luna, y cuando el frío arañó mi piel, temblé violentamente. De pronto, tomé consciencia de dónde me encontraba: me puse en pie de un salto y corrí a través del laberinto de tumbas hacia el mausoleo. Para mi sorpresa, el perro brincaba delante de mí, volviendo la cabeza de vez en cuando, como si quisiera asegurarse de que aún lo seguía.

—¡Scott! —grité abriendo la puerta del mausoleo de par en par e irrumpiendo en el interior.

No había ventanas. No veía nada. Levanté las manos con impaciencia, con la intención de palpar lo que tenía alrededor. Tropecé con un objeto pequeño y lo oí alejarse rodando por el suelo. Pasando los dedos por las losas heladas del suelo, encontré la linterna que Scott se había llevado con él y que debía de haber perdido en el ataque. La encendí.

Ahí estaba. En un rincón. Echado sobre su espalda; Scott tenía los ojos abiertos, pero parecía como aturdido. Corrí hacia él y tiré del látigo que le abrasaba las muñecas hasta que conseguí liberarlo. Tenía la piel en carne viva y soltó un quejido de dolor.

—Creo que Dante se ha marchado, pero de todos modos mantente alerta —le advertí—. En la puerta hay un perro guardián: está de nuestro lado. Quédate aquí hasta que yo vuelva, ¿vale? Tengo que encontrar a Patch.

Scott gruñó de nuevo, esta vez para dedicarle un par de insultos a Dante.

—No lo he visto venir —murmuró.

Ya éramos dos.

Salí fuera y corrí como el viento por el cementerio, sumido en una oscuridad casi perfecta. Pasé a través de una pared de seto, para acortar el camino hasta el parking. Salté por encima de la verja de hierro forjado y fui directa al camión negro que estaba aparcado, solitario, en el parking.

Cuando aún me encontraba a unos pasos del vehículo, distinguí el espeluznante brillo azul a través de las ventanas. Abrí la puerta de un tirón y saqué a Patch a rastras. Una vez echado en el suelo del parking, empecé el laborioso proceso de deshacer el látigo que le rodeaba el cuerpo como una serpiente, sujetando sus brazos

a ambos lados, como un corsé mortífero. Tenía los ojos cerrados y su piel despedía una tenue luz azul. Finalmente conseguí liberarlo y dejé el látigo a un lado, sin siquiera pensar en las llagas que me cubrían las manos.

—Patch —le dije sacudiéndolo. Las lágrimas me nublaban la vista y una bola me oprimía la garganta de la emoción—. Despierta, Patch.

Lo sacudí con más fuerza.

—Enseguida te pondrás bien. Dante se ha marchado, y ya te he librado del látigo. Por favor, despierta —le pedí con insistencia—. Te recuperarás. Ahora ya estamos juntos. Necesito que abras los ojos. Vamos, dime que me oyes.

Todo su cuerpo ardía: el calor se filtraba a través de la ropa, y le abrí la camisa para examinarlo. Solté un grito ahogado al ver su piel en carne viva allí donde había estado en contacto con el látigo. Las peores heridas se replegaban sobre sí mismas, como el papel consumido por el fuego. Era como si lo hubieran quemado con un soplete.

Sabía que no sufría, pero yo sí. Las lágrimas rodaban por mis mejillas; sin embargo, al pensar en Dante, apreté los dientes atravesada por la punzada del odio. Dante había cometido un error imperdonable. Patch lo era todo para mí y, si la hechicería diabólica le dejaba alguna secuela, haría lo que estuviera en mi mano para que ese traidor lamentara lo que había hecho durante lo que le quedaba de vida, que, si de mí dependía, sería poco. Pero la angustia arrolladora que sentía por Patch eclipsaba esa ira irrefrenable. El dolor, la culpa y el pánico cayeron a plomo en mi interior.

—Por favor —le susurré con la voz ronca—. Por favor, Patch, despierta —le rogué, besándole en los labios con la esperanza de despertarlo milagrosamente. Sacudí la cabeza para librarme de los peores pensamientos. No iba a dejar que se hicieran realidad. Patch era un ángel caído. No podían herirle. Así no. Por muy potente que fuera la hechicería diabólica, no le causaría un daño irreparable.

Sentí que los dedos de Patch se enlazaban con los míos solo un segundo antes de que su voz grave vibrara débilmente entre mis pensamientos. «Ángel».

Al oírlo, mi corazón saltó de alegría. «¡Estoy aquí! Estoy a tu lado. Te quiero, Patch. ¡Te quiero mucho!», sollocé. Y, sin poder contenerme, acerqué mis labios a los suyos. Me incliné a horcajadas sobre él, plantando un codo a cada lado de su cabeza para no hacerle daño, incapaz sin embargo de contener el impulso de abrazarlo. Y entonces, de pronto, me estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que me desplomé sobre él.

—¡Ten cuidado! ¡Estás herido! —grité retorciéndome para apartarme y echarme a su lado—. La hechicería diabólica... Tu piel...

—Tú eres lo único que puede hacerme sentir mejor, Ángel —murmuró encontrando mi boca y acallando mis protestas. Tenía los ojos cerrados y las arrugas

del cansancio y el estrés endurecían sus facciones, pero su beso ahuyentó todas las preocupaciones.

Relajé mi postura y me apoyé en la parte superior de su cuerpo fuerte e interminable. Deslizó la mano por mi espalda y, cuando me estrechó contra él, me sentí segura de nuevo.

—Me aterrorizaba pensar en lo que podría haberte pasado —dije con la voz entrecortada.

—Y a mí me aterrorizaba pensar en lo que te podía haberte pasado a ti.

—La hechicería diabólica... —empecé a decir.

Patch respiró profundamente debajo de mí, y mi cuerpo se sumergió en el suyo. Su aliento estaba cargado de alivio y emoción pura. Su mirada, sincera como nunca, encontró la mía.

—Mi piel es sustituible. Pero tú no, Ángel. Cuando Dante se ha marchado, he pensado que se había terminado. He pensado que te había fallado... Nunca había rezado con tanto fervor en toda mi vida.

Cerré los ojos tratando de ahogar las lágrimas que se agolpaban en mis pestañas.

—Si se te hubiera llevado de mi lado... —Estaba demasiado emocionada para acabar la frase.

—Ha tratado de arrebatarte de mi vida y esa es razón suficiente para considerarlo hombre muerto. No se va a salir con la suya. Le he perdonado más de una y de dos pequeñas transgresiones solo porque trataba de ser civilizado y comprensivo en relación con tu papel como jefe del ejército Nefil, pero esta noche ha violado las antiguas reglas. Ha usado hechicería diabólica conmigo. No le debo ningún tipo de consideración. La próxima vez que nos encontremos, jugaremos con mis reglas.

A pesar del cansancio, visible en cada músculo de su cuerpo, su voz era toda contundencia, sin un atisbo de compasión.

—Trabaja para los ángeles caídos, Patch. Lo tienen en el bolsillo.

Nunca hasta entonces había visto a Patch tan sorprendido. Sus ojos oscuros se dilataron; le costaba asimilar la noticia.

—¿Te lo ha dicho él?

Asentí con expresión grave.

—Ha dicho que los Nefilim no podrán ganar esta guerra, a pesar de las palabras esperanzadoras, contradictorias y convincentes que les ha dedicado a los de su pueblo —añadí amargamente.

—¿Ha nombrado a algún ángel caído en concreto?

—No. Su único objetivo es salvarse: por eso ha montado todo este lío. Dice que cuando las cosas se pongan feas, los arcángeles tomarán partido por los ángeles caídos. Al fin y al cabo, tienen un vínculo estrecho. Es difícil darle la espalda a la sangre, aunque haya hostilidades. Y aún hay más —dije inspirando profundamente—:

El siguiente paso de Dante es arrebatarme el puesto de jefe del ejército de la Mano Negra y conducir a los Nefilim directamente a manos de los ángeles caídos.

Patch se quedó en silencio un buen rato, pero yo veía sus pensamientos pasando a toda velocidad por detrás de sus ojos negros y su mirada cortante. Patch, como yo, sabía que si Dante conseguía arrebatarme el título, se rompería el juramento que le había hecho a Hank. Y eso solo significaba una cosa: la muerte.

—Y Dante es el chantajista de Pepper —le informé.

Patch asintió.

—Lo he supuesto cuando me ha atacado. ¿Cómo le ha ido a Scott?

—Está en el mausoleo, bajo la vigilancia de un perro callejero increíblemente listo.

Patch levantó las cejas, desconcertado.

—¿Y eso?

—Creo que ese perro está tratando de arrebatarte el puesto y convertirse en mi ángel guardián. Ha conseguido sacarme a Dante de encima y es la única razón por la que he podido escapar.

Patch resiguió la curva de mi pómulo con los dedos.

—Tendré que darle las gracias por salvar a mi novia.

A pesar de las circunstancias, sonreí.

—Te va a encantar. Tenéis los mismos gustos en el vestir.

Dos horas más tarde, aparqué la pickup de Patch en su garaje. Patch se había desplomado en el asiento del pasajero, completamente agotado; toda su piel seguía recubierta por ese halo azul. Me ofrecía su sonrisa perezosa cuando me hablaba, pero yo sabía que todo le costaba un gran esfuerzo; era una táctica para tranquilizarme. No cabía duda de que la hechicería diabólica lo había debilitado; lo que nadie sabía era para cuánto tiempo. Estaba agradecida de que Dante se hubiera marchado cuando lo había hecho. Supongo que debía darle las gracias a mi nuevo amigo, el perro. Si Dante se hubiera quedado por allí para terminar lo que había empezado, todos habríamos corrido mucho más peligro y probablemente no podríamos haber escapado. Una vez más, debía expresar mi gratitud al perro callejero, un animal luchador y curiosamente listo. Y leal, casi a riesgo de su propia integridad física.

Patch y yo nos habíamos quedado con Scott en el mausoleo hasta que había recuperado fuerzas suficientes como para conducir solo hasta su casa. En cuanto al perro, a pesar de los múltiples intentos de despedirnos, alguno de los cuales pasó por sacarlo a rastras de la zona de carga de la pickup de Patch, persistió en saltar dentro del vehículo una y otra vez. Al final tiramos la toalla y dejamos que nos acompañara. Lo llevaría a alguna asociación de animales en cuanto hubiera dormido lo suficiente para empezar a pensar con claridad.

Aunque suspiraba por desplomarme en la cama de Patch en cuanto pusiera los

pies en su casa, aún quedaba trabajo por hacer. Dante nos llevaba ventaja. Si nos relajábamos antes de tomar medidas en contra, probablemente ya podíamos ir sacando la bandera blanca de la rendición.

Entré en la cocina de Patch y me llevé las manos a la nuca, como si ese gesto fuera a desvelarme cuál debía ser nuestro siguiente movimiento. ¿Qué pensaba hacer Dante? ¿Cuál sería su siguiente paso? Me había amenazado con destruirme si lo acusaba de traición, así que al menos había considerado la posibilidad de que lo hiciera. Lo cual significaba que probablemente estaba ocupado en una de las siguientes cosas: fabricando una coartada perfecta o (y eso era mucho más problemático) adelantándose a mis movimientos y haciendo correr la noticia de que la traidora era yo. Se me heló la sangre solo de pensarlo.

—Empieza desde el principio —me pidió Patch desde el sofá. Lo dijo con voz fatigada, pero en sus ojos brillaba la ira. Sacudió un cojín con ambas manos, se lo colocó debajo de la cabeza y concentró toda su atención en mí—. Cuéntame exactamente todo lo que ha pasado.

—Cuando Dante me ha confesado que está trabajando para los ángeles caídos, lo he amenazado con delatarlo, pero se ha echado a reír y ha dicho que nadie me creería.

—Y tiene razón —coincidió Patch sin ambages.

Apoyé la cabeza en la pared y dejé escapar un suspiro de frustración.

—Entonces me ha contado sus planes de arrebatarme el puesto de líder. Los Nefilim lo adoran. Desearían que el líder fuera él. Lo veo en sus miradas. Por mucho que me esfuerce en gustarles, lo recibirán con los brazos abiertos si se convierte en su nuevo líder. No veo ninguna solución. Nos ha vencido.

Patch se tomó un tiempo antes de contestar y, cuando lo hizo, habló con voz calmada.

—Si atacas a Dante públicamente, les darás a los Nefilim una excusa para que se pongan en tu contra, eso es cierto. El ambiente está muy tenso, y están buscando el modo de salir de la incerteza. Por eso no denunciaremos a Dante públicamente. No es ese el paso que vamos a dar.

—Entonces, ¿cuál es? —pregunté volviéndome para mirarle directamente a los ojos. Estaba claro que se traía algo entre manos, pero no alcanzaba a imaginar de qué se trataba.

—Dejaremos que Pepper se encargue de Dante en nuestro lugar.

Estudié con detenimiento la lógica de Patch.

—¿Y Pepper lo hará porque no puede correr el riesgo de que Dante lo delate a los arcángeles? Pero, entonces, ¿por qué no ha hecho desaparecer antes a Dante?

—Pepper no va a ensuciarse las manos. No quiere dejar un rastro que luego los arcángeles puedan seguir para llegar hasta él. —Patch frunció los labios y añadió—: Creo que comienzo a comprender lo que Pepper quería de mí.

—¿Quieres decir que esperaba que hicieras desaparecer a Dante por él? ¿Era esa su supuesta oferta de trabajo?

Patch me miró al fondo de los ojos.

—Solo hay un modo de averiguarlo.

—Tengo el número de Pepper. Prepararé el encuentro ahora mismo —dije, asqueada. Y yo que creía que Pepper no podía caer más bajo. En lugar de comportarse como un hombre y hacerse cargo de sus problemas, el muy cobarde había tratado de que Patch corriera el riesgo por él.

—¿Sabes una cosa, Ángel? Pepper tiene algo que podría sernos de utilidad —añadió Patch con aire reflexivo—. Y, si jugamos bien nuestras cartas, tal vez podríamos convencerlo de que lo robe del cielo y nos lo traiga. He tratado de evitar la guerra, pero quizás ha llegado la hora de luchar. Hay que ponerle fin a esto. Si vences a los ángeles caídos, habrás cumplido con el juramento. —Me miró a los ojos—. Y los dos seremos libres. Los dos juntos. Adiós a la guerra y al Jeshván.

Cuando empecé a preguntarme en qué estaba pensando, yo misma encontré la respuesta. ¡Era tan obvio! No podía creer que no se me hubiera ocurrido antes. En efecto, Pepper tenía acceso a algo que nos proporcionaría poder de negociación con los ángeles caídos... y que me garantizaría la fe de los Nefilim. Aunque ¿realmente queríamos tomar ese camino? ¿Teníamos derecho a poner en peligro a toda la población de los ángeles caídos en peso?

—No lo sé, Patch...

Patch se puso en pie y cogió su chaqueta de piel.

—Llama a Pepper. Nos reuniremos con él ahora mismo.

El parking que se extendía detrás de la gasolinera estaba desierto. El cielo era negro, como las ventanas empavonadas de la tienda. Patch aparcó la moto y ambos nos bajamos. Una silueta pequeña y regordeta salió balanceándose de entre las sombras y, después de mirar con desconfianza a un lado y al otro, se nos acercó a toda prisa.

Un aire de superioridad moral se instaló en la expresión de Pepper en cuanto vio a Patch.

—Vaya, no tienes muy buen aspecto, amigo mío. Creo que es justo decir que la vida en la Tierra no ha sido muy amable contigo.

Patch pasó por alto el insulto.

—Sabemos que Dante es el chantajista.

—Sí, sí, Dante. ¡El muy cerdo! Dime algo que no sepa.

—Quiero que me hables de tu oferta de trabajo.

Pepper unió ambas manos e hizo tamborilear los dedos sin apartar sus ojos astutos de los de Patch.

—Sé que tú y tu novia matasteis a Hank Millar. Necesito a alguien así de

despiadado.

—Contamos con la ayuda de los arcángeles —le recordó Patch.

—Yo soy un arcángel —repuso Pepper con displicencia—. Quiero a Dante muerto: yo te proporcionaré las armas necesarias.

Patch asintió.

—Lo haremos. Al precio que se merece.

Pepper se quedó desconcertado. No creo que se esperara llegar a un acuerdo con tanta facilidad. Se aclaró la garganta.

—¿En qué estás pensando?

Patch me miró y yo incliné la cabeza. Había llegado el momento de sacarnos el as de la manga. No habíamos tenido mucho tiempo para considerarlo, pero esa era una carta que no nos podíamos permitir no jugar.

—Queremos acceso a todas las plumas de los ángeles caídos que se guardan en el cielo —anuncié.

Pepper dejó de mirarnos con su sonrisa pomposa y, tras un silencio, soltó una carcajada glacial.

—¿Os habéis vuelto locos? No puedo conseguirlos eso. Se necesita a todo el comité para retirar esas plumas. Además, ¿qué pensáis hacer con ellas? ¿Quemarlas? ¡Mandaríais a todos los ángeles caídos de la Tierra al infierno!

—¿De veras te disgustaría eso? —le pregunté, muy seria.

—¿Qué importa lo que yo piense? —refunfuñó—. Hay normas. Hay procedimientos. Los únicos ángeles caídos que son condenados al infierno son aquellos que han cometido un delito o una infracción grave contra la humanidad.

—No te sobran las opciones —observó Patch fríamente—. Sabemos que puedes conseguir esas plumas. Sabes dónde se guardan y conoces el procedimiento para retirarlas. Tienes todo lo que necesitas. Traza un plan y llévalo a cabo. O enfréntate solo a Dante.

—¡Una pluma, tal vez! Pero ¿miles? ¡Nunca lo conseguiría! —protestó Pepper con voz estridente.

Patch dio un paso hacia él y Pepper retrocedió, asustado, levantando las manos para protegerse el rostro.

—Mira a tu alrededor —le dijo Patch empleando un tono suave y letal—. No creo que sea este el lugar que te gustaría considerar tu casa. Serás el ángel caído más reciente y harán todo lo posible para recordártelo. No aguantarás la semana de iniciación.

—¿I... ini... iniciación?

Contemplé la mirada oscura de Patch y un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qu... qué voy a hacer? —sollozó Pepper suavemente—. No puedo pasar esa iniciación. No puedo vivir siempre en la Tierra. Necesito poder volver al cielo cuando

quiera.

—Entonces consigue las plumas.

—N... no puedo —tartamudeó Pepper.

—No tienes elección. Tú me vas a conseguir esas plumas y yo voy a matar a Dante. ¿Te parece un buen plan?

Asintió a regañadientes.

—Te traeré una daga especial. Para matar a Dante. Si los arcángeles van detrás de ti y tratas de darles mi nombre, te cortarás tu propia lengua con la daga. La he encantado. La daga no dejará que me traiciones.

—Me parece justo.

—Si seguimos adelante con esto, no debéis poneros en contacto conmigo, al menos cuando esté en el cielo. No podemos comunicarnos por los medios habituales hasta que termine... Si es que puedo terminar —gimoteó miserablemente—. Cuando tenga las plumas, os lo haré saber.

—Las necesitamos mañana —le dije a Pepper.

—¿Mañana? —protestó alborotado—. ¿Sois conscientes de lo que me estáis pidiendo?

—A medianoche del lunes a más tardar —concedió Patch sin dejar margen para negociaciones.

Pepper asintió visiblemente angustiado.

—Os traeré todas las que pueda.

—Tienes que vaciar las existencias —le dije—. Este es el trato.

Pepper tragó saliva.

—¿Hasta la última?

Esa era la idea, exacto. Si Pepper conseguía las plumas, los Nefilim dispondrían de un modo de ganar la guerra sin tener que mover ni un dedo. Como nosotros no podíamos encadenar a los ángeles caídos en el infierno, dejaríamos que sus talones de Aquiles (es decir, sus antiguas plumas de ángel) lo hicieran por nosotros. Cada ángel caído tendría que elegir: o liberaba a su vasallo Nefil de su juramento y juraba la paz, o se montaba una casa nueva en un lugar mucho más caluroso que Coldwater, Maine.

Si nuestro plan funcionaba, poco importaría que Dante me acusara de traición. Mientras ganara esa guerra, a los Nefilim no les importaría nada más. Y, a pesar de que no tenían fe en mí, yo deseaba ganar por ellos. Era lo correcto.

Miré a Pepper directamente a los ojos y le confirmé fríamente:

—Hasta la última.

Capítulo

31

Justo cuando Patch y yo entrábamos en su casa, Scott me llamó al móvil. Ya era domingo, las tres de la madrugada pasadas. Patch cerró la puerta tras de sí y yo conecté el altavoz.

—Puede que tengamos un problema —anunció Scott—. He recibido un montón de mensajes de texto que dicen que esta noche, en cuanto el Delphic haya cerrado, Dante hará allí una declaración pública a todos los Nefilim. ¿No os parece raro después de lo que ha ocurrido en el cementerio?

Patch soltó un taco.

Yo traté de mantener la calma, pero los márgenes de mi visión empezaron a oscurecerse.

—Todo el mundo especula y las teorías son rocambolescas —prosiguió Scott—. ¿Tenéis idea de lo que puede tratarse? El muy cabrón fingía ser tu novio y luego, ¡bam!, nos la clava por la espalda. Y encima esto.

Planté la mano en la pared para no perder el equilibrio. Había empezado a darme vueltas la cabeza y las rodillas no me sostenían. Patch cogió el teléfono y le dijo a Scott:

—Enseguida te llama. Infórmanos si te enteras de algo más.

Me dejé caer como un peso muerto en el sofá de Patch, encajé la cabeza entre las rodillas y tomé aire varias veces.

—Va a acusarme de traición públicamente. Esta misma noche.

—Sí —coincidió Patch sin alterarse.

—Me encerrarán en la cárcel. Y tratarán de torturarme para conseguir una confesión.

Patch se arrodilló delante de mí y me cogió de las caderas con actitud protectora.

—Mírame, Ángel.

Mi cabeza se puso inmediatamente en acción.

—Tenemos que contactar con Pepper. Necesitamos esa daga urgentemente. Hay que matar a Dante antes de que haga la declaración. —Un sollozo entrecortado se escapó de mi pecho—. ¿Y si no conseguimos la daga a tiempo?

Patch me acercó la cabeza a su pecho y empezó a masajearme delicadamente los músculos de las cervicales: los tenía tan agarrotados que creí que iban a partirse en dos.

—¿De verdad crees que voy a permitir que te pongan la mano encima? —dijo con

la misma delicadeza.

—¡Oh, Patch! —Me lancé a sus brazos, mientras sentía la calidez de las lágrimas en mis mejillas—. ¿Qué vamos a hacer?

Me cogió el rostro y me secó las lágrimas con los pulgares, mirándome al fondo de los ojos.

—Pepper vendrá, me entregará la daga, y yo mataré a Dante —me aseguró—. Y tú vas a conseguir las plumas y a cumplir con el juramento. Y entonces nos iremos lejos, a algún lugar en el que no se haya oído hablar nunca ni del Jeshván ni tampoco de la guerra. —Seguro que quería creérselo, pero su voz vaciló al pronunciar esas palabras.

—Pepper nos ha prometido que tendría las plumas y la daga para el lunes a media noche. Pero ¿qué vamos a hacer con la declaración de Dante? ¿Será esta noche? No podemos detenerlo. Pepper tendría que traernos esa daga antes. Hay que encontrar el modo de contactar con él. Tendremos que arriesgarnos.

Patch se quedó en silencio, pasándose la mano por la boca en actitud pensativa. Al cabo, dijo:

—Pepper no puede resolver el problema de esta noche: tendremos que hacerlo nosotros. —Su mirada, impasible y resuelta, fue a encontrarse con la mía—. Vas a convocar una reunión urgente con los altos cargos Nefilim; prográmala para esta noche y písale la primicia a Dante. Todos están esperando que lances una ofensiva, que catapultes a nuestras razas a una guerra, así que creerán que se trata de esto: tu primer movimiento militar. Tu declaración eclipsará la de Dante. Los Nefilim acudirán y también él, picado por la curiosidad.

»Dejarás claro delante de todo el mundo que sabes que algunas facciones están a favor de concederle a Dante el poder. Luego les dirás que disiparás sus dudas de una vez por todas. Convéncelos de que quieres ser su líder y de que puedes hacerlo mejor que Dante. Y desafíalo a enfrentarnos a un duelo para conseguir el poder.

Miré a Patch, confundida e indecisa.

—¿Un duelo? ¿Con Dante? No puedo luchar con él... Ganará.

—Si conseguimos que se aplace hasta que Pepper esté de vuelta, ese duelo no será más que un ardid para frenar a Dante y conseguir más tiempo.

—¿Y si quieren que se celebre antes?

Patch me miró con expresión tajante, pero no me contestó.

—Tenemos que actuar rápido. Si Dante descubre que también vas a hacer una declaración, suspenderá sus planes hasta averiguar qué te traes entre manos. No tiene nada que perder. Sabe que si lo denuncias públicamente, solo le bastará con señalarte con el dedo. Confía en mí: cuando sepa que lo has retado, echará las campanas al vuelo. Es muy engreído, Nora. Y egoísta. Ni se le pasará por la cabeza que puedas ganar. Aceptará el duelo encantado, convencido de que se lo has puesto en bandeja:

¿acusarte públicamente de traición y aguantar un juicio interminable... o quedarse con tu puesto a cambio de un simple disparo? Se tirará de los pelos por no haberlo pensado antes.

Se me aflojaron las articulaciones, como si estuviesen hechas de goma.

—¿Sería un duelo... con pistola?

—O con espada. Como prefieras, pero yo te recomendaría la pistola. Te resultará más fácil aprender a disparar que a manejar una espada —opinó Patch tranquilamente, sin percibir la angustia que rezumaba mi voz.

Me entraron ganas de devolver.

—Dante aceptará el duelo porque sabe que puede vencerme. Es más fuerte que yo, Patch. Y vete tú a saber cuántas dosis de hechicería diabólica se habrá tomado. No será una lucha de igual a igual.

Patch me cogió de las manos y posó delicadamente los labios en mis nudillos temblorosos.

—Hace cientos de años que los duelos dejaron de estar de moda en la cultura humana, pero para los Nefilim aún siguen siendo socialmente aceptables. A su modo de ver, son la forma más rápida y eficaz de resolver un desacuerdo. Dante quiere ser el jefe del ejército de la Mano Negra y tú vas a hacerle creer (a él y a todos los Nefilim) que deseas ese puesto tanto o más que él.

—¿Y por qué no me limito a comunicar a los altos cargos Nefilim el plan de las plumas? —propuse con un atisbo de esperanza—. Todo lo demás dejará de importarles cuando descubran que tengo un modo infalible de ganar la guerra y restaurar la paz.

—Si Pepper no lo consigue, interpretarán que el fracaso ha sido tuyo. No les bastará con que lo hayas intentado. O te aclaman como salvadora por haberte hecho con las plumas o te crucifican por tu fracaso. Hasta que no sepamos con toda seguridad que Pepper lo ha logrado, no podemos mencionarles ese plan.

Hundí los dedos en mis cabellos.

—No puedo hacerlo.

—Si Dante trabaja para los ángeles caídos y se hace con el poder, la raza Nefilim estará más esclavizada que nunca —dijo Patch—. Me preocupa que los ángeles caídos vayan a emplear la hechicería diabólica para seguir teniendo a los Nefilim esclavizados incluso después del mes de Jeshván.

Sacudí la cabeza, abatida.

—Me temo que hay mucho más en juego. ¿Y si fracaso?

E, indudablemente, fracasaría.

—Aún hay otra cosa, Nora. El juramento que le hiciste a Hank.

El miedo formó pedazos de hielo en la boca de mi estómago. Una vez más, recordé todas y cada una de las palabras que le había dicho a Hank Millar la noche

que me había presionado para que tomara las riendas de su condenada rebelión. «Lideraré tu ejército. Si rompo esta promesa, entiendo que mi madre y yo moriremos». Así que no me quedaban muchas opciones, ¿no? Si quería quedarme en la Tierra con Patch y salvarle la vida a mi madre, tenía que conservar mi título de jefe del ejército Nefil. No podía permitir que Dante me lo arrebatara.

—Un duelo es un espectáculo fuera de lo común, y aún más entre dos Nefilim prominentes como tú y Dante, así que será un acontecimiento que nadie querrá perderse —dijo Patch—. Espero que Pepper no nos falle y podamos evitar el duelo, pero creo que deberíamos prepararnos para lo peor. Puede que ese duelo sea tu única salida.

—¿De cuánto público estamos hablando?

Me miró con expresión fría, pero, por un instante, adiviné un brillo compasivo detrás de sus ojos.

—Cientos de personas.

Tragué saliva.

—No puedo hacerlo —repetí.

—Te entrenaré, Ángel. Estaré a tu lado durante todo el proceso. Eres mucho más fuerte que hace dos semanas, y eso que solo has hecho unas pocas horas de entreno, y encima con alguien que se limitaba a cumplir con la papeleta para ganarse tu confianza. Quería que creyeras que te estaba entrenando, pero dudo de que hiciera algo más que someter tus músculos a la mínima resistencia. Me temo que no te das cuenta de lo poderosa que eres. Con un entreno de verdad, podrías vencerlo.

Patch me cogió de la nuca y acercó su rostro al mío. Me miró con tanta fe y confianza que casi me rompió el corazón. «Puedes hacerlo. No es algo agradable, y te admiro aunque solo sea por planteártelo», me dijo mentalmente.

—¿No hay otra posibilidad?

Pero llevaba ya un buen rato analizando frenéticamente las circunstancias desde todos los ángulos posibles. Si tenía en cuenta el éxito dudoso de Pepper, el juramento que le había hecho a Hank y la situación precaria de toda la raza Nefil, no me quedaba más remedio que aceptar que no había otra opción. Tenía que pasar por el duelo.

—Patch, estoy asustada —susurré.

Me rodeó con sus brazos y, después de besarme los cabellos, me los acarició. No hacía falta que lo verbalizara: sabía que él también lo estaba.

—No dejaré que pierdas este duelo, Ángel. No permitiré que te enfrentes a Dante hasta que no sepa que puedes vencerlo. Parecerá un duelo justo, pero no lo será. Dante ha dictado su destino en el momento en que te ha atacado. No permitiré que se salga con la suya. —El tono de su voz se endureció—. No saldrá de esta con vida.

—¿Puedes amañar un duelo?

La venganza que ardía en sus ojos me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Si alguien lo descubriera... —empecé a decir.

Patch me besó, intensamente, y descubrí un brillo travieso en su mirada.

—Si me pillaran, ya no podría seguir besándote. ¿Crees que correría ese riesgo?

Y, con una expresión más grave, añadió:

—Ya sé que no puedo sentir tu tacto, pero siento tu amor, Nora. En mi interior. Y para mí eso lo es todo. Aunque me encantaría poder sentirte tal como tú me sientes a mí, tengo tu amor, y no hay nada más importante que eso. Hay gente que se pasa toda la vida sin sentir lo que tú me has dado. No tengo nada de lo que lamentarme.

—Me da miedo perderte —le susurré con la barbilla temblorosa—. Me asusta fracasar y también lo que pueda ocurrirnos. No quiero pasar por esto —protesté, aun sabiendo que no había ninguna trampilla mágica por la que escapar.

No podía huir; no podía esconderme. El juramento que le había hecho a Hank me encontraría allí donde fuera: no valía la pena esforzarme en desaparecer. La única solución era conservar el poder y, mientras el ejército existiera, conseguir la victoria. Estreché las manos de Patch.

—Prométeme que no te alejarás de mi lado. Prométeme que no me harás pasar por esto sola.

Patch me cogió de la barbilla y me aseguró:

—Si pudiera hacer que todo esto pasara, lo haría. Si pudiera ocupar tu lugar, no lo dudaría. Pero mi única opción es estar a tu lado hasta el final. No desfalleceré, Ángel, te lo prometo. —Me pasó las manos por los brazos, sin saber que la promesa que acababa de hacerme ya me había hecho entrar en calor. Estuve a punto de ponerme a llorar—. Empezaré filtrando la noticia de que has convocado una reunión urgente para esta noche. Primero llamaré a Scott y le pediré que haga correr la voz. La noticia no tardará en estar en boca de todos, y seguro que en menos de una hora ya habrá llegado a oídos de Dante.

El estómago me dio un vuelco y enseguida me asaltaron las náuseas. Me apresuré a morderme el interior de la mejilla para controlarlas y me obligué a asentir con la cabeza. Tenía que aceptar lo inevitable. Cuanto antes me enfrentara a lo que me esperaba, antes podría trazar un plan para dominar mis miedos.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —pregunté.

Patch me estudió, frunciendo ligeramente el ceño. Me pasó el pulgar por los labios, y luego por la mejilla.

—Estás helada, Ángel. —Inclinó la cabeza hacia el pasillo que se adentraba en la casa—. Será mejor que te metas en la cama. Encenderé la chimenea. Lo que necesitas ahora mismo es entrar en calor y descansar. Te prepararé un baño caliente.

Era cierto: los escalofríos me agitaban de arriba abajo. Era como si todo el calor de mi cuerpo se hubiera desvanecido en un instante. Supuse que debía de ser la

conmoción. Me castañeaban los dientes y las puntas de los dedos me vibraban con un temblor extraño e involuntario.

Patch me cogió en brazos y se me llevó al dormitorio. Empujó la puerta con el codo, retiró el cubrecama y me depositó delicadamente en la cama.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó—. ¿Una infusión? ¿Un caldo?

Al ver la expresión angustiada de su cara, el sentimiento de culpa se arremolinó en mi interior. Sabía que Patch haría lo que fuera por mí. Su promesa de quedarse a mi lado tenía para él tanto valor como un juramento. Patch era parte de mí, y yo, de él. Haría cualquier cosa, lo que fuera, para no perderme.

Me obligué a despegar los labios, pero enseguida me acobardé.

—Tengo que confesarte algo —le dije con la voz quebrada. No quería llorar, pero las lágrimas me nublaron la vista. La vergüenza me abrumaba.

—Dime, Ángel —repuso Patch, con interés.

Había dado el primer paso, pero no podía dar el siguiente. Una voz se filtró entre mis pensamientos, repitiéndome incansablemente que no tenía derecho a obligar a Patch a llevar esa carga. Al menos no en su estado de debilidad. Si realmente lo quería, mantendría la boca cerrada. Su recuperación era más importante que sacarme de encima un puñado de mentiras inocentes. Volví a sentir esas manos heladas deslizándose hacia mi cuello.

—No... no es nada —rectifiqué—. Solo necesito dormir un poco. Y tú tienes que llamar a Scott.

Me di la vuelta y enterré el rostro en la almohada para que no me viera llorar. Las manos de hielo seguían allí, listas para cerrarse alrededor de mi cuello si decía una palabra de más, si contaba mi secreto.

—Tengo que llamarle, es cierto, pero antes necesito que me cuentes qué ocurre —dijo Patch, y al oír la preocupación que teñía su voz lo supe: había llegado demasiado lejos como para poder salir de esa con una simple excusa.

Esos dedos helados me estrecharon el cuello. Estaba demasiado asustada para hablar. Demasiado asustada de esas manos y del daño que podían hacerme.

Patch encendió la lamparilla de la mesita de noche y me cogió suavemente del hombro con la intención de verme la cara, pero yo la hundí más en la almohada.

—Te quiero —balbuceé. La vergüenza me golpeó en el estómago. ¿Cómo podía dedicarle esas palabras y al mismo tiempo mentirle?

—Lo sé, del mismo modo que sé que me estás ocultando algo. Este no es momento para secretos. Hemos llegado demasiado lejos como para dar media vuelta —me recordó Patch.

Asentí, con el rostro pegado a las sábanas humedecidas por las lágrimas. Tenía razón. Era consciente de ello, pero eso no hacía que me resultara más fácil sincerarme. Y no sabía si lo haría. Esos dedos gélidos que se hundían en mi garganta,

esa voz...

Patch se metió en la cama conmigo y se me acercó. Sentí su respiración en la nuca, el calor de su piel junto a la mía. Sus rodillas encajaban perfectamente en mis piernas. Me besó en el hombro y sus cabellos oscuros me acariciaron la oreja.

«Te... he... mentido», le confesé mentalmente; me pareció que cada palabra había tenido que atravesar una pared de ladrillos. Se me tensaron todos los músculos, a la espera de que la mano helada me estrujara el cuello, pero, sorprendentemente, los dedos se aflojaron con mi confesión. Su tacto gélido se deslizó espalda abajo. Animada por este primer paso, proseguí: «He mentido a la única persona cuya confianza significa para mí más que cualquier otra cosa. Te he mentido, Patch, y no sé si podré perdonarme por ello».

En lugar de pedirme una explicación, Patch continuó cosiéndome el brazo a besos, uno tras otro. Y hasta que no hubo depositado el último en la parte interior de mi muñeca, no abrió la boca.

—Gracias por contármelo —dijo con calma.

Yo me volví hacia él, desconcertada.

—¿No quieres saber en qué te he mentido?

—Lo que quiero saber es cómo puedo ayudarte a sentirte mejor —repuso acariciándome los hombros con ternura.

Pero el único modo de sentirme mejor era sincerarme del todo. No era responsabilidad de Patch quitarme ese peso de encima, sino mía, y cada pinchazo de remordimiento me atravesaba el estómago como un lanza.

—He estado tomando... hechicería diabólica. —Creía que ya no podía estar más avergonzada, pero la sensación de vergüenza era como un globo que no paraba de crecer—. La he estado tomando durante todo este tiempo. Nunca llegué a beberme el antídoto que te entregó Blakely. Me lo guardé para más adelante, cuando hubiera pasado el mes de Jeshván, cuando ya no necesitara ser superhumana, pero la verdad es que todo eso solo eran excusas. En realidad no tenía ninguna intención de tomármelo. He estado confiando en la hechicería diabólica durante todo este tiempo y tengo miedo de no ser lo bastante fuerte sin ella. Sé que debo dejar de tomarla, sé que está mal, pero me permite hacer cosas que no puedo conseguir sola. Te sometí a un truco psicológico para que creyeras que me había bebido el antídoto y... ¡lo siento mucho, más que nada en el mundo!

Bajé la mirada, incapaz de contemplar la decepción y la tristeza en los ojos de Patch. La verdad ya era bastante penosa, pero oírme a mí misma confesándola en voz alta era más de lo que podía soportar. ¿En quién me había convertido? No me reconocía a mí misma, y era el peor sentimiento que había experimentado jamás. Me había perdido por el camino. Y, aunque resultaba muy fácil echarle la culpa a la hechicería diabólica, lo cierto era que la decisión de robarle a Dante esa primera

botella la había tomado yo.

Al cabo, Patch habló. Su tono de voz era tan calmado, estaba tan cargado de admiración, que llegué a pensar que conocía mi secreto desde hacía tiempo.

—¿Sabes?, la primera vez que te vi, pensé: «Nunca había visto algo tan hermoso y cautivador».

—¿Por qué me cuentas esto? —dije, abatida.

—Te vi, y enseguida quise estar cerca de ti. Quería que me dejaras entrar en tu vida. Quería conocerte como nadie te había conocido nunca. Te quería a ti, todo lo que tú eres. Y ese deseo casi me volvió loco. —Patch hizo una pausa e inhaló lenta, intensamente, como si quisiera respirarme—. Y ahora que te tengo, lo único que me asusta es que la vida me obligue a volver a revivir aquello: desearte sabiendo que mi deseo no puede cumplirse. Eres mía, Ángel. Toda tú. Y no pienso permitir que nada lo cambie.

Me apoyé en ambos hombros y me lo quedé mirando fijamente.

—No te merezco, Patch. Tú dirás lo que quieras, pero esta es la verdad.

—Es cierto, no me mereces —coincidió—. Te mereces algo mejor. Pero ahora estás atada a mí, tendrás que aceptarlo. —Con solo un movimiento, Patch me acostó y se colocó encima de mí, mirándome desafiante con sus ojos negros—. No tengo intención de dejarte marchar, date por avisada. Me da igual que sea otro hombre, tu madre o los poderes del infierno los que traten de separarnos: no pienso dejarte.

Parpadeé, atónita, con las pestañas humedecidas por las lágrimas.

—No voy a permitir que nada se interponga entre nosotros. Y menos la hechicería diabólica. Llevo el antídoto en el bolso. Me lo tomaré ahora mismo. ¿Patch? —Y añadí, sinceramente—: Gracias... por todo. No sé lo que haría sin ti.

—Mejor —murmuró—. Porque no voy a permitir que te me escapes.

Me dejé caer en su cama, contenta de complacerle.

Capítulo

32

En efecto, la noticia de la convocatoria de la reunión con los altos cargos Nefilim enseguida estuvo en boca de todos. El domingo por la tarde, las líneas telefónicas Nefilim zumbaban con especulaciones y comentarios de expectación. Yo acaparaba toda la atención y ni siquiera se hablaba de la declaración de Dante: le había robado el protagonismo a mi contrincante, pero por el momento él no había protestado. Estaba convencida de que Patch tenía razón: Dante había decidido suspender sus planes hasta saber cuál sería mi siguiente movimiento.

Scott llamaba cada hora con alguna novedad, en la mayoría de los casos la última teoría de los Nefilim acerca de mi primera ofensiva contra los ángeles caídos. Una emboscada, la destrucción de las líneas de comunicación, el envío de espías y el secuestro de alguno de los comandantes de los ángeles caídos encabezaban la celebrada lista. Tal como Patch había predicho, los Nefilim dieron por sentado que la razón por la que convocaba la reunión era la guerra. Me pregunté si Dante había llegado a la misma conclusión. Me habría gustado pensar que así era, que lo había engañado, pero la experiencia me decía que era lo bastante listo como para olerse algo: sabía que yo estaba tramando algo.

—¡Buenas noticias! —exclamó Scott, entusiasmado, por teléfono—. Los altos cargos Nefilim han aprobado tu reunión. Ya han fijado el lugar, y no es el Delphic. Al parecer quieren que sea una reunión más íntima: como era de esperar, solo podrá asistir a la fiesta quien tenga invitación. Veinte Nefilim a lo sumo. Muy privado y con mucha vigilancia. Cada uno de los invitados pasará por un control de seguridad. La buena noticia es que aparezco en la lista. He tenido que mover algunos hilos, pero al final estaré allí contigo.

—Dime dónde será —le pedí tratando de tragarme las náuseas.

—Quieren reunirse en la antigua residencia de Hank Millar.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Nunca podría olvidar el azul gélido de esos ojos que su nombre me traía a la memoria.

Traté de apartar su fantasma de mis pensamientos y me concentré. ¿Una elegante casa georgiana en un respetable barrio humano? No parecía lo bastante discreto para una reunión Nefil secreta.

—¿Por qué allí?

—Los altos cargos han pensado que era un modo de mostrarle sus respetos a la Mano Negro. ¡Claro que sí! ¡Un hurra por el responsable de todo este desastre! —

añadió Scott con desdén.

—Si sigues hablando así, te van a borrar de la lista de invitados.

—Han fijado la hora de la reunión a las diez de la noche. Ten el móvil libre, por si surge alguna novedad. Y no te olvides de mostrarte sorprendida cuando te llamen para darte todos los detalles. Que no piensen que ya tienen algún espía dentro. Una cosa más: siento mucho lo ocurrido con Dante. En parte soy responsable. Te lo presenté yo. Si pudiera, lo descuartizaría, ataría un ladrillo a cada una de sus extremidades, me las llevaría a alta mar y las echaría por la borda. Bueno, ¡ánimo! Estaré allí contigo.

Colgué y me volví en busca de Patch, que había estado apoyado en la pared, observándome, mientras mantenía mi conversación con Scott.

—La reunión será esta noche —le dije—. En la antigua residencia de los Millar.

No podía dejar de darle vueltas: ¿una casa privada?, ¿controles de seguridad?, ¿guardias? ¿Cómo se las arreglaría Patch para entrar? Por desgracia, todo indicaba que tendría que quedarse fuera.

—Vale —repuso Patch con calma—. Allí estaré.

Admiraba su aplomo y su seguridad en sí mismo, pero no entendía cómo se las arreglaría para entrar sin ser visto.

—La casa estará muy vigilada. En cuanto pongas un pie en el recinto, lo sabrán. Tal vez si hubieran elegido un museo o el palacio de justicia, habríamos tenido alguna posibilidad, pero allí no. De acuerdo, la residencia de los Millar es grande, pero no tanto. Estará toda vigilada, cada centímetro cuadrado.

—Es justo lo que esperaba. Ya había pensado en los detalles. Scott me ayudará a entrar.

—No va a funcionar. Seguro que esperan la presencia de ángeles caídos espías. Ya sé que Scott podría abrirte alguna de las ventanas, pero también habrán considerado esa posibilidad. No solo te capturarán, sino que descubrirán que Scott es un traidor...

—Pienso ocupar el cuerpo de Scott.

Me quedé conmovida. Poco a poco, la solución de Patch fue tomando forma en mi cabeza. Por supuesto. Estábamos en el mes de Jeshván. Patch no tendría ninguna dificultad en hacerse con el control del cuerpo de mi amigo. Y, desde fuera, no habría modo de diferenciar el uno del otro. Patch entraría en la reunión sin ningún problema. Era el disfraz perfecto. Solo había un pequeño problema.

—Scott no lo aceptará.

—Ya lo ha hecho.

Me volví hacia él sin dar crédito.

—¿En serio?

—Lo hará por ti.

Se me hizo un nudo en la garganta. Si Scott odiaba algo en esta vida era la idea de que un ángel caído ocupase su cuerpo. En ese instante me di cuenta de lo mucho que mi amistad debía de significar para él. ¡Scott accediendo a que un ángel caído lo poseyera! ¡Era la cosa que más le repugnaba en este mundo! Me había quedado sin palabras. Solo podía ofrecerle mi gratitud, y poner todo mi empeño en no fallarle.

—Por favor, te pido que esta noche tengas mucho cuidado —le rogué a Patch.

—Lo tendré. No voy a quedarme más de lo necesario. En cuanto hayas abandonado la reunión, trataré de oír todo lo que pueda y le devolveré su cuerpo a Scott. No te preocupes, me aseguraré de que no le suceda nada.

Me lancé a los brazos de Patch y le di un fuerte abrazo.

—Gracias —susurré.

Más tarde, esa misma noche, cuando aún faltaba una hora para las diez, salí de casa de Patch. Me marché sola, en un coche alquilado, de acuerdo con las exigencias de los Nefilim que organizaban la reunión. Se habían ocupado de todos los detalles, y no iban a correr el riesgo de que me siguiera algún Nefil escandaloso o, aún peor, un ángel caído que se hubiera enterado de nuestra reunión.

Las calles estaban oscuras y cubiertas de una capa de niebla húmeda y resbaladiza, y los faros iluminaban la estrecha alfombra negra que serpenteaba entre las colinas. Tenía la calefacción encendida, pero no conseguía librarme de ese frío obstinado que se adhería a mis huesos. No sabía qué me esperaba esa noche, así que no me resultaba fácil trazar un plan. Tendría que actuar de oído, algo que detestaba. Me habría gustado entrar en casa de los Millar con algo más que mis propios instintos, pero eso era todo lo que tenía. Al cabo, aparqué delante de la antigua residencia de Marcie.

Me quedé sentada al volante unos instantes, contemplando las columnas blancas y las persianas negras. El césped había desaparecido bajo las hojas secas, y delgadas ramitas pardas, lo que quedaba de las hortensias del verano, asomaban de las macetas de terracota que flanqueaban el porche. En el pasillo, se amontonaban periódicos en estadios de degradación diversos. La casa había estado desocupada desde la muerte de Hank y no parecía tan acogedora y elegante como recordaba. La madre de Marcie se había mudado a un apartamento junto al río y Marcie... bueno, Marcie se había tomado al pie de la letra la frase «mi casa es tu casa».

Una luz pálida iluminaba tímidamente las ventanas encortinadas y, aunque no distinguía ninguna silueta, sabía que varios de los líderes Nefilim más influyentes y poderosos del mundo me esperaban tras esas cortinas para emitir su juicio acerca de las primicias que estaba a punto de darles. También sabía que Patch estaría allí para asegurarse de que no me sucediera nada malo.

Me aferré con fuerza a ese pensamiento, inspiré profundamente y me dirigí hacia

la puerta principal.

Llamé.

La puerta se abrió, y una mujer alta me acompañó dentro después de que sus ojos se entretuvieran en mis facciones el tiempo suficiente para identificarme. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y recogido en una trenza, y no había en su rostro nada remarcable ni memorable.

Murmuró un «Hola» en un tono educado y a la vez reservado y, alargando la mano con rigidez, me dirigió hacia el interior de la casa.

El sonido de mis pasos resonaba bajo las luces tenues del pasillo. Pasé junto a varios retratos de la familia Millar, que me sonrieron desde detrás de cristales empolvados. Un jarrón de lilas marchitas ocupaba la mesa de la entrada. Toda la casa olía a cerrado. Seguí el camino que me indicaban las luces hasta el comedor.

En cuanto atravesé las puertas acristaladas, el murmullo de la conversación cesó. Había seis hombres y cinco mujeres sentados a cada lado de una larguísima mesa de caoba pulida. Unos pocos Nefilim esperaban de pie junto a la mesa, visiblemente inquietos y asustados. Casi tuve que mirar dos veces cuando mis ojos se encontraron con los de la madre de Marcie: sabía que Susanna Millar era Nefil, pero siempre había tenido este pensamiento intangible guardado en algún lugar remoto de la mente. De pronto, al verla allí esa noche, en una reunión secreta de inmortales, tuve la sensación de que representaba... una amenaza. Marcie no estaba con ella. Quizá no había querido acudir, pero la explicación más plausible era que no la habían invitado. Susanna parecía el tipo de madre que hace todo lo que está en su mano para que su hija tenga una vida sin complicaciones.

Encontré el rostro de Scott entre la multitud. Al saber que Patch había ocupado su cuerpo, las protestas de mi estómago se tomaron un descanso. Me miró a los ojos e inclinó la cabeza, una señal secreta para darme ánimos, y me invadió una profunda sensación de tranquilidad: no estaba sola; Patch me cubría la espalda. Debería haber sabido que encontraría el modo de estar allí, por muy arriesgado que fuera.

Y entonces vi a Dante. Se sentaba al extremo de la mesa, con un jersey negro de cuello vuelto y una expresión de preocupación pomposa en el rostro. Tenía la barbilla apoyada en la mano, y cuando sus ojos se tropezaron con los míos, sus labios dibujaron una sonrisita burlona y levantó las cejas con aire desafiante. Aparté la mirada.

Concentré mi atención en la mujer mayor del vestido de cóctel morado y los pendientes de diamantes que se sentaba en el otro extremo de la mesa. Lisa Martin. Después de Hank, era la Nefil más influyente y respetada que había conocido. No me caía bien, ni tampoco confiaba en ella, ambos sentimientos de los que tendría que prescindir en los siguientes minutos si quería salir airosa de la situación.

—Nos alegramos tanto de que hayas propuesto esta reunión, Nora. —Su voz

cálida, suntuosa y aprobatoria fue como una caricia para mis oídos. Mi corazón acelerado se calmó. Si pudiera conseguir que se pusiera de mi lado, ya casi habría ganado la partida.

—Gracias —conseguí responder al cabo.

Alargó la mano hacia una silla vacía, pero no me senté. Me daba miedo perder los arrestos si lo hacía. Me apoyé en la mesa con ambas manos y, ahorrándome los preliminares, me lancé a exponer el auténtico motivo de mi visita.

—Soy muy consciente de que no todos los presentes me consideran la mejor persona para liderar el ejército de mi padre —constaté sin más rodeos. La palabra «padre» me dejó un regusto bilioso en la boca, pero recordé que Patch me había advertido de que esa noche debía vincularme a Hank tanto como pudiera. Los Nefilim lo veneraban y, si podía aprovechar ese sentimiento, aunque solo fuera de segunda mano, debía hacerlo.

Establecí contacto visual con todos los Nefilim que había sentados a la mesa, y algunos de los que estaban de pie detrás. Debía mostrarles que tenía fortaleza y coraje, y, lo que era más importante, que me disgustaba su falta de apoyo.

—Sé que algunos de vosotros habéis elaborado ya una lista con los nombres de los hombres y las mujeres a las que consideraréis más adecuados para el puesto. —Hice otra pausa, y deposité todo el peso de mi mirada en Dante. Él me contemplaba impasible, pero vi crepitar el odio en el fondo de sus ojos pardos—. Y sé que Dante Mazzeratti la encabeza.

Un murmullo recorrió la sala, pero nadie contradijo mi afirmación.

—No os he convocado aquí para discutir mi primera ofensiva en nuestra guerra contra los ángeles caídos, sino porque sin un líder fuerte que cuente con vuestro apoyo esa guerra no será posible. Los ángeles caídos se nos comerán vivos. Necesitamos unidad y solidaridad —les apremié con convicción—. Estoy convencida de que soy la mejor líder que podéis tener, y mi padre pensaba lo mismo. Sin embargo, está claro que no os he sabido convencer. Y esta es la razón por la que esta noche quiero retar a Dante Mazzeratti a un duelo, un duelo cuyo ganador será el jefe del ejército.

Dante se puso en pie de un salto.

—¡Pero si salimos juntos! —Su expresión era la reproducción perfecta del asombro mezclado con el orgullo herido—. ¿Cómo puedes sugerir que nos retemos en duelo? —dijo con la voz rota por la humillación.

No me había esperado que recurriera a nuestra falsa relación, construida sobre los débiles fundamentos de un acuerdo verbal que nunca llegó a concretarse, una relación que había olvidado enseguida y que ahora me revolvía el estómago; sin embargo, no me había dejado sin habla. Dije fríamente:

—Estoy dispuesta a luchar con quien sea: esto es lo que significa liderar a los

Nefilim para mí. Así que te reto oficialmente a batirte en duelo conmigo, Dante.

Ninguno de los presentes dijo nada. Llevaban la sorpresa y también la satisfacción escritas en el rostro. Un duelo. El ganador se lo llevaba todo. Patch había tenido razón: los Nefilim vivían en un mundo arcaico, regido por principios darwinianos. Estaban encantados con el giro que habían dado los acontecimientos y, a juzgar por las miradas de afecto que le dedicaron a Dante, no cabía duda de que todos los allí presentes pensaban que iba a ser el ganador.

Dante trataba de mantener una expresión impasible, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa velada ante mi locura y su buena fortuna. Pensaba que había cometido un error garrafal, de acuerdo. Pero enseguida entornó los ojos con recelo. Aparentemente no iba a morder el anzuelo tan fácilmente.

—No puedo hacerlo —anunció—. Sería traición. —Sus ojos barrieron la sala, como si quisiera evaluar si sus palabras caballerosas le habían valido más partidarios—. He prometido ser leal a Nora y no puedo hacer un acto que contradiga esa promesa.

—Como tu comandante, ¿te ordeno que te batas en duelo conmigo! —repliqué con resolución. Aún era el jefe de ese ejército y no iba a permitir que me desautorizara con palabras dulces y halagos—. Si de verdad eres el líder más conveniente, me retiraré. Quiero lo mejor para mi pueblo. —Había ensayado esas palabras cientos de veces y, aunque el discurso estaba preparado, salieron todas de mi corazón. Pensé en Scott, en Marcie, en miles de Nefilim a los que no conocía, pero que aun así me importaban: eran buenas personas que no merecían que los ángeles caídos las esclavizaran año tras año. Merecían una lucha justa. Y yo iba a hacer lo posible para que la tuvieran.

Me había equivocado... y mucho. Había tratado de evitar defender a los Nefilim por miedo a los arcángeles. Y, lo que aún era más reprobable, había empleado la guerra como excusa para tomar más hechicería diabólica. Durante todo ese tiempo me había preocupado más por mí misma que por la gente a la que se suponía que tenía que liderar. Pero eso se había acabado. Aunque Hank me había confiado esa misión, no iba a cumplirla por él, sino porque era lo correcto.

—Creo que Nora ha puesto de relieve algo importante —observó Lisa Martin—. No hay nada menos estimulante que un líder sin el apoyo del pueblo. Tal vez la Mano Negra tuviera razón con ella. —Se encogió de hombros—. O quizá cometiera un error. Tomaremos nosotros las riendas del asunto y lo resolveremos de una vez por todas. Y luego podremos emprender una guerra contra nuestros enemigos, como un pueblo unido con un líder fuerte.

Asentí, agradecida. Si la tenía de mi lado, los demás no tardarían en apoyarme también.

—Estoy de acuerdo —dijo un Nefil desde el otro extremo de la sala.

—Yo también.

Las voces de apoyo se sucedieron en un murmullo que fue recorriendo el comedor.

—Los que estén a favor, que levanten la mano —pidió Lisa.

Una a una, las manos fueron elevándose por encima de las cabezas. Patch me miró a los ojos, y a continuación levantó el brazo. Sabía que lo había hecho a regañadientes, pero no nos quedaba otra alternativa. Si Dante me arrebatara el poder, yo moriría. Mi única posibilidad era luchar y tratar de hacer todo lo posible para ganar.

—Somos mayoría —concluyó Lisa—. El duelo tendrá lugar mañana lunes, al alba. Os comunicaré el lugar en cuanto lo hayamos determinado.

—Dos días —dijo Patch de inmediato, empleando la voz de Scott—. Nora no ha disparado nunca una pistola. Necesita tiempo para entrenarse.

Y también necesitaba darle a Pepper el margen suficiente para que volviera del cielo con la daga encantada y convirtiera ese duelo en un ejercicio innecesario.

Lisa negó con la cabeza.

—Demasiado tarde. Los ángeles caídos podrían venir a por nosotros en cualquier momento. No sabemos por qué razón han esperado hasta ahora, pero nuestra suerte puede cambiar de hoy para mañana.

—Y nadie ha hablado de pistolas —apuntó Dante alto y claro, mirándonos a Patch y a mí con astucia, como si tratara de adivinar qué estábamos tramando. Escrutó mi rostro en busca de cualquier atisbo de emoción—. Yo prefiero las espadas.

—Es Dante quien decide —puntualizó Lisa—. El duelo no ha sido idea suya. Tiene derecho a elegir el arma. Así pues, ¿te decides por las espadas?

—Me parecen más femeninas —explicó Dante, tratando de conseguir hasta la última gota de aprobación de sus compañeros Nefilim.

Me envaré, resistiéndome al impulso de suplicarle a Patch ayuda.

—Nora no ha tocado una espada en su vida —replicó Patch, de nuevo con la voz de Scott—. No sería una lucha justa si no tiene tiempo de entrenarse un poco. Concededle hasta el martes por la mañana.

Nadie se precipitó a secundar su petición. El desinterés que se respiraba era tan palpable que casi podría haber alargado el brazo y cogerlo con las manos. Mi entrenamiento era la menor de sus preocupaciones. De hecho, cuanto antes subiese Dante al poder, mejor: eso es lo que se desprendía de su actitud apática.

—¿Vas a encargarte tú de entrenarla, Scott? —le preguntó Lisa a Patch.

—A diferencia de algunos de vosotros, yo no me he olvidado de que aún es nuestra líder —respondió él con frialdad.

Lisa inclinó la cabeza como diciendo «Muy bien».

—Entonces ya está decidido. Será pasado mañana, al amanecer. Hasta entonces,

os deseo lo mejor a los dos.

No me quedé allí por más tiempo. Ya se había decidido que se celebraría el duelo y que yo iba tomar parte en ese peligroso plan, así que me marché. Sabía que Patch tendría que quedarse allí un poco más, para calibrar las reacciones de la gente y tal vez enterarse de información vital, pero deseaba que se diera prisa.

No era una noche en la que me apeteciera estar sola.

Capítulo

33

Como sabía que Patch estaría ocupado hasta que el último de los Nefilim abandonara la antigua residencia de los Millar, me fui a casa de Vee. Llevaba la chaqueta tejana con el busca, de modo que Patch podría encontrarme si me necesitaba. Mientras, yo tenía que hacer una confesión.

No podía seguir actuando sola. Había intentado proteger a Vee, pero necesitaba a mi mejor amiga.

Tenía que contárselo todo.

Sabía que la puerta principal no era el mejor camino para llegar a Vee a esas horas de la noche, así que atravesé el jardín con sigilo, salté la verja y golpeé con los nudillos la ventana de su dormitorio.

Al cabo de unos instantes, vi que se corrían las cortinas y su rostro apareció al otro lado del cristal. A pesar de que era casi medianoche, aún no se había puesto el pijama. Levantó la ventana unos centímetros.

—¡Vaya! No has venido en muy buen momento. Creía que estabas con Scott. Ahora viene hacia aquí.

—Necesito hablar contigo —le dije con una voz ronca y temblorosa.

Vee no lo dudó ni un instante.

—Llamaré a Scott y le diré que no venga —afirmó abriendo la ventana del todo para dejarme entrar—. Desembucha.

Vee no gritó, ni sollozó histéricamente, ni tampoco salió a la carrera de la habitación cuando le hube confesado todos esos secretos fantásticos que llevaba meses ocultándole. Me pareció que dio un respingo al oír que los Nefilim eran la progenie de los humanos y los ángeles caídos, pero, aparte de eso, no vi en su expresión ninguna señal de horror ni incredulidad. Me escuchó atentamente mientras le describía las dos razas inmortales enfrentadas, el papel que había desempeñado Hank Millar en todo eso y cómo había descargado en mis hombros todo el peso de la responsabilidad. Incluso se las arregló para sonreír cuando le desvelé la auténtica identidad de Patch y Scott.

Cuando hube terminado, simplemente enderezó la cabeza y me escrutó con la mirada durante unos instantes. Al cabo, me dijo:

—Vaya, eso explica muchas cosas.

Entonces fui yo la que dio un respingo.

—¿Perdona? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? ¿No estás... no sé...

asombrada? ¿Confundida? ¿Desconcertada? ¿Histórica?

Vee hizo tamborilear los dedos contra la barbilla.

—Ya sabía que Patch era demasiado perfecto para ser humano.

Empezaba a creer que no me había oído cuando le había dicho que yo tampoco lo era.

—¿Y qué me dices de mí? ¿Te quedas tan tranquila sabiendo que no solo soy una Nefil, sino que se supone que debo dirigir a todos los Nefilim que hay ahí fuera en una guerra contra los ángeles caídos? —le pregunté señalando la ventana con el dedo—. Ángeles caídos, Vee. Como en la Biblia. Criminales expulsados del cielo.

—En realidad, me parece bastante increíble.

Me rasqué una ceja.

—No puedo creer que te lo tomes con tanta calma. Había esperado que reaccionaras de algún modo. No sé, que tuvieras un arrebato o algo así. Conociéndote como te conozco, creía que agitarías los brazos y soltarías una buena retahíla de palabrotas, como mínimo. Aunque tal vez le haya contado todo esto a una pared.

—Vaya, hablas de mí como si fuera una diva.

No pude evitar sonreír.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Es solo que me parece extraño eso de que la altura sea el modo más sencillo de identificar a un Nefil, cuando tú, en cambio, eres más bien normalita —arguyó Vee—. Tómame a mí, por ejemplo. Yo sí soy alta.

—Soy de altura media porque Hank...

—Sí, sí. Ya me has contado esa parte en la que dejas de ser humana y te conviertes en Nefil después de hacer un juramento, y que por eso tienes una complexión física normal, pero es una lata, ¿no? Quiero decir, ¿y si el Juramento del Cambio te hubiera hecho alta? ¿Y si te hubiera hecho tan alta como yo?

No acababa de ver adónde quería ir a parar, pero estaba claro que se le escapaba lo esencial. No se trataba de la altura, sino de abrir la mente a un mundo inmortal cuya existencia se desconocía: ¡y yo acababa de reventar la burbuja de seguridad en la que Vee había estado viviendo hasta entonces!

—¿Se cura tu cuerpo más deprisa ahora que eres Nefil? —prosiguió Vee—. Porque si no tienes ese privilegio, te han dado gato por liebre.

Me enderecé.

—Vee, no te he hablado de nuestras capacidades para curarnos rápidamente.

—Eh... No, creo que no lo has hecho.

—Entonces, ¿cómo lo sabías? —Me la quedé mirando mientras repasaba nuestra conversación. No, no se lo había contado. Tenía la sensación de que los engranajes de mi cerebro giraban a cámara lenta. Y entonces lo comprendí de golpe, sin tiempo para digerirlo. Me llevé la mano a la boca—. ¿Eres...?

Vee me sonrió con picardía.

—Ya te dije que te había ocultado algunos secretos.

—Pero... No puede ser... No es...

—¿Posible? Sí, eso es lo que pensé yo al principio. Creí que estaba pasando por una especie de segunda menstruación. Estas últimas semanas me he sentido más cansada de lo habitual, y como dolorida, y enfadada con el mundo. Luego, la semana pasada, me corté mientras pelaba una manzana. La herida se me curó tan deprisa que incluso llegué a pensar que en realidad no me había hecho nada. Y, después de eso, aún me pasaron cosas más raras. En Educación Física, lancé la pelota con tanta fuerza que fue a parar al muro del otro lado del campo. En la sala de musculación, podía levantar el mismo peso que los chicos más fuertes de la clase. Por supuesto, lo mantuve en secreto, porque no quería llamar la atención hasta saber exactamente qué le estaba ocurriendo a mi cuerpo. Hazme caso, Nora. Soy cien por cien Nefil. Scott se dio cuenta enseguida. Me ha estado poniendo al día de todo lo que supone y me ha ayudado a asimilar el hecho de que, hace diecisiete años, mi madre se hubiera acostado con un ángel caído. Me ha venido muy bien saber que Scott experimentó los mismos cambios físicos y descubrió lo mismo acerca de sus padres. ¡No nos podíamos creer que tardases tanto en darte cuenta! —Vee me dio cariñosamente con el puño en el hombro.

Me quedé con la boca abierta como una estúpida.

—Eres... eres realmente Nefil.

¿Cómo no lo había notado? Debería haberlo detectado al instante... Me había ocurrido con los otros Nefilim o incluso con ángeles caídos. Tal vez al ser Vee mi mejor amiga, y haberlo sido durante tantos años, me resultaba imposible verla de otro modo.

—¿Qué te ha contado Scott de la guerra? —le pregunté al cabo.

—Esa era una de las razones por las que tenía que venir esta noche, para informarme. Al parecer eres toda una personalidad, señora Abeja Reina. ¿Jefe del ejército de la Mano Negra? —Vee soltó un silbido de admiración—. Caray, yo que tú lo pondría en el currículum.

Capítulo

34

A la mañana siguiente, solo llevaba unas zapatillas deportivas, unos shorts y una camiseta de tirantes cuando me encontré con Patch en una zona de la costa particularmente enriscada. Ya era lunes, el día límite de Pepper. Y también había clase en el instituto. Pero no podía preocuparme por ninguna de esas dos cosas: primero el entreno, luego el estrés.

Me había vendado las manos, convencida de que los entrenamientos de Dante serían un paseo al lado de los de Patch. Llevaba el pelo recogido en una trenza y tenía el estómago vacío, salvo por el vaso de agua que me había bebido antes de salir. No había ingerido hechicería diabólica desde el viernes, y lo notaba: tenía un dolor de cabeza de las dimensiones de Nebraska y perdía la visión cuando me volvía demasiado deprisa. Además, un hambre incontrolable me arañaba por dentro. El dolor era tan intenso que casi no podía respirar.

Tal como le había prometido a Patch, me había tomado el antídoto el sábado por la noche, después de confesarle mi adicción, pero al parecer la medicación tardaba un poco en hacer su efecto. Probablemente no ayudaba que me hubiera metido litros de hechicería diabólica en el organismo durante la semana anterior.

Patch llevaba tejanos negros y una camiseta a juego que se le ajustaba al cuerpo. Me puso una mano en cada hombro y, de pie frente a mí, me dijo:

—¿Estás lista?

A pesar de mi humor sombrío, le sonreí e hice sonar mis nudillos.

—¿Lista para ponerle las manos encima al guapo de mi novio? Oh, sí, para esto siempre estoy lista.

Se rio con la mirada.

—Trataré de controlar por dónde te agarro, pero con la excitación de la lucha, vete a saber lo que puede pasar —añadí.

Patch me sonrió.

—Suenas prometedor.

—Muy bien, entrenador. Vamos a ello.

Y, a continuación, Patch adquirió una expresión grave y profesional.

—Tú nunca has hecho esgrima, y Dante, en cambio, debe de llevar años entrenándose en esta disciplina. Es tan viejo como lo sería Napoleón y probablemente nació con una espada en la mano. Tu mejor baza será despojarle del arma enseguida y emprender una lucha cuerpo a cuerpo.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

Patch recogió dos palos del suelo: los había cortado aproximadamente a la medida de una espada estándar y los había depositado junto a sus pies. Lanzó uno en el aire y yo lo pillé al vuelo.

—Desenvaina la espada antes de empezar a luchar. Se tarda más en desenvainar que en recibir una estocada.

Retiré la espada de la vaina invisible que llevaba sujeta a la cadera y la blandí dispuesta a empezar.

—Mantén los pies separados en todo momento, al nivel de los hombros —me indicó Patch involucrándome en un quite lento y relajado—. No queremos que pierdas el equilibrio y acabes dando un traspié. No juntes nunca los pies y mantén siempre la espada cerca de tu cuerpo. Cuanto más te inclines o te estires hacia delante, más fácil le resultará a Dante hacerte caer.

Estuvimos trabajando los movimientos de los pies y el equilibrio durante unos minutos, haciendo chocar nuestras espadas improvisadas acompañados por el rumor de la marea baja.

—No pierdas de vista los movimientos de Dante ni por un momento —me aconsejó Patch—. Si te fijas bien, enseguida descubrirás el patrón por el que se rige y podrás predecir en qué momento se dispondrá a atacarte. Cuando lo haga, lanza un ataque preventivo.

—Vale, pero necesitaré que me enseñes cómo.

Patch adelantó el pie rápidamente, meneó la espada con gracia y la descargó contra la mía. El golpe fue tan contundente que noté la vibración de la espada en mis manos, incapaz de seguir sosteniéndola en alto. Antes de que pudiera recuperarme, le asestó un segundo golpe y lanzó mi espada al aire, arrebatándomela de las manos.

La recogí del suelo, me pasé el brazo por la frente y dije:

—No tengo fuerza suficiente. No voy a poder hacerlo.

—Sí que podrás, cuando lo hayas debilitado. El duelo será mañana al alba. Según la tradición, se celebrará al aire libre, en algún lugar alejado. La idea es que obligues a Dante a situarse de tal modo que el sol acabe dándole en los ojos. De todas formas, aunque consiguiera invertir las posiciones, es lo bastante alto como para servirte de protección contra la luz del sol. Aprovechate de su altura. Es más alto que tú y eso te deja sus piernas al alcance. Un golpe seco en cualquiera de las rodillas lo desestabilizará. En cuanto pierda el equilibrio, despójale de la espada.

Entonces reproduje el movimiento que Patch acababa de enseñarme y le hice perder la estabilidad asestándole primero un golpe en la rótula y, a continuación, una rápida descarga de envites. No conseguí arrebatarme la espada, pero sí le planté la punta de la mía en medio del torso. Si podía hacerle lo mismo a Dante, tendría el duelo ganado.

—Muy bien —dijo Patch—. Dudo de que el duelo dure más de treinta segundos. Cada movimiento es crucial. Sé cauta y sensata. No permitas que Dante te incite a cometer una imprudencia. Esquivar los golpes será tu mayor defensa, especialmente en un espacio abierto. Dispondrás de campo suficiente para evitar los envites de su espada: solo tienes que apartarte ágilmente de su camino.

—Dante sabe que es un millón de veces mejor que yo —advertí arqueando las cejas—. ¿Algún sabio consejo para superar una falta total de confianza en uno mismo?

—Convertiremos el miedo en tu estrategia. Finge estar más asustada de lo que estás en realidad, para que Dante tenga una falsa sensación de superioridad y se confíe. La arrogancia puede ser letal. —Levantó levemente las comisuras de sus labios—. Pero como si no hubiera sido yo quien te ha dicho esto.

Me llevé la espada de palo a los hombros, como si fuera un bate de béisbol.

—Así que, básicamente, el plan es despojarlo de la espada, darle una estocada fatal y reclamar mi puesto legítimo como jefa de los Nefilim.

Asintió con la cabeza.

—Así de sencillo. Unas diez horas más de entreno y te habrás convertido en una profesional.

—Si esto va a durar diez horas, necesitaré algún incentivo para mantener la motivación.

Patch me rodeó el cuello con el brazo y me plantó un beso en los labios.

—Cada vez que me arrebatas la espada, te deberé un beso. ¿Qué te parece?

Me mordí el labio para no reírme.

—Me parece muy roñica.

Patch levantó las cejas varias veces.

—Vaya, sí que vas lanzada. Dos besos por cada espada que me robes. ¿Alguna objeción?

Lo miré con mi expresión más inocente.

—En absoluto.

Patch y yo no dejamos de entrenar hasta que se puso el sol. Destrozamos cinco pares de espadas y solo nos detuvimos para comer y para que me diera mis merecidos besos de recompensa (algunos de los cuales duraron lo bastante como para captar la atención de los vagabundos de la playa y de algún que otro corredor). Estoy convencida de que parecíamos un par de locos, saltando por encima de las rocas escarpadas mientras agitábamos nuestras espadas de madera con el ímpetu suficiente como para hacernos magulladuras e incluso causarnos hemorragias internas. Por suerte, mi rápida capacidad de curación permitió que ni siquiera las heridas más graves interfirieran en el entrenamiento.

A la caída de la tarde, estábamos empapados en sudor y yo era incapaz de dar un

paso. En menos de doce horas, me enfrentaría a Dante en un duelo de verdad. Las espadas no serían de palo, sino de acero y estarían lo bastante afiladas como para cercenarnos los miembros. El pensamiento me puso la piel de gallina.

—Bueno, lo has conseguido —le dije a Patch—. Estoy más preparada que nunca: soy un monstruo de la esgrima. Deberías haber sido mi entrenador personal desde el principio.

Una sonrisa canalla le iluminó el rostro.

—No es suficiente para Patch.

—Mmm —coincidió, mirándolo de arriba abajo con coquetería.

—¿Por qué no vas a mi casa a pegarte una ducha mientras yo compro algo de comida en el Borderline? —me sugirió mientras nos encaramábamos por las rocas camino del parking.

Lo dijo de pasada, pero al oírlo no pude evitar mirarle a los ojos. Patch trabajaba de ayudante de camarero en el Borderline la primera vez que lo vi. Y ahora no podía pasar por delante de ese restaurante sin pensar en él. Me emocioné al ver que se acordaba y que el Borderline le traía también buenos recuerdos. Me obligué a apartar de mi mente el duelo del día siguiente y las remotas posibilidades de éxito de Pepper; esa noche quería disfrutar de la compañía de Patch sin preocuparme de lo que sería de mí, de nosotros, si Dante vencía en ese dichoso enfrentamiento.

—¿Puedo sugerir que traigas tacos? —le pedí con dulzura al recordar la primera vez que Patch me enseñó a prepararlos.

—Me has leído el pensamiento, Ángel.

Entré en casa de Patch. Una vez en el baño, me quité la ropa y me deshice la trenza. Patch tenía un cuarto de baño espléndido: baldosas azules y toallas negras, una bañera en el centro en la que cabríamos los dos tranquilamente, y jabón con aroma de vainilla y canela.

Me metí en la ducha y dejé que el agua me masajeara la piel. Me imaginé a Patch de pie allí mismo, con los brazos apoyados en las baldosas mientras el agua le recorría la espalda. Visualicé las gotas de agua sobre su piel y a él secándose con las mismas toallas con que iba a envolver mi cuerpo. Pensé en su cama, que estaba solo a unos pasos, y en las sábanas, que debían de haber conservado su olor...

Y entonces una sombra fugaz se reflejó en el espejo del cuarto de baño.

La puerta estaba ligeramente abierta y dejaba pasar la luz del dormitorio. Contuve el aliento, a la espera de que apareciera otra sombra o pasara el tiempo suficiente como para darme cuenta de que me había imaginado la primera. Estaba en casa de Patch. Nadie conocía su escondrijo. Ni Dante ni Pepper. Y había sido precavida: no me habían seguido hasta allí.

Otra nube oscura atravesó el espejo. El ambiente estaba cargado de energía

sobrenatural.

Cerré el grifo, me anudé una toalla por debajo de los hombros, y miré a un lado y a otro en busca de un arma: podía elegir entre un rollo de papel higiénico o un frasco de jabón.

Canturreé entre dientes. No había necesidad de que el intruso supiera que lo había descubierto. Lo sentí acercarse a la puerta del baño, y su poder electrificó todos mis sentidos: tenía el vello de los brazos completamente erizado, en guardia, como banderillas. Seguí canturreando. Con el rabillo del ojo, vi que el pomo de la puerta se movía. Ya me había cansado de esperar.

Hice acopio de todas mis fuerzas y arrojé mis pies desnudos contra la puerta soltando un gruñido. La puerta se partió y arrancó las bisagras al ceder bajo mi peso e impactar con quien estuviera detrás. Me abalancé hacia la entrada con los puños en alto, lista para pelear.

El hombre que yacía en el suelo se quedó hecho un ovillo para protegerse.

—¡No! —graznó—. ¡No me hagas daño!

Bajé los puños poco a poco e incliné la cabeza ligeramente para verlo mejor.

—¿Blakely?

Capítulo

35

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté ajustándome bien la toalla que me cubría el cuerpo—. ¿Cómo has encontrado este sitio?

Un arma. Necesitaba un arma. Mis ojos escanearon la sobria habitación de Patch. Tal vez en ese instante Blakely pareciera apocado, pero había estado meses manipulando hechicería diabólica. No me fiaba de que no llevara algo puntiagudo (y azulado) escondido bajo el abrigo.

—Necesito tu ayuda —me dijo con las manos en alto mientras se arrastraba para ponerse en pie.

—¡No te muevas! —le espeté—. De rodillas. Y pon las manos donde pueda verlas.

—Dante ha tratado de matarme.

—Eres inmortal, Blakely. Y también eres su socio.

—Ya no. Ahora que ya he desarrollado suficientes prototipos de hechicería diabólica me quiere fuera. Su intención es ser el único que la controle. Cogió la espada que me había encargado que hechizara especialmente para matarte y trató de emplearla contra mí. Aún no sé cómo he podido escapar.

—¿Dante te ordenó que fabricaras una espada para matarme?

—Para el duelo.

Aún no sabía lo que quería Blakely, pero no me extrañó que Dante estuviese dispuesto a recurrir a métodos prohibidos (y letales) para ganar el duelo.

—¿Es tan eficaz como dices? ¿Me mataría?

Blakely me miró directamente a los ojos.

—Sí.

Traté de procesar toda la información con calma. Necesitaba un modo de descalificar a Dante por utilizar esa espada. Pero lo primero era lo primero.

—¿Qué más?

—Tengo la sospecha de que Dante trabaja para los ángeles caídos.

Ni siquiera parpadeé.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Todos estos meses investigando y nunca me ha dejado fabricar un arma que pudiera acabar con la vida de un ángel caído. En cambio, he desarrollado un montón de prototipos para asesinarte. Y si pueden matarte a ti, también pueden matar a cualquier Nefil. Si los ángeles caídos son el enemigo, ¿por qué he estado fabricando

armas para destruir a los Nefilim?

Recordé la conversación que había mantenido con Dante en la pista de patinaje hacía aproximadamente una semana.

—Dante me contó que pronto podrías desarrollar un prototipo lo bastante potente como para matar a un ángel caído.

—¡No sabría cómo! ¡Nunca me ha dado la oportunidad!

Decidí arriesgarme y sincerarme con Blakely: aún no confiaba en él, pero si yo le ofrecía algo, tal vez él haría lo mismo conmigo. Además, en aquel momento, necesitaba tener toda la información.

—Sí, Dante trabaja para los ángeles caídos. Lo sé de primera mano.

Cerró los ojos unos instantes, tratando de digerir la verdad.

—Nunca me fie de él, ni siquiera al principio. Fue idea de tu padre incluirlo en el equipo. Entonces no fui capaz de disuadir a Hank, pero tal vez ahora pueda vengar su nombre. Si Dante es un traidor, te juro por tu padre que lo destruiré.

Otra cosa no, pero había que reconocer que Hank sabía inspirar lealtad.

—Háblame de la superbebida —le insté—. Si Dante trabaja para los ángeles caídos, ¿por qué te pidió que desarrollaras un prototipo que beneficia a nuestra raza?

—A pesar de lo que dijo al principio, nunca llegó a distribuir la bebida a otros Nefilim. Solo lo está fortaleciendo a él. Y ahora tiene todos los prototipos en su poder. Y también el antídoto. —Blakely se llevó los dedos al entrecejo—. Me ha robado todo por lo que tanto he trabajado...

Tanto sus palabras como el frío me pusieron la piel de gallina. Tenía el pelo empapado y gotas de agua helada se deslizaban por mi espalda.

—Patch llegará en cualquier momento. Ya que te has molestado en encontrar su casa, doy por supuesto que lo buscabas a él.

—Quiero acabar con Dante. —Su voz vibraba con convicción.

—Quieres decir que pretendes que Patch acabe con él por ti. —¿Por qué todos los criminales se empeñaban en convertir a mi novio en un mercenario? Vale, había sido su trabajo en su vida pasada, pero tanta insistencia empezaba a ser ridícula... e irritante. ¿Por qué la gente no se encargaba de sus propios problemas?—. ¿Qué te hace pensar que accederá a ayudarte?

—Quiero que Dante se pase el resto de su vida deseando morir. Aislado del mundo, torturado hasta el límite. Patch es el único que tiene posibilidades de conseguirlo. El precio no me importa.

—Patch no necesita dinero... —Me detuve en seco y lo pensé mejor. Se me acababa de ocurrir una idea, una idea retorcida y manipuladora. No quería aprovecharme de Blakely, pero tampoco podía decir que hubiera sido precisamente amable conmigo en el pasado. Me recordé a mí misma que, cuando las cosas se le complicaron, me clavó un cuchillo cargado de hechicería diabólica para convertirme

en una adicta—. Patch no necesita tu dinero, pero sí tu testimonio. Si accedes a confesar los delitos de Dante en el duelo de mañana, delante de Lisa Martin y otros Nefilim influyentes, Patch lo matará por ti.

Que Patch ya le hubiera prometido lo mismo a Pepper no significaba que no pudiéramos aprovecharnos de las circunstancias para conseguir también algo de Blakely. Al fin y al cabo, la expresión «dos pájaros de un tiro» ya estaba inventada.

—No es posible matar a Dante. Se lo puede encerrar eternamente, pero no matarlo. Ninguno de los prototipos funciona con él. Es inmune porque su cuerpo...

—Patch podrá hacerlo —atajé—. Si quieres ver a Dante muerto, estate tranquilo. Tú tienes tus contactos, y Patch, los suyos.

Blakely me estudió con una mirada contemplativa, escrutadora.

—¿Conoce a un arcángel? —conjeturó, al cabo.

—No lo has sabido por mí. Otra cosa más, Blakely. Esto es muy importante. ¿Crees que puedes conseguir que Lisa Martin y los demás Nefilim más influyentes se pongan en contra de Dante? Porque si no es así, los dos acabaremos mal mañana.

Lo meditó solo durante un minuto.

—Dante se ganó a tu padre, a Lisa Martin y a otros Nefilim desde el principio, pero no comparte con ellos una historia, un vínculo, como yo. Si lo tildo de traidor, me escucharán. —Blakely rebuscó en su bolsillo y me entregó una tarjeta—. Necesito retirar cosas importantes de mi casa antes de instalarme en un lugar seguro. Aquí tienes mi nueva dirección. Dame un poco de margen de tiempo y luego ven con Patch. Ultimaremos los detalles esta noche.

Patch llegó pocos minutos después de que Blakely se hubiera marchado. Las primeras palabras que salieron de mi boca fueron:

—No vas a creerte quién ha venido.

Después de esta frase intrigante, le expuse toda la historia reproduciendo palabra por palabra la conversación que había mantenido con Blakely.

—¿Qué opinas tú de todo esto? —quiso saber Patch en cuanto terminó.

—Creo que Blakely es nuestra última esperanza.

—¿Confías en él?

—No. Pero el enemigo de tu enemigo...

—¿Le has hecho jurar que testificaría mañana?

Me dio un vuelco el corazón. ¡No lo había pensado! Aunque no había sido más que un despiste, me hizo plantearme si realmente tenía capacidad para ser una buena líder. Sabía que Patch no esperaba que fuera perfecta, pero quería impresionarlo de todos modos. Una voz cretina se coló insidiosamente entre mis pensamientos y me preguntó si Dabria habría cometido el mismo error. Lo dudaba.

—Es lo primero que haré esta noche, cuando nos encontremos con él.

—Tiene sentido que Dante quisiera controlar la hechicería diabólica en exclusiva —caviló Patch—. Y si sospechaba que Blakely se olía su traición, habrá querido matarlo para mantener a salvo su secreto.

—¿Crees que ese día, en la pista de patinaje, Dante me habló de la hechicería diabólica porque sabía que te lo contaría y que luego tú irías detrás de Blakely? —le dije—. Siempre me he preguntado por qué me había puesto al corriente. Ahora que me lo planteo, parece como si hubiera tenido una estrategia: tú te encargabas de coger a Blakely y apartarlo de la luz del día, y dejabas a Dante como único rey y señor de la hechicería diabólica.

—Y eso es exactamente lo que tenía planeado —confirmó Patch—. Hasta que Marcie desbarató nuestros planes.

—Dante ha estado poniéndome palos en las ruedas desde el principio —comprendí.

—Pero eso se acabó: tenemos el testimonio de Blakely.

—¿Significa eso que vamos a reunirnos con él?

No hacía ni cinco minutos que Patch había dejado las llaves de la moto en la encimera de la cocina, y las cogió de nuevo.

—No hay tiempo para aburrirse, Ángel.

La dirección que nos había dado Blakely nos condujo a una casa de ladrillo de una sola planta, en un barrio viejo. Dos ventanas con persianas flanqueaban la puerta principal. La casa era tan pequeña que casi desaparecía en la gran extensión de terreno que la rodeaba.

Patch dio un par de vueltas a la manzana, aguzando la mirada, y al cabo aparcó al final de la calle, fuera del alcance de las luces de las farolas. Acercó la mano a la puerta y llamó tres veces. Una luz se apagó tras la ventana del salón, pero esa fue la única señal de que hubiera alguien en casa.

—Quédate aquí —me dijo Patch—. Voy a echar un vistazo detrás.

Esperé en la entrada, volviéndome de vez en cuando para vigilar la calle. Hacía demasiado frío para que los vecinos salieran a pasear al perro y no vi pasar ni un solo coche.

Al rato, oí girar el cerrojo y Patch apareció ante mí.

—La puerta trasera estaba abierta de par en par. He tenido un mal presentimiento —dijo.

Entré y cerré la puerta tras de mí.

—¿Blakely? —dije sin gritar. La casa era lo bastante pequeña como para que no fuera necesario levantar demasiado la voz.

—No está en esta planta —aseguró Patch—. Pero esas escaleras conducen al sótano.

Bajamos los escalones y entramos en una sala iluminada. Solté un grito ahogado al ver el rastro rojo que manchaba la alfombra. Huellas rojas estampaban la pared y conducían hacia la misma dirección: la habitación oscura que teníamos delante. Entre las sombras, solo conseguí distinguir el perfil de una cama... y el cuerpo de Blakely hecho un ovillo, al lado.

El brazo de Patch me barró el paso de inmediato.

—Sube arriba —me ordenó.

Sin pensar, pasé por debajo de la barrera improvisada y me planté junto a Blakely.

—¡Está herido!

El blanco del ojo de Blakely despedía un azul etéreo y un hilo de sangre se escapaba entre sus labios. Barbotaba, tratando inútilmente de decir algo.

—¿Ha sido Dante? —le preguntó Patch, justo detrás de mí.

Me agaché y comprobé sus constantes vitales. Los latidos de su corazón eran débiles y erráticos. Las lágrimas empañaron mis ojos. No sabía muy bien si lloraba por Blakely o por lo que representaba su muerte para mí, pero algo me decía que se trataba de lo segundo.

Blakely tosió casi ahogado por la sangre y, en un hilo de voz, dijo:

—Dante sabe... plumas ángeles caídos.

Le estreché a Patch la mano, aturdida. «¿Cómo puede saber lo de las plumas? Pepper no se lo habría contado nunca. Y, aparte de él, nosotros somos los únicos que lo sabemos».

«Si Dante lo sabe, intentará interceptar a Pepper en su viaje de vuelta a la Tierra —respondió Patch en tensión—. No podemos dejar que se apodere de las plumas».

—Lisa Martin... Aquí... Enseguida. —Blakely suspiró poniendo todo su empeño en cada palabra.

—¿Dónde está el laboratorio? —le pregunté—. ¿Cómo podemos destruir la provisión de hechicería diabólica de Dante?

Sacudió la cabeza con violencia, como si le hubiera formulado la pregunta equivocada.

—Su espada... él... no lo sabe. Mentí. También lo mata a él —dijo con voz ronca, mientras la sangre le bajaba a borbotones por los labios. El rojo intenso había dejado paso a un azul llameante.

—De acuerdo, lo he entendido —dije dándole una palmadita en el hombro para consolarlo—. La espada que va a emplear mañana en el duelo también lo matará, pero él no lo sabe. Eso está muy bien, Blakely. Y ahora dime dónde está el laboratorio.

—He... intentado... decírtelo —graznó.

Lo cogí de los hombros y lo sacudí.

—No me lo has dicho. ¿Dónde está el laboratorio?

No pensaba que destruir el laboratorio fuera a cambiar el resultado del duelo (Dante tendría hechicería diabólica de sobra en el cuerpo cuando empezase el enfrentamiento), pero si Patch conseguía destruir esas instalaciones, también acabaría con la hechicería diabólica de una vez por todas. Me sentía personalmente responsable de haber devuelto los poderes del infierno a... bueno, al infierno.

«Tenemos que irnos, Ángel —me dijo Patch en pensamientos—. Lisa no debe encontrarnos aquí. No pinta nada bien».

—¿Dónde está el laboratorio? —le insistí a Blakely alzando más la voz.

Sus puños se relajaron y vi que sus ojos, escarchados con esa sombra azul, miraban distraídamente hacia mí.

—No podemos perder más tiempo aquí —me apremió Patch—. Seguro que Dante irá tras Pepper y las plumas.

Me sequé las lágrimas con la palma de la mano.

—¿Vamos a dejar a Blakely aquí?

Un coche aparcó delante de la casa.

—Es Lisa —dijo Patch. Abrió la ventana del dormitorio, me cogió en brazos y, después de depositarme fuera, saltó junto a mí.

—Si quieres decir unas últimas palabras, tendrás que hacerlo ahora.

Le dediqué a Blakely una mirada de pesar y me limité a decir:

—Buena suerte en tu siguiente vida.

Tenía la sensación de que iba a necesitarla.

Patch y yo nos alejamos en su moto, adentrándonos en callejuelas secundarias que recorrían los bosques. La luna nueva de Jeshván había aparecido hacía casi dos semanas, y ahora colgaba sobre nuestras cabezas como un orbe fantasmal, un ojo enorme y vigilante del que no podíamos escapar. Me acurruqué contra Patch, temblorosa por el frío. La moto tomaba las curvas a tanta velocidad que las ramas de los árboles se desfiguraban hasta parecer dedos huesudos que trataban de alcanzarme.

Como hablar a gritos contra el rugido del viento era poco práctico, decidí recurrir al lenguaje mental.

«¿Quién puede haberle contado a Dante lo de las plumas?», le pregunté a Patch.

«Pepper no se habría arriesgado».

«Ni nosotros».

«Si Dante lo sabe, podemos dar por sentado que los ángeles caídos, también. Harán todo lo que puedan para impedir que nos hagamos con esas plumas, Ángel. No van a descartar nada».

El mensaje de Patch estaba muy claro: corríamos peligro.

«Tenemos que prevenir a Pepper», le dije.

«Si tratamos de ponernos en contacto con él y los arcángeles interceptan nuestra llamada, nunca conseguiremos las plumas».

Consulté la hora en la pantalla de mi móvil. Eran las once.

«El plazo expiraba a medianoche. Casi no le queda tiempo».

«Si no nos llama pronto, Ángel, tendremos que empezar a pensar que ha ocurrido lo peor e idear un nuevo plan».

Patch me estrechó el muslo con la mano. Sabía que compartíamos el mismo pensamiento: habíamos agotado todos los planes. Se había acabado el tiempo. O conseguíamos las plumas...

O la raza Nefil iba a perder algo más que una guerra. Vivirían como esclavos de los ángeles caídos para toda la eternidad.

Capítulo

36

Un timbre lejano sonó en mi bolsillo. Patch aparcó inmediatamente la moto junto a la calzada y yo contesté el teléfono con el corazón en un puño.

—T... tengo las plumas —dijo Pepper, con voz aguda y temblorosa.

Dejé escapar un suspiro de alivio y choqué los cinco con Patch; ambos entrelazamos los dedos y acabamos uniendo nuestras manos. Teníamos las plumas. El duelo que iba a celebrarse a la mañana siguiente ya no era necesario: los contrincantes muertos no blanden espadas, ni encantadas ni de ningún tipo.

—Buen trabajo, Pepper —dije—. Ya casi has terminado tu parte. Tienes que entregarnos las plumas y la daga, y luego ya podrás olvidarte de todo. Patch matará a Dante en cuanto tenga la daga. Pero debes saber que Dante también va tras esas plumas. —No había tiempo de andarse con delicadezas—. Las desea tanto como nosotros. Te está buscando, de modo que no bajas la guardia. Y no permitas que se apodere ni de las plumas ni de la daga.

Pepper aspiró ruidosamente por la nariz.

—E... estoy asustado. ¿Cómo sé que no me encontrará? ¿Y si los arcángeles se dan cuenta de que las plumas no están? —Su voz se convirtió en un chirrido—. ¿Y si descubren que he sido yo?

—Tranquilízate. Todo irá bien. Haremos la entrega en el parque de atracciones Delphic. Podemos encontrarnos dentro de cuarenta y cinco minutos...

—Pero ¡eso es casi una hora! —me interrumpió Pepper, exaltado—. ¡No puedo tener las plumas en mi poder durante tanto tiempo! Debo librarme de ellas. Ese era el trato. Nunca me dijisteis que tendría que custodiarlas. Y mientras ¿qué pasa conmigo? Dante me está buscando. Si queréis que vigile las plumas, entonces que Patch vigile a Dante y se asegure de que no es una amenaza para mí.

—Ya te lo he explicado —repuse con impaciencia—. Patch matará a Dante en cuanto tenga la daga.

—¡Pues ya ves de qué me servirá si Dante me encuentra antes! Quiero que Patch vaya a buscarlo ahora mismo. De hecho, no os entregaré la daga hasta que tenga pruebas de que Patch está con Dante.

Me aparté el teléfono de la oreja para evitar que los chillidos de Pepper me reventaran los tímpanos.

—Está histérico —le dije a Patch, preocupada.

Patch cogió el teléfono.

—Escucha, Pepper. Lleva las plumas y la daga al parque de atracciones Delphic. Habrá dos ángeles caídos esperándote en la entrada. Ellos se ocuparán de que llegues sano y salvo a mi estudio. Pero no les digas lo que llevas encima.

La respuesta estridente de Pepper hizo crepitar el teléfono.

—Deja las plumas en mi estudio y quédate allí hasta que lleguemos —repitió Patch.

Un lamento ensordecedor.

—No se te ocurra dejar las plumas sin vigilancia —le advirtió Patch poniendo en cada palabra un empeño homicida—. Siéntate en mi sofá y asegúrate de que aún siguen ahí cuando lleguemos.

Más gritos frenéticos.

—Deja ya de gimotear. Perseguiré y encontraré a Dante ahora mismo, si es eso lo que quieres, y luego iré a buscar la daga sobre la que vas a sentarte hasta que nos reunamos contigo en el estudio. Ve al Delphic y haz exactamente lo que te he dicho. Una cosa más: deja ya de llorar. Estás dando una imagen penosa de los arcángeles.

Patch colgó y me devolvió el teléfono.

—Cruza los dedos para que esto funcione.

—¿Crees que Pepper se quedará esperando con las plumas?

Se restregó la cara con las manos y su garganta soltó un sonido extraño, entre una sonrisa áspera y un gemido.

—Tendremos que separarnos, Ángel. Si vamos a buscar a Dante los dos, nos arriesgamos a dejar las plumas sin vigilancia.

—Tú ve a buscar a Dante. Yo me encargo de Pepper y las plumas.

Patch se me quedó mirando fijamente.

—Sé que lo harás, pero no me gusta la idea de dejarte sola.

—Estaré bien. Vigilaré las plumas y llamaré a Lisa Martin ahora mismo para informarla. Ella me ayudará a ejecutar nuestro plan. Terminaremos con esta guerra y devolveremos la libertad a los Nefilim. —Le estreché la mano para tranquilizarlo—. Ya verás, todo terminará esta noche.

Patch se pasó la mano por la barbilla, pensativo y visiblemente descontento.

—Para mi propia tranquilidad, llévate a Scott contigo, ¿vale?

—¿Confías en Scott? —le pregunté con una sonrisa irónica.

—Confío en ti —respondió con una voz ronca que me subió la temperatura.

Patch me apoyó contra un árbol y me besó, apasionadamente.

Cuando recuperé el aliento, le dije:

—Chicos, tomad nota: ¡eso era un beso!

Patch no se rio. Sus ojos se ensombrecieron y, aunque no pude determinar qué le ocurría, de pronto sentí un gran peso en el estómago. Tenía la mandíbula como una roca y los músculos de los brazos en tensión.

—Estaremos juntos hasta el final —dijo mientras una nube de ansiedad le oscurecía el rostro.

—Si depende de mí, sí.

—Pase lo que pase, quiero que sepas que te quiero.

—No hables así, Patch —le susurré con la voz rota por la emoción—. Me estás asustando. Localizarás a Dante y nos encontraremos en el estudio, donde terminaremos esta guerra juntos. Así de sencillo.

Volvió a besarme, delicadamente, en cada párpado, luego en cada mejilla y, finalmente, en los labios.

—Nunca volveré a ser el mismo —dijo con la voz bronca—. Tú me has transformado.

Le rodeé el cuello con los brazos y presioné mi cuerpo contra el suyo, pegándome a él, tratando de librarme del frío que había calado en mis huesos.

—Bésame como nunca —le insté atrayendo sus ojos con la mirada—. Dame un beso que me acompañe hasta que vuelva a verte.

«Porque volveremos a vernos muy pronto».

Los ojos de Patch me acariciaron en silencio. Me veía reflejada en ellos: mi pelo rojizo y mis labios ardientes. Estaba unido a él por una fuerza que no podía controlar, un hilo muy fino que ataba mi alma a la suya. Tenía la luna a sus espaldas y las sombras dibujaban pálidos huecos bajo sus ojos y sus pómulos, dándole un aspecto irresistiblemente atractivo y al mismo tiempo diabólico.

Sus manos me abrazaban el rostro, reteniéndome. El viento enredó mis cabellos en sus muñecas, atándonos el uno al otro. Sus pulgares se deslizaron por mis pómulos en una caricia lenta e íntima. A pesar del frío, un calor constante se arremolinaba en mi interior, vulnerable a su tacto. El rastro de sus dedos fue descendiendo, abajo, más abajo, provocándome un dolor delicioso y ardiente. Cerré los ojos; mis entrañas se derretían. Y, de pronto, el fuego prendió, desatado, y yo sentí arder las brasas en lo más profundo de mi ser.

Su pulgar me acarició los labios con una provocación sutil e irresistible. Dejé escapar un suspiro de placer.

«¿Quieres ese beso ahora?», preguntó.

No podía hablar; toda mi respuesta fue una leve inclinación de cabeza.

Su boca, cálida y audaz, se encontró con la mía. El juego había acabado, y Patch me besó con su auténtico fuego negro, profunda y apasionadamente, consumiendo mi cuerpo, mi alma, y dejando en ridículo toda noción de lo que se entiende por beso.

Capítulo

37

Oí acercarse el Barracuda de Scott antes de que los faros iluminasen la oscuridad tenebrosa. Agité el brazo para que se detuviese y me acomodé en el asiento del pasajero.

—Gracias por venir.

Hizo girar el volante y se incorporó a la carretera en el mismo carril por el que había venido.

—No me has contado mucho cuando me has llamado. Ponme al día.

Le expliqué la situación tan deprisa y claramente como pude. Cuando terminé, Scott soltó un largo silbido de asombro.

—¿Pepper tiene las plumas de todos los ángeles caídos, del primero al último?

—Increíble, ¿verdad? Se supone que debe reunirse con nosotros en el estudio de Patch. Espero por su bien que no haya dejado las plumas sin vigilancia —murmuré para mí.

—Puedo llevarte sana y salva a las entrañas del Delphic. Las verjas del parque están cerradas, así que accederemos a los túneles usando los montacargas. Luego, tendremos que consultar el mapa. Nunca he estado en el estudio de Patch.

Los «túneles» eran una red subterránea de pasajes enrevesados y laberínticos que se extendían bajo el Delphic y que funcionaban como calles y barrios. No supe que existían hasta que conocí a Patch. Servían de residencia principal a los ángeles caídos que vivían en Maine y, hasta hacía poco, Patch había vivido allí.

Scott tomó un camino de acceso cercano a la entrada principal del parque que nos condujo a una zona de carga donde había varias rampas para camiones y un almacén. Entramos en el almacén por una puerta lateral, cruzamos un espacio abierto atiborrado de cajas y finalmente llegamos a los montacargas. Nos subimos a uno. Una vez dentro, Scott hizo caso omiso de los botones que indicaban el primer, el segundo y el tercer piso, y presionó uno pequeño, amarillo, sin señal alguna, que estaba al pie del panel. Sabía que había accesos a los túneles por todo el Delphic, pero era la primera vez que utilizaba aquel en particular.

El ascensor, que era casi tan grande como mi dormitorio, fue descendiendo con un ruido metálico hasta que finalmente rechinó y se detuvo. La pesada puerta metálica se elevó, y Scott y yo nos bajamos: otra zona de carga. El suelo y las paredes estaban cubiertos de suciedad, y la única luz procedía de una bombilla que colgaba sobre nuestras cabezas como un péndulo.

—¿Por dónde? —le pregunté, escrutando el túnel que se abría delante de nosotros.

Era un alivio que Scott me guiara por las tripas del parque de atracciones Delphic. Enseguida me di cuenta de que estaba acostumbrado a moverse por esos túneles; caminaba con paso presuroso, adentrándose en esos pasadizos mohosos como si los tuviera grabados en la memoria desde hacía tiempo. Sacamos el mapa y lo empleamos para encontrar el camino hasta el Arcángel, la montaña rusa más nueva del Delphic. A partir de allí, la guía fui yo; avancé examinando un pasadizo tras otro hasta que por fin reconocí el que conducía a la entrada de los antiguos aposentos de Patch.

La puerta estaba cerrada por dentro.

Llamé con cautela.

—Pepper, soy Nora Grey. Abre. —Esperé unos segundos y lo intenté de nuevo—. Si percibes la presencia de alguien más, estate tranquilo: es Scott. Y no va a hacerte nada. Vamos, abre la puerta.

—¿Está solo? —preguntó Scott en voz baja.

Asentí.

—Debería estarlo.

—No percibo a nadie —repuso Scott con escepticismo acercando el oído a la puerta.

—¡Date prisa, Pepper! —grité.

No hubo respuesta.

—Tendremos que echar la puerta abajo —le dije a Scott—. A la de tres: una, dos... y tres.

Al unísono, Scott y yo descargamos una patada contundente en la puerta.

—Otra vez —gruñí.

Seguimos lanzando los pies contra la superficie de madera, embistiéndola con insistencia, hasta que se astilló y se abrió de par en par. Atravesamos el vestíbulo a la carrera y entramos en el salón, en busca de Pepper.

Alguien le había asestado al sofá varios navajazos, y el relleno asomaba por cada incisión. Los cuadros que habían decorado las paredes yacían en el suelo hechos añicos y la mesita de café estaba volcada, con el cristal agrietado. La ropa que había colgado del armario de Patch estaba esparcida por toda la habitación, como si fuera confeti. No sabía si todo aquello era la muestra de una pelea reciente, o el resultado de la labor de los gamberros que Pepper había contratado hacía unas semanas, justo cuando Patch había tenido que huir apresuradamente.

—¿Y si llamas a Pepper? —sugirió Scott—. ¿Tienes su número?

Marqué el número de Pepper, pero no respondió al teléfono.

—¿Dónde está? —le pregunté al universo, hecha una furia. Todo dependía de su

parte del trato. Necesitaba esas plumas, y las necesitaba ya—. Oye, ¿a qué huele? —añadí, arrugando la nariz.

Me dirigí al fondo del salón. En efecto: un olor nocivo, acre, desagradable, flotaba en el aire. Olía casi a alquitrán fundido, aunque no exactamente.

Algo se estaba quemando.

Corrí de una habitación a otra, tratando de encontrar las plumas. No estaban allí. Abrí la puerta del antiguo dormitorio de Patch y enseguida me azotó el olor a material orgánico chamuscado.

Sin pararme a pensar, me dirigí a la pared del otro lado de la habitación, la que comunicaba con un pasadizo secreto. En el momento en que corrí la puerta, una nube de humo negro llenó la habitación. El olor a aceite quemado era insoportable.

Me cubrí la nariz y la boca con la camiseta, y llamé a Scott.

—¡Ya voy!

Entró en la habitación agitando la mano para abrirse paso entre la humareda.

Había estado en ese pasadizo secreto en otra ocasión, cuando Patch había retenido momentáneamente a Hank Millar antes de que yo lo matara, y traté de recordar el camino. Me puse de rodillas para poder respirar mejor y gateé deprisa, tosiendo y boqueando cada vez que tomaba aire. Al cabo, mis manos encontraron una puerta. Busqué una clavija a tientas, y tiré de ella. La puerta se abrió lentamente, y una oleada de humo nuevo invadió el corredor.

La luz de un fuego resplandecía a través del humo; las llamas lamían el aire y bailaban como un espectáculo de magia exquisito: dorado intenso, naranja líquido y espectaculares bocanadas de humo negro. Se oían chasquidos y castañeteos mientras las llamas devoraban la enorme montaña que yacía en el suelo. Scott me cogió de los hombros con actitud protectora y se colocó delante de mí, como si fuera un escudo. El calor del fuego nos abrasaba el rostro.

Al cabo de solo un instante, solté un grito, aterrorizada.

Capítulo

38

Primero me dejé caer al suelo, de rodillas. Sin siquiera pensar en el calor, me arrojé al fuego mientras las chispas salían disparadas en el aire como fuegos artificiales. Agarré la montaña de plumas, gritando de pánico. Solo se conservaban dos de las plumas de los días de arcángel de Patch. Una la conservábamos por seguridad. La otra se la habían quedado los arcángeles y la habían guardado meticulosamente cuando habían echado a Patch del cielo... Y era alguna de las que conformaban la pila que tenía delante de mí.

La pluma de Patch podía ser cualquiera, incluso tal vez ya se había quemado. ¡Había tantas! Y la cantidad de restos chamuscados que flotaban alrededor como pedazos de papel quemado era aún mayor.

—¡Scott! ¡Ayúdame a encontrar la pluma de Patch! —Pensar. Tenía que pensar. La pluma de Patch. La había visto antes—. ¡Es negra, toda negra! —grité de pronto—. Empieza a buscar... Yo iré a por mantas para sofocar el fuego.

Corrí hacia el estudio de Patch atravesando la pantalla que el humo formaba delante de mis ojos. Y entonces me detuve en seco: había detectado otro cuerpo en el túnel, justo delante de mí. Parpadeé tratando de que el humo no se me metiera en los ojos.

—Es demasiado tarde —dijo Marcie. Tenía el rostro congestionado de llorar y la punta de la nariz roja—. No podrás apagar el fuego.

—¿Por qué lo has hecho? —le grité.

—Soy la legítima heredera de mi padre. Soy yo quien debería ser la líder de los Nefilim.

—¿La legítima heredera? Pero ¿tú te estás oyendo? ¿De verdad quieres este trabajo? Porque yo no: ¡tu padre me obligó a aceptarlo!

Le temblaba el labio.

—Me quería más a mí. Me habría elegido a mí. Me has robado el puesto.

—Tú no quieres este trabajo, Marcie —le dije—. ¿Quién te ha metido estas ideas en la cabeza?

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y empezó a respirar entrecortadamente.

—Fue idea de mi madre que me mudara a vivir contigo: ella y sus amigos Nefilim querían que te vigilara. Acepté porque creía que sabías algo sobre la muerte de mi padre que no querías decirme. Si me acercaba a ti, quizá me lo contarías... —Y entonces me di cuenta de que tenía una daga nacarada en la mano. Despedía un

blanco intenso, como si los rayos del sol más puros hubieran quedado atrapados bajo su superficie. Solo podía ser la daga encantada de Pepper. El muy cretino se había descuidado y había permitido que Marcie lo siguiera hasta allí. Y luego había huido, dejando las hojas y la daga en manos de Marcie.

Me acerqué a ella.

—Marcie...

—¡No me toques! —me gritó—. Dante me ha dicho que mataste a mi padre. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste! Estaba segura de que había sido Patch, pero resulta que fuiste tú —chilló, histérica.

A pesar del calor, una sensación helada me recorrió la espalda.

—Pue... puedo explicarlo. —Pero la verdad era que no podía. La expresión salvaje y alterada de Marcie evidenciaba que estaba a punto darle un ataque. No habría cambiado las cosas diciéndole que su padre me había obligado a matarle al intentar mandar a Patch al infierno—. Dame la daga.

—¡Aléjate de mí! —rugió escabulléndose—. Dante y yo se lo contaremos a todo el mundo. ¿Qué crees que van a hacerte los Nefilim en cuanto sepan que asesinaste a la Mano Negra?

La estudié detenidamente. Dante debía de acabar de enterarse de que yo había matado a la Mano Negra. De lo contrario, ya se lo habría contado a los Nefilim. Patch no había desvelado mi secreto, así que tenía que haber sido Pepper: Dante le había echado el guante.

—Dante tenía razón —dijo Marcie con la voz cargada de rabia—. Me robaste el puesto. Se suponía que la líder debía ser yo. Y ahora he hecho lo que tú no has logrado en todo este tiempo: liberar a los Nefilim. Cuando ese fuego se extinga, todos los ángeles caídos de la Tierra estarán encadenados en el infierno.

—Dante trabaja para los ángeles caídos —le dije con la voz cargada de frustración.

—No —repuso Marcie—. Tú trabajas para ellos.

Hundió la daga de Pepper hacia mí, y yo salté ágilmente hacia atrás. El humo me envolvió y oscureció mi visión.

—¿Sabe Dante que has quemado las plumas? —le grité, pero no hubo respuesta: se había ido.

¿Acaso había Dante cambiado de estrategia? Tal vez después de conseguir inesperadamente las plumas de todos los ángeles caídos y, por tanto, de tener la victoria de los Nefilim garantizada, había decidido ponerse al lado de su raza.

No tenía tiempo para debates: ya había perdido bastante. Tenía que ayudar a Scott a encontrar la pluma de Patch. Volví corriendo a la habitación en llamas, y empecé a toser y a boquear con solo cruzar la entrada.

—Todas se vuelven negras cuando se queman —me dijo Scott a voces por encima

del hombro—. Todas parecen iguales.

Tenía las mejillas rojas del calor. Las chispas se arremolinaban a su alrededor, amenazando con prender sus cabellos, que estaban cubiertos de hollín.

—Hay que salir de aquí. Si nos quedamos, acabaremos devorados por las llamas.

Corrí hacia él hecha un ovillo con la intención de protegerme del calor, que me azotaba, implacable.

—Primero encontremos la pluma de Patch.

Arrojé varios puñados de plumas quemadas a mi espalda, y rebusqué en el fondo de la pila. Scott tenía razón. Un hollín negro y pegajoso había ensuciado todas las plumas. Solté un profundo suspiro de desesperación.

—Si no la encontramos, ¡acabará encadenado en el infierno!

Desparramé en el suelo montones de plumas con la esperanza de reconocer la suya al verla, con la esperanza de que no se hubiera quemado ya. No quería pensar lo peor. A pesar del humo que me irritaba los ojos y me arañaba los pulmones, seguí cribando las plumas, angustiada. No podía perder a Patch. No lo perdería. Así no. No mientras yo estuviera al mando.

Se me humedecieron los ojos. Las lágrimas brollaban sin freno y me nublaban la vista. El aire era demasiado caliente para respirarlo. Tenía la sensación de que la piel de la cara estaba a punto de derretirse y habría jurado que me ardía la cabeza. Hundí las manos en esa montaña oscura, desesperada por encontrar una pluma negra aún sólida.

—No voy a dejar que te quemes —dijo Scott haciéndose oír a pesar del crepitar de las llamas. Se levantó y me arrastró con él, pero yo le arañé las manos despiadadamente.

«No puedo irme sin la pluma de Patch».

El crepitar del fuego se me metía en los oídos, y mi concentración se debilitaba con la falta de oxígeno. Me pasé la mano por los ojos, pero solo conseguí entiznarlos más. Busqué a tientas las plumas: era como si de mis brazos colgaran cientos de quilos de peso. Empezó a fallarme la visión, pero me negué a desmayarme hasta que encontrara la pluma de Patch.

—Patch —murmuré, justo cuando una pavesa aterrizó en la manga de mi camiseta y prendió la tela. Antes de que pudiera levantar la mano para sofocar el fuego incipiente, la llama me alcanzó el hombro. El calor me abrasó la piel y el dolor fue tan intenso, tan agonizante, que pegué un grito y me eché al suelo. Y entonces vi que mis pantalones también estaban ardiendo.

Scott gritaba órdenes detrás de mí. Algo acerca de salir de esa habitación. Quería cerrar la puerta y dejar el fuego encerrado dentro.

No podía permitirselo. Tenía que salvar la pluma de Patch.

Perdí el sentido de la orientación; avanzaba ciegamente, tropezando cada dos por

tres. El brillo de esas llamas despiadadas eclipsaba mi visión.

Y la voz apremiante de Scott se perdía como en un vacío.

Incluso antes de abrir los ojos supe que estaba en un coche en marcha. Sentía el ritmo irregular de las sacudidas de los neumáticos al pasar por encima de los baches, y un motor me ronroneaba al oído. Me senté desgarbada contra la puerta del coche, con la cabeza apoyada en la ventana. Había dos manos extrañas en mi regazo, y me asusté cuando se movieron a mi antojo. Las levanté en el aire y las hice girar lentamente para observar con atención los curiosos pedacitos de papel negro que se levantaban en su superficie.

Carne quemada.

Unos dedos me estrecharon el brazo con aire consolador.

—Tranquila —dijo Scott desde detrás del volante de su Barracuda—. Se curarán.

Negué con la cabeza dándole a entender que me había malinterpretado. Me lamí los labios resecos.

—Tenemos que volver. Da media vuelta. Tenemos que salvar a Patch.

Scott no dijo nada; se limitó a mirarme de reojo como si estuviera en un aprieto.

No.

Era mentira. Un terror profundo, inimaginable, me arrolló. Se me hizo un nudo en la garganta, un nudo doloroso y ardiente. No podía ser.

—Sé que significaba mucho para ti —dijo Scott con prudencia.

«¡Lo quería! ¡Siempre lo he querido! ¡Le prometí que estaríamos juntos!», grité dentro de mi cabeza; era demasiado doloroso pronunciar esas palabras: me arañaban la garganta como uñas afiladas.

Volví la cabeza hacia la ventana. Miré la noche, los árboles difuminados por la velocidad, los campos y las vallas, que aparecían y desaparecían en un instante. Las palabras que se agolpaban en mi garganta se enredaban unas con otras para formar un grito, una bola de espinos dolorosa. El grito estaba allí, hiriéndome por dentro mientras mi mundo se alejaba a la deriva fuera de mi alcance.

Un montón de chatarra de metal bloqueaba la carretera.

Scott se desvió ligeramente para esquivarlo y redujo la velocidad. No me esperé a que se detuviera: salté y eché a correr. La moto de Patch. Destrozada. Me quedé allí con la boca abierta, parpadeando una y otra vez, esperando que la imagen cambiara. Los restos de la moto, contorsionados, parecían indicar que el conductor iba a toda velocidad y había salido despedido después de que la rueda delantera se hubiera hundido en un agujero.

Me llevé las manos a los ojos, deseando que nada de eso fuera verdad. Busqué por la carretera con la esperanza de encontrarlo. Con el impacto, su cuerpo debió de recorrer varios metros antes de aterrizar en el suelo. Corrí más lejos, aún un poco más lejos, y busqué en la cuneta, entre la maleza, detrás de los árboles. Podía estar allí

mismo. Lo llamé. Recorrí ese tramo de carretera arriba y abajo, hundiendo temblorosa las manos en mis cabellos.

No oí a Scott cuando se me acercó por detrás y apenas sentí sus brazos cuando me envolvió los hombros en un abrazo. La angustia y el dolor vibraban en mi interior como una presencia viva, real y aterradora. La sensación de frío era tan intensa que incluso me dolía respirar.

—Lo siento —me dijo con voz ronca.

—No me digas que se ha ido —lo atajé—. Ha tenido un accidente con la moto y luego ha echado a andar. Ha dicho que nos encontraríamos en el estudio. Nunca rompería una promesa.

Dije esas palabras porque necesitaba oírlas.

—Estás temblando. Deja que te lleve a mi casa, a tu casa, a la de Patch... Donde quieras.

—No —ladré—. Volveremos a su estudio. Estará allí. Ya lo verás.

Me zafé de su abrazo. Me sentía insegura. Arrastraba las piernas un paso tras otro. De pronto, un pensamiento salvaje, imperdonable, me asaltó. ¿Y si Patch realmente se había ido?

Mis pies volvieron a su moto.

—¡Patch! —grité, dejándome caer sobre las rodillas. Me eché sobre los despojos de metal y sentí que los sollozos surgían violentamente de mi pecho. Estaba cayendo, resbalando hacia la mentira.

«Patch».

Pensé su nombre y esperé. Lo llamé entre sollozos, soltando sonidos incontrolables de angustia y desesperación.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas y mi corazón colgaba de un hilo. La esperanza a la que me había agarrado hasta entonces se me escapó de las manos y se alejó, inalcanzable. Sentí que el alma se me rompía en mil pedazos, pedazos de mí misma que se llevaba el viento.

La llama que aún titilaba débilmente en mi interior se apagó.

Capítulo

39

Decidí irme a dormir. El único lugar donde podía encontrar a Patch era en mis sueños. Aferrarme a su recuerdo era mejor que vivir sin él. Hecha un ovillo, en su cama, envuelta en su olor inconfundible, convoqué su recuerdo para que acudiera a mí.

Nunca tendría que haber confiado en que Pepper nos entregaría las plumas. Debería haber imaginado que lo echaría todo a perder. No tendría que haber subestimado a Dante. Sabía que Patch habría insistido en que no debía culparme, pero yo me sentía responsable por lo que le había ocurrido. Si hubiera llegado a su estudio solo diez minutos antes, si hubiera podido impedir que Marcie encendiera esa cerilla...

—Despierta, Nora.

Vee estaba inclinada sobre mí, y me hablaba con impaciencia.

—Tienes que prepararte para el duelo. Scott me lo ha contado todo. Uno de los mensajeros de Lisa Martin ha venido mientras dormías y ha dicho que se celebrará al alba, en el cementerio. Tienes que darle a Dante una buena patada en el culo y mandarlo directo a Júpiter. Te ha arrebatado a Patch y ahora va a por ti. Pero ¿sabes lo que pienso? Que no lo conseguiré, al menos mientras dependa de nosotros.

¿Duelo? La idea me parecía casi irrisoria. Dante no necesitaba blandir la espada contra mí para arrebatarme el puesto; tenía munición de sobra para arruinar mi reputación y echar por tierra mi credibilidad: todos los ángeles caídos estaban encadenados en el infierno y los Nefilim habían ganado la guerra. Dante y Marcie se atribuirían todo el mérito, explicarían que habían obligado a un arcángel a entregarles las plumas de los ángeles caídos y que saborearon cada momento cuando las vieron arder.

La idea de que Patch estaba encerrado en el infierno me atravesó como un sablazo. Dudaba de poder controlar las emociones cuando los Nefilim celebraran su triunfo con aplausos y vítores. Nunca llegarían a saber que Dante había estado ayudando a los ángeles caídos hasta el último momento, y le entregarían el poder. Aún no tenía claro qué iba a significar eso para mí. Si el ejército quedaba abolido, ¿importaría que hubiera perdido el liderazgo? Visto en retrospectiva, mi juramento me parecía muy vago. No había planeado que las cosas salieran así.

Fuera como fuera, Dante debía de tener planes reservados para mí. Como yo,

sabía que en cuanto dejara de ser el jefe del ejército, mi vida se habría acabado. Sin embargo, para cubrirse las espaldas, probablemente me arrestaría por el asesinato de la Mano Negra. De modo que, antes de que terminara el día, o sería ejecutada por traición o, en el mejor de los casos, sería encarcelada.

Y yo apostaba por la primera opción.

—Pronto va a salir el sol. Levanta —insistió Vee—. No me digas que permitirás que Dante se salga con la suya.

Me abracé a la almohada de Patch e inspiré con fuerza: quería volver a sentir su olor antes de que se desvaneciera para siempre. Memorice el contorno de su lecho y me acurruqué en la huella que había dejado su cuerpo. Cerré los ojos e imaginé que estaba allí. A mi lado. Tocándome. Recordé cómo se suavizaba su mirada negra cuando me acariciaba la mejilla con sus manos cálidas, robustas, reales.

—Nora —me advirtió Vee.

Yo la ignoré: prefería estar con Patch. El colchón se hundió ligeramente cuando él se acercó más a mí. Me sonrió y, tras deslizar las manos debajo de mi cuerpo, me colocó justo encima de él.

«Estás helada, Ángel. Deja que te ayude a entrar en calor».

«Creía que te había perdido, Patch».

«Estoy aquí contigo. Te prometí que estaríamos juntos, ¿verdad?»

«Pero tu pluma...»

«Chist —me hizo callar sellándome los labios con el dedo—. Quiero estar contigo, Ángel. Quédate aquí. Olvídate de Dante y del duelo. No permitiré que te haga daño. Conmigo estarás a salvo».

Las lágrimas me escocían los ojos.

«Llévame lejos. Como prometiste. Llévame lejos, solos tú y yo».

—Patch no querría verte así —me reprendió Vee, tratando de apelar a mi conciencia.

Tiré de la manta y formé un escondrijo secreto para Patch y para mí; luego le susurré al oído, entre risas: «No sabe que estás aquí».

«Es nuestro secreto», dijo él.

«No te dejaré, Patch».

«Ni yo a ti. —Con un solo movimiento, Patch intercambió posiciones, atrapándome entre el colchón y su cuerpo—. Trata de escapar ahora».

Fruncí el ceño; había intuido un leve brillo azulado que parecía acechar por debajo de la superficie de sus ojos. Parpadeé para aguzar la mirada y, cuando volví a abrir los ojos, no tuve ninguna duda: un brillo azul y crepitante le rodeaba el iris.

Tragué saliva y le dije: «Voy a beber un poco de agua».

«Ya te la voy a buscar yo —insistió Patch—. No te muevas. Quédate en la cama».

«Solo será un momento», argüí, contoneándome para liberarme del peso de su

cuerpo.

Patch me cogió de las muñecas. «Has dicho que no me dejarías».

«Solo voy a por un poco de agua», objeté.

«No dejaré que te vayas, Nora». Sus palabras sonaron como un gruñido y sus facciones se retorcieron, desfigurándose y metamorfoseándose, hasta que adiviné los rasgos de otro hombre. La piel de oliva de Dante, su barbilla partida, y esos ojos que un día me parecieron atractivos se materializaron delante de mí. Me hice a un lado, pero no lo bastante deprisa. Los dedos de Dante se hundieron dolorosamente en mis hombros y me devolvieron justo debajo de él. Sentía su aliento cálido en la mejilla.

«Se acabó. Déjalo. He ganado».

—Apártate de mí —siseé.

Su tacto se debilitó y su rostro revoloteó unos instantes por encima del mío, como una neblina azulada, hasta que se desvaneció.

Un chorro de agua fría aterrizó en mi cara y me incorporé de un salto boqueando. El sueño se hizo añicos; Vee estaba de pie delante de mí, con una jarra vacía en la mano.

—Es hora de irnos —me espetó, meneando la jarra como si se preparase para usarla como arma de defensa si hacía falta.

—No quiero —croé, sintiéndome demasiado mal como para enfadarme por lo del agua. Se me tensó la garganta y tuve miedo de echarme a llorar. Solo quería una cosa, y se había ido. Patch ya no iba a volver. Nada de lo que hiciera podría cambiar eso. Las cosas por las que creía que valía la pena luchar, las cosas en las que ponía el corazón, incluso vencer a Dante y destruir la hechicería diabólica, habían perdido el sentido sin él.

—¿Y Patch? —me preguntó Vee—. Ya veo que has decidido abandonarte a ti misma, pero ¿vas a abandonarle a él también?

—Patch se ha ido. —Me presioné los párpados con los dedos hasta que dominé la necesidad de echarme a llorar.

—Se ha ido, pero no ha muerto.

—No puedo hacer esto sin Patch —dije casi sin poder respirar.

—Entonces encuentra el modo de que vuelva.

—Está en el infierno.

—Mejor en el infierno que bajo tierra.

Levanté las rodillas y las presioné contra la cabeza.

—Maté a Hank Millar, Vee. Lo hicimos Patch y yo juntos. Dante lo sabe y va a arrestarme en el duelo. Me ejecutará por traición.

Mi mente construyó una imagen bastante real de lo que ocurriría. Dante trataría de que mi humillación fuera lo más pública posible. Cuando sus guardias se me llevaran detenida del duelo, yo sería objeto de todo tipo de insultos y vituperios. En

cuanto a la ejecución, qué método usaría para quitarme la vida...

Emplearía su espada. La que Blakely había preparado con hechicería diabólica para matarme.

—Por eso no puedo ir al duelo —concluí.

Vee se quedó en silencio unos instantes.

—Es la palabra de Dante contra la tuya —dijo al fin.

—Eso es lo que me asusta.

—Aún eres la líder de los Nefilim. Aún tienes cierta imagen. Si trata de arrestarte, desafíalo —propuso con convicción—. Lucha contra él hasta el final. Puedes ponérselo fácil o puedes plantarte y obligarlo a que se lo trabaje.

Me sorbí los mocos pasándome la mano por debajo de la nariz.

—Estoy asustada, Vee. Muy asustada.

—Lo sé. Pero también sé que si alguien puede hacerlo, eres tú. Soy consciente de que no te lo he dicho muy a menudo, tal vez nunca, pero quiero que sepas que cuando sea mayor quiero ser como tú. Y ahora, por última vez: sal de la cama antes de que te empape de nuevo. Ahora mismo vas a ir a ese cementerio y vas a enseñarle a Dante cómo se pelea.

Las quemaduras más graves se habían curado, pero me sentía débil y cansada. Aún no llevaba siendo Nefil tiempo suficiente como para conocer la mecánica del proceso de curación rápida; sin embargo, tenía la sensación de que exigía mucha energía. No me había mirado en el espejo antes de salir de casa de Patch, pero podía hacerme una idea bastante aproximada del aspecto consumido que tenía. Con solo verme, Dante ya podría cantar victoria.

Cuando Vee y yo entramos en el parking que dominaba todo el cementerio, volví a repasar el plan. Después de anunciar que había mandado a los arcángeles al infierno y había ganado la guerra, Dante probablemente me acusaría del asesinato de Hank y se proclamaría como mi sustituto. Vee tenía razón: lucharía. Aunque todo estaba en mi contra, iba a luchar. Dante sería el líder de los Nefilim por encima de mi cadáver... literalmente.

Mi amiga me estrechó la mano.

—Adelante, defiende tu título. Ya nos ocuparemos luego de todo lo demás.

Ahugué una risa irónica. ¿Luego? No me importaba lo que pasara después. Tenía una sensación de absoluto desapego con mi futuro. No quería pensar lo que ocurriría al cabo de una hora. No quería pensar en el mañana. Con cada momento que pasaba, mi vida se desviaba más del camino que Patch y yo habíamos planeado recorrer juntos. No quería tirar adelante. Quería volver atrás. Donde pudiera estar con Patch de nuevo.

—Scott y yo estaremos allí, entre la multitud —aseguró Vee—. Oye, ten cuidado,

Nora.

Las lágrimas me nublaron la vista: esas habían sido las palabras de Patch. Necesitaba que estuviera allí conmigo, que me dijera que podía hacerlo.

El cielo aún estaba oscuro y la luna proyectaba una luz blanca sobre el paisaje fantasmal. La escarcha que cubría la hierba crujía bajo mis pies mientras descendía colina abajo tras los pasos de Vee, camino del cementerio. Cruces pálidas y estilizados obeliscos parecían flotar sobre la niebla, y un ángel con las alas maltrechas extendía dos brazos rotos hacia mí. Al verlo, un gemido irregular me atenazó la garganta con fuerza. Cerré los ojos y pensé en las facciones hermosas y regias de Patch. Era doloroso recordar su imagen cuando sabía que no volvería a verlo nunca más. «No te atrevas a llorar ahora», me advertí. Miré al frente, y pensé que no podría conseguirlo si permitía que mi corazón sintiera algo más que pura determinación.

Cientos de Nefilim se habían reunido en el cementerio que me esperaba al pie de la colina. Al ver a la multitud, aminoré el paso. Como los Nefilim dejaban de envejecer el día en que juraban lealtad, la mayoría eran jóvenes, a lo sumo diez años mayores que yo, pero también vi a un puñado de hombres y mujeres mayores. Sus rostros estaban llenos de expectación. Los niños corrían en círculo entre las piernas de sus padres, jugando al pillapilla, hasta que algún mayor los cogía de los hombros y los obligaba a estarse quietos. ¡Niños! Como si el duelo de esa mañana fuera un acontecimiento familiar: el circo o un partido de fútbol.

Cuando ya estuve más cerca, me fijé en un grupo de doce Nefilim vestidos con túnicas negras y encapuchados. Debían de ser los mismos que había conocido la mañana después de la muerte de Hank. Como líder de los Nefilim, debería haber sabido lo que significaban aquellas túnicas. Lisa Martin y sus seguidores deberían habérmelo dicho, pero nunca me dieron la bienvenida a su círculo. Para empezar, nunca me habían querido allí. Estaba convencida de que las túnicas significaban posición y poder, pero había tenido que imaginármelo yo solita.

Uno de los Nefilim se quitó la capucha. Era la propia Lisa Martin. Su expresión era solemne y en sus ojos había una mirada tensa, de expectación. Me entregó una túnica negra, como si fuera más un deber que una señal de aceptación. La túnica pesaba más de lo que esperaba: estaba hecha de un terciopelo muy grueso que me resbalaba entre los dedos.

—¿Has visto a Dante? —me preguntó en voz baja.

Me puse la túnica, pero no contesté.

Mi mirada tropezó con Scott y Vee, y mis músculos se relajaron. Inspiré profundamente por primera vez desde que había salido de casa de Patch. Y entonces me fijé en que estaban cogidos de la mano y me invadió una extraña sensación de soledad. La brisa silbó al pasar entre mis dedos solitarios. Mi mano vacía. Cerré el

puño para evitar que temblara. Patch no iba a venir. Nunca volvería a entrelazar los dedos con los suyos; un gemido sutil se escapó de mi garganta al pensarlo.

Amanecía.

Una banda dorada iluminaba el horizonte gris. Al cabo de solo unos minutos, los rayos del sol se filtrarían entre los árboles y ahuyentarían la niebla. Dante llegaría y los Nefilim se enterarían de su victoria. El miedo al juramento de lealtad y el pavor a los días del Jeshván pasarían a ser relatos que configurarían la historia. Todos se alegrarían, lo celebrarían a lo loco y aclamarían a Dante como su salvador. Querrían llevarlo en hombros y cantar su nombre. Y entonces, cuando tuviera la aprobación unánime, me llamaría y me expondría ante la multitud...

Lisa avanzó unos pasos hasta situarse en el centro de la reunión e, impostando la voz, dijo:

—Estoy segura de que Dante no tardará en llegar. Sabe que el duelo tenía que empezar al amanecer. No es propio de él llegar tarde, pero, en cualquier caso, tendremos que retrasarnos unos...

Un estruendo que parecía ondear debajo de la tierra interrumpió sus palabras. Vibraba bajo las suelas de mis zapatos cada vez con mayor intensidad. Un instante de desasosiego me agarró el estómago como un puño. Alguien se acercaba. Y no era uno solo, sino muchos.

—Ángeles caídos —susurró una Nefil, con la voz rota por el miedo.

Tenía razón. Su poder perceptible, aun en la distancia, me puso todos los nervios de punta. Los cabellos se me erizaron. Me pareció que debían de ser cientos. Pero ¿cómo era posible? Marcie había quemado sus plumas... Yo lo había visto.

—¿Cómo nos han encontrado? —oí que preguntaba otra Nefil, aterrada. Su voz me resultaba familiar y volví la cabeza al instante: era Susanna Millar, con los labios fruncidos y los ojos desconcertados bajo los pliegues de su capucha.

—Así que al final han venido —siseó Lisa, con una mirada sedienta de sangre—. ¡Deprisa! Esconded a los niños y coged las armas. Iremos contra ellos con o sin Dante. La batalla final acabará aquí.

Su mandato corrió por la multitud seguido de llamadas al orden. Los Nefilim se apresuraron a formar filas entre carreras desorganizadas y empujones. Algunos tenían navajas, pero los que no recogieron rocas, botellas rotas y cualquier despojo que pudiera servirles de arma. Corrí hacia Vee y Scott, y me dirigí directamente a Scott para no perder ni un segundo.

—Llévatela de aquí, a algún lugar seguro. Os encontraré cuando esto haya terminado.

—Estás loca si crees que nos vamos a ir sin ti —dijo Vee, convencida.

—Díselo, Scott. Cógela y llévatela a rastras, si es preciso.

—¿Cómo es posible que los ángeles caídos estén aquí? —me preguntó Scott

escrutándome el rostro a la espera de una explicación—. Vimos cómo se quemaban todas las plumas.

—No lo sé. Pero pienso descubrirlo.

—Crees que Patch está ahí fuera, ¿verdad? —dijo Vee escrutando la colina por donde se acercaba el fragor que hacía retumbar la tierra bajo nuestros pies.

La miré a los ojos.

—Scott y yo vimos cómo se consumían las plumas. O nos engañaron o alguien ha abierto las puertas del infierno. Y el instinto me dice que es más probable que sea lo segundo. Si los ángeles caídos se están escapando del infierno, tengo que asegurarme de que Patch esté entre los que salgan. Y luego debo cerrar las puertas antes de que sea demasiado tarde. Si no acabo con esto ahora, no tendré otra oportunidad. Es el último día que los ángeles caídos pueden ocupar nuestros cuerpos, pero me temo que muy pronto esto no significará nada para ellos. —Pensé en la hechicería diabólica. En su poder—. Creo que tienen el modo de esclavizarnos para siempre... eso si no deciden matarnos antes.

Vee asintió lentamente, tratando de digerir todo el peso de mis palabras.

—Entonces te ayudaremos. Estamos en esto juntos. Esta guerra es tan tuya como de Scott y mía.

—Vee... —empecé a advertirle.

—Si realmente esta es la lucha de mi vida, sabes perfectamente que no me la perderé. Por mucho que digas. He salido sin tomarme un solo donut para estar aquí a tiempo, así que ahora no voy a dar media vuelta y largarme —me dijo Vee, pero había ternura en el modo en que lo dijo. Le había salido del corazón. Estábamos en eso juntos.

La emoción no me dejaba hablar.

—Está bien —conseguí articular al cabo—. Vamos a cerrar las puertas del infierno de una vez por todas.

Capítulo

40

El sol asomaba por el horizonte, perfilando la silueta infinita del ejército de ángeles caídos que avanzaba implacable por el cementerio. A la luz sesgada de primera hora de la mañana, sus sombras emitían un azul incandescente, como una ola gigantesca que se acercaba a la costa. Un hombre —un Nefil— encabezaba el ejército blandiendo una espada luminosa y azul. Una espada creada para matarme. Incluso a esa distancia, los ojos de Dante parecían pendientes solo de una cosa: encontrarme.

Me había preguntado cómo debían de haberse abierto las puertas del infierno y ya tenía la respuesta. El halo azulado que envolvía a los ángeles caídos dejaba claro que Dante había recurrido a la hechicería diabólica.

Pero ¿por qué permitir que Marcie quemara las plumas para luego liberar del infierno a los ángeles caídos? No lo sabía.

—Necesito enfrentarme a Dante a solas —les dije a Scott y a Vee—. Me está buscando. Si podéis, conducidle al parking que está encima de la colina, junto al cementerio.

—No vas armada —advirtió Scott.

Alargué el dedo hacia el ejército emergente. Cada ángel caído llevaba una espada que parecía brotar de su mano, como una llama de un azul brillante.

—No, pero ellos sí —repuse—. Solo tengo que convencer a uno para que me entregue su arma.

—Se están esparciendo —observó Scott—. Van a matar a todos los Nefilim que se encuentren en el cementerio y luego invadirán Coldwater.

Le cogí las manos, y luego cogí las de Vee. Por un momento formamos un círculo irrompible, y eso me fortaleció. Me enfrentaría a Dante yo sola, pero Vee y Scott no se encontrarían lejos; solo tenía que recordarlo.

—Pase lo que pase, nunca olvidaré vuestra amistad.

Scott me abrazó con fervor; enterré la cabeza en su pecho, y él me besó la frente con ternura. Vee me rodeó con sus brazos y tardó tanto en soltarme que temí haber derramado más lágrimas de las que tenía.

Me separé de ellos y eché a correr.

El terreno del cementerio ofrecía múltiples escondrijos, pero enseguida me decidí por un árbol que asomaba en la misma colina del parking. Me encaramé a sus ramas con presteza. Desde allí, la vista era diáfana y pude ver a un montón de hombres y mujeres Nefilim desarmados preparándose para atacar al ejército de ángeles caídos,

que los superaban en más de veinte por uno. En cuestión de segundos, los ángeles caídos descendieron hacia ellos como una nube, segando sus vidas como si no fueran más que plantas.

A los pies de la colina, Susanna Millar estaba enzarzada en una lucha cuerpo a cuerpo con otra mujer, un ángel caído cuya cabellera rubia restallaba contra sus hombros mientras las dos luchadoras trataban de hacerse con el control. Susanna se sacó una navaja de entre los pliegues de la túnica y la arrojó al esternón de Dabria. Con un gruñido de rabia, Dabria cogió la empuñadura de la espada con ambas manos y la descargó con fuerza patinando por encima de la hierba húmeda. Su lucha las condujo más allá del laberinto de tumbas hasta que las vi desaparecer.

Algo más lejos, Scott y Vee luchaban espalda contra espalda, empleando las ramas de los árboles para eludir a cuatro ángeles caídos que los tenían rodeados. A pesar de que los ángeles caídos los superaban en número, Scott les estaba ganando terreno: su fortaleza y envergadura a menudo le daban ventaja. Primero los golpeó con la rama y luego la usó como almádena para dejarlos sin sentido.

Escudriñé el cementerio en busca de Marcie. Si estaba allí, no conseguía verla. Claro que no era descabellado pensar que hubiera evitado deliberadamente la batalla y se hubiera decidido por la seguridad antes que por el honor. La sangre teñía el césped del cementerio. Todos, tanto Nefilim como ángeles caídos, la pisaban y resbalaban en ella: una parte era de un rojo intenso, pero también la había del azul de la hechicería diabólica.

Lisa Martin y sus amigos de la túnica corrían alrededor del perímetro del cementerio, armados con antorchas que despedían un humo negro. Se movían presurosos de un árbol al siguiente prendiéndoles fuego. Las llamas se extendían rápidamente por el follaje y reducían el campo de batalla, formando una barrera alrededor de los ángeles caídos. El humo, oscuro y espeso, se extendía por el cementerio como las sombras al anochecer. Los ángeles caídos no podían morir quemados, pero la estrategia del fuego proporcionaba a los Nefilim cobertura extra.

De pronto, un ángel caído apareció entre la humareda, subiendo a zancadas la colina con los ojos bien abiertos. Pensé que me había percibido. Su espada radiaba un fuego azulado, pero la sostenía de tal modo que no podía distinguirle la cara. A pesar de ello, vi claramente que era flacucho, un contrincante fácil para mí.

Se acercó con sigilo al árbol y examinó con cautela los espacios oscuros que se escondían entre las ramas. En cinco segundos lo tendría directamente debajo de mí.

Cuatro, tres, dos...

Me dejé caer de la rama y me precipité encima de él. El peso del impacto lo hizo caer hacia delante y la espada se le escapó de la mano antes de que pudiera arrebatársela. Ambos rodamos por el suelo un par de metros, pero yo contaba con el factor sorpresa. Me apresuré a enderezarme y me puse en pie encima de su espalda,

donde le asesté varios golpes a las cicatrices de sus alas; al cabo levantó los pies y consiguió hacerme caer. Rodé sobre mí misma rápidamente y esquivé el cuchillazo que quiso asestarme con el arma que se había sacado de la bota.

—¿Rixon? —dije, perpleja, al reconocer el rostro pálido y las facciones duras del antiguo mejor amigo de Patch. Patch lo había encadenado personalmente en el infierno después de que Rixon hubiera tratado de sacrificarme para conseguir un cuerpo humano.

—Tú —gruñó.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, con las rodillas flexionadas, listos para saltar en cualquier momento.

—¿Dónde está Patch? —me atreví a preguntarle.

Entornó sus ojos diminutos y me miró con frialdad.

—Ese nombre no significa nada para mí. ¡Como si está muerto!

Dado que no se me arrojó encima cuchillo en mano, me arriesgué a hacerle otra pregunta.

—¿Por qué permiten los ángeles caídos que los lidere Dante?

—Nos obligó a hacerle un juramento de lealtad —repuso aún con los ojos entornados—. O eso o nos quedábamos en el infierno. No se han quedado demasiados.

No creía que Patch estuviese entre esos pocos. No si había un modo de volver a mi lado. Pero antes de hacerle un juramento a Dante, Patch le arrancaría la cabeza, y luego seguiría con todos sus miembros.

—Busco a Dante —le dije a Rixon.

Se echó a reír, soltando un sonido siseante entre los dientes.

—Podrían darme un premio por cada cuerpo Nefil que le he llevado a Dante —me soltó—. Estuve a punto de matarte en una ocasión, y esta vez lo haré como es debido.

Los dos nos lanzamos a por su espada, que yacía en el suelo a solo un par de metros. Rixon la alcanzó primero, rodó ágilmente sobre las rodillas e hizo zigzaguear el filo hacia mí. Yo lo esquivé y me arrojé contra él antes de que pudiera blandir la espada de nuevo. Cayó de espaldas al suelo, contra las cicatrices que le habían dejado las alas. Aproveché esos momentos de inmovilidad para desarmarlo: le arranqué la espada de la mano izquierda, y la navaja, de la derecha.

Luego le di un empujón con el pie para voltearlo y le clavé la navaja en una de las cicatrices.

—Mataste a mi padre —le dije—. Y no lo he olvidado.

Corrí colina arriba hacia el parking, acechando a mi espalda para comprobar que nadie me seguía. Ahora tenía una espada, pero necesitaba una mejor. Mientras avanzaba, traté de reproducir todas las maniobras de desarme que había practicado

con Patch. Cuando Dante se reuniera conmigo en el parking, le arrebataría la espada... y la emplearía para matarlo.

Al llegar a la cima de la colina, Dante ya me estaba esperando. Me miró, mientras deslizaba perezosamente los dedos por la punta de la espada.

—Bonito ejemplar —le dije—. He oído que está hecha especialmente para mí.

Torció ligeramente el labio inferior.

—Para ti solo lo mejor.

—Mataste a Blakely. Un modo algo insensible de agradecerle todos los prototipos que desarrolló para ti.

—¡Mira quién habla! Y tú mataste a Hank. Alguien de tu propia sangre —me espetó con sarcasmo—. Tardé meses en poder infiltrarme en la sociedad secreta de Hank y ganarme su confianza. La verdad es que no me creía la suerte que había tenido cuando Hank murió, incluso brindé por ello. Habría sido mucho más difícil destronarlo a él.

Me encogí de hombros.

—Estoy acostumbrada a que me subestimen.

—Te entrené yo, ¿recuerdas? Sé perfectamente de lo que eres capaz.

—¿Por qué has liberado a los ángeles caídos? —le pregunté sin ambages al ver que estaba dispuesto a compartir secretos—. Los tenías encerrados en el infierno. Podrías haber desertado y convertirte en el líder de los Nefilim. Nunca habrían sabido que habías cambiado de lealtades.

Dante me sonrió, mostrándome sus dientes blancos y afilados. Parecía más animal que humano: una bestia salvaje y de tez oscura.

—Estoy por encima de las dos razas —repuso; hablaba con tal pragmatismo que resultaba difícil no creerlo—. Los Nefilim que sobrevivan al ataque de mi ejército tendrán las mismas opciones que les he ofrecido a los ángeles caídos: jurarme lealtad o morir. Un líder. Indivisible. Con poder y capacidad de decisión sobre todo y sobre todos. Te arrepientes de que no se te hubiera ocurrido a ti antes, ¿verdad?

Sostuve la espada de Rixon junto a mi cuerpo, balanceando el peso sobre los dedos de los pies.

—Oh, hay muchas cosas de las que me arrepiento, pero esa no es una de ellas. ¿Por qué los ángeles caídos no han poseído a los Nefilim este mes de Jeshván? Estoy convencida de que tú lo sabes, y que conste que no es un cumplido.

—Les ordené que no lo hicieran... hasta que matara a Blakely: no quería que desobedeciera mis órdenes y distribuyera la superbebida de hechicería diabólica entre los Nefilim. Lo habría hecho si los ángeles caídos los hubieran atacado. —Volvía a hablar con un extremo sentido práctico. Se sentía superior. No le temía a nada.

—¿Dónde está Patch?

—En el infierno. Me aseguré de que su rostro no atravesara las puertas. Se

quedará allí. Y solo recibirá visita cuando me entren unas ganas tremendas de torturar y atormentar a alguien.

Arremetí contra él, tratando de descargar todo el peso de la espada sobre su cabeza, pero el filo solo cortó el aire. Dante se apartó de un salto y respondió atacando con contundencia con su espada. Cada vez que paraba uno de sus golpes, sentía la vibración de la mía hasta la altura de los hombros. Apreté los dientes para resistir mejor el dolor. Dante era demasiado fuerte; no podría defenderme de sus ataques brutales para siempre. Tenía que encontrar el modo de arrebatarse la espada y atravesarle el corazón.

—¿Cuándo tomaste hechicería diabólica por última vez? —me preguntó mientras empleaba la espada como un machete para trincharme como a un pedazo de carne.

—Ya no tomo.

Paré sus golpes, pero si no me apresuraba a cambiar de estrategia, pronto me tendría acorralada contra la valla. Y entonces lo embestí agresivamente para herirle en la pierna. Él esquivó el golpe, y mi espada cortó el vacío y estuve a punto de perder el equilibrio.

«Cuanto más te inclines o te estires hacia delante, más fácil le resultará a Dante hacerte caer». La advertencia de Patch resonó en el interior de mi cabeza como si acabara de hacérmela en ese mismo momento. Asentí para mí. «Eso es, Patch. Sigue hablándome».

—Ya se ve —dijo Dante—. Había esperado que tomaras suficientes dosis de ese prototipo tóxico que te proporcionaba como para quedarte sin cerebro.

Así que ese había sido su plan inicial: convertirme en adicta a la hechicería diabólica y matarme poco a poco.

—¿Dónde guardas los demás prototipos?

—Allí donde puedo utilizar su poder cada vez que lo necesito —repuso con suficiencia.

—Espero que los tengas bien escondidos, porque si hay algo que querría hacer antes de morir, es destruir tu laboratorio.

—El nuevo laboratorio está dentro de mí. Los prototipos están ahí, Nora, reproduciéndose una y otra vez. Yo soy la hechicería diabólica. ¿Tienes idea de lo que se siente siendo el hombre más poderoso del planeta?

Me agaché justo a tiempo de evitar que me asestara un golpe en el cuello. Con paso acelerado, hundí la espada hacia delante tratando de alcanzar su estómago, pero esquivó la maniobra de nuevo, y el filo solo le arañó la piel de la cadera. Un líquido azul rezumó de la herida y tiñó su camisa blanca.

Dante brincó hacia mí con un gruñido gutural. Yo corrí y salté el muro de piedra que encerraba el parking.

Un manto de rocío cubría la hierba; perdí el equilibrio, resbalé y me deslicé colina

abajo. Justo a tiempo, conseguí ocultarme tras una tumba; la espada de Dante segó la hierba en la que yo había aterrizado. Me buscaba en todas las tumbas, descargando la hoja metálica contra mármol y piedra cada vez que tenía ocasión.

Corrí hacia el primer árbol que vi y me planté detrás. Estaba en llamas y el fuego crepitaba mientras devoraba sus ramas. Tratando de no pensar en el calor que me abrasaba el rostro, fingí un movimiento hacia la izquierda, pero Dante no estaba de humor para bromas: rodeó el árbol, sosteniendo la espada en alto, como si quisiera partirme en dos, de la cabeza a los pies. Hui de nuevo, oyendo la voz de Patch en el interior de mi cabeza.

«Aprovechate de su altura. Es más alto que tú y eso te deja sus piernas al alcance. Un golpe seco en cualquiera de las dos rodillas lo desestabilizará. En cuanto pierda el equilibrio, despójale de la espada».

Corrí a la parte trasera del mausoleo y me pegué a la pared. En cuanto Dante apareció en mi campo de visión, salí de mi escondite y hundí la espada en la carne de su muslo. Un líquido azulado salió a chorros de la herida. Era tanta la hechicería diabólica que había consumido que literalmente le corría por las venas.

Antes de que pudiera retirar mi espada, Dante se volvió hacia mí. Conseguí esquivar su ataque, pero para hacerlo tuve que dejar mi espada enterrada en su pierna. De pronto, me di cuenta de que tenía las manos vacías, y me asaltó el pánico.

—¿Te falta algo? —se burló Dante, y apretó los dientes mientras se retiraba el filo de mi espada de la pierna. Luego la arrojó al tejado del mausoleo.

Eché a correr confiando en que la herida de la pierna lo retendría durante un tiempo... hasta que se curase. Cuando no había dado más que un par de zanjadas, un calor rabioso me rasgó el hombro izquierdo y se me extendió por el brazo. Tropecé y acabé en el suelo de rodillas, sin poder ahogar un grito. Al volverme, vi que tenía la daga nacarada de Pepper clavada en el hombro. Marcie debía de habérsela entregado a Dante la noche anterior. Lo vi acercarse renqueando.

El blanco de sus ojos despedía el azul inconfundible de la hechicería diabólica, gotas de sudor azul se desprendían de sus cejas y su herida rezumaba hechicería diabólica: los prototipos que le había robado a Blakely estaban en su interior. Se los había tomado todos y, de algún modo, habían convertido su cuerpo en una fábrica de hechicería diabólica. Un plan brillante, salvo por un pequeño detalle. Si conseguía matarlo, todos los prototipos de la Tierra desaparecerían con él.

Si conseguía matarlo...

—Tu amigo el arcángel, ese gordo, me confesó que había encantado esta daga especialmente para matarme —dijo—. Pero fracasó, como Patch.

Sus labios dibujaron una sonrisa repugnante.

Arranqué una lápida del suelo y se la arrojé con todas mis fuerzas, pero Dante le dio con la espada como si se hubiese tratado de una pelota de béisbol.

Me deslicé hacia atrás, apoyándome en el brazo sano. «Demasiado lenta».

Me apresuré a improvisar un truco psicológico. «¡Tira la espada y no te muevas!», le grité al subconsciente de Dante.

El dolor me laceró la mejilla. El extremo afilado de su espada incidió con fuerza y la sangre me llegó a los labios.

—¿Cómo te atreves a hacerme un truco psicológico?

Antes de que pudiera retroceder, me levantó cogiéndome por la nuca y me arrojó salvajemente contra un árbol. El impacto cubrió de niebla mi visión y me dejó sin aliento. Me arrodillé, tratando de encontrar el equilibrio, pero todo me daba vueltas.

—Deja que se vaya.

Era la voz de Scott. ¿Qué estaba haciendo ahí? La sensación de expectación duró unos instantes. Vi la espada en sus manos, y me arrolló una oleada de ansiedad incontrolable.

—Scott —le advertí—. Vete ahora mismo.

Sus manos resueltas estrecharon la empuñadura.

—Le juré a tu padre que te protegería —dijo, sin apartar ni un instante su mirada escrutadora de Dante.

Dante echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Le hiciste un juramento a un muerto? ¿Y eso cómo funciona?

—Si vuelves a tocar a Nora, morirás. Este es el juramento que te hago a ti.

—Apártate, Scott —ladró Dante—. Esto no tiene nada que ver contigo.

—En eso te equivocas.

Scott arremetió contra Dante y los dos empezaron a luchar; se movían con rapidez, como sombras desdibujadas. Scott relajó los hombros, confiando en su constitución fuerte y su capacidad atlética para compensar la experiencia de Dante y el poder que le confería la hechicería diabólica. Atacó mientras Dante se hacía a un lado con agilidad. Tras dibujar un arco brutal, la espada de Scott cercenó parte del brazo izquierdo de Dante. Scott ensartó el miembro con la hoja y lo levantó en el aire.

—Lo haremos a trozos, si hace falta.

Dante renegó y, con el brazo sano, descargó descuidadamente la espada contra Scott. El impacto metálico de las dos hojas resonó en el aire matutino, y casi me dejó sorda. Dante obligó a Scott a retroceder hacia una gigantesca cruz de piedra, y yo le grité a mi amigo mentalmente: «¡Tienes una cruz justo detrás!»

Scott la esquivó haciéndose a un lado y evitó caerse al tiempo que bloqueaba un ataque. Perlas de sudor azul cubrían los poros de Dante, pero no parecía importarle. Se sacudió el cabello húmedo de la cara y continuó cortando el aire con el brazo, cada vez más cansado. Sus ataques empezaban a ser desesperados. Vi la oportunidad de escabullirme a sus espaldas y atraparlo entre Scott y yo hasta que uno de los dos le diera el golpe de gracia.

Sin embargo, un gruñido interrumpió mis pasos. Volví la cabeza y vi que Scott había resbalado en la hierba y había aterrizado sobre una de sus rodillas. Sus piernas se despatarraban desmañadamente mientras trataba de ponerse en pie. Rodó con habilidad por el suelo para evitar el impacto de la espada de Dante, pero no tuvo tiempo de levantarse antes del siguiente ataque y esta vez el filo se hundió hasta el fondo de su pecho.

Las manos de Scott se curvaron débilmente alrededor de la espada que tenía clavada en el corazón y trataron de arrancarla sin éxito. El azul llameante del filo se extendió rápidamente por su cuerpo y su piel se oscureció hasta adquirir un azul fantasmal. Y entonces pronunció mi nombre con una voz ronca y casi inaudible: «¿Nora?»

Solté un grito. Paralizada por la conmoción y el dolor, vi que Dante culminaba su ataque haciendo girar el filo con un golpe de muñeca y partiendo el corazón de Scott en dos.

Concentré toda mi atención en Dante. Mi cuerpo temblaba, azotado por un odio como el que no había sentido jamás. Me invadió una oleada de asco y el veneno empezó a correr por mis venas. Mis puños eran dos rocas y una voz de furia y venganza resonaba en mi cabeza.

Espoleada por esta ira profunda y desatada, convoqué toda mi fuerza interior. Con entusiasmo, con calma, con total confianza. Reuní cada gota de valentía y determinación y la desaté contra él. No iba a permitir que ganara. No de ese modo. No recurriendo a la hechicería diabólica. No matando a Scott.

Con toda mi fuerza y mi convicción mental, invadí su mente y destrocé todos los impulsos que recibía y enviaba su cerebro. Sin perder un momento, le di la orden: «Tira la espada. Tira la espada, ser despreciable, retorcido y miserable».

Oí el ruido metálico de la hoja al caer sobre el mármol.

Lo fulminé con la mirada. Tenía una expresión asombrada en el rostro y miraba alrededor, como si hubiera perdido algo.

—¿Es irónico, verdad, que fueras tú quien me dijeras cuál era mi mejor arma? — le dije, cargando cada palabra de desprecio.

Había jurado que nunca volvería a usar la hechicería diabólica, pero esa era una situación que tal vez merecía romper las reglas. Si mataba a Dante, acabaría también con la hechicería. Tuve la tentación de robar un par de dosis para mí, pero enseguida desestimé la idea. Era más fuerte que Hank, más fuerte que Dante. Incluso más fuerte que la hechicería diabólica. La mandaría al infierno por Scott, que había dado la vida para salvar la mía.

Cuando acababa de recoger la espada de Dante, él levantó inesperadamente la pierna e hizo caer el arma de mis manos de una patada.

Se abalanzó sobre mí y me agarró el cuello con la mano, mientras yo le clavaba

las uñas en los ojos y le arañaba el rostro.

Abrí la boca. No podía respirar.

Su mirada de hielo tenía un brillo triunfal.

Abrí y cerré la boca inútilmente. El rostro cruel de Dante perdió definición, como en las películas antiguas de la tele. Por encima de su hombro, un ángel de piedra me observaba con interés.

Quería reír. Quería llorar. Así que morir era eso: abandonar.

Yo no quería abandonar.

Dante apoyó la rodilla sobre mi esternón y alargó el brazo a un lado para recoger su espada. Plantó la punta justo en el centro de mi corazón.

«Poséelo —parecía decirme el ángel, con calma—. Poséelo y mávalo».

«¿Patch?», me pregunté como en sueños.

Aferrándome a la idea de que Patch estaba cerca, vigilándome, renuncié a oponerle a Dante resistencia. Dejé caer mis dedos agresivos y relajé las piernas. Sucumbí a su voluntad, aunque eso pareciera una opción cobarde. Concentré todos mis pensamientos en gravitar hacia él.

Una frialdad extraña se fue adueñando de mi cuerpo.

Parpadeé, y de pronto vi el mundo a través de los ojos de Dante. Miré hacia abajo. Tenía la espada en las manos. En algún lugar recóndito de mi mente, sabía que Dante hacía rechinar los dientes, emitiendo sonidos que helaban la sangre y aullando como un animal.

Le di la vuelta a la espada y apunté a mi corazón. Y entonces hice algo sorprendente.

Me dejé caer sobre el filo.

Capítulo

41

El cuerpo de Dante enseguida me expulsó; tuve la sensación de salir disparada de un coche en movimiento. Mis manos se agarraron a la hierba, tratando de encontrar algo sólido en un mundo que daba vueltas a una velocidad vertiginosa. Cuando el mareo pasó, miré alrededor en busca de Dante. Lo olí antes de verlo.

Su piel había adquirido un color morado oscuro y su cuerpo había empezado a hincharse; expulsaba sus fluidos, y su sangre, impregnada de hechicería diabólica, se colaba en la tierra como un ser vivo, algo que moraba en algún lugar muy apartado de la luz del sol. La carne desapareció, se convirtió en polvo. Después de solo unos segundos, lo único que quedaba de Dante eran un montón de huesos resecos.

Estaba muerto. La hechicería diabólica había desaparecido.

Poco a poco, conseguí ponerme en pie. Tenía los tejanos rotos y sucios, y en la parte de las rodillas había manchas verdes de la hierba. Me lamí los labios: sabían a sangre y tenían el punto salado del sudor. Me acerqué a Scott pesadamente; sentía el calor de las lágrimas en la cara y alargué las manos hacia su cuerpo, que se deterioraba delante de mí. Cerré los ojos y traté de recordar su sonrisa desigual, no sus ojos vacíos. En mi mente, reproduje su risa burlona, no los gorjeos y los sonidos ahogados que habían precedido su muerte. Recordé su tacto cuando nos tocábamos por accidente o nos dábamos algún empujón medio en broma; sin embargo, su cuerpo se estaba descomponiendo ante mis ojos, por mucho que yo quisiera aferrarme a su recuerdo.

—Gracias —logré decir, repitiéndome que, en algún lugar cercano, él aún podía oír mi voz—. Me has salvado la vida. Adiós, Scott. Nunca te olvidaré, este es el juramento que te hago. Nunca.

La niebla que se cernía sobre el cementerio adquiría tonalidades doradas y grises bajo los rayos del sol, cada vez más alto. Ajena a las llamas que llevaban abrasándome el hombro desde que me había arrancado la daga de Pepper, me alejé tambaleándome del bosque de lápidas y salí al cementerio abierto.

Había bultos extraños en la hierba y, cuando estuve más cerca, me di cuenta de que eran cuerpos. Ángeles caídos, o lo que quedaba de ellos. Como le había ocurrido a Dante, su carne se desintegraba en segundos, y un líquido azul se escapaba de su esqueleto y era absorbido de inmediato por la tierra.

—Lo has conseguido.

Me di la vuelta, estrechando instintivamente la empuñadura de la daga. El

detective Basso se metió las manos en los bolsillos y me miró con una sonrisa adusta en los labios. El perro negro que me había salvado la vida hacía solo unos días estaba sentado fielmente a sus pies. El animal me contemplaba con tranquilidad con sus ojos amarillos y fieros. Basso se inclinó y le acarició el pelo tiñoso que tenía entre las orejas.

—Es un buen perro —observó el detective—. En cuanto yo me vaya, necesitará un buen hogar.

Retrocedí un paso, con cautela.

—¿Qué está pasando aquí?

—Lo has conseguido —repitió—. Has erradicado la hechicería diabólica.

—Dime que estoy soñando.

—Soy un arcángel. —Las comisuras de sus labios se curvaron tímidamente (no mucho, solo un poco).

—No sé qué se supone que tengo que decir.

—Llevo en la Tierra trabajando de incógnito muchos meses. Sospechábamos que Chauncey Langeais y Hank Millar estaban invocando la hechicería diabólica, y mi trabajo consistía en vigilar a Hank, sus negocios y su familia, incluida tú.

Basso. Un arcángel. Trabajando de incógnito. Sacudí la cabeza.

—Aún no estoy segura de lo que ha sucedido.

—Has conseguido lo que llevo mucho tiempo persiguiendo. Acabar con la hechicería diabólica.

Digerí sus palabras en silencio. Después de lo que había visto las últimas semanas, no era fácil sorprenderme. Pero esa noticia realmente lo hizo. Me alegraba saber que todavía tenía esa capacidad.

—Los ángeles caídos se han ido. No será para siempre, pero debemos disfrutarlo mientras podamos, ¿no te parece? —dijo con un gruñido—. Cerraré el caso y volveré a casa. Felicidades.

Mi cabeza casi no lo oyó. Los ángeles caídos se habían ido. Ido. La palabra resonaba en mi interior como en un pozo sin fondo.

—Buen trabajo, Nora. Oh, y supongo que te gustará saber que Pepper está detenido y que nos encargaremos de él. Dice que tú lo obligaste a robar las plumas, pero voy a hacer como que no lo he oído. Una última cosa. Considéralo una especie de agradecimiento: hazte un corte en medio de la marca de la muñeca —me dijo, serrándose la suya con el canto de la otra mano.

—¿Qué?

Una sonrisa de complicidad.

—Por una vez, confía en mí.

Y se fue.

Apoyé la espalda en un árbol y traté de reconsiderarlo todo con calma con la

esperanza de encontrarle algún sentido. Dante, muerto. La hechicería diabólica, erradicada. La guerra, inexistente. Mi juramento, cumplido. Y Scott. Oh, Scott. ¿Cómo iba a contárselo a Vee? ¿Cómo podría ayudarla a superar la pérdida, la angustia, la desesperación? ¿Cómo iba a animarla a seguir adelante cuando yo tampoco sabía cómo hacerlo? Tratar de sustituir a Patch, incluso intentar encontrar aunque solo fuera un poco de felicidad con otra persona sería una mentira. Me había convertido en una Nefil y tenía la suerte de poder vivir para siempre, y la desgracia de tener que hacerlo sin Patch.

Oí rumor de pasos delante de mí, avanzando por la hierba: el sonido me resultaba familiar. Me enderecé y, cuando ya estaba dispuesta a atacar, una silueta negra emergió de la niebla. Sus ojos rastreaban el suelo, en busca de algo. Se agachaba junto a cada cuerpo, lo inspeccionaba con ansiedad y luego lo apartaba con el pie mientras renegaba con impaciencia.

—¿Patch?

Estaba inclinándose sobre un cuerpo en descomposición y se quedó paralizado. Poco a poco fue levantando la cabeza y miró al infinito entornando los ojos, como si no creyera lo que acababa de oír. Entonces su mirada se encontró con la mía y algo que no pude descifrar brilló en sus ojos. ¿Alivio? ¿Consuelo? Liberación.

Recorrí los metros que nos separaban a la carrera y me lancé en sus brazos, hundiendo los dedos en su camisa, enterrando el rostro en su cuello.

—Es de verdad. Eres tú. No dejes que me vaya. No dejes que me vaya nunca más —empecé a llorar con desespero—. He luchado con Dante. Lo he matado. Pero no he podido salvar a Scott. Está muerto. La hechicería diabólica está erradicada, pero a Scott le he fallado.

Patch me murmuró palabras dulces al oído con las manos temblorosas. Fuimos a sentarnos en un banco de piedra, pero no me soltó ni un momento: me tenía cogida como si tuviera miedo de que me escapara entre sus dedos como un puñado de arena. A juzgar por sus ojos, rojos y apagados, había estado llorando.

«Sigue hablando —me dije a mí misma—. Que el sueño continúe. Lo que sea para mantener a Patch aquí».

—He visto a Rixon.

—Ha muerto —dijo Patch sin ambages—. Como también todos los demás. Dante los sacó del infierno, pero para ello tuvieron que jurarle lealtad y dejar que les inyectase un prototipo de hechicería diabólica. Era el único modo de salir. Abandonaron el infierno con la hechicería diabólica corriéndoles por las venas: era su alma. Cuando la has destruido, todos los ángeles caídos que la habían tomado han muerto.

«No puede ser un sueño. Tiene que serlo, pero, al mismo tiempo, es demasiado real». Su tacto, tan familiar, me aceleró el corazón y me derritió la sangre: no habría

podido recrear una reacción tan convincente en sueños.

—¿Y tú cómo has sobrevivido?

—Yo no le juré lealtad, y tampoco dejé que me inyectara hechicería diabólica. Ocupé el cuerpo de Rixon el tiempo justo para escapar del infierno. No me fiaba de Dante, ni tampoco de la hechicería diabólica. En cambio, sabía que tú acabarías con los dos.

—Oh, Patch —dije con voz temblorosa—. Te habías ido. Vi tu moto. No volviste. Creí... —El corazón se me encogió y un dolor lacerante se expandió por mi pecho—. Cuando no conseguí salvar tu pluma... —La sensación devastadora de la pérdida se metió dentro de mí como el frío del invierno, implacable y devastador. Me acurruqué junto a Patch, temiendo que se desvaneciera entre mis manos, y luego me senté en su regazo y lloré con la cabeza pegada a su pecho.

Patch me meció en sus brazos, estrechándome contra él. «Ángel —murmuró mentalmente—. Estoy aquí. Estamos juntos. Todo se acabó y nos tenemos el uno al otro».

El uno al otro. Juntos. Había vuelto conmigo; todo lo que importaba estaba allí. Patch estaba allí conmigo.

Me sequé los ojos con las mangas, me apoyé en las rodillas y me senté a horcajadas en sus caderas. Enterré las manos en sus cabellos oscuros, atrapando los rizos entre mis dedos, y lo acerqué hacia mí.

—Quiero estar contigo —le dije—. Te necesito cerca. Te necesito todo.

Lo besé, desesperada y apasionadamente, perdiéndome en su sabor. Sus manos me estrecharon la espalda y me acercaron más a él. Le acaricié los hombros, los brazos, los muslos, notando cómo trabajaban sus músculos, tan reales, fuertes, vivos. Su boca se apretó contra la mía, vívida, con la fuerza del deseo.

—Quiero despertarme junto a ti cada mañana e irme a dormir contigo cada noche —dijo Patch gravemente—. Quiero cuidarte, quererte como ningún hombre haya querido nunca. Quiero mimarte: cada beso, cada caricia, cada pensamiento te pertenecen. Voy a hacerte feliz. Cada día. Voy a hacerte feliz. —El aro antiguo, casi primitivo, que sostenía entre los dedos captó la luz del sol y reflejó un brillo argentado—. Encontré este anillo poco después de que me echaran del cielo. Lo conservé para recordarme lo infinita que era la sentencia, lo eterna que puede ser una pequeña elección. Hace mucho tiempo que lo guardo. Quiero que lo tengas tú. Tú has acabado con mi sufrimiento, me has regalado una nueva eternidad. Sé mi compañera, Nora. Sé mi todo.

Me mordí el labio, reteniendo una sonrisa que amenazaba con dividirme el rostro, y planté un pie en el suelo para asegurarme de que no estaba flotando.

—¿Patch?

Se presionó la palma de la mano con el canto más desigual del anillo y un hilo de

sangre se escapó de la incisión.

—Nora Grey, en este día, te juro que, de ahora en adelante, para siempre, me entrego a ti. Soy tuyo. Mi amor, mi cuerpo, mi alma: me pongo en tus manos, bajo tu protección. —Sostuvo el anillo en el aire, como un ofrecimiento, como una promesa vinculante.

—Patch —suspiré.

—Si no consigo cumplir con lo expuesto, mi sufrimiento y mi pesar serán mi eterno castigo. —Clavó en mí su mirada y vi una sinceridad desnuda en sus ojos. «Pero lo conseguiré, Ángel. Lo conseguiré».

Acepté el anillo y, cuando ya estaba a punto de abrirme la palma con el borde, tal como lo había hecho Patch, recordé la advertencia críptica de Basso. Entonces deslicé el anillo hacia arriba y taché la mancha en forma de lápiz que tenía en el interior de la muñeca, una marca con la que había nacido, una marca de mi herencia Nefil. Mi piel se manchó de rojo. Coloqué mi incisión en la mano de Patch y sentí un hormigueo allí donde nuestra sangre se mezcló.

—Patch, juro aceptar tu amor y cuidarlo. Y, a cambio, entregarte mi cuerpo y mi corazón: todo lo que poseo es para ti. Soy tuya. Completamente. Ámame. Protégeme. Satisfazme. Y te prometo que yo haré lo mismo.

Me puso el anillo en el dedo.

De pronto, Patch tuvo un espasmo, y otro, como si fuera víctima de una descarga eléctrica.

—Mi mano —dijo en un susurro—. Mi mano...

Me miró a los ojos. La confusión se instaló poco a poco en su rostro.

—Mi mano... Siento un cosquilleo allí donde se ha mezclado nuestra sangre.

—Lo sientes... —dije, demasiado asustada para creer que podía ser verdad. No quería hacerme ilusiones. Me daba miedo que esa sensación pudiera desvanecerse con la misma rapidez con que había venido y que el cuerpo de Patch volviera a quedar fuera de mi alcance.

No. Era el regalo que me hacía Basso.

Patch, un ángel caído, podía sentir. Todos mis besos, cada caricia. El calor de mi cuerpo, la intensidad de mis reacciones.

Soltó un sonido que estaba entre una risa y un gemido, y en sus ojos vi brillar el asombro.

—Te siento.

Me paseó las manos por los brazos, explorando mi piel apresuradamente, acariciándome la cara. Me besó, con ganas, y se estremeció de placer.

Y entonces me envolvió en sus brazos y gritó de alegría.

—Salgamos de aquí —murmuró, con los ojos brillantes de deseo.

Lo abracé y acurruqué la cabeza en la curva de su hombro. Su cuerpo era firme,

todo seguridad, un contrapunto de calidez. Y ahora él también podía sentirme. El cosquilleo del deseo me recorrió la piel.

Había ocurrido. Estábamos los dos juntos. Para siempre. Todo lo sucedido era ya cosa del pasado. El sol me calentaba la espalda e iluminaba el camino que aún teníamos por recorrer.

No se me ocurría un augurio mejor.

Epílogo



Tres años después Valle Hodder, Lancashire, Inglaterra

—Vale, tú ganas —suspiré poniéndome en pie mientras miraba a Vee con admiración.

Entraba en la sacristía de la iglesia levantándose ligeramente el dobladillo de un vestido de seda gris que le llegaba hasta los pies. Bajo los rayos del sol que se filtraban por las vidrieras de colores, la tela brillaba con un color metálico.

—Ya sé que te dije que te quedases con el blanco, pero me equivocaba. Vee, estás impresionante.

Dio una vuelta completa y me enseñó las botas de combate que no había visto desde el instituto.

—Algo viejo —me explicó Vee.

Me mordí el labio.

—Creo que voy a llorar.

—Tú encárgate de coger el ramo cuando lo lance, ¿vale? Y luego, cuando nadie nos vea, me lo devuelves para que pueda mandarlo a secar y enmarcar... ¡y así ya tendrás un motivo para burlarte de mí durante toda la vida!

—Soy una Nefil. Tendré ese ramo en mi poder antes de que el cerebro de tus otros amigos haya siquiera registrado que vas a lanzarlo.

Vee soltó un suspiro de felicidad.

—¡Estoy tan contenta de que hayas venido!

—Se necesitan más de cinco mil kilómetros para impedirme asistir a la boda de mi mejor amiga. —Le ofrecí una sonrisa insinuante—. ¿Dónde pasaréis la luna de miel?

—Gavin no me lo ha dicho. Es su gran secreto. Se ve que lo tiene todo planeado. Ya le dije que yo solo necesitaba una cosa: un hotel que incluya los donuts en el servicio de habitaciones. Estaremos fuera diez días y cuando volvamos, los dos empezaremos a buscar trabajo.

—¿Te has planteado regresar alguna vez?

—¿A Coldwater? Dios, no. Estoy bien en Inglaterra. A estos ingleses les encanta

mi acento. La primera vez que Gavin me pidió para salir lo hizo solo para oírme hablar. Afortunadamente para él, es una de las cosas que hago mejor. —Su mirada perdió la expresión jocosa—. Me trae demasiados recuerdos. No puedo pasear por la calle sin tener la sensación de que veo a Scott entre la multitud. ¿Crees que hay vida después de la muerte? ¿Crees que es feliz?

Se me hizo un nudo en la garganta, demasiado gordo como para poder hablar. No había pasado ni un solo día desde la muerte de Scott sin que le expresara mi gratitud por su sacrificio.

—Debería estar aquí. No sabes cuánto me gustaría —dijo Vee inclinando la cabeza y examinándose las uñas recién pintadas.

—A mí también. —Le estreché las manos.

—Tu madre me dijo que Marcie murió hace un par de meses.

—Vivió más de lo que todo el mundo esperaba.

—¿Una manzana podrida hasta el final?

—Mi madre fue al funeral. Había cinco personas en total, incluida su madre.

Vee se encogió de hombros, con cierta indiferencia.

—Se recoge lo que se siembra.

La puerta de roble arqueada se abrió y mi madre asomó la cabeza. Había llegado hacía ya una semana para ayudar a la madre de Vee con los preparativos de la boda, y creo que estaba encantada con la labor. Con el tiempo, además de llegar incluso a alentar mi relación con Patch, había acabado aceptando que Patch y yo habíamos jurado nuestros votos bajo el cielo, los habíamos sellado con sangre y no teníamos intención de celebrar una gran boda blanca, así que esa era su única oportunidad. Y lo más irónico de todo: ¿quién iba a pensar que Vee seguiría un camino más tradicional que el mío?

Mi madre nos sonrió.

—Secaos esos ojos, ya casi es hora.

Me apresuré a retocar el moño de Vee: le solté un par de mechones para enmarcarle el rostro y se lo adorné con flores de jazmín. En cuanto hube terminado, Vee me rodeó con sus brazos, zarandeándome animadamente a la derecha y a la izquierda, y entonces oímos un desgarró.

—¡Mierda! —exclamó Vee, volviéndose para examinar la costura abierta de su vestido—. Pedí una talla menos, convencida de que me adelgazaría cinco kilos para la boda. No es que estuviera gorda, pero aún podía permitirme perder un poco de masa Nefil. El problema es que siempre había algún bizcocho en la cocina.

No pude evitarlo; me dio un ataque de risa.

—Sí, muy divertido, pero ahora tendré que pasearme delante de toda esa gente con las bragas al aire, y a ti te da lo mismo —rezongó Vee, pero ella también se reía. Cogió una tirita del bolso y la pegó encima de la tela rasgada.

Nos entró tal ataque de risa que nos pusimos rojas como tomates y nos quedamos casi sin aliento.

Se abrió la puerta por segunda vez.

—¡Vamos, deprisa! —me instó mi madre sacándome fuera. La música de órgano llegaba de la capilla. Me situé en la cola de las damas de honor, todas con el mismo vestido de gala de tafetán amarillo, y acepté el ramo de lilas blancas que me entregó Mike, el hermano de Vee. Vee se colocó junto a mí y respiró hondo.

—¿Preparada? —le pregunté.

Me guiñó el ojo.

—Y lista.

Los vigilantes que esperaban plantados a cada lado de las enormes puertas de madera grabada las abrieron de par en par, y Vee y yo entramos en la capilla cogidas del brazo.

Después de la ceremonia, empezó la sesión de fotos en el exterior de la capilla. Un brillante sol de tarde derramaba una luz dorada sobre los campos verdes y las pintorescas ovejas que pasturaban en la distancia. Y, en medio de aquel paisaje, Vee resplandecía, más serena y radiante de lo que la había visto jamás. Gavin la cogió de la mano, le acarició la mejilla y le susurró algo al oído. Vee no me había dicho que era humano, pero lo supe enseguida. Como ella no había jurado lealtad, los dos envejecerían juntos. No sabía muy bien cómo sería ese proceso de envejecimiento (ni tampoco el mío), porque, hasta entonces, no se había sabido de ningún Nefil que viviera indefinidamente sin verse obligado a hacer un juramento de lealtad. En cualquier caso, Vee era inmortal y, algún día, Gavin moriría sin saber que su mujer nunca lo seguiría al mundo del más allá. No le tuve en cuenta a Vee que se lo mantuviera en secreto; la admiraba por tratar de tener recuerdos felices, y punto. Conocí a Gavin en la misma boda, pero su adoración y su amor por ella eran obvios, así que ¿qué más podía pedir yo?

La recepción también se celebró fuera, bajo una enorme carpa blanca. Aún deslumbrada por los flashes, me dirigí al bar y pedí un agua con gas. Ya había parejas bailando al son de la orquesta, pero casi ni me fijé en ellas. Toda mi atención se concentró en Patch.

Se había acicalado para la boda, y llevaba un esmoquin negro hecho a medida y su mejor sonrisa depravada. El esmoquin realzaba su complexión atlética y la sonrisa inyectó una buena dosis de adrenalina en mi corazón. Él también me vio, y sus ojos negros se encendieron por el deseo y el afecto. Un hormigueo me recorrió la piel. Había estado separada de él casi todo el día, y ahora lo necesitaba. Locamente.

Patch se me acercó sin prisas, con un vaso de vino en la mano. Llevaba la chaqueta del esmoquin echada encima de los hombros y los cabellos se le habían

rizado por la humedad dándole un aspecto desenfadado.

—Hay un hotelito en esta misma la carretera. Y un establo detrás de esos árboles, si estás realmente caliente —dijo, sin tener la menor duda de la dirección que tomaban mis pensamientos.

—¿Acabas de decir «caliente»?

Patch me cogió de las caderas y tiró de mí hacia él.

—Sí. ¿Necesitas una demostración? —Me besó una vez. Y luego otra, alargando el beso mientras hacía varias maniobras creativas con la lengua—. Te quiero.

—Dos palabras que no me cansaré de oír nunca.

Me retiró los rizos de la cara.

—Nunca había imaginado que mi vida pudiera ser tan completa. Nunca creí que pudiera tener todo lo que quiero. Lo eres todo para mí, Ángel.

Sus palabras colmaron mi corazón. Lo quería tanto que me resultaba imposible expresarlo con palabras. Era parte de mí. Y yo, de él. Unidos para el resto de la eternidad. Me acerqué a sus labios y lo besé.

—Creo que voy a aceptar tu oferta. ¿Un hotelito de campo, has dicho?

«El Cadillac está aparcado delante, y la moto, en la parte de atrás —me dijo Patch mentalmente—. ¿Despedida tradicional o escapada?»

La verdad era que ya había tenido bastante tradición por un día. «Escapada».

Patch me cogió en brazos, y yo grité de alegría mientras se me llevaba en volandas hacia detrás de la iglesia. Nos subimos a la moto y salimos a toda velocidad carretera abajo, camino del hotel, rodeados del verde de las colinas.

Dentro de la privacidad de nuestra acogedora habitación, levanté los brazos y tiré de su corbata de seda.

—Te has vestido para impresionar —le dije con aprobación.

—No, Ángel. —Se inclinó hacia mí y, rozándome ligeramente la oreja con los dientes, añadió—: Me desvestiré para impresionar.



Agradecimientos

No sé cómo expresar mi gratitud a todas esas personas que han hecho posible que escribiera la serie *Hush, Hush*. En primer lugar, a mi familia, por su apoyo constante. Nunca deja de maravillarme estar rodeada de gente que me quiere tan incondicionalmente.

Muchas gracias a mi agente, Catherine Drayton, por su voto de fe.

Me considero muy afortunada de haber trabajado con algunos de los mejores profesionales del sector: Courtney Bongiolotti, Julia Maguire, Zareen Jaffery, Justin Chanda, Anne Zafian, Jenica Nasworthy, Lucille Rettino, Elke Villa, Chrissy Noh, Jon Anderson y Valerie Shea.

No puedo dejar de agradecer a Anna McKean y Paul Crichton las horas incontables de trabajo que han invertido en el libro... y el haber cuidado tan bien de mí cuando no he trabajado en casa.

Doy gracias asimismo por las amistades que he hecho durante este viaje, en especial Jenn Martin y Rebecca Sutton, el dúo dinámico de *FallenArchangel.com*. ¡Mantened la calma y llamad a Patch!

A Lyndsey Blessing, Charlie Olsen y el resto del equipo de InkWellManagement: gracias por velar por mí.

Me encantan las portadas de mis libros, así que debo felicitar a James Porto y Lucy Ruth Cummins por sus ilustraciones y su creatividad.

Gracias a Lisa Martin, una fan extraordinaria, que apostó por un personaje en beneficio de la fundación sin ánimo de lucro Kids Need to Read: aprecio tu generosidad ¡y ahora has quedado inmortalizada en este libro!

A las librerías y bibliotecas que trabajáis en primera línea: si habéis recomendado *Hush, Hush* a un lector, os debo una. Mientras, sabed que este agradecimiento es solo para vosotros.

Desde que *Hush, Hush* se ha publicado, he tenido la increíble oportunidad de viajar por todo el mundo y conocer a lectores de todas partes. Nada de esto habría sido posible sin mis editores internacionales. Quiero dar especialmente las gracias a mis amigos de Simon & Schuster UK, Simon & Schuster Australia, Simon & Schuster Canada, Piemme Freeway, y Lattès.

Finalmente, un apunte para mis lectores. ¡Han sido tres años asombrosos! Gracias por ser un público tan divertido. Gracias por vuestras cartas de apoyo, por acudir a las presentaciones, y por haberos enamorado de Patch, Nora, Vee y Scott. Estoy impaciente por escribir para vosotros de nuevo.



BECCA FITZPATRICK (nacida el 3 de febrero de 1979) es una escritora estadounidense, conocida por haber escrito uno de los *best sellers* del New York Times: *Hush, Hush*. Criada en Centerville (Utah), se graduó en abril de 2001 en Universidad Brigham Young con una licenciatura en Ciencias de la Salud, y se fue a trabajar como secretaria, maestra, y de contadora en una escuela secundaria alternativa en Provo. Para luego dedicarse a su gran pasión: escribir.

En febrero de 2003, su marido Justin, un nativo de Filadelfia, la inscribió en una clase de escritura creativa para su vigésimo cuarto cumpleaños. Fitzpatrick ha declarado: «Ese día me fui de la niña que escribió las historias diarias en la intimidad de su diario, a la niña que escribió las historias y los compartió con la gente fuera de los mundos en su cabeza. Fue también en esa categoría que empecé a escribir *Hush, Hush*». Acerca del regalo de Justin también podemos encontrar una referencia en la dedicatoria del primer tomo de su saga. La dedicatoria reza: «Para Heather, Christian y Michael. Nuestra infancia no era nada sin imaginación. Y a Justin. Gracias por no elegir la clase de cocina japonesa. Te quiero». Al parecer, su marido tuvo que decidirse entre el curso de escritura creativa y el de cocina japonesa.

Poco después de terminar de escribir la saga *Hush, Hush* la autora anunció estar escribiendo una nueva historia. Ésta tiene como título *Black Ice*.